

Revista Foro

Bogotá — Colombia No. 2 Febrero de 1987 Valor \$300.00

Defensa de Nicaragua

Eduardo Galeano

Aspectos críticos de la cultura colombiana

Orlando Fals Borda



Democracia y Oposición en la Coyuntura

Un nuevo Pacto Nacional más allá del Bipartidismo

Eduardo Pizarro Leongómez

Barco o la incertidumbre

Carlos Jiménez M.

El protagonismo de los Movimientos Sociales

Luis Alberto Restrepo



Ediciones Foro Nacional por Colombia

Revista Trimestral de la Fundación
Foro Nacional por Colombia
No. 2 \$300 Febrero 1987

Director:
Pedro Santana R.

Editor:
Hernán Suárez J.

Comité Editorial:
Orlando Pulido Ch.
Constantino Casasbuenas
Carlos García
Pedro Santana
Hernán Suárez J.

Distribución:
Alvaro Carvajal

Administración y Gerencia:
Mildrey Corrales

Colaboradores:
Eduardo Pizarro, Orlando Fals Borda, Helena Usoche, Fernando Viviescas, Alberto Corchuelo, Fabio Velásquez, Alvaro Camacho Guizado, Abel Rodríguez C., Alberto Echeverry, Olga Lucía Zuluaga, Humberto Quiceno, Mario Sequeda, Gustavo Tellez I., Patricia Calonje, Alberto Martínez B., Raúl Delgado, Jaime Rodríguez, Alvaro Cabrera, Alvaro Argote, Ismael Beltrán, José Granés, Jorge Luis Villada, Norberto Ríos, Rogelio Castaño, John Jairo Cárdenas, Juan Camilo Ruiz, Ana Lucía Sánchez, Carlos Escobar, Elizabeth Quiñones, Ligia Castro, William López, Enrique Vera, Zaira Vera, Sofía Díaz, Ebroul Huertas, Gloria Rincón, Leonardo Velásquez, Blanca Gutiérrez, Arcesio Zapata, León Darío Gil.

Colaboradores internacionales:
Eduardo Galeano (Uruguay), Jorge Enrique Hardoy, Hilda Herzer, Mario Dos Santos (Argentina), Edison Núñez (Brasil), Alfredo Rodríguez, Alex Roncenfelt (Chile), Gustavo Ríofrío, Federico Arnillas (Perú), Fernando Carrión, Jorge García (Ecuador); John Turner (Inglaterra), David Slater (Holanda), Carlos Jiménez (España).

Dirección:
Carrera 4A No. 27-62
Teléfonos 2340967 - 2822550
A.A. 10141
Bogotá, Colombia

Licencia:
No. 3868 del Ministerio de Gobierno

Composición Litográfica:
Servigraphic Ltda.

Impresión:
Editorial Litocamargo

REVISTA FORO

Fundación Foro Nacional por Colombia
Bogotá, Colombia Nº 2, Febrero 1987
Tarifa Postal No. 662

Contenido

Editorial

El Invitado Especial

3 Defensa de Nicaragua

Eduardo Galeano

Coyuntura política

10 Barco o la incertidumbre

Carlos Jiménez M.

15 Gobierno de Partido o nuevo pacto frentenacionalista?

Pedro Santana R.
Constantino Casasbuenas

24 Un nuevo pacto nacional más allá del bipartidismo

Eduardo Pizarro León-Gómez.

33 El protagonismo político de los Movimientos Sociales

Luis Alberto Restrepo

Movimientos Sociales

44 Participación y democracia:
Algo más que elegir y ser elegido

John Jairo Cárdenas

49 Los Nuevos Movimientos Sociales:

Perspectivas de transformación democrática.

James Petras

Cuestiones Urbanas y Regionales

54 La violencia en Bogotá:
La dimensión urbana de un proceso histórico.

Carlos García

62 No sólo de política vive la violencia o... lo contrario

Alvaro Guzmán
Alvaro Camacho Guizado

67 Izquierda Unida en Lima:
Gestión Urbana y Democracia

Serge Allou

73 Las elecciones recientes en Lima.

Equipo urbano CIDAP (Lima).

Cultura y Sociedad

75 Cuatro escritos de Juan Rulfo

Juan Rulfo

81 Aspectos críticos de la cultura colombiana.

Orlando Fals Borda

Educación y Pedagogía

91 Movimiento Pedagógico,
Facultades de Educación y Universidad.

Alberto Echeverry
Olga Zuluaga de Echeverry

Lecturas para Segundos

101 ...y sobrellevar las horas

Noé Luis Felipe

Hechos y Personajes

102 Año Internacional de los Sin Techo.

Cehap-Foro Nacional

Editorial

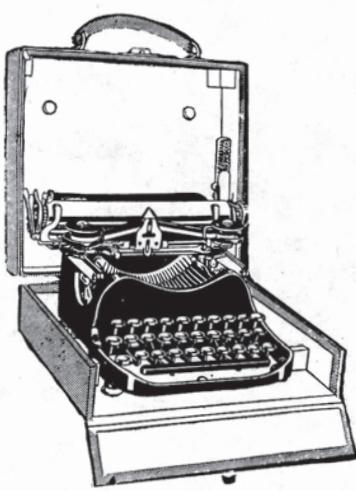
Una mirada al convulsionado año 86 revela los avances registrados por el movimiento popular y particularmente la centralización de sus expresiones organizativas: el movimiento cívico popular y el movimiento sindical.

En julio de 1986 más de 2.500 organizaciones populares de base lograron concretar sus esfuerzos de centralización y coordinación en el II Congreso Nacional de Movimientos Cívicos y Organizaciones Populares, resultado de varios años de esfuerzos unitarios, en los cuales las coordinadoras Comunal, de Movimientos Cívicos, de Campesinos, de Vivienda Popular y Comunal, junto a la Organización Nacional Indígena, los grupos ecológicos y algunos centros de investigación fueron superando dificultades y consolidando acciones comunes que demostraron fehacientemente que la unidad no sólo era necesaria sino ante todo posible.

El pluralismo ideológico, la democracia participativa y el respeto a la autonomía de las organizaciones populares demostraron ser las claves maestras para construir la unidad de los sectores democráticos y populares. La unidad apenas se inicia y contra ella atentan no sólo las dificultades propias de nuestro régimen político sino también algunas agrupaciones políticas, que movidas por un mezquino vanguardismo han creído maduro el proceso más allá de donde en realidad lo está y se han apresurado a "tomar posiciones" en los organismos de coordinación salidos del evento, reeditando una vieja práctica cuyos pobres resultados conoce el movimiento popular.

El segundo evento a que hemos hecho referencia lo constituyó el Congreso de creación de la Central Unitaria de Trabajadores, CUT. Una iniciativa tan antigua como la misma necesidad de la unidad que después de atravesar un intrincado camino logró su feliz cristalización convirtiéndose en la central más representativa del movimiento sindical colombiano, al agrupar los esfuerzos y decisión de lucha del 70% de las organizaciones sindicales del país, derrotando las manipulaciones y calumnias de las centrales patronales UTC, CTC y CGT y lo que es más importante profundizando la crisis que cargan desde tiempo atrás, sólo sostenida por el apoyo del gobierno y las transnacionales del sindicalismo amarillo.

La unidad sindical ha dejado de ser un propósito para convertirse en una realidad que reclama su cultivo e impulso responsable y creador en la seguridad de que redundará significativamente en el desarrollo del movimiento democrático y popular. La CUT se ha dotado de un programa, unas líneas de acción y unos mecanismos organizativos y de dirección pluralista y democráticos que aseguran a todos los sectores sindicales y políticos comprometidos las condiciones para desplegar todas sus iniciativas y esfuerzos tendientes a dotar al movimiento sindical clasista de certeros rumbos y conquistas.



El optimismo que despiertan estos significativos avances del movimiento democrático se ven ensombrecidos y relativizados hasta cierto punto, por el curso que han ido adquiriendo la situación política nacional y el manejo dado a ella por la administración Barco Vargas. El desbordamiento inusitado de la violencia de el más diverso origen, que va desde la provocada por la acción de las mafias de narcotraficantes y sus sicarios, pasando por la extendida delincuencia social, la violencia guerrillera y sus componentes terroristas, hasta la incontralada y cotidiana acción de las bandas paramilitares de inocultable inspiración derechista, ha configurado un verdadero síndrome de la violencia, a tal punto que se ha convertido en el problema principal que reciente la sociedad colombiana en la actualidad. El manejo dado a este problema por el gobierno revelan la ausencia de adecuadas y renovadas medidas

distintas al militarismo y la represión. Es innegable que el gobierno no muestra una línea clara entre el discurso del orden y la "pacificación a cualquier precio" y una línea de negociación y diálogo. La coerción sólo puede conducir a una polarización cuyos costos sociales y políticos aún estamos a tiempo de evitar.

El único camino posible para hacer frente a la actual encrucijada política y su manifestación más protuberante, la violencia, es precisamente el persistir en la búsqueda de soluciones políticas negociadas y la definición de una política económica y social en favor de las mayorías nacionales. Lo que está al orden del día en la situación política es si los partidos del "orden" y de la política de "tierra arrasada" y de las instituciones estatales cerradas a la participación ciudadana se imponen, o si por el contrario, se imponen quienes son partidarios de reconstruir la sociedad colombiana mediante nuevos pactos sociales y renovadas instituciones políticas, donde las mayorías decidan de cara al país y con un sistema de garantías democráticas, su destino como nación y como sociedad.

El "impasse" político y el síndrome de la violencia no podrá ser resuelto sin una decidida política de reforma democrática. Esta reforma democrática tiene que afectar los intereses de los que tradicionalmente han manejado al país tanto desde el punto de vista político como económico. El precio de la paz son las reformas democráticas. El gran interrogante aún es si el presidente Virgilio Barco se atreve a continuar con la reforma política y a iniciar la reforma económica y social. Ya veremos... Por lo pronto no hay signos alentadores.

* * * *

*El presente número de la REVISTA FORO está dedicado al examen de la actual coyuntura política del país. El artículo de Eduardo Pizarro examina el esquema de gobierno oposición a la luz de las nuevas realidades políticas del país. Su conclusión no es otra que la necesidad de un nuevo pacto social, porque el actual no satisface a las mayorías nacionales y hace agua por los cuatro costados. Luis Alberto Restrepo centra su análisis en el papel y el desarrollo reciente de los movimientos sociales en Colombia. Carlos Jiménez ubica el problema de la violencia como el principal reto que tiene que superar Barco. Esta violencia que recientemente cobró la vida del director del diario *El Espectador* y que entrecruza fenómenos complejos como la guerrilla, la delincuencia social motivada en el desempleo y el hambre y la violencia de las mafias. A lo cual se suma la violencia estatal que ya no es sólo la "legítima" sino también la de los paramilitares. El artículo de Pedro Santana y Constantino Casasbuenas examina el estado actual del llamado desmonte del artículo 120 y de las reformas propuestas por la administración Barco. Complementa el tema central un balance provisional sobre una experiencia práctica de democracia local y de oposición democrática: la alcaldía de Alfonso Barrantes en Lima Metropolitana.*

Nuestro invitado especial en este número es el escritor de las Venas Abiertas de América Latina, Eduardo Galeano. Nicaragua es el tema que nos trae en este número.

El profesor Orlando Fals Borda se ocupa de una revisión sobre el estado actual de las tendencias culturales y artísticas en Colombia. La sección cultural está complementada por una semblanza del escritor mexicano Juan Rulfo y por cuatro textos inéditos, publicados por el Suplemento CULTURAL de Diario 16 de Madrid. ●

Editorial



Eduardo Galeano.

Escritor, autor de "Las venas abiertas de América Latina", periodista, director del Semanario Brecha de Montevideo.

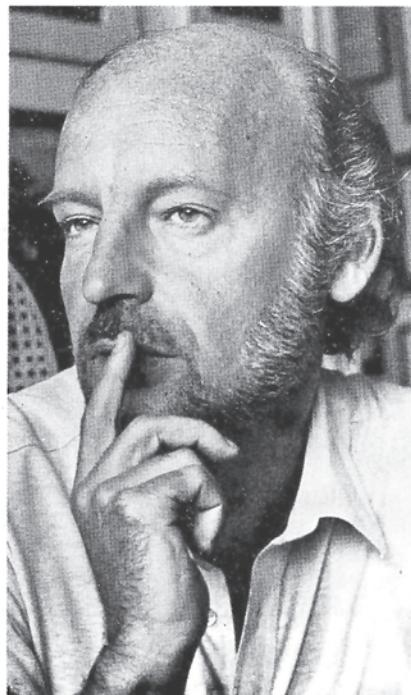
Eduardo Galeano

Defensa de Nicaragua

El acoso y el bloqueo, despiadados, crecientes, no ocurren porque en Nicaragua no haya democracia, sino *para que* no la haya. No ocurren porque en Nicaragua haya una dictadura, sino *para que* vuelva a haberla. No ocurren porque Nicaragua sea un satélite, triste peón en el tablero de las grandes potencias, sino *para que* vuelva a serlo. No ocurren porque Nicaragua difunda armas en los países vecinos, sino *para que* ya no pueda difundir ejemplo: su peligroso, contagioso ejemplo de independencia nacional y participación popular. Para aniquilar a Nicaragua es imprescindible desprestigiarla y aislarla. Los enemigos de la revolución la obligan a defenderse y después la acusan de defenderse. Quieren que Nicaragua sea no más que un cuartel: un vasto cuartel de hambrientos.

El país del no hay

Un de los jefes de la contra define a Nicaragua como *el país del no hay*; y en eso tiene razón. A la revolución le sobran dignidad, entusiasmo creador y todo lo que los millones de la contra no podrían comprar, pero le faltan máquinas y repuestos, medicamentos y ropa y lo esencial del plato de cada día: aceite, arroz, fríjoles, maíz. Todo el mundo protesta, y a viva voz. Las penurias económicas continuas provocan desaliento y dilapidan energías. La guerra ha llegado a la mesa y al último rincón de



Eduardo Galeano

"El autor siente la alegría de elegir y confiesa ser uno de esos anticuados que todavía creen que esa alegría da sentido a la misteriosa aventura del bicho humano en este mundo".

cada casa. En espera de los alimentos racionados, se hacen colas desde el amanecer. Se requiere toda una bolsa de billetes para comprar no más que un puñado de cosas en el mercado negro. Dos días por semana no hay agua en la capital, Managua, una de las ciudades más calientes del mundo, condenada por el clima a la sed incansante. Los apagones son frecuen-

tes. Los teléfonos, muy escasos, no funcionan: cuando el número que contesta es el número discado, el hecho se considera milagro.

No hay fertilizantes, pongamos por caso. Y cuando se consiguen, no hay avionetas para fumigarlos. Y si se inventan de alguna manera los repuestos necesarios para que las avionetas rotas se echen a volar, entonces resulta que la guerra impide cosechar el algodón en esas tierras fertilizadas. La guerra: los invasores vuelan puentes, ametrallan campesinos, incendian cosechas, minan puertos, emboscan caminos, destruyen escuelas y centros de salud. Y son pinzas de la misma tenaza el bloqueo comercial de los Estados Unidos, metrópoli ofendida, y el cerco financiero de muchos gobiernos, de los organismos internacionales de crédito y de la gran banquería, que bien habían regado de dinero a la dinastía Somoza desde que los "marines" la pusieron, hace medio siglo, en el trono.

A todo esto hay que agregar, y no es lo de menos, los errores que los revolucionarios cometan. Inevitables y numerosos son los errores de un país colonial cuando se lanza a convertirse en país de verdad y se para sobre sus pies y se echa a andar, a los tropezones, sin muletas imperiales. Al fin y al cabo, bien se sabe que el subdesarrollo implica toda una tradición de ineficacia, una herencia de ignorancia, una fatalista aceptación de la impotencia como destino inevitable. Es muy difícil salir de esta trampa. No imposible; y hoy por



2

hoy, en los vastos y atormentados suburbios del mundo capitalista, otras patrias están también cumpliendo la hazaña de nacer, a pesar del voto impuesto por sus dueños. No imposible, digo; pero muy difícil.

Una invasión cotidiana

Esamos en vísperas de una invasión a Nicaragua? Suenan y resuenan los clarines de alarma, anunciando la inminente intervención militar de los Estados Unidos. El mundo contesta con más palabras que hechos. La solidaridad se declara más de lo que se practica. La retórica de las declaraciones disimula mal la creciente indiferencia. No mentimos al decir que Nicaragua no está sola, pero decirlo no alcanza. La promesa de la solidaridad *para el caso* de que una invasión ocurra y la denuncia de la amenaza de una intervención, bien pueden resultar decorosas maneras de encogerse de hombros ante el cotidiano sacrificio de este pueblo tan digno y desamparado. Porque ya no se trata de estar alertas en espera de una posible invasión, una posible intervención: *Nicaragua está siendo invadida todos los días*, todos los días paga un horrible precio de sangre y fuego, y la descarada intervención de los Estados Unidos, recientemente oficializada por la votación de los cien millones, rompe los ojos.

Los Estados Unidos han dado orden de asfixia. A la invasión militar, programada, financiada y dirigida abiertamente por ellos, se suma la sentencia de soledad que han dictado contra Nicaragua casi todos los paí-

ses occidentales, y el Estado de Sitio al que la someten, para rendirla por hambre, los mercaderes y los banqueros.

La estrategia imperial

Desde que se vio más o menos claro que la revolución sandinista iba en serio, y que se proponía romper la camisa de fuerza del capitalismo neocolonialista, el sistema decidió aniquilarla. Pero si aniquilarla no es posible, porque implicaría el exterminio de la mayoría de la población, el sistema quiere, al menos, deformarla. Deformar la revolución sería, al fin y al cabo, una manera de aniquilarla: *deformarla hasta tal punto que ya nadie se reconozca en ella*. Si sobrevive, que sobreviva mutilada, y mutilada en lo esencial.

La continua agresión obliga a la defensa y la defensa, en una guerra así, guerra de vida o muerte, guerra de patria o nada, tiende a una progresiva militarización de la sociedad entera. Y a su vez, esa militarización actúa objetivamente contra los espacios de pluralidad democrática y creatividad popular. Las estructuras militares, verticales, autoritarias por definición, no se llevan bien con la duda y mucho menos con la discrepancia. La disciplina, necesaria para la eficacia, está en objetiva contradicción con el desarrollo de la conciencia crítica, necesaria para que la revolución no se convierta en su propia momia. Además, la concentración de recursos en seguridad interior y defensa nacional, que devoran el cu-



3

"Nos obligan a morir y nos obligan a matar, ha explicado Tomás Borge, fundador del Frente Sandinista. La resistencia armada ante la agresión revela dolorosamente la dignidad colectiva de un pueblo obligado desde fuera a la violencia".

renta por ciento del presupuesto y se llevan la mitad de lo que el país produce, paraliza los formidables proyectos de transformación de la realidad que la revolución había puesto en práctica en salud, educación, energía, comunicaciones...

La estrategia imperial que empuja a la militarización, revela su sentido a través de una poderosa campaña internacional de propaganda. Un bombardeo de mentiras acompaña la embestida militar y económica. Por los cuatro puntos cardinales del mundo se difunde, una vez más, la truculenta historia de otra revolución que traiciona a la esperanza. La propaganda viste el disfraz del desencanto. Alivio de los cínicos, consuelo de los desertores, coartada de los egoístas: que nadie se tome la molestia de creer que el cambio es una aventura posible. Que los pueblos del llamado Tercer Mundo, víctimas y testigos de decisiones ajenas, no se hagan la ilusión de creerse protagonistas; también sus jefes revolucionarios les niegan el pan y los llevan de la oreja. A la vista está, comprueba la propaganda: los movimientos anti-imperialistas y las revoluciones sociales asesinan la libertad en nombre de la justicia, y niegan desde el poder la democracia que prometen desde el llano. Los países pobres están, pues, condenados: sólo pueden salir de una dictadura para caer en otra, sólo pueden elegir entre un campo de concentración y otro campo de concentración. Y dice y redice la máquina de mentir: los bien intencionados del Tercer Mundo no extravían el rumbo por culpa del acoso imperialista, sino por obra de la perfidia rusa y de la irresistible tentación estalinista, que fatalmente conduce al "gulag" a todas las revoluciones que en el mundo son o han sido.

Los obligan a morir y a matar

Que nadie se confunda. El pueblo nicaragüense protesta, y a viva voz, por todo lo que falta, las muchas cosas que faltan, pero no ignora todo lo que tiene, los derechos y las esperanzas que por primera vez en su historia tiene, y por ellos pone el pecho a la balas. Se bate por legítimo derecho de defensa, y no por vocación, ni por

dinero, ni por afán de territorios, ni por voluntad de poder.

Nicaragua dedica el cuarenta por ciento de su presupuesto a defensa y policía, pero Nicaragua está en guerra contra la primera potencia del mundo. El Uruguay, democracia respetada, destina el mismo porcentaje a su gente de uniforme, mucho menos numerosa que las nutridas filas de las milicias y el ejército popular de Nicaragua. Y que se sepa, ninguna potencia extranjera está invadiendo al Uruguay ni amenazándolo desde la frontera. El peso relativo de las fuerzas armadas de un país no puede valorarse sino en función de sus fines.

cia. El hecho de que haya trescientos mil nicaragüenses, militares y militiamanos, armados de fusiles, algunos a cambio de magro sueldo y la mayoría a cambio de nada, demuestra que esta rara tiranía sandinista *no teme armar al pueblo que, según afirma el enemigo, ansía derribarla*.

Mil y una vez nos dicen que Nicaragua tiene la culpa de la lucha armada en América Central. So pretexto de defenderse, nos dicen, Nicaragua agrede. Sin embargo, ni una sola prueba seria se ha exhibido hasta ahora para demostrar que Nicaragua abastece a los guerrilleros de El Salvador o Guatemala. Acosada por mar, aire y tierra, espionada desde navíos, aviones y satélites, controlada por instrumentos de alta tecnología que permiten fotografiar un mosquito en el horizonte, ¿cómo es posible que Nicaragua pueda enviar balas o combatientes a países que ni siquiera están al lado?

En cambio, los Estados Unidos utilizan descaradamente el territorio de Honduras como base de entrenamiento y plataforma de lanzamiento de los invasores a sueldo, y es notorio que los militares hondureños participan de las operaciones de agresión a Nicaragua. Costa Rica también es un santuario de la contra, aunque con el disimulo que corresponde a su tradición pacata —sí pero no, sí pero más o menos, sí pero que no se note—. Honduras y Costa Rica, que acusan a Nicaragua, violan sistemáticamente el principio de no intervención en los asuntos internos de su golpeada vecina.



Una cosa son las armas para vigilar al pueblo; otra, las armas en manos del pueblo que vigila.

"Nos obligan a morir y nos obligan a matar", ha explicado Tomás Borge, fundador del Frente Sandinista. La resistencia armada ante la agresión revela dolorosamente la dignidad colectiva de un pueblo *obligado desde afuera a la violencia*. Y si bien es cierto que la ley de la guerra impone un inevitable verticalismo, y en las trincheras las órdenes ocupan el lugar de las explicaciones, no menos cierto es que el pueblo armado constituye una prueba de democracia.

La sombra y el hueso

No hay gobierno de las Américas o Europa, democracia o dictadura, democradura o dictaduría, que no se sienta autorizado a proponer, discutir y quizás imponer alguna *solución para el problema* de Nicaragua, que es como decir *el problema* de América Central. Da la impresión de que, al emprender la transformación de Nicaragua, la revolución sandinista hubiera provocado un imperdonable cataclismo. Quien desafía a los poderosos, viola peligrosamente la ley del equilibrio universal: si no fuera por Nicaragua, América Central gozaría de perfecta paz y felicidad, o

por lo menos se dejaría de perturbar el buen orden del mundo. *Nombrar el cambio* está permitido, y hasta proclamarlo a gritos puede resultar necesario; pero *hacer el cambio*, transformar la realidad, escandaliza a los dioses.

A Nicaragua todos le toman examen de democracia. Al presidente Reagan, por ejemplo, no le han parecido dignas de crédito las elecciones que confirmaron, por amplia mayoría de votos, a las actuales autoridades de Nicaragua. Quizás él alberga la esperanza de que Nicaragua vuelva a tener elecciones verdaderamente libres, como aquella que organizó el brigadier general Frank Ross McCoy, del ejército de los Estados Unidos. El 4 de noviembre de 1928, los militares norteamericanos revisaron y aprobaron los registros electorales y formaron y presidieron cada una de las mesas de votación. El general McCoy, que había sido designado por el presidente de los Estados Unidos para el cargo de director del Consejo de Elecciones de Nicaragua, se ocupó de contar los votos. Curiosamente, en esa ocasión resultó triunfante el candidato que los Estados Unidos preferían.

Resulta cómico e indignante que hagan eco a Reagan algunos políticos profesionales de América Latina, erigidos en fiscales de la democracia nicaragüense. Como todo el mundo sabe, en América Latina hay costumbre de manipulación y fraude. Hasta las más feroces dictaduras han sabido lucir elecciones periódicas, celebradas bajo estado de sitio, para fabricar parlamentos donde los legisladores de la oposición ponen el toquecito decorativo indispensable. Con o sin dictadura, en la mayoría de los países latinoamericanos la gente vota pero no elige, y las ceremonias de la vida política oficial se proyectan como mentirosas sombras chinas sobre el trasfondo de una realidad social atrozmente antidemocrática.

Haciendo piso a la democracia

Los opositores honestos, que los hay, tendrían que reconocer, al menos, que en estos siete años la revolución sandinista ha hecho lo posible y lo imposible por *echar las bases de justicia y soberanía necesarias para que la democracia no sea un castillo en*

el aire, un formal impuesto que se paga a la hipocresía reinante, una tomadura de pelo al pueblo que nada tiene y nada decide. Porque todo anda patas arriba en estos años difíciles, los funcionarios no funcionan y los transportes no transportan, la producción es una locura y la distribución un manicomio, pero los hechos dicen:

—Que Nicaragua acabó con la poliomielitis y redujo las otras enfermedades, que vacunó a la población entera y que abatió la mortalidad infantil, de tal manera que *ahora vive uno de cada tres de los niños que antes morían a poco de asomarse al mundo*.

—Que por primera vez en su historia alfabetizó a la población, y no sólo a la población de lengua castellana; que alfabetizó en lenguas indígenas y en inglés a cincuenta mil personas. Que Nicaragua era un país de analfabetos y ahora *uno de cada tres nicaragüenses* está estudiando.

—Que desde la caída de Somoza, Nicaragua *ha repartido más tierras que todos los demás países centroamericanos juntos*, a través de una reforma agraria prudente pero verdadera, que se ha limitado a expropiar las tierras que no producen y las que pertenecían a la dinastía reinante. Se han entregado cerca de dos millones de hectáreas a cien mil familias.

El pueblo era muy pobre y sigue siendo muy pobre. Pero algo, algo esencial, ha cambiado. Ahora, por primera vez *hace*, y por primera vez *cree en lo que hace*.

Sólo el desarrollo de la conciencia revolucionaria, y la cotidiana confirmación de la dignidad nacional ante un enemigo que la niega a balazos, pueden explicar el insólito proceso de discusión del nuevo texto constitucional, que ha tenido lugar a lo largo de este último período. En plena guerra, y a pesar de las dificultades notorias de organización, *cien mil nicaragüenses han discutido el anteproyecto de Constitución elaborado por el Frente Sandinista y otros cinco partidos políticos*. La nueva Constitución no se cocina a espaldas del pueblo. En setenta y dos cabildos abiertos, en todo el país, se expusieron los más diversos puntos de vista, sin que a nadie se le ocurriera confundir la divergencia con herejía ni la duda con debilidad, y se propusieron mil quinientas enmiendas al anteproyecto.



5

A todo esto hay que agregar, y no es lo de menos, los errores que los revolucionarios cometan. Inevitables y numerosos son los errores de un país colonial cuando se lanza a convertirse en país de verdad y se para sobre sus pies y se echa a andar, a los tropiezos, sin muletas imperiales. Al fin y al cabo, bien se sabe que el subdesarrollo implica toda una tradición de ineficacia, una herencia de ignorancia, una fatalista aceptación de la impotencia como destino inevitable.

Los cabildos contaron, y hay que subrayarlo, con muy amplia participación femenina. El machismo sigue vivo, faltaba más, vivo pero no vivo y coleando: últimamente se lo ve de capa caída, bastante venido a menos, mientras las mujeres van perdiendo, poco a poco, día a día, el miedo de opinar y el miedo de todo lo demás. Numerosas y furiosas voces femeninas se alzaron en los cabildos contra la herencia de las viejas leyes y de los códigos caducos: ya no estan fácil tratar impunemente a las mujeres como bestias de carga o débiles mentales.

Durante los últimos años de la dictadura de Somoza, algunas mujeres ganaron, en buena ley, puestos de dirección en la lucha guerrillera. Actualmente hay mujeres en el gobierno sandinista, en los niveles de más alta responsabilidad: pocas mujeres, en relación con las muchas que merecerían estar por méritos y talentos, pero Nicaragua es, por ejemplo, uno de los raros países del mundo donde una mujer encabeza la policía. Doris Tijerino, que había sido torturada y violada por la policía de Somoza, es la jefa nacional de las fuerzas policiales. Por primera vez en la historia nicaragüense, hay una mujer en ese cargo; y por primera vez hay unas fuerzas policiales que no torturan ni violan.

La independencia nacional

Nicaragua está librando una guerra de descolonización.

El presidente de los Estados Unidos y el Papa de Roma, que se consideran con derecho a sentar a Nicaragua en el banquillo de los acusados, deberían empezar por pedirle disculpas o callarse la boca. Fueron los militares norteamericanos invasores quienes fabricaron al primero de los Somoza, en los años veintes, y en los treintas lo instalaron en el trono para perpetuar la ocupación colonial. El virrey Somoza, fundador de la dinastía que tanto humilló a Nicaragua, recibió de los Estados Unidos incesantes condecoraciones y del Vaticano bendiciones no menos incesantes, y fue finalmente enterrado con honores de príncipe de la Iglesia.

Ocurre que Nicaragua se está negando a seguir siendo una caricatura de país y la guerra castiga su insolente

desafío. Sólo en función de esta lucha por la liberación nacional, sólo a la luz de esta guerra defensiva, pueden entenderse ciertas medidas del gobierno sandinista. Este es el caso de la suspensión del diario "La Prensa". Bien puede uno preguntarse qué hubiera ocurrido, allá por 1776, en plena guerra de independencia de los Estados Unidos. ¿Hubiera podido publicarse libremente algún órgano de propaganda del Imperio Británico en Boston o Filadelfia o cualquier otra ciudad recién nacida a la vida libre? ¿Hubieran tenido plena libertad de expresión los enemigos de la causa patriota?

Los políticos y periodistas norteamericanos que encabezan la actual campaña contra Nicaragua, no hacen nada más que difundir los mismos viejos venenos que otros políticos y periodistas norteamericanos habían fumigado por el mundo en la época de Sandino. Así echan una espesa cortina de humo sobre un proceso que, al fin y al cabo, reivindica el derecho de respirar libremente, sin pedir permiso a la metrópoli. Cuando el pequeño ejército loco de Augusto César Sandino se alzó contra la ocupación colonial, "The Washington Herald" y otros diarios norteamericanos llamaron a Sandino *agente bolchevique* y denunciaron que actuaba a las órdenes de México y al servicio de la expansión soviética en América Central. México era la Cuba de entonces: el presidente Calles había aplicado unos intolerables impuestos a las empresas petroleras norteamericanas, de modo que los manipuladores de la opinión pública lo señalaron como hombre de Moscú y lo eligieron como chivo emisario de la crisis centroamericana de aquel entonces. Algunos órganos de prensa de los Estados Unidos acusaron al presidente mexicano Calles de enviar armas y propaganda a Nicaragua, por intermedio de los diplomáticos de la embajada soviética, y en 1928 el gobierno de los Estados Unidos advirtió oficialmente que no permitiría que soldados rusos y mexicanos implantaran "el Soviet en Nicaragua".

Las agencias United Press y Associated Press se ocupaban de confirmar al mundo, a través de sus noticias, la validez de estas acusaciones y temores. Sus correspondientes en Managua eran dos norteamericanos, de-



signados por los bancos acreedores de los Estados Unidos para manejar las aduanas nicaragüenses: Clifford Ham, de la United Press, y Irving Lindbergh, de la Associated Press, dedicaban la mitad de la jornada a usurpar a Nicaragua sus ingresos aduaneros, y la otra mitad a redactar infamias contra un bandolero llamado Sandino, que recibía de México las armas y de Moscú las consignas para acabar con Occidente.

Nada de nuevo tienen, pues, las similares maniobras de desvío que hoy por hoy aplican, contra Nicaragua, la Casa Blanca, las grandes agencias de información y los más poderosos medios de comunicación.

Ni todas las máscaras de carnaval

Nicaragua integra el Tercer Mundo. Los nicaragüenses son, por lo tanto, *gentes de tercera*. Desde el punto de vista de los fabricantes de opinión, no merecen respeto: *las gentes de tercera están condenadas a copiar; tiene derecho al eco pero no a la voz*. Para los voceros de una estructura internacional de poder que marginá y desprecia a la mayoría de la humanidad, un proceso revolucionario en un país como Nicaragua sólo puede atribuirse al afán expansionista de la Unión Soviética. La dignidad nacional y la justicia social, la jodida historia de un país ocupado y de un pueblo explotado, no son más que pretextos, coartadas, señuelos para tontos. Cuanto ocurre en Nicaragua se reduce a la geopolítica de los bloques, es una jugada del Este contra el Oeste: culpa de Moscú, que mete la nariz donde no debe y altera, así, el precario equilibrio de fuerzas que garantiza la paz mundial. Los contras no son, pues, meros mercenarios a sueldo, que actúan por la restauración del pasado colonial y de una destronada dinastía; no son Business Fighters sino Freedom Fighters, héroes de una civilización amenazada, la civilización occidental, que en vísperas del Apocalipsis se encomienda a Dios y a los Rambos que puede pagar.

Ni todas las máscaras de carnaval alcanzan para ocultar tanta hipocresía. Quienes niegan a Nicaragua el pan y la sal, la acusan de recibirlos. Los

Estados Unidos fueron el primer país al que Nicaragua recurrió en busca de créditos comerciales, ayuda al desarrollo y armas para defensa. Recibió un portazo en las narices. Actualmente, ya cortados los créditos petroleros de Venezuela y México, Nicaragua depende de la Unión Soviética y de los demás países del Pacto de Varsovia, para abastecerse de petróleo y armas. Gracias a las armas y al petróleo, sobrevive. No consigo entender qué tiene de condenable esta ayuda a un proceso de liberación nacional, ni consigo entender por qué la aceptación de la ayuda habría de convertir a Nicaragua en satélite de Moscú. En todo caso, los nicaragüenses son los primeros interesados en diversificar las fuentes de asistencia económica, que bien poca resulta en relación con las necesidades, y tienen clara conciencia de que la concentración puede implicar el peligro de los precios políticos. Ellos siempre han querido abrir el juego; pero a nivel de los gobiernos de Europa Occidental y de América Latina, las respuestas solidarias se hacen cada vez menos frecuentes en relación con la creciente indiferencia, hostilidad y egoísmo. Quienes condenan la ayuda soviética en nombre de la independencia, mejor harían en trabajar porque otras ayudas amplíen los espacios de libertad de esta joven revolución acosada.

La revolución, obra de creación, no quiere aplicar el modelo soviético ni ningún otro modelo. Ni siquiera el modelo cubano. Los modelos ajenos sobre la realidad propia, terminan actuando como camisas de fuerza: se proponen liberarla y acaban apresándola. Quizás Nicaragua no estaría viva, hoy día, de no ser por el ejemplo y la generosidad de Cuba, cuya mano solidaria llega más allá de todas las estadísticas habidas o por haber; pero como bien ha dicho Sergio Ramírez, los sandinistas no quieren hacer otra Cuba sino otra Nicaragua.

La satanización necesaria

Mientras el presidente habla, desde Washington, por televisión, el mapa de las Américas se va tiñendo de rojo. Nicaragua se derrama como un torrente de sangre: se apodera de América Central y de México y luego entra en Texas y sube, sube, no hay



quién la pare... ¿Llegará al galope el gran jefe de los Carapálidas, a la cabeza del Quinto de Caballería? Tú-turutú, tú-turutú, pum, bang, crash: ¿se estrellarán los invasores rojos contra este rocoso guardián de la democracia? Hélo ahí, primer plano, hay preocupación y fuerza en su rostro marcado por la experiencia: Ronald Reagan pide que lo dejen actuar, que todavía estamos a tiempo, que muy poco tiempo queda, y denuncia una escalofriante lista de horrores que los sandinistas cometan.

Al día siguiente del "show", una parte muy minoritaria de la opinión pública de los Estados Unidos se enteró de los numerosos desmentidos al discurso del presidente: no, no hay ninguna evidencia de que los sandinistas trafiquen con drogas, desmiente la oficina federal especializada; no, no fueron los sandinistas quienes quemaron la sinagoga de Managua, desmiente el Gran Rabino de Nueva York...

Para la mayoría de los norteamericanos, Nicaragua no es invadida sino invasora; no la advierten como una pobre colonia queriendo ser país, sino como una misteriosa y peligrosa potencia, amenazante, al acecho en la frontera. Pocos, muy pocos norteamericanos han estado allí y han visto la realidad: *que en toda Nicaragua hay un rascacielos, cinco ascensores y una escalera mecánica (que no funciona desde hace más de un año), que los nicaragüenses son menos numerosas que los habitantes del barrio de Brooklyn, en Nueva York, y que por culpa del hambre y las pestes viven veinte años menos que cualquiera que haya nacido en los Estados Unidos.*

En su afán de desprestigar a Nicaragua, Ronald Reagan llegó al extremo de convertirse, súbitamente, a la causa indigenista. Ya había matado muchos indios en las películas, y se había consagrado presidente de una nación que ha matado muchos más en la realidad, cuando descubrió que existían los indios de Nicaragua. Entonces decidió usarlos como carne de cañón en el frente militar y en el frente publicitario. Mientras los sandinistas alfabetizaban a los indios en sus lenguas, hecho jamás visto en Nicaragua y pocas veces visto fuera de Nicaragua, algunos de sus jefes principales se vendían, a cambio de cosas o a cambio de la promesa de formar país

aparte, y empujaban a sus hombres a la guerra. Por una de esas trágicas ironías frecuentes en la historia de las Américas, numerosos indios de Nicaragua, desde siempre condenados al desprecio y al olvido, han caído, en estos años, peleando contra el primer gobierno que los reconoció personas. Mientras tanto, voceros oficiales de los Estados Unidos acusaban al gobierno sandinista de encerrar a los indios en campos de concentración y difundían fotografías de una de sus matanzas. La cantidad de indios presuntamente aprisionados resultó tres veces mayor que el total de indios que existen, y las fotografías resultaron ser de sandinistas asesinados por la policía de Somoza.

Más recientemente, hubo un escándalo mundial cuando los miembros de la jerarquía católica fueron expulsados de Nicaragua, por predicar las mentiras de Reagan como si fueran la voluntad de Dios. Con toda razón, el presidente Ortega señaló que los medios masivos de comunicación han dicho poco o nada sobre los ciento treinta y ocho sacerdotes asesinados y los doscientos sesenta y ocho sacerdotes secuestrados, en América Latina, desde 1979, y que nada de nada han dicho sobre el hecho, también elocuente, de que ni un solo sacerdote ha sido asesinado ni secuestrado en Nicaragua en estos siete años.

A propósito del incesante torrente de acusaciones de Reagan, que los fabricantes de opinión venden al mundo como verdades reveladas, Tomás Borge comentó que, de aquí a poco, Nicaragua será también responsable del sida y de la devaluación del dólar. *Ocurre que Reagan necesita satanizar a Nicaragua para justificar la economía de guerra en los Estados Unidos.* Las fantásticas inversiones en gastos militares proporcionan a la economía una sensación de prosperidad, y a los ciudadanos una sensación de poderío, pero requieren una espectacular operación publicitaria de sustentación. Nicaragua y Libia brindan las coartadas de turno. Daniel Ortega y Moamar Gaddafi hacen el papel de los más malos en una película llena de muchos otros malos que arrojan flechas y aullan alrededor de la Gran Diligencia, cargada de biblias y dólares. Esa película se exhibe día y noche a las concien-

cias de Occidente, para que el negocio armamentista se convierta en necesidad natural. Hasta las estrellas han de ser militarizadas, deciden los Estados Unidos, para hacer frente al peligro terrorista. A la mera casualidad debe atribuirse la coincidencia de nombres entre esta nación y la nación recientemente condenada, en el Tribunal Internacional de La Haya, por sus acciones terroristas contra Nicaragua, que practica el terrorismo como derecho imperial y que fabrica y exporta el terrorismo de Estado, en industrial escala, bajo la marca registrada doctrina de la seguridad nacional.

Un sistema criminal

C omete pecado de irresponsabilidad o disparate quien osa llamar a las cosas por su nombre. Un niño ha revelado que el rey está desnudo. El rey es el todopoderoso sistema que organiza el despojo en el mundo, y que a través del intercambio desigual y la extorsión financiera hace posible que los Estados Unidos, que tienen el cinco por ciento de la población mundial, usurpen y dilapidén la mitad de los recursos del planeta. La historia de ese sistema, historia del capitalismo, es la historia del canibalismo. Es un sistema criminal. Algo así dice la Biblia, que con tanta frecuencia gusta citar el presidente Reagan, en un pasaje que Reagan nunca cita: "El pan de los pobres es su vida. Quien se los quita, se mancha de sangre" (Eclesiástico, 34-21). Contra ese sistema se están alzando las víctimas, en estos tiempos de grandes rebeliones, "porque es mejor morir combatiendo que estarnos mirando las desdichas de nuestra nación" (Macabeos, 3. 59).

Nicaragua no busca muros para esconderse, pero necesita escudos para defenderse. Estas palabras, que nada tienen de neutrales, quisieran ayudarla, aunque sea un poquito. Ahora se han puesto de moda la ambigüedad y la niebla, y tomar partido se considera prueba de estupidez o mal gusto; pero el autor siente la alegría de elegir y confiesa ser uno de esos anticuados que todavía creen que esa alegría da sentido a la misteriosa aventura del bicho humano en este mundo. ●

Carlos Jiménez M.
Periodista colombiano, redactor de la revista TIEMPO, de Madrid, España.

Carlos Jiménez M.

Barco o la incertidumbre

8



Virgilio Barco Vargas
Entre el desconcierto y el excepticismo.

El momento en cambio es el de ensayar soluciones políticas. O de volverlas a ensayar: al fin de cuentas el gobierno de Belisario Betancur es un antecedente significativo en este terreno. Soluciones políticas no frente-nacionalistas sino verdaderamente democráticas, capaces por su contenido popular de construir un amplio consenso social en torno a las medidas indispensables para erradicar la violencia. Barco quizás esté todavía a tiempo de intentar esta vía. E intentarlo asumiendo los puntos de un programa democrático mínimo que la propia evolución política del país ha puesto sobre el tapete en los últimos años.

La aclaración de qué es realmente el gobierno de Virgilio Barco tiene que empezar en el esclarecimiento de su imagen. Imagen paradójica evidentemente, de marcha atrás, de avance hacia el pasado, de regreso de un pasado tan preciso como imaginario: la República Liberal. Que regresa como efecto de la ruptura de los pactos bipartidistas que caracterizaron al Frente Nacional, producida no se sabe bien si del deseo de los conservadores de cobrarse el sabotaje sistemático de los liberales a las iniciativas de Belisario Betancur o del propósito deliberado de los liberales de actuar con manos libres. Y cuyo regreso parece confirmado por numerosos síntomas. El presidente de la república es otra vez un señor liberal de las buenas familias, formado en el extranjero, blanco, rico y culto, con poca o ninguna relación como tipo humano con "advenedizos" como Turbay Ayala o Belisario Betancur. El Parlamento ha confirmado una vez más su mayoría liberal. *El Tiempo* no sólo ha recuperado su antiguo lugar de preeminencia ante la opinión pública, sino que por primera vez en muchos años, el candidato presidencial de su confianza se ha convertido en presidente. Germán Arciniegas dirige con éxito la Cátedra América en la Universidad de los Andes, convencido de que la fórmula América para los americanos es una declaración de independencia continental y no la fórmula de la propiedad de la una por los otros. Y Carlos Lleras Restrepo, el único de los políticos ahora activos que se hizo en la República Liberal, se ha convertido en una suerte de guía espiritual del gobierno, si hemos de atenernos a la sola comparación de los editoriales programáticos de Nueva Frontera con la declaración de in-

tenciones del gobierno de Barco contenida en el libro "Hacia una nueva Colombia".

La pregunta que sigue a esta situación se puede desdoblar así: "¿Es la sola repetición de su aspecto formal, esto es de gobierno liberal, mayoría parlamentaria liberal y ausencia de compromisos políticos explícitos con los conservadores? ¿O es algo más? ¿Retorno de lo reprimido, por ejemplo, para emplear una célebre fórmula que Sigmund Freud utilizaba a su vez para designar aquello que vuelve en los chistes o en los sueños? Y si es reprimido lo que con la república liberal de Barco vuelve, ¿vuel-



9



10

El orden público es el primer desafío que tiene ante sí el gobierno de Virgilio Barco. Y tendría que añadir que en cierto sentido es el único, por cuanto en el síndrome de la violencia hallan expresión los problemas verdaderamente importantes de ese país. Expresión que por su forma extrema, equiparable a las luces rojas de advertencia encendidas en los tableros de mando, anuncia el estado crítico en el cual se encuentran actualmente esos problemas.

ven el habeas corpus, el federalismo, la escuela laica, el divorcio, la crítica del militarismo, la reforma agraria, el intervencionismo del Estado en la economía? En cambio es posible afirmar que las definiciones de Barco, político de la incertidumbre, llegarán pronto, forzadas por los graves desafíos que tiene plateados ante sí su gobierno.

El reto de la violencia

El primero de esos desafíos es el llamado de orden público. Es el más grave, el más urgente, el que ocupa, según han señalado las encuestas de opinión, el primer lugar en las preocupaciones de la ciudadanía. Y es un desafío complejo, compuesto por lo menos por tres formas distintas de violencia.

La primera es franca y abiertamente política. Se trata de la lucha guerrillera, realizada o por lo menos defendida, por las organizaciones agrupadas en la llamada Coordinadora Nacional Guerrillera y por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Representa un desafío directo a una de las condiciones básicas de existencia del Estado: el monopolio de las armas atribuido al Ejército. Y la explicación de su existencia divide crucialmente al país. Las organizaciones guerrilleras la justifican calificándola de respuesta legítima a una situación en la cual el bipartidismo, el Estado de Sitio y la militarización de la justicia y de la vida civil, impiden a las mayorías populares expresarse libremente y luchar eficazmente contra las raíces sociales y políticas de su miseria. Belisario Betancur se acercó a esta posición con la teoría de que la violencia política tenía causas objetivas y subjetivas, y que por consiguiente no era realista pensar que se podían suprimir definitivamente los factores subjetivos sin actuar enérgicamente sobre los factores objetivos. La cúpula militar en cambio, ha tendido a calificar el problema de una manera completamente opuesta. Por ejemplo, el general Fernando Landazábal Reyes no niega la existencia de factores objetivos y subjetivos en la violencia política, sólo que para él el vínculo entre los unos y los otros es completamente perverso. Donde los guerrilleros ven una limpia justificación de sus actos él ve una torva manipulación. Una manipulación de los problemas reales del país realizada fríamente y en su exclusivo provecho por bandidos o por agentes del comunismo internacional, empeñado según cree Landazábal Reyes y repite Ronald Reagan, en un plan de dominación mundial.

Pero si los diagnósticos de la violencia política son materia de división, lo son igualmente las propuestas de solución de la misma. Y lo son a tal punto que dividen incluso a los guerrilleros. Porque entre ellos hay quienes piensan que la falta de democracia característica del régimen político imperante en Colombia sólo puede resolverse con una revolución popular, capaz de derrocar a las clases sociales actualmente dominantes y de suprimir su Estado. Y hay quienes piensan que todavía no ha madurado la hora de ese objetivo ambicioso, y que por ahora la única política posible es la de llegar a una suerte de compromiso histórico con quienes en el seno de las clases dominantes, apremiados por la gravedad de una situación que ha terminado por

afectar sus propios intereses, estan dispuestos a hacer concesiones y a permitir una auténtica apertura democrática. La política de Belisario Betancur tendió en principio a alimentar esta expectativa de compromiso. Y se tradujo en logros como la tregua o el proyecto de elección popular de alcaldes, que en sus términos originales es el primer intento serio realizado por el bloque dominante de avanzar hacia la descentralización política y de estimular la participación ciudadana.

La propuesta de solución a la cuestión guerrillera adoptada hasta ahora por la cúpula militar es por decir lo menos tajante. Su paradigma es el asalto al Palacio de Justicia y su doctrina podría condensarse así: "Si la guerrilla viola la ley palo sin contemplaciones a la guerrilla", así esas contemplaciones sean contemplaciones de la ley.

Ahora bien, estas divergencias sobre el diagnóstico y la solución de la cuestión guerrillera pueden dar lugar a debates de muy diverso tipo pero sólo pueden resolverse con decisiones políticas. Las mismas que el gobierno de Barco dilata dejando con su omisión hacer a una cúpula militar que cada día pide más dinero y más armas para seguir adelante con una guerra que hasta ahora ha sido incapaz de ganar. Es cierto que la mayoría de los dirigentes históricos del M-19 está muerta, pero Carlos Pizarro y su columna siguen activos. El P.C. (m-1) tiene prácticamente intacto su equipo de dirección y ha expandido las zonas de su influencia política. El E.L.N —el mismo que rechazó la tregua—, ha crecido. Y las F.A.R.C. ven crecer su crédito político con cada nueva operación militar en contra de sus reductos.

La ciudad como pesadilla

La otra forma de violencia es la llamada inseguridad ciudadana. Su paraíso o su infierno son las grandes ciudades, en especial Bogotá y Medellín. El problema de Cali como se sabe es otro, por su conexión inmediata con los conflictos políticos. Esta es la violencia de los atracos, los robos, los secuestros, los asesinatos por cualquier motivo, cuya multiplicación incontrolada tiende a convertir en una pesadilla la vida en las ciudades. Carece todavía de un diagnóstico satisfactorio, aunque los comunistas insistan en que su explicación está en el desempleo explosivo que entre

abierto y disfrazado afecta a la cuarta parte de la población económicamente activa. Y aunque pueda añadirse que en la aparición de esta forma de violencia cuenta una cierta crisis de la ética del trabajo a la cual no es ajena la Iglesia oficial, encasillada hoy más que nunca en una concepción contrarreformista de su tarea. En cualquier caso lo que sí es seguro es que esta violencia por su magnitud ha dejado de ser un mero asunto de policía y se ha convertido en un problema político de primer orden. Capaz incluso de levantar una requisitoria no por callada menos perentoria contra un gobierno incapaz de garantizar la vida y los bienes de todos los ciudadanos.

Los militares, también con la iniciativa en este terreno, están por reducir esta forma de violencia mediante el incremento del pie de fuerza de la policía y la formación de una red de asociaciones cívicas parapoliciales abocadas directamente a la represión de la delincuencia. Una solución que en vez de debilitar fortalece la tendencia actual a la militarización de la sociedad civil, suministrándole un nuevo campo de expansión.

Los ejércitos privados

La tercera forma de la violencia en Colombia está situada entre la violencia política y la delincuencia común. Y puede concebirse, además como un subproducto de la política y un desarrollo de la delincuencia común. Es una zona turbia de la vida del país donde florecen la saña, la残酷和 el terror. Sus protagonistas son las bandas parapoliciales y paramilitares, las diversas mafias y los ejércitos privados de los terratenientes. Y sus prácticas incluyen el boleteo, la tortura, las desapariciones forzadas de personas, las mutilaciones y los asesinatos. Detrás de ellas están los militares que pretenden liquidar como sea a sus adversarios políticos, los "capos" del tráfico de drogas, y los terratenientes con latifundios supuesta o realmente amenazados por peones o campesinos sin tierra. E implica como en el caso de la inseguridad ciudadana, un cuestionamiento serio del poder político actualmente existente en Colombia. En un caso porque la escandalosa impunidad con la cual actúan estos grupos socaba la legitimidad del Poder Judicial y de la Policía, instancias estatales cuya misión, señalada por la Constitución de la República, es justamente la de impedir esa impunidad. En el otro, porque el secreto

La tercera forma de la violencia en Colombia está situada entre la violencia política y la delincuencia común. Y puede concebirse, además, como un subproducto de la política y un desarrollo de la delincuencia común. Es una zona turbia de la vida del país donde florecen la saña, la残酷和 el terror. Sus protagonistas son las bandas parapoliciales y paramilitares, las diversas mafias y los ejércitos privados de los terratenientes.

característico de la organización y de los métodos de los grupos que actúan en esta esfera de la violencia, supone una negación del carácter abierto y público del ejercicio del poder en un Estado democrático.

Todas las luces rojas

He escrito atrás que el del orden público es el primer desafío que tiene ante sí el gobierno de Virgilio Barco. Y tendría que añadir que en cierto sentido es el único, por cuanto en el síndrome de la violencia hallan expresión los problemas verdaderamente importantes de este país. Expresión que por su forma extrema, equiparable a las luces rojas de advertencia encendidas en los tableros de mando, anuncia el *estado crítico* en el cual se encuentran actualmente esos problemas.

El momento en cambio es el de ensayar soluciones políticas. O de volverlas a ensayar: al fin de cuentas el gobierno de Belisario Betancur es un antecedente significativo en este terreno. Soluciones políticas no frentenacionalistas sino verdaderamente democráticas, capaces por su contenido popular de construir un amplio consenso social en torno a las medidas indispensables para erradicar la violencia. Barco quizás esté todavía a tiempo de intentar esta vía. E intentarlo asumiendo los puntos de un programa democrático mínimo que la propia evolución política del país ha puesto sobre el tapete en los últimos años.

De esos puntos quiero subrayar ahora la reforma agraria, la reforma urbana, la elección popular de alcaldes y el Grupo Contadora.

La reforma agraria es probablemente el tema más debatido en este país en el último medio siglo. Y se comprende. Como ha demostrado la experiencia, la reforma agraria está en la encrucijada de los conflictos sociales y políticos del campo colombiano. Ayer, cuando el país era completamente agrario y con ella se pretendía facilitar la rápida expansión del capitalismo en la agricultura. Y hoy cuando el país se ha semi-industrializado y exige para poder competir (para ser viable como diría López) mejorar la eficacia global de su economía, librándose de las graves ineficiencias que todavía afectan al sector agrario.

Admitidos estos hechos, el problema que permanece en pie lo resume la pregunta por qué es la reforma agraria. O dicho de otro modo: ¿qué tipo de reforma agraria emprender? Carlos Lleras Restrepo en un editorial reciente de Nueva Frontera ha contribuido a despejar la incógnita, señalando que lo mejor es descartar de una vez por todas las teorías que confunden la reforma agraria con la colonización de tierras vírgenes. O con la simple tecnificación del campo. La reforma agraria es reforma de la estructura de la propiedad de la tierra. Ese es su lugar propio. Y la discusión política que ahora tiene sentido debe aclarar primero, el alcance y la profundidad de esa modificación de las estructuras de la propiedad agraria. Y después, quien asume los costos de esa modificación. ¿Todo el país? ¿Sólo los terratenientes? ¿O lo comparten la nación y los terratenientes? Y en este caso ¿en cuáles proporciones?

“La reforma urbana tiene de común con la agraria el problema de la estructura de la propiedad de la tierra. Pero en todos los otros puntos se aparta de ella. La cuestión



11

Lo que está aún por definirse es quién respalda a quién: si los militares a Barco o viceversa, en la estrategia de combatir el síndrome de la violencia.

La misma gravedad que ha alcanzado el problema es el mejor argumento contra quienes durante tanto tiempo, han defendido entre nosotros, en las palabras y en los hechos, la teoría de que la violencia colombiana podía resolverse con un tratamiento exclusivamente policiaco. Es decir, endureciendo en un sentido represivo la legislación vigente, militarizando la policía y dedicando al Ejército a tareas de represión interna. 25 años de esta política nos han conducido a la crítica situación presente, y no es exagerado calificar de irresponsables a quienes todavía hoy insisten en proponer tratamientos puramente represivos al síndrome de la violencia.

urbana es más reciente que la agraria y las luchas por la vivienda no han tenido la envergadura histórica de las luchas por la tierra. Además es un problema técnicamente más complejo. A diferencia de la reforma agraria donde al reparto de tierras entre los campesinos puede seguir una cierta política de *laissez faire*, en la reforma urbana es obligada la intervención continua del Estado, la única capaz de regular y de modelar racionalmente el crecimiento de nuestras ciudades y de resolver sus más agudos problemas. Sólo que la complejidad técnica de esta reforma no puede servir de pretexto para marginar de su diseño y de su gestión a la masa de sus eventuales beneficiarios”.

El tercer punto es la elección popular de alcaldes. Una medida que puede asumirse además como emblema de la apertura democrática que tanta gente ha demandado en los últimos años. Porque es difícil admitir que pueda producirse y sobre todo funcionar cabalmente una reforma tan importante como esta en un contexto político que siga dominado por el Estado de Sitio y la militarización de la vida civil. Si así ocurriera la elección popular de alcaldes tendría a convertirse en su propia caricatura, en pura mecánica electoral. E igual sucedería en el caso de que la reglamentación todavía pendiente en el momento de escribir estas líneas, redujese a los alcaldes a meros apéndices de los gobernadores y privase a los municipios de recursos propios.

Finalmente está el Grupo de Contadora. Su función como la de la elección popular de alcaldes es igualmente emblemática. En su caso de la aspiración a una política internacional independiente. Algo que críticos e inclusive ciertos partidarios de Contadora han subestimado o malentendido, fascinados como han estado por el problema de Nicaragua. Es evidente que al movimiento democrático colombiano le ha interesado y le interesa Contadora como un medio de defender a un país hermano amenazado por Ronald Reagan y sus secuaces. Pero no se reduce a este punto su importancia. Tanto o quizás más cuenta el hecho de que con Contadora Colombia ha ensayado por la primera vez una intervención en los problemas de la política internacional que se aparta de la tradicional obediencia al panamericanismo. Una intervención tan creativa como problemática pero en todo caso *necesaria*. La prolongada crisis del capitalismo mundial, la misma en la cual los países periféricos todavía nos encontramos, ha enseñado el valor de la



12

solidaridad entre los iguales. Así lo han entendido, por ejemplo, los países de Europa Occidental, que han tendido a fortalecer y a ampliar la Comunidad Económica Europea, con el fin de abordar en mejores condiciones los graves desafíos planteados por la crisis mundial. Y no sólo por la crisis. También por el reaganismo, que como es bien conocido, se esforzó en reactivar la economía norteamericana a costa no sólo de los países de su patio trasero sino también de sus propios aliados europeos.

Esta lección no puede traducirse entre nosotros en un fortalecimiento de la OEA, que como decía irónicamente un argentino muy célebre reúne un gato y veinte ratones. Por el contrario la traducción tiene que ser una política internacional independiente que tienda a unir al país con sus iguales latinoamericanos para desde allí intentar resolver en mejores condiciones asuntos como el proteccionismo de los países industrializados, la tijera de precios en el mercado internacional entre las materias primas y los productos industriales, y —claro—, el problema de la deuda externa.

Madrid, enero 1987.

Pedro Santana
Constantino Casasbuenas
Investigadores Foro Nacional
por Colombia

Pedro Santana R.
Constantino Casasbuenas M.

¿Gobierno de Partido o nuevo pacto frentenacionalista?

Los últimos acontecimientos ocurridos en Colombia —asesinato de don Guillermo Cano, el recrudescimiento de la violencia y el terrorismo, protagonizada por la guerrilla, las bandas de delincuencia común y los grupos paramilitares, algunos vinculados con el terrorismo de la derecha política y otros con las bandas de mafias— han puesto nuevamente sobre el tapete la fragilidad del régimen político en Colombia. La derecha política ha aprovechado este síndrome inocultable de violencia, para hacer opinión pública para su propuesta: un nuevo pacto nacional al estilo del Frente Nacional, quien es precisamente y en buena medida el causante principal del clima de violencia política y de descomposición que hoy presenciamos en la nación. La propuesta de un nuevo pacto frentenacionalista constituiría en la situación actual un cierre del espacio político democrático, que es precisamente, a nuestro juicio, la única vía posible para aclimatar un proceso real de transformación en un sentido progresista y la única vía para luchar, hoy por hoy, contra las tendencias que amenazan seriamente con hundir al país en un clima generalizado de “guerra sucia” y de violencia irracional, de la cual —en la coyuntura actual— no se espera nada positivo para la real transformación de los graves y grandes problemas que aquejan a la nación. Obviamente en el entendido que la nación son las mayorías populares.

En las notas que siguen nos vamos a ocupar principalmente del examen de los



13



14



15

proyectos que tratan precisamente de ampliar ese espacio político democrático y que serían —según lo ha planteado el propio presidente de la República, Virgilio Barco— el contenido de las transformaciones fundamentales que demanda la nación y

que él considera importante denominar de nuevo como la “República Liberal”.

La República Liberal y el desmonte del artículo 120

Una de las pocas cosas que el actual Presidente de la República ha dicho de manera clara ha puesto en marcha es la actitud de su gobierno con respecto al artículo 120 de la Constitución Nacional. Como se sabe por mandato constitucional el Presidente de la República está obligado a llamar a formar parte de su gobierno al partido que le siga en votos en las elecciones en las que precisamente él ha resultado electo. El presidente Barco desde su campaña electoral había prometido realizar un gobierno de partido. Una vez posesionado dio a los conservadores un “tratamiento de segunda” precisamente con el propósito de que éstos se vieran obligados a abandonar los ministerios y los altos cargos para los cuales se les había nombrado cumpliendo con el protocolo del artículo 120. Y fue efectivamente eso lo que pasó. Los conservadores que venían haciendo anuncios de oposición se vieron ante la realidad de haber sido arrojados por la puerta de atrás del Palacio de los Presidentes. Anuncian entonces la “oposición reflexiva”, situación política en la que aún se encuentran.

Llamar a esta actitud y conducta política práctica del presidente Barco “desmonte” del artículo 120 sería un abuso, pues, el gobierno no ha presentado ningún proyecto de enmienda constitucional a consideración de las Cámaras Legislativas para que sea abolido este adefesio jurídico. Pues es un adefesio que en la Constitución Política de un país se ordenen las coaliciones gubernamentales. Y no es que se piense que no deban y puedan haber coaliciones políticas sino que lo que se condena es que ellas sean ordenadas por la propia Carta Política fundamental que constituye a la nación. Esta fue precisamente una de las normas elevadas a precepto constitucional en el Plebiscito de 1957. Por mandato de la Constitución Nacional los partidos liberal y conservador se alternarían en la Presidencia de la República en un lapso de 16 años. Al desmonte del Frente Nacional sucedió el artículo 120 de la Constitución que ordena la participación “adecuada y equitativa” del Partido que siga en votos al del Presidente de la República. Fue una manera de prolongar el Frente Nacional. Con gabinetes liberal-conservadores gobernaron López Michel-

sen, Turbay Ayala y Belisario Betancur. De esta manera durante 28 años tuvimos “responsabilidad compartida” o lo que es lo mismo: exclusión de toda otra corriente política distinta a los liberales y a los conservadores de los cargos públicos. Esta tradición es la que ha tratado de romper el actual Presidente de la República Virgilio Barco.

¿Qué ha representado para el país los pactos frentenacionalistas? El pacto del Frente Nacional significó efectivamente un mecanismo político para resolver el problema de la violencia liberal-conservadora. Con el reparto del poder por partes iguales cesó el enfrentamiento militar y la violencia entre los dos partidos. Esta es una consecuencia directa del pacto bipartidista.

Pero lo que no se mira con frecuencia en los análisis de los aúlicos del Frente Nacional es el reverso de la moneda. Este pacto excluyó a los colombianos de otras vertientes políticas no sólo de los cargos públicos sino y esto es quizás lo más grave, de la información sobre el manejo de las finanzas estatales, de las alcaldías municipales, de las juntas directivas de las empresas de servicio público, de los organismos académicos de las universidades y de toda la enseñanza pública, de la rama jurisdiccional del poder. En la práctica existían y existen dos tipos de ciudadanos en el país: los privilegiados por el pacto político y los demás. Pero, los demás se incrementaron notoriamente durante los últimos años. No sólo por la irrupción de movimientos populares que reclamaban contra una burocracia corrupta que las más de las veces actuaba a espaldas del usuario de los servicios, de los intereses nacionales, de los intereses de la comunidad. Anidaron así los desfalcos y la corruptela estatal. La prepotencia del funcionario público que debe su puesto no a su capacidad sino a la capacidad de manipulación del “padrino” político. No existe carrera administrativa. El Estado se convirtió en el principal empleador del país y los 700 mil empleos que dependen de él se convirtieron en la mejor maquinaria para perpetuarse en el gobierno. Los movimientos de oposición fueran éstos pequeños (caso de la izquierda marxista) o grandes (caso de la Anapo en los años setentas) fueron excluidos de los cargos públicos y tratados como ciudadanos de segunda categoría. Todo ello condujo a la pérdida de legitimidad del régimen político lo cual ha provocado fenómenos como los de la abstención electoral (que oscila entre el 50% y el 80%), de los movimientos y paros cívicos

La propuesta de un nuevo pacto frentenacionalista constituiría en la situación actual un cierre del espacio político democrático, que es precisamente, a nuestro juicio, la única vía posible para aclimatar un proceso de real transformación en un sentido progresista y la única vía para luchar, hoy por hoy, contra las tendencias que amenazan seriamente con hundir al país en un clima generalizado de “guerra sucia” y de violencia irracional, de la cual —en la coyuntura actual— no se espera nada positivo para la real transformación de los graves y grandes problemas que aquejan a la nación.

que buscan reivindicaciones como las planteadas recientemente por más de 20 mil campesinos de la Comisaría del Guaviare (quienes demandaban servicios de educación, programas de salud, respeto por los derechos individuales, etc.), y aun, movimientos más radicales como las guerrillas que son la expresión de capas tanto urbanas como rurales de la población excluida del manejo de los problemas económicos y sociales del país, que asumen esta forma de acción con el propósito de transformar una nación que a todas luces aparece como injusta y antidemocrática.

Y precisamente ésta es una de las herencias nefastas del Frente Nacional. La creencia y no sólo ésta sino la casi certidumbre que los cambios en el país, por mínimos que éstos sean, requieren de acciones de fuerza. Y ésta casi certidumbre no nace de los espíritus maléficos de los "agitadores profesionales" como suelen llamar en Co-

Precisamente hechos como los señalados al comienzo de estas notas ponen de manifiesto la debilidad de un régimen político como el imperante en el país. Y frente a él nuevamente las derechas de los dos partidos tradicionales agitan la necesidad de pactos excluyentes y de dictaduras constitucionales como la que nos ha regido en el país durante los últimos 28 años.

La decisión de Barco de realizar un gobierno de partido —que ha sido lo único novedoso de lo que va corrido de su gobierno— es sumamente frágil. Esta decisión no ha contado con el respaldo del notablato liberal. Los expresidentes Lleras Restrepo, López Michelsen y Turbay Ayala han mostrado su desacuerdo con Barco alrededor de este punto. Amplias franjas del Partido Liberal se han mostrado en desacuerdo también. A raíz de los recientes acontecimientos se han lanzado a la palestra proponiendo: "En la gran mayoría de la opinión

16



El binomio partido de gobierno-partido de oposición todavía suscita dudas y desconfianzas entre liberales y conservadores acerca de su mutua conveniencia y en especial su capacidad de control político.



17

lombia a los promotores de la organización popular y del reclamo. No. Ella —la casi certidumbre— proviene de una larga experiencia histórica de frustración y engaño, de promesas siempre hechas y nunca cumplidas, de negociaciones y acuerdos firmados y casi siempre desconocidos, etc. Esta es la cultura política que nos ha dejado el Frente Nacional. Es una cultura que se alimenta a diario con hechos con la ilegalización de los conflictos sindicales, del hecho que los sindicatos a pesar de ser legales tengan que ser construidos en la clandestinidad; del tratamiento militar que se da a conflictos planteados por la sociedad civil. Todo ello ha conducido a una despolitización del ciudadano común y corriente, que no ve en su pronunciamiento y en su decisión política hechos importantes que contribuyan a definir los rumbos de la nación. Hay entonces una sociedad civil débil y un régimen político igualmente débil.

nacional se abre paso, y con fuerza, la idea expuesta en editorial de *El Tiempo* sobre la necesidad de una reestructuración nacional, mediante la cual la solidaridad de los colombianos se exprese más abiertamente, con el fin de ponerse de acuerdo acerca de ciertos temas fundamentales para preservar la seguridad de la nación" (*El Tiempo*, editorial, 28.12.1986). Más adelante agrega que no se trata de desmontar el esquema gobierno-oposición sino de llegar a un acuerdo sobre ciertos puntos del quehacer nacional. El periódico asegura contar con el respaldo de los expresidentes.

Los conservadores tampoco es que estén completamente satisfechos con el esquema propuesto por Barco. A raíz de los últimos acontecimientos y también en el momento de los asesinatos de los parlamentarios de la Unión Patriótica, los conservadores desde distintos ángulos han llamado a un nuevo pacto bipartidista.



La vigilancia de un partido de oposición y la presencia, hoy por hoy importante de la Unión Patriótica, han permitido una mayor fluidez en el panorama político del país. Pero, como ya lo indicamos la actitud de Barco es frágil y depende mucho del desenvolvimiento de la coyuntura política del país y específicamente del enfrentamiento a la creciente ola de violencia, así como de la marcha de los acuerdos de tregua y cese al fuego con las FARC, pero, también depende de la gestión parlamentaria del liberalismo. Quebrantos en uno o en otro terreno pueden empujar nuevamente a los gobiernos de coalición. Dependerá también de la proximidad de las elecciones locales y de los resultados de las mismas. Por tanto, decir que los gobiernos frenet-nacionalistas han concluido sería a nuestro juicio, en los momentos actuales, un deseo más que una realidad.

Se hará elección popular de alcaldes en 1988

Una de las medidas más importantes del proceso de apertura política impulsado por la administración de Belisario Betancur consistió en la aprobación del Acto Legislativo No. 1 de 1986 que estipuló en la Constitución Nacional la elección popular de los Alcaldes de los cerca de mil municipios con los que cuenta el país. Al mismo tiempo con la expedición de las Leyes 11 y 12 de 1986 y de los decretos leyes por medio de los cuales se pusieron en vigencia los nuevos Estatutos de la Administración Departamental y Municipal, se consagraron importantes espacios para el desarrollo de

la democracia local . Todo ello se complementó con la aprobación del referéndum local o consulta popular directa que también fue aprobado en el Acto Legislativo de 1986.

Para que el Acto Legislativo tenga vigencia práctica, el Congreso debía aprobar una ley reglamentaria que definiera la fecha de las elecciones municipales, así como las inhabilitaciones y calidades de los aspirantes a las Alcaldías Municipales. Precisamente, el gobierno actual debía proponer al Congreso de la República un proyecto de ley reglamentaria, que después de haber hecho tránsito por el Congreso, se convirtió en la Ley 78 de 1986 sancionada recientemente por el actual Presidente de la República.

La ley ordena la elección popular de los alcaldes el segundo domingo del mes de marzo de 1988. Faculta al Presidente de la República y a los gobernadores, intendentes y comisarios para que ejerzan un estricto control sobre los actos de los alcaldes y podrán destituirlos, suspenderlos y nombrarles reemplazos de acuerdo con la ley. El presidente y los demás funcionarios podrán destituir a los alcaldes cuando un juez los haya condenado penalmente o solamente cuando los haya llamado a juicio; por solicitud del Procurador General de la Nación o por declaratoria de vacancia. Esta última se produce cuando el Alcalde abandona el cargo o cuando no se posesiona al término de una sanción.

La Ley 78 de 1986 faculta a los gobernadores y al Presidente de la República para nombrar los reemplazos de los alcaldes destituidos o cuando se produzca la falta absoluta de los mismos (por muerte). En estos casos deberá nombrarse a un alcalde

La perspectiva de la apertura democrática y en especial la superación del climax de violencia política y social reinante en el país depende en buena medida de la aptitud del gobierno frente a la menguada y cada vez más frágil tregua y de su capacidad para darle nuevos rumbos y desarrollos a los acuerdos vigentes.

de la misma filiación política del alcalde destituido o muerto. Solamente se convocará a nuevas elecciones cuando la falta absoluta se produzca un año antes de la terminación del período para el cual había sido nombrado. La elección se realizará durante los dos meses siguientes.

Finalmente sobre las calidades que deberán tener los aspirantes a alcaldes, la Ley 78 señala que podrán ser nombrados alcaldes todos los ciudadanos que hayan residido en el municipio respectivo por lo menos con un año de antelación a la fecha de realización de las elecciones municipales. No podrán ser nombrados quienes hayan sido condenados a prisión, excepto por delitos políticos. Tampoco podrán ser nombrados alcaldes personas que hayan contratado con una entidad pública hasta seis meses antes de las elecciones.

El artículo 50. de la ley señala que durante la segunda mitad de su período de cuatro años, los congresistas podrán ser elegidos alcaldes. La ley no aclara si en este caso el titular conserva ambas investiduras o solamente la de alcalde.

En términos generales la nueva ley reglamentaria preserva el espíritu del proyecto inicial aprobado bajo la administración Betancur, pero lo recorta. En efecto, durante la tramitación de la ley se ahogaron iniciativas importantes como la de la elección del suplente del alcalde en el mismo comicio electoral en el que se nombraría a los principales. Los alcaldes, de acuerdo con la Ley 78 de 1986 no tendrán suplentes. Esto atenta directamente con el propósito central de la reforma municipal, cual es, precisamente devolverle a la comunidad el manejo de los asuntos municipales. El reemplazo del alcalde destituido o sancionado o de un alcalde fallecido será nombrado por el gobernador o por el Presidente de la República sin que medie nuevamente una consulta popular, excepto cuando la falta absoluta ocurriere un año antes de concluir el período.

Las causales por las cuales puede ser destituido un alcalde quedaron claramente reglamentadas y en términos generales evitarán abusos de autoridad. No obstante hay endijas de corte totalmente antidemocráticas: el hecho de que un funcionario nombrado ad hoc, como es el gobernador, pueda destituir a un funcionario elegido por la población; el hecho de que un Procurador General de la Nación nombrado por la Cámara de Representantes pueda solicitar la destitución de un alcalde popular. Se ahogó la iniciativa de Alberto Santofimio

que proponía que un alcalde no podría ser destituido cuando encabezara protestas justas de la población. Hay una gran ambigüedad sobre todo en las atribuciones que se le dan al Procurador General de la Nación para solicitar la destitución de un alcalde o para dictar medidas de "aseguramiento" como orden de captura que también queda en manos de cualquier juez de la República. La reglamentación propuesta por Barco y defendida por su partido es extremadamente conservadora.

El gobierno tampoco hizo lo suficiente para reglamentar el Referéndum Local estipulado en la reforma constitucional de 1986. Esta parte del proyecto ha naufragado. El Referéndum Local no podrá ponerse en marcha mientras no sea reglamentado. Nuevamente aparece el divorcio entre las dos legislaciones existentes en el país: una cosa dice la carta constitucional y otra cosa dicen los decretos de estado de sitio. Una cosa se estipula en los textos de reforma constitucional y otra cosa se hace cuando no se aprueban las leyes reglamentarias o cuando la reglamentación limita los alcances de lo aprobado en la ley. Esto fue lo que hizo, el actual gobierno con la reglamentación de la Ley 11 en lo relacionado con la representación de las organizaciones populares en las juntas directivas de las empresas públicas del orden municipal. El decreto del gobierno Barco limita completamente la participación, pues, impone como condición acreditar como mínimo 5% del total de las facturas de cobro de la empresa respectiva. Es obvio que dentro de los usuarios se encuentran los gremios económicos como la Andi, Fenalco, etc. quienes por el grado de organización de que disponen pueden llegar a reunir fácilmente ese 5% y asaltar la representación de quienes precisamente nunca han tenido acceso al manejo de los servicios públicos. La reforma política se hace necesaria en un país como Colombia precisamente para garantizar el acceso a mecanismos del poder a los sectores populares. La reforma no se hace para reglamentar la presencia de quienes siempre han estado en el poder de las empresas públicas o de las alcaldías municipales o de los factores de poder de la sociedad civil que representa los intereses de los poderosos.

Esta es quizás la característica más notoria de la reforma propuesta por la administración Barco. Ella no se dirige a abrir espacios de participación. Hasta el momento se ha limitado a reglamentar conservadoramente la reforma Betancur.

Contrario a posiciones que ven un peligro en que los movimientos sociales de base popular se liguen a procesos de transformación política, pensamos que la renovación y reestructuración de un moderno movimiento democrático en Colombia pasa por un punto de encuentro entre los movimientos populares y las nuevas alternativas políticas que puedan levantarse.

Elección popular de alcaldes y democracia local

A hora bien, la pregunta que nos hacen los colombianos es esta: ¿Qué puede significar la reforma política?

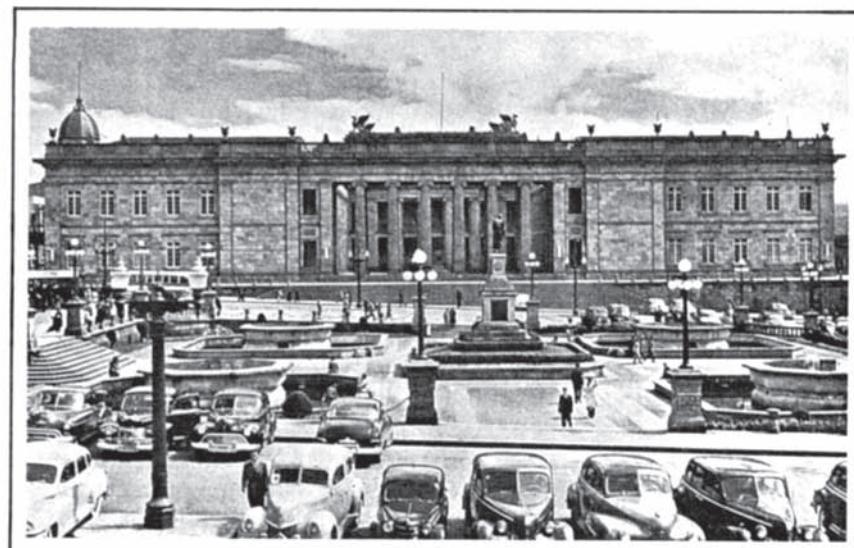
Nuestra respuesta es que la reforma política municipal puede llegar a significar el comienzo del fin del bipartidismo en Colombia. Ello podrá ser así, si y sólo si, se desarrollan simultáneamente otras condiciones.

- El bipartidismo muestra una gran fortaleza en Colombia puesto que ha podido autoalimentarse a fuerza de excluir del aparato estatal a todos los niveles, a otras agrupaciones políticas. Los dos partidos han utilizado exclusivamente en su beneficio las arcas financieras del Estado y se han empotrado en la empleomanía oficial. La elección popular de alcaldes permitirá la llegada de otros movimientos y corrientes políticas con lo cual el monopolio podrá comenzar a resquebrajarse por la base del Estado mismo que es la municipalidad. En este sentido son muy importantes las llamadas Juntas Administradoras Locales.

- Las elecciones municipales podrán permitir el surgimiento de nuevos movimientos políticos-populares en los niveles locales y regionales. La fortaleza de estos movimientos dependerá mucho de que en el seno de los movimientos populares y de los procesos crecientes de reestructuración de la sociedad civil del campo democrático que vienen desarrollándose en los últimos años en Colombia (procesos de coordinación nacional de los movimientos cívicos, de los vienistas, de los campesinos, de los indígenas, de los comunales, etc., y más recientemente el proceso de reestructuración democrática del sindicalismo que hoy se agrupa en la Central Unitaria de Trabajadores, CUT) sean subordinadas las posiciones que pregona el abstencionismo político y que practican el más cerrado gremialismo. Contrario a posiciones que ven un peligro en que los movimientos sociales de base popular se liguen a procesos de transformación política, nosotros pensamos que la renovación y reestructuración de un moderno movimiento democrático en Colombia pasa por un punto de encuentro entre los movimientos populares y las nuevas alternativas políticas que puedan levantarse.



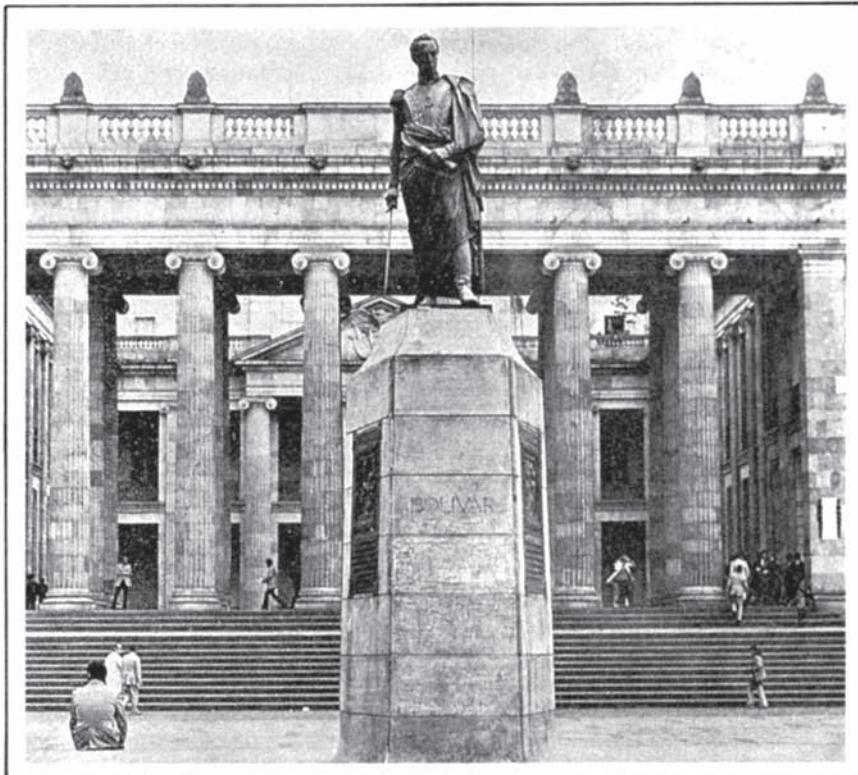
20



21

tarse. Y no es que pensemos que los movimientos sociales se agotan en el terreno político ni que aboguemos por nuevos vanguardismos respecto de los movimientos populares. Seguimos pensando en la autonomía que los movimientos populares deben comportar en la definición de sus problemáticas. Lo que aquí queremos sostener es que una tercera vía política en el país tiene que reunir en su seno a las expresiones más significativas de los nuevos movimientos populares en el país. Reunirlos no quiere decir de ninguna manera sumarlos. Quiere decir representarlos y atraer a su seno al liderazgo popular, sin atentar contra la autonomía y el necesario pluralismo que la unidad popular como proyecto debe practicar y postular.

La democratización de la vida municipal y local ha marchado a la zaga de las transformaciones sociales y económicas registradas en la sociedad colombiana y particularmente su vertiginoso proceso de urbanización.



22

Una tercera vía política tiene que reunir en su seno a las expresiones más significativas de los nuevos movimientos sociales y populares del país. Reunirlos no quiere decir de ninguna manera sumarlos o manipularlos. Quiere decir representarlos y atraer a su seno al liderazgo popular, sin atentar contra la autonomía y el necesario pluralismo de la unidad popular como proyecto político y de sociedad debe postular y practicar.

- El nuevo movimiento democrático en el país tendrá que subordinar a las posiciones maximalistas del pasado reciente. En aquellas ciudades y pueblos en los cuales las nuevas opciones políticas logren llegar al gobierno municipal se pondrá a prueba su real capacidad de gestión y la pertinencia de las opciones programáticas. La ideología maximalista deberá dar paso a las alternativas y programas reales frente a los problemas. Del éxito de las administraciones democráticas dependerá en buena medida el despuente de las nuevas opciones políticas en el país.
- Las nuevas opciones políticas locales y regionales podrán contribuir a profundizar el proceso de reestructuración de la sociedad civil del campo popular y democrático. En esta misma línea podrían obrar las administraciones locales que puedan ser elegidas en 1988. Precisamente es necesario comprender que una nueva opción política en Colombia tendrá que ser la expresión de esa sociedad civil del campo popular y democrático que se viene reestructurando y ganando un real pie de fuerza para garantizar la apertura de nuevos espacios. Pero ello dependerá también de que las organizaciones populares y los nuevos movimientos sociales puedan

presionar desde la sociedad civil por la apertura de nuevos espacios y por la ocupación de los ya existentes. Todo ello plantea una nueva relación en los tradicionales términos de organización popular-movimiento social y política.

De todas maneras e independiente-mente de nuestros debates, centenares de líderes populares están pensando hoy en día cómo se ligan a los procesos de conformación de las Juntas Adminis-tradoras Locales y muy seguramente se vincularán a la lucha por administra-ciones municipales democráticas. Todo ello contribuirá a politizar en el buen sentido del término a amplios sectores de la población.

- Hay un asunto sobre el que poco se ha llamado la atención en los debates y discusiones sobre las consecuencias de las elecciones locales. Se trata del rol educativo que tendrá para las amplias capas de la población la campaña elec-toral municipal. Hay que tomar en cuenta que las elecciones de 1988 ten-drán en su centro los problemas munici-pales: se debatirá la situación de los ser-vicios públicos y ello tendrá que hacerse con estudios y con cifras concretas; se debatirá sobre la participación de la pob-lación y de sus organizaciones en los pro-gramas de la administración local y ello tendrá que hacerse de cara a proyec-to específicos. Muy seguramente y como ocurre en el resto de América Latina en donde se eligen popularmente a los alcaldes se incrementará el interés de la ciudadanía sobre sus problemas aumen-tando el nivel de conciencia sobre los asuntos públicos, es decir, sobre la polí-tica.

El limbo de las reformas económicas y sociales

- La suerte de la reforma política está ligada también al avance de la reforma económica y social. En esta materia el go-bierno del presidente Barco lo único que ha hecho hasta ahora son anuncios: se combatirá la pobreza absoluta y se hará un plan nacional de rehabilitación. Para dirigir el programa se ha nombra-do al suplente del senador Luis Carlos Galán, Ernesto Rojas Morales.

El gobierno presentó a consideración del Congreso un proyecto de reforma urbana y un proyecto de reforma agraria. Sobre el primero se ha dicho con sobradas razones

Las elecciones municipales podrán permitir el surgimiento de nuevos movimientos políticos-populares en los niveles locales y regionales. La fortaleza de éstos movimientos dependerá mucho de que en el seno de los movimientos populares y de los procesos crecientes de reestructuración de la sociedad civil del campo democrático que vienen desarrollándose en los últimos años en Colombia sean subordinadas las posiciones que pregonan el abstencionismo político y que practican el más cerrado gremialismo.

que no constituye sino un proyecto que busca la agilización de los trámites de expropiación de inmuebles urbanos. Las expropiaciones a que hubieren lugar serán indemnizadas pagando al Estado o las entidades expropiantes los precios comerciales de los inmuebles. Este es el eje del proyecto gubernamental. Los ponentes del mismo en el Congreso, los senadores Ernesto Samper Pizano y Aurelio Irragorri Hormaza, adicionan dos puntos que son importantes y que tratan de darle un mayor alcance al proyecto presentado inicialmente por el gobierno. Estos dos aspectos son la creación en las grandes ciudades del país de Bancos de Tierras Municipales y la legalización de títulos en urbanizaciones de hecho o ilegales.

Los Bancos de Tierras Municipales se constituirían adquiriendo o sacando del mercado tierras preurbanas a efecto de ordenar el crecimiento municipal y evitar la apropiación indebida de la plusvalía generada por el simple crecimiento del municipio. “El efecto que se busca es el de crear un mercado regulado de las tierras que permita neutralizar las oscilaciones bruscas de sus precios que se reflejan finalmente en el encarecimiento de la vivienda”.

El capítulo tres del proyecto de los senadores Samper e Irragorri se refiere específicamente a la necesidad de entrar a legalizar o facilitar la legalización de centenares de asentamientos llamados “subnormales” que hoy se encuentran excluidos de los planos urbanos municipales, por la forma y el lugar en que fueron desarrollados y definir la situación jurídica de millares de personas con títulos precarios o inexistentes respecto de los predios que hoy ocupan.

No se puede negar que el control sobre los usos del suelo urbano forma parte efectivamente de un proyecto de reforma urbana, aunque es también claro que no agota este proyecto. La propuesta presentada es sumamente pragmática: reconoce casi exactamente los precios comerciales de los inmuebles, lo cual constituye un planteo regresivo con respecto al proyecto que presentó la administración Betancur sobre expropiación de inmuebles que calculaba los montos de las indemnizaciones con base en los últimos avalúos catastrales. En realidad el proyecto gubernamental lo que permitiría es la utilización a precios comerciales de los lotes de engorde que se encuentran en los perímetros de las grandes ciudades con lo cual podría establecer-

Cuadro No. 1

Síntesis del acto legislativo que ordena la elección de alcaldes a partir de marzo/88, y de la Ley 78/86 que reglamenta el acto legislativo.

1. Además de Presidente, senadores, representantes, diputados, consejeros intendenciales y comisariales y concejales municipales, los ciudadanos elegirán alcaldes municipales y del Distrito Especial, quienes serán jefes de la administración municipal.

2. Los alcaldes serán elegidos por dos años sin posibilidad de reelección para el período siguiente.

3. No se puede ser simultáneamente alcalde y congresista, diputado, consejero intencional/comisarial o concejal. En la primera mitad de su período constitucional, los congresistas no pueden ser elegidos. Sí en la segunda mitad.

4. Los alcaldes pueden ser destituidos por el Presidente de la República (caso de Bogotá), los gobernadores, intendentes y comisarios, cuando el alcalde haya sido llamado a juicio, por solicitud del Procurador General de la Nación o por declaratoria de vacancia, o abandono del cargo (ausencia por tres o más días, o por no reasumir sus funciones luego de vacaciones o de una incapacidad física).

Cualquier ciudadano puede solicitar la declaración de vacancia de un alcalde ante un juez de

circuito. Según la letra de la Ley, una alcaldía puede quedar vacante en unos quince días.

5. Los gobernadores quedan con la atribución de revisar los actos de los concejos municipales y de los alcaldes y, si consideran que hay ilegalidad o inconstitucionalidad, pueden remitirlos a los tribunales competentes para que decidan su validez. También pueden designar los reemplazos cuando se produzcan faltas absolutas o suspensiones. Sólo hay convocatoria a nueva elección cuando la falta absoluta se produzca antes de un año.

6. El control de los gobernadores y del Presidente llega hasta el hecho de que cada uno de los actos municipales debe pasar a su revisión dentro de los tres días siguientes a su expedición.

7. Los Concejos quedan con la atribución de elegir personeros, contralores y demás funcionarios que autorice la ley.

8. Podrán hacerse consultas populares para decidir sobre asuntos que interesen a los habitantes de un determinado municipio.

9. Para Bogotá, la ley determinará la participación que le corresponda sobre las rentas departamentales que se causen en ella.

se un primer nivel real de planificación urbana y uso adecuado de las redes de infraestructura con que cuentan nuestras ciudades.

Los aspectos más positivos del proyecto los han introducido los ponentes. En primer lugar la posibilidad de legalizar decenas de miles de viviendas que han sido construidas ilegalmente o bien por invasión o bien por urbanización pirata, que precisamente son los medios mayoritariamente empleados por los sectores populares para resolver el problema de la vivienda.

El proyecto de reforma agraria tampoco satisface las demandas de las organizaciones agrarias. Se fijan allí también criterios de expropiación pero no se va muy lejos en

la definición de un proyecto integral y moderno de reforma agraria.

Los proyectos por lo demás no han avanzado en su discusión en el Congreso de la República. No se sabe aún si tengan que esperar a las sesiones ordinarias de julio o si se convoque a sesiones extraordinarias en el mes de febrero de 1987.

De todas formas si no se introducen modificaciones sustanciales en los proyectos presentados por el gobierno, cosa que es muy poco probable que ocurra en el Congreso de mayoría liberal, las reformas urgentes que reclama el país seguirán pendientes de que sean empujadas por nuevos movimientos políticos si es que el país no se desborda por la oleada de violencia que ya padecemos. ●

Cuadro No. 2

Síntesis del Estatuto de la Administración Municipal (Ley 11/86) por el cual se ordena la participación de la comunidad en el manejo de los asuntos locales.

1. Asociaciones de municipios: Cuando, por iniciativa del Gobernador, las asambleas hagan obligatoria una asociación de municipios, el Departamento deberá transferir a ella el 10% del valor del impuesto de timbre sobre vehículos automotores. Si hay más de una asociación, se transfiere el doble para ser distribuido en proporción a la población de las distintas asociaciones.

2. Juntas Administradoras Locales (JAL):

—El concejo municipal puede dividir su territorio en comunas (áreas urbanas) y en corregimientos (zona rural). Una comuna tiene más de 10 mil habitantes. El señalamiento o reforma de límites corresponde al alcalde.

—En cada comuna/corregimiento habrá una JAL para cumplir delegaciones del Concejo Municipal, proponer inclusión de partidas, recomendar la aprobación de impuestos y contribuciones, vigilar la prestación de servicios municipales, y, sugerir al Concejo la expedición de determinadas medidas.

—Integradas por no menos de 3 ni más de 7 miembros elegidos según lo determine el Concejo. La tercera parte o más de sus miembros serán elegidos por votación directa de los ciudadanos de la comuna/corregimiento. El período de las JAL coincide con el del Concejo.

—Distribuirán y asignarán las partidas que a su favor se incluyan en los presupuestos nacionales, departamentales, municipales y de sus entidades descentralizadas.

3. Participación comunitaria

—Las organizaciones comunitarias constituidas según la ley y sin ánimo de lucro podrán vincularse al desarrollo y mejoramiento de los municipios mediante su participación en el ejercicio de las funciones y la prestación de los servicios.

—Estas organizaciones pueden celebrar convenios con los municipios y sus entidades descentralizadas. Incumplir obligaciones puede producir la suspensión de la personería hasta por dos años. Si hay reincidencia ésta puede ser cancelada.

4. Entidades descentralizadas: las juntas directivas de los entes encargados de la prestación directa de los servicios municipales estarán integrados así: un tercio son funcionarios de la administración municipal, otro tercio son representantes de los respectivos concejos y el último tercio son delegados de entidades cívicas o de usuarios de los servicios cuya prestación corresponda a esta entidad. La presidencia de la junta/consejo directivo corresponde al alcalde.

No podrán ser delegados de los usuarios en estas juntas quienes al momento de ser elegidos sean funcionarios públicos.

5. En las elecciones se aplicará el sistema del cociente electoral.

Eduardo Pizarro León-Gómez
 Sociólogo, profesor U. Nacional
 Colaborador del Foro Nacional por Colombia

Eduardo Pizarro León-Gómez

Un nuevo Pacto Nacional más allá del bipartismo

El asesinato de don Guillermo Cano, director de El Espectador, ha constituido una campanilla de alerta del grado de deterioro que ha alcanzado el país. En algunos sectores de la clase dirigente se oyen llamados para reforzar las normas de excepción autoritarias como única opción. Por el contrario, en este artículo que es el resultado del primer Taller de Coyuntura Política del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Nacional, se hace un llamado urgente al conjunto de las fuerzas políticas y sociales para convocar a un gran Pacto Nacional que, como en 1957, evite el derrumbe definitivo del país en el caos y la anarquía.

Una versión condensada del presente artículo fue publicada por el diario EL TIEMPO en las Lecturas Dominicales del 9 de febrero del presente año. En la versión publicada se omitió la aclaración de que el artículo completo aparecería publicado en la Revista Foro, pese a la recomendación del autor. (Nota del Editor)

Hoy en día, en los regímenes políticos que adhieren a la tradición de Occidente, la existencia de partidos de oposición, legales y rodeados de garantías para el ejercicio de su función de crítica y fiscalización, determina si existe o no existe un régimen realmente democrático.

Las democracias occidentales se encuentran en la búsqueda de un adecuado equilibrio entre los factores de división (conflicto) y los factores que permiten el compromiso (consenso), los cuales deben coexistir con el objeto de mantener los fundamentos de una sociedad abierta y pluralista. Esto constituye una síntesis en el pensamiento y en la práctica políticas tras muchas décadas de reflexión y acción. La teoría marxista sólo concibe dos tipos de sociedad: aquellas que viven en una situación de conflicto permanente, y aquéllas en las cuales existe una total armonía. De ahí, los riesgos totalitarios inmanentes que pueden acompañar ciertas versiones inspiradas en esta

corriente. Alexis de Tocqueville sería el primero en resaltar las unidades sociales y el tipo de sociedad en la cual pudieran coexistir tanto la división como el consenso político¹. El Consenso implica una aceptación por parte del conjunto de los actores del marco constitucional y del escenario político en los cuales se desenvuelven las confrontaciones. El Conflicto significa el reconocimiento de que en una sociedad conviven sectores y clases cuyos intereses son divergentes en muchos tópicos: conflicto capital/trabajo; conflicto ciudadano/Estado; conflictos intergremiales e interpartidistas, etc., y que, por tanto, es necesario construir el marco institucional para la disensión y el conflicto.

1. Seymour Martin LIPSET, *El hombre político. Las bases sociales de la política*. Buenos Aires, EUDEBA, 1963.

23



Pero, ¿este espacio político abierto para el conflicto y el compromiso es viable en países como el nuestro afectados por hondas desigualdades sociales, tensiones políticas y prácticas autoritarias?

Sólo el éxito o el fracaso del proceso de reconciliación nacional podrá responder a esa pregunta y no un modelo teórico sobre la viabilidad o no de la democracia plena en los países subdesarrollados. Así como no existe antídoto de efectos eternos contra el autoritarismo en las naciones avanzadas (la Alemania hitleriana), tampoco existe un fatalismo antidemocrático en nuestros países (la India).

Sin embargo, la implantación de un nuevo esquema político en Colombia se ve abocado a retos y a obstáculos enormes. Nuestra tesis es simple: no basta solamente crear garantías formales para las fuerzas opositoras, sino que estas garantías para el ejercicio de la oposición se deben acompañar de una real apertura democrática (ampliación del espacio político) y de una política de pacificación exitosa (integración de los grupos insurgentes). Estas tres condiciones (garantías, apertura, paz) constituyen una unidad indisoluble hacia la reconciliación nacional, que debe culminar en la redefinición de nuestro modelo político.

Primera proposición: *En Colombia siempre ha existido un gobierno y una oposición, pero nunca ha existido un esquema gobierno/oposición institucionalizado.*

La institucionalización de un esquema gobierno/oposición, cuya vigencia a nivel internacional es relativamente reciente y, ante todo, tiene una concreción real en muy pocos países del orbe, exige al menos tres condiciones: de una parte, la plenitud de las garantías constitucionales y políticas para el ejercicio sin trabas de la oposición (legal), es decir, la existencia de un "estatuto de la oposición". En segundo término, la posibilidad de que la oposición pueda ejercer un rol de fiscalización y crítica de la gestión gubernamental, es decir, que exista un "estatuto de prensa"—que facilite el acceso de las fuerzas políticas no comprometidas en el gobierno de turno a los medios de comunicación— y una ley que garantice la "publicidad de los actos y documentos oficiales"; la oposición, para ejercer en forma responsable su función, debe estar bien informada y en capacidad de dar a conocer sus puntos de vista. "Una buena oposición puede llevar a un buen gobierno", diría Fernando Cepeda Ulloa. Por último, es necesario que existan las condiciones democráticas que permitan que la minoría pueda convertirse en mayoría, es de-

cir, la posibilidad de la alternación política; para ello, es indispensable que la Corte Electoral sea autónoma de la rama ejecutiva, configurándose en un cuarto poder y que las normas electorales sean una garantía contra el fraude.

Estas tres condiciones no se han reunido adecuadamente en el pasado en el país (las guerras civiles del siglo pasado y la "violencia" en este siglo, así lo atestiguan) por lo cual, podemos afirmar sin temores que el país se está abriendo hacia una nueva etapa de la vida política nacional.

Hagamos un breve recuento histórico.

Desde el nacimiento de los partidos políticos en el país, en los años 1848-1849, y hasta el Frente Nacional predominaron (con pocas excepciones Melo, Rojas, la Junta Militar de Gobierno), dos modalidades de control partidista del Estado: fundamentalmente, las hegemomías unipartidistas y, sólo en forma secundaria, los gobiernos de coalición bipartidista en momentos de crisis política. Así, las alternaciones en el control del Estado de uno al otro partido tradicional, sólo era el inicio de un largo período de hegemonía y, generalmente, del intento de alcanzar una consolidación en el Estado mediante la exclusión total del partido contrario mediante medios no muy ortodoxos (el fraude electoral, por ejemplo).

La alternación política fue, en el siglo XIX, el resultado de dos guerras civiles: en 1861, mediante la única "revolución" triunfante encabezada por Tomás Cipriano de Mosquera que daría paso al prolongado período radical y, en 1885, la derrota del partido liberal en la batalla de La Humareda que permitió la consolidación durante medio siglo del Partido Conservador.

Y, en la primera mitad del siglo XX, estas alternaciones fueron el resultado de la división del partido en el gobierno. En 1930 la división conservadora entre Alfredo Vázquez Cobo y Guillermo Valencia y en 1946 la división liberal entre Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, permitieron al partido minoritario alcanzar el poder ejecutivo, a pesar de no disponer de sólidas mayorías en el Congreso. En ambas fechas, diversas circunstancias hicieron estallar episodios de violencia política casi generalizada en todo el territorio nacional, que fue controlada en los años 30, pero que desbordaría al país en los años 50. Es decir, en el país todavía no existía una madurez suficiente para aceptar la dejación —así fuera provisional— del poder.

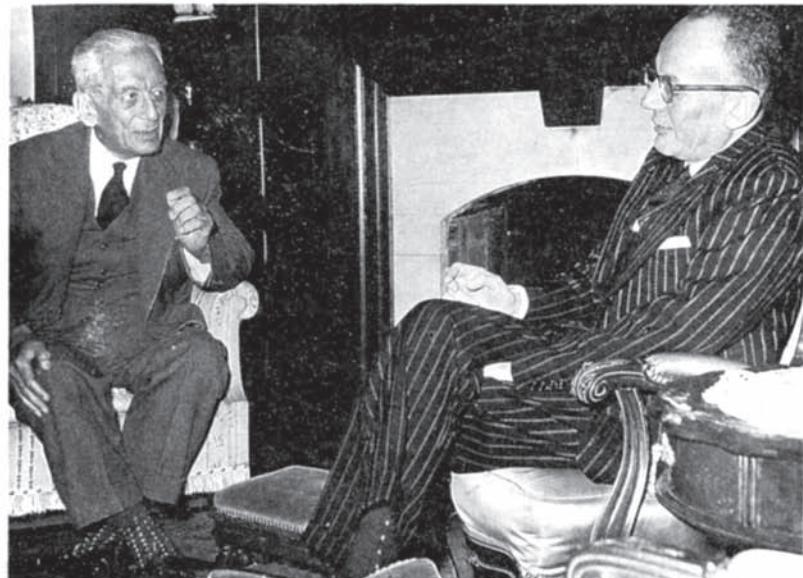
De esta manera, en el primer siglo de existencia de los dos partidos se daba una mínima alternación política, acompañada de violencia previa o posterior, con débiles o inexistentes garantías reales para la oposición.

Hagamos, sin embargo, un breve paréntesis. La alternación política no es en sí misma lo que

evidencia la existencia de un sistema democrático, sino el hecho de que existan las garantías materiales para que las fuerzas minoritarias puedan eventualmente acceder al poder. La Italia republicana contó, desde 1947, con un predominio de la Democracia Cristiana por largos años, sin que por ello podamos cuestionar la vigencia de sus instituciones democráticas.

El Frente Nacional, que regiría al país entre 1958 y 1974, así como su sustituto, el "Sistema de convivencia burocrática" entre los dos partidos en virtud del artículo 120 de la Constitución Nacional, sería en su concepción misma una negación total de las posibilidades de funcionamiento de un esquema gobierno-oposición.

24



En efecto, es totalmente erróneo confundir la oposición con la lucha de fracciones dentro de los partidos tradicionales. Esto constituye una percepción superficial de lo que debe significar una real oposición política, puesto que las querellas intestinas se pueden presentar, con mayores o menores espacios de acción, en regímenes de partido único (China), en regímenes de partido hegemónico (Méjico) e, incluso, en las luchas de clanes o facciones en los regímenes militares. En este sentido, lo específico de un sistema de gobierno-oposición es la existencia de opciones de poder diferentes: un *caso-límite* se hallaría en Francia e Italia donde importantes partidos comunistas que, aceptando el marco institucional de la competencia política presentan, sin embargo, un proyecto de Estado y de sociedad alternativos; y, un *caso menos polarizante* lo encontramos, por ejemplo, en Inglaterra, donde el Partido Laborista constituye una organización autónoma diferente al Partido Conservador, respaldado en ciertas capas específicas y con intereses propios de la población inglesa.

Colombia requiere un nuevo modelo político, un nuevo Pacto Nacional que, a diferencia del Frente Nacional de 1958, permita definir el nuevo escenario de las luchas políticas y sociales en el país. Pero esta redefinición implica que, pese a la "vocación de eternidad" de los dos partidos tradicionales, podamos crear espacios reales (no formales, que sin duda existen) para el desarrollo con garantías efectivas de otras fuerzas políticas.

Si las reformas se orientan simplemente a aceitar la mecánica política, las reformas sólo tendrán como objetivo último consolidar el carácter excluyente del bipartidismo en su modalidad estrecha tradicional; por el contrario, si las reformas adquieren la dimensión misma de las expectativas y los requerimientos del país en esta etapa, estaríamos abriendo el camino para un nuevo esquema político.

Ni el movimiento de Jorge Leyva, ni el MRL, ni el Nuevo Liberalismo, para poner sólo tres ejemplos relevantes, constituyeron propiamente modalidades de oposición real, sino simples luchas fraccionales en el interior del tronco bipartidista.

Así, pues, el sistema no competitivo propio del Frente Nacional (mediante la alternación y la paridad forzosa) sería reemplazado por un sistema semi-competitivo de convivencia burocrática que, de hecho, prolongaba el monopolio bipartidista excluyente.

La “complicidad” del partido diferente al del presidente con su gestión —salvo para las fracciones excluidas de los gajes burocráticos—, llevaba a una casi total inexistencia de fiscalización vigilante, a la ausencia de crítica a la gestión gubernamental.

En este sentido, no se puede minimizar la importancia que puede revestir la actual oposición conservadora. Su decisión de marginarse de los cargos de responsabilidad política es decisiva: puede contribuir a la superación de la “democracia del bostezo”, el congelamiento de la vida política nacional, la burocratización y clientelización de los partidos. Es un hecho comprobado en distintos países que la apatía política de la población debilita las bases del consenso democrático. De otra parte, el nuevo esquema plantea exigencias a los dos partidos tradicionales: al partido de gobierno, la de responder ante sus electores por la gestión gubernamental; al partido opositor, la de ejercer una función de fiscalización y crítica, y la de elaborar un programa que le permita constituirse en una opción de poder para 1990. Esto puede ejercer un impacto importante en la necesaria y siempre postergada modernización de los partidos tradicionales, coadyuvando el fortalecimiento de la cultura democrática del país, que reviste hoy un carácter prioritario. La debilidad de la cultura democrática en la población, la ausencia de la tolerancia política como virtud central de la convivencia y la percepción del adversario como un enemigo, refuerzan la negativa “cultura de la violencia” que tiene hondas raíces en el país.

El “gabinete en la sombra” conformado por el Partido Conservador para supervisar la labor del equipo de gobierno, así como los gabinetes regionales o locales, pueden constituir instrumentos claves para mejorar el decoro en la administración pública y la seriedad de los planes gubernamentales, en un país aquejado por la corrupción administrativa y la ineptitud de la gestión pública.

Pero los beneficios del desarrollo de la oposición institucional para el país, aun bajo esta modalidad restrictiva liberal/conservadora, están condicionados a la actitud de este último

partido. La “oposición reflexiva”, según la fórmula de Misael Pastrana Borrero, no ha dado señales de vida y, por el contrario, lo que se está desarrollando es una *oposición obstructiva*, cuyos lineamientos constituyen un serio riesgo para la estabilidad institucional del país. De una parte, porque la configuración de una alternativa política no parece nacer de la creación de un polo programático diferenciado, sino de la simple búsqueda del fracaso del partido en el poder, con abstracción total de los intereses nacionales². Y, de otra parte, porque el desinterés de elaborar un perfil programático alterno (o su imposibilidad, dada una total identidad de intereses), puede hacer revivir el deseo de reconstruir una polarización bipartidista en términos de adhesión afectiva o regional, es decir, con connotaciones de polarización irracional. La dialéctica de los “odios heredados”, la amenaza velada de Rodrigo Lloreda de la posibilidad de que reviva la violencia, si no se respetan los cargos que ocupan los miembros de su colectividad, es sólo un botón de muestra³.

Segunda proposición: *El esquema gobierno-oposición no se agota hoy en Colombia en la polarización liberal/conservadora.*

La polarización liberal/conservadora es importante, como hemos visto, pero no es suficiente. En efecto, la proximidad programática y la identidad de intereses de los dos partidos limitan su capacidad de representación del conjunto de los estamentos nacionales. Esta afirmación va en contravía de nociones tales como la de los “partidos históricos”, la “cultura bipartidista” que a menudo se hallan en los discursos oficiales, no sólo para legitimar la excluyente “vocación de eternidad” del bipartidismo, sino para restar toda legitimidad a otras fuerzas emergentes. Estas serían a lo sumo apéndices de poderes foráneos o, en todo caso, extrañas a las raíces nacionales.

En una concepción de *poder sagrificado*, la oposición no es posible, el opositor es considerado como un hereje, al cual sólo es dable aplicarle el “Santo Oficio de la Inquisición”. La concepción

2. Inicialmente, Pastrana planteó la necesidad de llegar a un acuerdo de partido a partido sobre temas de interés nacional, tales como la paz, la lucha contra el narcotráfico, la elección de alcaldes y el estatuto de la oposición; pero, ante la negativa liberal de concederles la Procuraduría, la Contraloría y la Superintendencia Bancaria, el conservadismo pasó a la oposición total. Cf. Roberto POMBO, “Oposición después de 28 años”, *El Tiempo*, mayo 29 de 1986.

3. “Puede haber incidentes graves: los alcaldes liberales, en municipios conservadores, tienen que actuar cuidadosamente. Si persiguen a los empleados conservadores, puede despertarse de nuevo la violencia. Y si ello ocurre, no será por culpa nuestra” (*El Tiempo*, 31 de agosto de 1986).

ción del partido (u partidos) como personeros únicos de la *Nación* es la negación misma de la política y el principio del autoritarismo. La única forma de constituir una democracia auténtica nace de concebir al partido (o partidos) como parte⁴, es decir, como representante de determinados sectores e intereses que se enfrentan a otras partes (o partidos) en el juego político.

De esta manera, al darle a la oposición su legitimidad como representante auténtico de fuerzas sociales e intereses divergentes a los de los partidos en el poder, el Estado adquiere un verdadero carácter nacional, es decir, se supera la estrecha visión de un Estado de partido(s), que no es otra cosa que un Estado de una porción de la población. Asimismo, la instauración de este esquema, fundado en el consenso nacional sobre las instituciones políticas, facilita el cambio pacífico, no catastrófico, e introduce mayor fluidez en la solución de los conflictos que atraviesan a la sociedad. O, de lo contrario, ante la imposibilidad de encontrar espacios y canales de acción por parte de la oposición dentro del sistema, inevitablemente se constituye en un reto fuera y contra el sistema.

Este es el panorama que presenta el país. La prolongación excesiva del monopolio bipartidista excluyente al generar una *sociedad bloqueada*, con débiles espacios y canales de participación política y social alternativos, condujo al fenómeno político más importante de la Colombia de hoy: la *desinstitucionalización de las luchas políticas y sociales*. O, en otras palabras, las formas institucionales de acción ciudadana, es decir, aquellas reguladas por las normas jurídicas (por ejemplo, la huelga regida por el Código Laboral o la participación electoral regulada por las normas electorales) se hallan desbordadas por modalidades no institucionales, tales como la guerrilla, los movimientos cívicos, los grupos paramilitares.

En los últimos años, el conflicto capital/trabajo ha sido relativamente desplazado por el conflicto ciudadano/Estado. Mientras que las tasas de sindicalización y el número de huelgas han disminuido en forma significativa, los movimientos cívicos regionales o barriales han tomado un auge inusitado. La crisis fiscal municipal, la crisis en la prestación de servicios públicos (agua, electricidad) o de transporte, etc., por parte de un Estado macrocefálico e ineficaz, genera una confrontación con los ciudadanos cada vez que tienen dificultades —por insuficiencia o desidia gubernamental— para responder a las demandas de la población. Este fenómeno ha conducido a una ampliación de los niveles de participación ciudadana, a la emergencia de nuevos actores sociales cuyas demandas no encuentran canales en la institucionalidad actual; por



25

ello, terminan enfrentados con el Estado y, por tanto, altamente politizados. Esta *oposición social*, para emplear el término de Juan Carlos Portantiero, está en trance de superar su dispersión y se halla en un serio proceso de centralización: Coordinadora Nacional de Movimientos Cívicos, Comisión Nacional Coordinadora Comunal, Coordinadora Unitaria de Vivienda Popular, Comisión Nacional de Grupos Ecológicos, Organización Indígena de Colombia, etc.

Al lado de esta modalidad de oposición, nos hallamos con los dos polos en los cuales se ha ido estructurando la *oposición de izquierda* en los últimos dos años: la Unión Patriótica y la Coordinadora Guerrillera Nacional. Mientras que la primera tiene una presencia política abierta en los cuerpos colegiados, la segunda se halla por fuera de los acuerdos de tregua con el gobierno. Pero ambas reflejan un fenómeno preocupante: la desaparición de las organizaciones de izquierda democrática, en beneficio de la izquierda comunista y de la izquierda insurreccionalista.

Finalmente, y como expresión de una profunda fisura en el Estado, ha ido emergiendo una modalidad de *oposición armada*, constituida por los grupos paramilitares. Estos grupos, que actúan en la sombra bajo la modalidad de la "guerra sucia", se oponen a la política de pacificación del gobierno y sólo creen en la solución militar a los conflictos que afectan al país. La experiencia latinoamericana muestra que la lucha contrainsurreccional, con modalidades de "guerra sucia" y sostenida sólo en el plano militar, pone en juego al propio sistema democrático: ¿cómo puede copar a esa modalidad de oposición, sin

El establecimiento del esquema partido de gobierno lejos de constituir el desmonte definitivo del bipartidismo constitucional es apenas un primer paso, susceptible de marcha atrás.

4. La noción de *partido* nace del sitio que ocupaban girondinos (partie droite) y jacobinos (partie gauche) en el recinto de la Convención Nacional durante la Revolución Francesa.

arriesgar convertirse, al mismo tiempo, en simple “orden”? ¿Cómo puede el sistema democrático abandonar sus principios (por ejemplo, el respeto a los derechos humanos), o su control de la institución castrense, sin desestabilizarse?

Estas tres modalidades de oposición (social, militar y de izquierda) no sólo evidencian los preocupantes niveles de desinstitucionalización que ha alcanzado el país, sino, y ante todo, la superficialidad que implica reducir el fenómeno de la oposición a la simple oposición conservadora. No debemos olvidar, por ejemplo, que el éxito del proceso de democratización en España tras la muerte de Franco consistió en no definir de antemano restricciones, pues, como señala el profesor Pedro de Vega García⁵, los partidos o sindicatos excluidos hubieran continuado actuando bajo la modalidad de la participación directa e incontrolable.

Tercera proposición: *Si aceptamos la proposición anterior, la idea de que el esquema gobierno-oposición no se agota en la polarización liberal-/conservadora, que la democracia restringida ha llevado a una desinstitucionalización del conflicto, necesariamente debemos concluir que los fundamentos de la reconciliación nacional se basan en tres parámetros: la creación de un marco de garantías para la oposición, la apertura democrática y la política de paz.*

En otras palabras, dada la desinstitucionalización que ha alcanzado la oposición en Colombia, ninguno de los tres parámetros señalados puede debilitarse a riesgo de hacer flaquear el conjunto del edificio de la reconciliación nacional.

En América Latina, con la sola excepción de Venezuela en donde se produjo el único proceso de reconciliación nacional exitoso, gracias a la integración del movimiento insurgente al proceso político legal (a partir de 1967, bajo los gobiernos de Leoni y Caldera), en el resto de países la confrontación terminó con la destrucción del polo estatal (Batista, Somoza) o más frecuentemente, con el aniquilamiento del polo opositor (Tupamaros, Montoneros). Y si en Colombia queremos evitar los costos nacionales de una confrontación que tiende a convertirse en crónica e, incluso, a agravarse día a día, tenemos que retomar la experiencia venezolana en donde la ampliación del espacio democrático fue prerequisito para que las fuerzas insurgentes encontraran un acomodo en el marco de la democracia constitucional.

En otras palabras, se requiere continuar la labor iniciada bajo la administración anterior, cuyos proyectos reformistas, si bien no tuvieron brechas. Nos referimos, en especial, a los siguientes proyectos:

- Proyecto de reforma electoral, “hacia la constitución de un cuarto poder, autónomo e

independiente”, por el cual se modifican las Leyes 28 de 1979 y 85 de 1981;

- Proyecto de reforma departamental;
- Proyecto de ley mediante el cual se establece la publicidad de los actos y documentos oficiales;
- Proyecto de ley por el cual se dicta el estatuto básico de los partidos y se provee a la financiación de las campañas electorales;
- Proyecto de Acto Legislativo No. 34 de 1984 referente a la elección popular de los alcaldes.

En la actualidad se hallan a consideración del Congreso una gran cantidad de proyectos orientados hacia la ampliación del espacio político. Sin embargo, la débil voluntad de los miembros de la clase política, la inexistencia de un verdadero partido de gobierno y, por tanto, la ausencia de disciplina parlamentaria, pueden conducir a una nueva frustración en el proceso reformista que el país exige a gritos.

Si las reformas se orientan simplemente a aceitar la mecánica política, las reformas sólo tendrán como objetivo último consolidar el carácter excluyente del bipartidismo en su modalidad estrecha tradicional; por el contrario, si las reformas adquieren la dimensión misma de las expectativas y los requerimientos del país en esta etapa, estaríamos abriendo el camino para un nuevo esquema político. Sea para un régimen bipartidista imperfecto, como en Venezuela e Italia, donde al lado de dos partidos mayoritarios existen otras fuerzas de significación nacional o, con el tiempo, hacia el multipartidismo, gracias a la presencia en la escena política de nuevas fuerzas con gran capacidad de movilización popular. Recordemos que la existencia de una izquierda democrática, con amplia capacidad de movilización y representación, constituye el mejor antídoto a las tentaciones insurreccionistas que han animado a la izquierda en las últimas dos décadas.

La generación de espacios para nuevas opciones políticas nace no solamente de la necesidad de integrar a las fuerzas extra-parlamentarias al

La generación de espacios para nuevas opciones políticas nace no solamente de la necesidad de integrar a las fuerzas extraparlamentarias al juego político institucional, sino de una simple comprobación: hoy el bipartidismo, así tenga una enorme presencia electoral, no agota la representación nacional y un buen porcentaje de la población no se siente adecuadamente representada en estos partidos.

5. Pedro de VEGA GARCIA, *Expresiones de la oposición institucional: alternativa-crítica-control: el caso de la nueva democracia española*. Conferencia dictada en el Seminario Internacional, “La oposición como elemento central del desarrollo democrático”, Bogotá, FESCOL, 25 de septiembre de 1986. Igualmente, Antxon SARASQUETA en su obra *De Franco a Felipe* (Barcelona, Plaza & Janés Editores, 1984, P. 18) afirma que “Suárez estableció un clima de consenso y concordia, que hizo posible dar pasos tan necesarios, para la consolidación de una democracia como fueron la legalización del Partido Comunista junto al resto de las fuerzas de izquierda, y la Constitución de 1978”.

juego político institucional, sino de una simple comprobación: hoy el bipartidismo, así tenga una enorme presencia electoral, no agota la representación nacional⁶, y un buen porcentaje de la población no se siente adecuadamente representado en esos partidos. Por eso, el objetivo no es el de derrotar políticamente a la guerrilla, sino el de buscar los caminos que faciliten su acceso al marco institucional. Dado que, se quiera aceptar o no, la guerrilla tiene un cierto margen de legitimidad ante ciertos grupos de la población (así sean minoritarios), ¿cómo explicar su capacidad de reclutamiento y su persistencia después de 25 años?

26



Las clases dominantes deben comprender que sistemas políticos no integradores, excluyentes, provocan una oposición conspirativa y, por lo tanto, erosionan los fundamentos mismos de la legitimidad y el consenso del sistema. Pero, a su vez, una izquierda insurreccionalista, comprometida de antemano con un proyecto militar como vía única hacia su participación en el poder, se auto-margina de la lucha política y corre el riesgo del foquismo y el aislamiento.

Pero como hemos subrayado con anterioridad, no se puede reducir hoy el fenómeno de la oposición exclusivamente a la oposición política. Al lado de ésta, que es la fundamental en todo régimen democrático pluralista, se ha ido desarrollando en el conjunto del mundo occidental la oposición social, en razón de que los partidos —reunidos en todas sus variantes ideológicas—, no asumen la plenitud de la representación social. De ahí que numerosos analistas hablen hoy del necesario desarrollo de un *corporativismo liberal* (en oposición al corporativismo fascista), para simbolizar la necesaria creación de canales y escenarios de representación de estos nuevos actores sociales. La descentralización, la democracia local y el fortalecimiento de los fiscos municipales son la mejor expresión del reconocimiento por parte del Estado de esta nueva realidad. La institucionalización de los movimientos cívicos implica abrir espacios para que estos actores puedan incidir en sus comunidades locales, generando responsabilidades ciudadanas que han sido conculcadas o absorbidas por un "Estado Leviatán".

Sin embargo, no basta simplemente con la creación de estos nuevos espacios de confrontación democrática. Necesariamente, si lo que se vive en el país es una dramática desinstitucionalización de la lucha política y social, que se expresa en la práctica desaparición de la izquierda legal y en la dispersión de los núcleos que restan, la política de buscar garantías para la oposición y de ampliar el espacio democrático se debe acompañar de un reforzamiento de la política de paz.

Las posibilidades de encontrar un campo de concertación común⁷ entre las fuerzas en pugna en el país, depende en gran medida de la flexibilidad que éstas demuestren. Un principio básico de la ciencia política señala que las posiciones institucionales o para institucionales que eventualmente puedan asumir las fuerzas políticas están determinadas en gran medida por su situación en relación con el poder⁸. Las clases dominantes deben comprender que sistemas políticos no integradores, excluyentes, provocaban una oposición conspirativa y, por lo tanto, erosionan los fundamentos mismos de la legitimidad y el consenso del sistema. Pero, a su vez, una izquierda insurreccionalista, comprometida de antemano con un proyecto militar como vía única hacia su participación en el poder, se auto-margina de la lucha política y corre el riesgo del foquismo y el aislamiento. La saturación de violencia de toda índole, ha desbordado la capacidad de aceptación de su empleo en la opinión pública, cualesquiera sean sus motivaciones. Hoy sólo son posibles soluciones políticas y a la guerrilla —como, al conjunto de los actores— le corresponde realizar nuevos gestos que permitan desempantanar la situación actual: el inicio del desmonte de los frentes de las FARC y la paralización total de las acciones militares de la CGN, ante todo, los

6. Patricia Pinzón, en un trabajo reciente, *La oposición política en Colombia. Aproximación al itinerario de las fórmulas* (Bogotá, FESCOL, 1986, P. 17) afirma que en los últimos años se ha ido profundizando un divorcio entre el poder político de los partidos tradicionales y su capacidad de control social. Es decir, que su enorme potencial electoral no se acompaña de una igual capacidad de canalizar las enormes corrientes sociales, que han desbordado al bipartidismo.

7. "Entendemos por 'concertación social' todo proceso en el cual se busca comprometer a distintos grupos sociales en la realización concreta de tareas que conduzcan a lograr unos objetivos comunes frente a problemas que son entendidos en formas diferentes y/o antagónicos por estos mismos grupos". Alejandro SANZ DE SANTAMARIA, "El proceso de paz como proceso de concertación política", en: *Controversia*, No. 130, Bogotá, CINEP, 1986, P. 7.

8. Olivier DUMAHEL, "De l'alternance à la cohabitation ou l'éénigme résolue de la Constitution", en: *Revue Francaise de Science Politique*, V. 34, No. 4-5, agosto-octubre, 1984, París, P. 1.106.

atentados criminales contra nuestros recursos naturales por parte del ELN.

Aunque, sin duda, “el sistema político colombiano ha sido bastante proclive a la violencia”⁹, no creemos que se pueda caracterizar como “un país de guerra permanente”, como afirma Gonzalo Sánchez¹⁰, ni mucho menos que la “cultura política dominante en Colombia es bipartidista, civilista y legalista”, según términos de Marco Palacios¹¹. Ni lo uno ni lo otro. O, mejor, lo uno y lo otro han convivido de manera que la forma más adecuada de definir los rasgos de nuestro sistema político es el de resaltar, a la vez, su tradición de gobiernos civiles cohabitando con altas dosis de violencia política. Si bien la violencia ha sido, desde la independencia, un recurso de acción política, lo cierto es que lo ha sido casi tanto como el compromiso. ¿No encontró Alexander W. Wilde mejor título para su valioso ensayo sobre la democracia colombiana que el de “Conversation among Gentlemen”¹²? ¿No son acaso los 52 indultos y las 15 amnistías que se han adoptado en el país a lo largo de su historia republicana, una prueba de nuestra capacidad de “perdón y olvido”, de nuestra amplia permeabilidad para la reconciliación¹³? ¿No son, acaso, los innumerables gobiernos de coalición bipartidista, desde el siglo XIX, una evidencia de nuestra predisposición a pactar acuerdos “civilizados”, aun sobre las cenizas frescas de una confrontación brutal? Los generales Rafael Reyes y Rafael Uribe impulsando el gobierno de “Concordia Nacional” y Alberto Lleras y Laureano Gómez, en Sitges y Benidorm, son símbolos imborrables que hoy deben regresar a nuestra memoria colectiva. ¿Si las más brutales de nuestras guerras civiles no llevaron al derrumbe nacional, gracias a nuestra amplia aptitud para el compromiso, es inevitable el pesimismo con respecto al proceso de reconciliación nacional que estamos viviendo?

En los dos últimos gobiernos se ha buscado implantar dos modelos de pacificación, que pecan ambos por su carácter unilateral. El primero, bajo la administración Betancur, buscó atacar fundamentalmente los factores subjetivos de la subversión, mediante la negociación política con los alzados en armas (“política sin economía”)¹⁴. Mientras que el proyecto del actual gobierno se orienta en lo fundamental a combatir los factores objetivos de la subversión, mediante la rehabilitación de las zonas afectadas por la violencia (“Economía sin política”). No es el momento de entrar a debatir sobre las bondades y las deficiencias de uno y otro modelo, aun cuando es evidente para cualquier analista cuidadoso el retroceso que se viene produciendo bajo la presidencia de Virgilio Barco. Para nuestro objeto señalemos simplemente que la democracia política (“apertura democrática”) no se puede disociar de la

democracia social (“redistribución de los ingresos”). Por dos motivos al menos: primero, porque un requisito para que la democracia sea más o menos real es una distribución equitativa de los recursos de poder entre las fuerzas políticas, que se apoyan en distintos estamentos e intereses sociales. El monopolio de los recursos políticos (medios de comunicación, presupuesto y cargos públicos, etc.), desalienta a las fuerzas democráticas y arraiga la convicción insurreccional como única opción. Y, en segundo término, debido a que los desequilibrios sociales se hallan en el origen de tensiones y conflictos, violentos o potencialmente violentos, que hacen en extremo frágil la estabilidad de las instituciones democráticas. De ahí la vacuidad tanto de la “economía sin política” como de la “política sin economía”. La reconciliación es inseparable de la rehabilitación; la democracia política es inseparable de la justicia social.

En este sentido, son clarividentes las reflexiones del rector de la Universidad Nacional, Marco Palacios, en una obra reciente: “Las lecciones que se derivan de la experiencia política de post-guerra indican que sin fórmulas mínimas de consenso político real en torno a la incorporación de la izquierda al esquema político, el sistema seguirá erosionando su legitimidad hasta un punto crítico irreversible. La paz interior es indispensable para sostener el armazón político democrático (...). No todos los colombianos en posiciones de poder e influencia son plenamente conscientes del significado estratégico de este proceso para el futuro de la democracia colombiana. Si a esto añadimos la variable exógena, una manera de

9. David BUSHNELL, “Política y partidos en el siglo XIX”, en: Gonzalo SÁNCHEZ y Ricardo Peñaranda (comp.), *Pasado y presente de la Violencia en Colombia*. Bogotá, CEREC, 1986, P. 31.

10. Gonzalo SÁNCHEZ, *Ensayos de historia social y política del siglo XX*. Bogotá, El Ancora Editores, 1985, P. 217.

11. Marco Palacios, *La delgada corteza de nuestra civilización*. Bogotá, Procultura, 1986, P. 65.

12. Alexander W. Wilde, “Conversation among gentlemen. Oligarchical democracy in Colombia”, en: Juan LINZ y Alfred STEPAN. *The Breakdown of Democracy*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1978.

13. César CASTRO PERDOMO, “67 indultos y amnistías ha habido en Colombia”, en: *El Tiempo*, Bogotá, noviembre de 1982.

14. Bajo la administración Betancur se produjo una regresión en la distribución de los ingresos, en detrimento de los sectores populares. Lo cual iba en contravía de su reformismo político. Una democracia estable requiere una tensión relativamente moderada entre las fuerzas sociales y políticas en pugna. Y la moderación se halla facilitada por la capacidad del sistema para resolver los problemas más agudos, antes de que estos se acumulen en forma explosiva. Desgraciadamente, poco o nada se está haciendo en este sentido. ¿No es acaso la reforma tributaria, que acaba de ser aprobada en el Congreso, una nueva evidencia del carácter estrechamente oligárquico de las medidas económicas?

Las lecciones que se derivan de la experiencia política de post-guerra indican que sin fórmulas mínimas de consenso político real en torno a la incorporación de la izquierda al esquema político, el sistema seguirá erosionando su legitimidad hasta un punto crítico irreversible. La paz interior es indispensable para sostener el armazón político democrático (...). No todos los colombianos en posiciones de poder e influencia son plenamente conscientes del significado estratégico de este proceso para el futuro de la democracia colombiana.



27

llamar el impacto potencial que tendría en Colombia la escalada bélica en Centroamérica, entonces podremos apreciar de qué manera la premisa fundamental para cualquier sociedad democrática es la paz”¹⁵.

Conclusión

En diferentes textos del actual ministro de Gobierno, así como en distintas intervenciones de dirigentes políticos de ambos partidos tradicionales, se concibe el esquema gobierno-oposición de la manera más restringida: se buscaría simplemente tratar de copar el creciente espacio ganado por la izquierda, es decir, de no

continuar los dos partidos sentados del mismo lado de la mesa abandonando la oposición a las fuerzas contestarias del sistema¹⁶. Colombia no está hoy en día para maniobras de tan corto vuelo. Debemos aceptar que los dos partidos tradicionales, aún siendo ampliamente mayoritarios, no agotan la Nación, ni su representación, ni sus variados intereses. Un proyecto restringido de apertura del nuevo esquema significaría simplemente desconocer que el país ha cambiado y congelar artificialmente un esquema de partidos que día a día exige audaces remodelaciones.

En otras palabras, Colombia requiere un nuevo modelo político, un nuevo *Pacto Nacional* que, a diferencia del Frente Nacional de 1958, permita definir el nuevo escenario de las luchas políticas y sociales en el país. Pero esta redefinición implica que, pese a la “vocación de eternidad” de los dos partidos tradicionales, podamos crear espacios reales (no formales, que sin duda existen) para el desarrollo con garantías efectivas de otras fuerzas políticas. En la memoria colectiva del país subyace la importancia decisiva que tuvo el plebiscito de 1957 para superar la violencia y los régimen militares. Treinta años después, nuevamente debemos pensar en los necesarios ajustes que requieren nuestras instituciones políticas.

Recordemos que, como nos enseñan las democracias más avanzadas, para alcanzar una sociedad abierta y pluralista es necesario no sólo construir los espacios del consenso democrático sino, igualmente, los espacios institucionales para la disensión y el conflicto.

Cien años después de la promulgación de la Constitución de 1886, podríamos innovar la frase de Rafael Núñez, “Regeneración o Catástrofe” y plantear como la tarea nacional más urgente, “Apertura democrática o catástrofe” ●

15. Marco PALACIOS, Opus. Cit., P. 83.

16. Según Francisco Leal, en su ponencia presentada al Seminario Internacional organizado por FESCOL sobre “La oposición como elemento central del desarrollo democrático”, el objeto del esquema gobierno-oposición se reduce, a los ojos de la clase dirigente, a buscar la reconstitución de los márgenes de legitimidad del bipartidismo y evitar que el vacío de oposición lo llene la izquierda. Modelo que se acompaña de una ausencia simultánea de un proyecto político de dimensión nacional y que busca simplemente la absorción funcional de los extremos, la despolitización de los conflictos, el “fin de las ideologías”. Es decir, un centrismo utópico fundado en la moderación política, en el cual no exista más que la oposición del propio sistema, basada en la aceptación unánime del desuetos esquema tipolar liberal/conservador. El problema es que se parte de una premisa falsa: que los dos partidos agotan la representación nacional. Leal Buitrago corrobora nuestra propia perspectiva con respecto a la mezquindad que anima a las clases dirigentes en esta etapa.

Luis Alberto Restrepo

El protagonismo político de los Movimientos Sociales

Características, condiciones de su surgimiento, perspectivas actuales y futuras

1. Aproximación al fenómeno

a. Interrogantes e hipótesis

Desde mediados de los años 70 han venido surgiendo en Colombia nuevos movimientos sociales¹, cualitativamente diferentes a los del pasado. El fenómeno es común a otros países de América Latina e incluso a otros continentes. Aquí nos restringimos a su análisis en nuestro país.

¿Cuáles son esos movimientos? ¿Cuál es su estructura? ¿Qué características los hacen diferentes de la izquierda de las dos décadas anteriores? ¿Por qué surgen? ¿Cuáles son sus relaciones actuales o posibles con los partidos políticos? ¿Qué aportan en el proceso de cambio social y cuáles son sus perspectivas?

Los movimientos sociales pueden ser el embrión de una "sociedad civil popular". Podrían

1. Prefiero hablar de movimientos sociales, en plural, y no sólo de un gran movimiento social bien articulado y de "formas pre-movimentistas", como lo propone Fernando Mires (*El Subdesarrollo del Marxismo en América Latina*, Montreal, ALAI, 1985). En primer lugar, porque detesto los neologismos que derivan en tecnicismos para "ilustrados". En segundo lugar, porque creo que todas estas formas de organización y auto-promoción popular son auténticos movimientos sociales en el pleno sentido del término. Y finalmente, porque las necesarias distinciones se pueden establecer mediante adjetivos. Utilizarse la expresión "movimiento social", en singular, para denotar el conjunto difuso y desarticulado de muchos movimientos sociales, que ponen de manifiesto que algo se mueve en la sociedad colombiana.

2. Más adelante tomaré distancia crítica de esta noción. La uso inicialmente por su capacidad para describir la situación de los desempleados, subempleados, microempresarios, minifundistas y colonos, delincuentes, prostitutas... Tendencial y sicológicamente hay sectores sociales que se sienten amenazados por la marginación como los estudiantes y muchos profesionales. Por ello, comparten muchas de las actitudes y reacciones socio-políticas de aquellos.

3. La idea de una sociedad civil única y homogénea es ajena a la realidad del país. La pertenencia a la "sociedad civil" supone propiedad, trabajo, pero sobre todo organización y capacidad de auto-representación en el conjunto social. Quienes carecen de organización y capacidad de propia representación constituyen una "masa" informe e impotente.

4. Ante los porcentajes cabe preguntarse quiénes son marginales en Colombia...

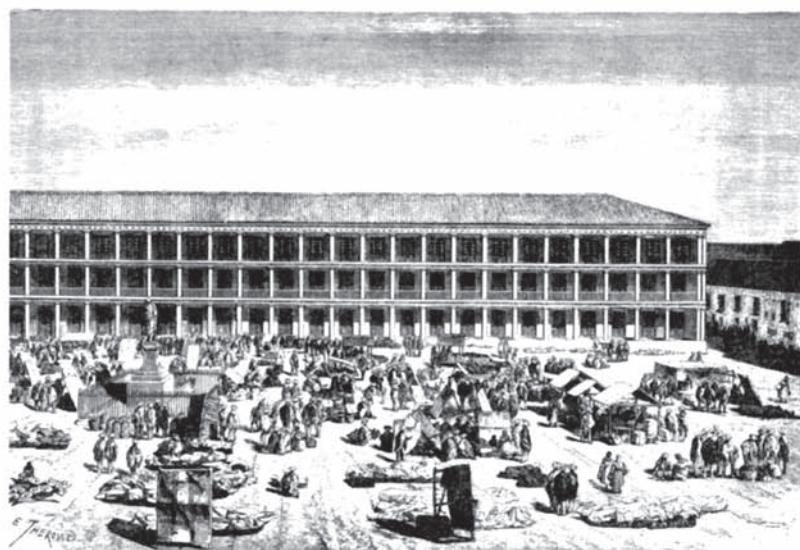


28

gestar sobre todo una sociedad civil de los mal llamados "marginados"² y ser el fermento de una nueva cultura política más democrática.

Las clases dirigentes de Colombia poseen una sociedad civil propia³, autónoma y poderosa, capaz de presionar a la sociedad y al Estado desde su propia perspectiva. Están organizadas económicamente en múltiples empresas y negocios que controlan y dirigen, y en el terreno gremial mediante influyentes asociaciones, como la ANDI, ANIF, SAC, FEDEGAN, etc. Esta red de poder les garantiza la existencia de una democracia para ellas.

Los marginados, en cambio —el 70% de la población colombiana⁴— carecen de organización y representación social, o esta es débil y



29

Para la vigencia real de la democracia en Colombia bajo cualquier régimen político, es indispensable el desarrollo de una sólida red de organizaciones y de un poderoso sistema de representación social de las mayorías marginadas, independiente de los gremios, de los partidos y del Estado. En términos inusuales, pero adecuados, es indispensable a la conformación de una "sociedad civil popular".

dependiente. La clase obrera, que no pertenece al sector, posee bien que mal organismos sindicales de expresión⁵. Pero buena parte de los campesinos —como los pequeños propietarios, colonos, jornaleros, trabajadores a destajo— son marginados. Además, han quedado sin voz ni voto en la vida nacional después de la crisis de la ANUC. La multitud restante de desempleados, subempleados, microempresarios, etc., se hallan casi totalmente dispersos. Carecen de un sistema de representación social adecuado. Son “masa”, “montonera”. No hacen parte real de la sociedad civil. Para ellos sólo existen los derechos que las clases dirigentes consideren oportuno reconocerles.

Para la vigencia real de la democracia en Colombia bajo cualquier régimen político, es indispensable el desarrollo de una sólida red de organizaciones y de un poderoso sistema de representación social de las mayorías marginadas, independiente de los gremios, de los partidos y del Estado. En términos inusuales, pero adecuados, es indispensable la conformación de una “sociedad civil popular”.

Los movimientos sociales, aunque incipientes, podrían sentar las bases para una expresión social permanente de los marginados. Pero este proceso podría ser desviado, entorpecido o asfixiado por varios factores: por un eventual intento de convertir los movimientos sociales en partido político, por la imposición artificial de direcciones camufladas, por la cooptación clientelista del partido liberal, por la infiltración guerrillera o por la represión.

b. Clasificación de los movimientos sociales

Con este nombre se denominan en Colombia organizaciones y movimientos muy dispares. Se

emplea el término sobre todo para los así llamados “movimientos cívicos”, pero también se lo aplica a las organizaciones de jóvenes, de mujeres, de cristianos, a los movimientos ecológicos, los grupos culturales, las juntas de acción comunal renovadas, las asociaciones de vivienda popular, etc. Los movimientos políticos regionales, como los Inconformes de Nariño, el Frente Amplio del Magdalena Medio, Firmes del Caquetá y otros similares, son asimismo sobrentendidos bajo este nombre. Se trata, pues, de organizaciones de muy diversa magnitud, naturaleza y significación.

Para entendernos mejor, propongo una clasificación de los distintos tipos de organizaciones que forman parte de los movimientos sociales. Las organizaciones sociales de orientación popular se articulan en cinco niveles ascendentes según su dimensión y alcance:

1. Los “Grupos de Base”, de número reducido y en su mayor parte compuestos por miembros de los sectores marginados. Son enteramente locales, ubicados en un barrio, población o vereda.
2. Los *Centros de Promoción Popular*, CPP (Fundaciones u otras entidades de carácter privado)⁶, particularmente aquellas que adelantan el así llamado “trabajo de base”. Integradas por profesionales y activistas, impulsan la creación de múltiples grupos de base. Desempeñan una labor fundamentalmente educativa, o de asesoría y acompañamiento. Pueden tener un radio de acción local, regional o nacional.

3. Los *Movimientos “sectoriales”*, que agrupan una franja o sector específico de población, habitualmente marginada, para la defensa de sus derechos y la satisfacción de sus necesidades específicas. Son estos, por ejemplo, los movimientos de jóvenes, de mujeres, ecológicos, cristianos, de usuarios de vivienda, etc. Comprenden muchos grupos de base y mantienen relaciones con distintos CPP. Hay entre ellos notables diferencias según sus objetivos y la condición de sus miembros⁷. Pueden tener una cobertura regional o nacional.

5. Es bien conocida la debilidad del sindicalismo colombiano: sólo un 15% de los trabajadores sindicalizado; división de federaciones y corrientes; subordinación de los dirigentes a los patronos, los partidos y el Estado. Con todo, el lugar clave que ocupa en la producción y en la acumulación de capital le da un poder de negociación grande a la clase obrera en cada empresa, en cada rama de la producción y en el ámbito nacional. El sindicalismo lo refuerza. Su poder no tiene medida de comparación con la impotencia absoluta de los sectores “marginados”.

6. Como es sabido, estas entidades se designan con el nombre de Organizaciones no Gubernamentales (ONG).

7. Sería muy útil para los movimientos mismos y para el movimiento social de conjunto que cada uno de ellos fuera escribiendo su propia historia, quizás con la asesoría de algún investigador social.

4. Los “*Movimientos cívicos*”, que tienen dos dimensiones bastante heterogéneas: designan, por una parte, los “paros cívicos” que han venido produciéndose en Colombia desde hace veinte años, con frecuencia e intensidad crecientes. Son movilizaciones masivas de pobladores de una localidad o región, que protestan por la carencia, mala calidad o alto costo de los servicios del Estado. Por otra parte, con este nombre se designa también a las “coordinadoras” que han venido surgiendo en la presente década a raíz de los paros. Tienen una composición reducida pero más estable.



Los sectores marginados, en su gran heterogeneidad, constituyen la base social más importante de los Movimientos Sociales.

5. Los “*Movimientos regionales*”, como *Inconformes*, el Frente Amplio del Magdalena Medio, *Firmes*, el Movimiento Amplio del Tolima, dan un paso más en el camino de la articulación global: son movimientos políticos permanentes de un departamento o una región entera, habitualmente más extensa que la comprendida por los movimientos cívicos. Como movimientos políticos superan, en su área de acción, el carácter meramente reivindicativo y transitorio de estos. Presentan alternativas de poder y planes de acción más continuos en beneficio de la región. Con todo, conservan en alguna medida su condición de movimiento social. Expresan las reivindicaciones de la región ante la Nación y el Estado

central, y no una propuesta alternativa para el país en su conjunto como corresponde a un verdadero partido. Tienen, pues, un carácter híbrido entre movimiento social y partido político. Sin embargo por su vocación tendencial se dirigen a la esfera política. Por lo demás, se nutren asimismo de los grupos de base, de los movimientos sectoriales y de los movimientos cívicos, en los que estos alcanzan un cierto grado de organicidad ulterior.

De ordinario se les da el nombre de movimiento social solamente a los movimientos sectoriales y a los cívicos. Con todo, los grupos de base y los CPP son parte integral de los movimientos sectoriales. Les dan quizás su novedad específica⁸. Los movimientos regionales, siendo organizaciones políticas, conservan todavía rasgos de tipo social. Además, todas estas formas de organización generan en torno suyo un halo de influencia en sectores más amplios de la población que hacen parte eventual del movimiento social de conjunto.

c. Su estructura orgánica

El conjunto de organizaciones conforman un solo gran movimiento social difuso, desglosado en diversos movimientos parciales, como los sectoriales, cívicos y regionales, de los que hacen parte a su modo los grupos de base y los CPP. Todas estas instancias conforman, en sentido laxo, un organismo: los grupos de base y los CPP son como las células; los movimientos sectoriales los tejidos; los movimientos cívicos y regionales el organismo resultante, aunque los nexos entre unas y otras instancias sean informales y cambiantes, ya que cada organización conserva su plena autonomía con respecto al todo. Veamos cómo se entrelazan en el movimiento social global. Estas observaciones sobre sus características orgánicas son de especial importancia puesto que ponen de manifiesto la naturaleza democrática y popular de este tipo de movimientos, en contraste con lo que ha sido la realidad de las organizaciones políticas colombianas.

1. Los grupos de base:

Casi sin excepción, los grupos son el producto del “trabajo de base” de los Centros de Promoción o de los movimientos sectoriales. Con todo, son autónomos en su trabajo y sobre todo en su orientación política, al menos en principio⁹.

8. Es necesario adelantar una mayor investigación empírica sobre la relación entre CPP, grupos de base, movimientos sectoriales y movimientos cívicos y regionales. La hipótesis aquí asumida es la de que los centros y grupos de base van modificando cualitativamente los movimientos sectoriales, cívicos y regionales, y les confieren su novedad específica por razones que se anotaran más adelante.

9. En la práctica es difícil evitar por completo la influencia de los Centros de Promoción sobre la orientación de los grupos.

No se organizan por el hecho de pertenecer a una clase social particular, como la clase obrera o el campesinado. Incluso la participación de obreros de empresa en estos grupos es escasa, y no se efectúa en razón de su trabajo, como sucede en el sindicato o en partidos marxistas-leninistas. Sus miembros pertenecen casi en su totalidad a los sectores marginados, aunque eventualmente pueden tomar parte en ellos miembros de clases medias, estudiantes, intelectuales, religiosos. Se agrupan en torno a un propósito particular (una empresa comunitaria, una tarea de promoción cívica en el barrio, un grupo religioso, etc.) o por razón de su pertenencia a un determinado sector de población (mujeres, jóvenes). Todos los grupos llevan adelante una actividad común de muy diverso tipo: una pequeña empresa para su subsistencia, representaciones teatrales, celebraciones religiosas, promoción de obras cívicas, talleres educativos, etc.

Los grupos cuentan con un número reducido de miembros¹⁰, entre los que prevalecen relaciones personales, y no meramente funcionales. Esto facilita el desarrollo de mecanismos de participación (democracia directa) en las deliberaciones, decisiones, tareas y responsabilidades comunes. Además esta práctica se desarrolla conscientemente por parte de los grupos, y es incentivada en grados diferentes por los CPP. La autonomía con respecto a partidos, organizaciones y entidades, y la práctica consciente de la participación generan en sus miembros nuevos hábitos sociales y políticos. Van desarrollando las bases de una sociedad civil y de una cultura política democráticas. De hecho, estos grupos encuentran dificultad para incorporarse en las estructuras verticales de los partidos políticos colombianos, sean tradicionales o de izquierda. Más todavía, ponen en cuestión todas las formas de dominación social en los ámbitos más reducidos de la convivencia, como la pareja, la familia, el barrio, la escuela, etc. Sin duda es ésta la característica orgánica más importante de los grupos de base.

2. Los centros de promoción popular:

Estos Centros comenzaron a desarrollarse en Colombia desde comienzos de los años 70. En su origen fueron sobre todo entidades ligadas a sectores de avanzada de la Iglesia Católica, constituidas tanto por religiosos como por laicos no necesariamente creyentes, cuyo denominador común era el interés por un cambio social¹¹. En la medida en la que se ahondaba la crisis de las organizaciones políticas de izquierda, centros parecidos comenzaron a multiplicarse¹². En su mayor parte fueron promovidos por profesionales e intelectuales, independientes de todos los partidos o desencantados de ellos. Ultimamente han surgido entidades similares ligadas a movimientos sectoriales, a sindicatos, a partidos polí-

ticos. Casi en todos los casos, estos centros nacen y sobreviven, desde el punto de vista económico, gracias a la colaboración de ONG de los países industrializados. Ante el fracaso de la "ayuda" para el desarrollo mediada a través de los Estados del Tercer Mundo, se han desarrollado en Europa y América del Norte numerosas ONG que se asocian a los CPP.

Sin pretenderlo y sin asumirlo todavía a plena conciencia estos centros introducen una transformación profunda en el estilo de trabajo, en la relación del intelectual con las bases populares y en la organización social y política.

En primer lugar inician los "trabajos de base" dirigidos tanto a los grupos de base como a los movimientos sectoriales. La nota fundamental de este tipo de trabajo es que busca el fortalecimiento del grupo o de la comunidad popular beneficiaria, y no de la entidad que lo lleva a cabo. Ni los partidos políticos ni la Iglesia Católica habían desarrollado una labor semejante. Los partidos tradicionales despliegan una actividad transitoria en tiempos de elecciones, basada en un clientelismo paternalista que ahonda la dependencia de las clases populares y destruye su organización. Los grupos de izquierda establecían relaciones coyunturales con las comunidades, sobre todo con ocasión de algún conflicto, para conquistar simpatías y militantes para su propia organización. También la Iglesia ha buscado tradicionalmente la adhesión de aquellos con quienes trabaja, o ha brindado una asistencia paternal a las clases populares que les remedia las necesidades del momento pero destruye su capacidad de autodefensa y propia promoción. En todos estos casos se trata de una relación proselitista y utilitaria.

Los CPP cambian el centro de gravedad del trabajo. Su eje es el fortalecimiento del grupo concreto, de la comunidad local, y más en general, de los sectores marginados. Los centros ligados a sectores de la Iglesia lo hacen así, inicialmente, por la prohibición eclesiástica de ejercer un liderazgo político y por la dificultad para encontrar una organización marxista-leninista suficientemente amplia y flexible como para que puedan adscribir a ella su trabajo. Otro tanto ocurre más tarde con los ex-militantes y activis-

Los movimientos sociales, aunque incipientes, podrían sentar las bases para una expresión social permanente de los marginados. Pero este proceso podría ser desviado, entorpecido o asfixiado por varios factores: por un eventual intento de convertir los movimientos sociales en partido político, por la imposición artificial de direcciones camufladas, por la cooptación clientelista del partido liberal, por la infiltración guerrillera o por la represión.

10. Por dar alguna cifra, podemos decir que oscilan entre cinco y cuarenta personas.

11. CINEP, Dimensión Educativa, Pastoral social de algunas diócesis fueron impulsores de esta modalidad de trabajo. En este sentido CINEP tuvo en el país una incidencia importante. Falta también una historia de los CPP en el país.

12. A modo de ejemplo, citemos a FORO POR COLOMBIA que ha cumplido también una labor pionera en su género. Como este hay una amplia gama de centros, como CE-PALC, IPROSCO, CIPROC, etc.

tas independientes que no encuentran un canal político adecuado para su labor. Pero lo que nace por azar, se convierte en un avance sustancial del estilo de trabajo popular.

La segunda modificación importante introducida por los centros se refiere a la relación del intelectual con las organizaciones de base. En los partidos tradicionales esta relación es casi nula, y reducida al clientelismo electoral¹³. En la izquierda de los años 60 y 70, estudiantes e intelectuales pretendían dirigir a las masas "atrasadas". Esta actitud incluía un profundo menosprecio de la mentalidad y cultura popular, considerada simplemente como expresión de atraso y parte de la ideología burguesa. A título de la revolución y la democracia proletaria, se generaba una relación vertical y autoritaria entre el intelectual o activista político y las clases populares. El "trabajo de base" adelantado por los Centros de Promoción modifica paulatinamente el esquema y desarrolla una relación cada vez más horizontal. La relación es de asesoría y acompañamiento, no de dirección. La misma actividad educativa se va transformando, y de ser una forma de indoctrinamiento, va generando un intercambio dialogal en el que ambas partes aprenden.

Esta nueva relación tiene consecuencias significativas en la organización de los grupos de base. Como lo señalábamos antes, prevalecen allí las formas de la democracia directa. Cada miembro es un interlocutor válido y un miembro participante. La dirección es grupal y tiene más la forma de real coordinación. El intelectual aprende a respetar y apreciar la cultura popular, y a tomarla en cuenta para entablar el diálogo con el grupo. En otras palabras, se desarrollan las condiciones para una democracia directa o participativa. Los nuevos hábitos condicionan en adelante la cultura y la organización política. Contribuyen a la gestación de una sociedad civil popular.

3. Los movimientos sectoriales:

Estos movimientos aglutinan un cierto número de grupos de base de un determinado sector de la población: mujeres, ecologistas, jóvenes, microempresarios, cristianos, usuarios de vivienda, etc. Las razones sociales podrían multiplicarse al infinito, y el aglutinamiento de grupos similares avanza cada día más. Casi todo grupo de base pertenece a un movimiento sectorial mayor, con excepción de aquellos grupos que surgen de la iniciativa de religiosos aislados.

Los movimientos sectoriales han tenido distinto origen: a veces, han surgido por iniciativa de los mismos grupos de base a partir de un cierto grado de desarrollo, pero más frecuentemente, son promovidos por los Centros o por grupos de intelectuales o activistas. Cuentan también con el apoyo de las ONG de los países industrializa-



31



32

dos. Para el desarrollo de proyectos económicos o para programas educativos recurren, por su propia iniciativa, a la asesoría de distintos CPP,

13. Recientemente, y con la colaboración de antiguos activistas de izquierda, sectores liberales como el samperismo, se esfuerzan por introducir elementos de un "trabajo de base", desconocido antes por los partidos tradicionales. Aunque predominan allí los rasgos del paternalismo clientelista y electoral. Es la lógica inevitable del país político que instrumentaliza en su provecho, para fines de corto plazo, al país nacional.

de instituciones privadas o del Estado. Tienen en esto una completa libertad.

Cada movimiento tiene su propia estructura y su lógica de funcionamiento. Pero todos ellos se caracterizan por su autonomía frente a otras organizaciones similares, en relación con el Centro o grupo que contribuyó a generarlos o ante quienes les prestan su asesoría, y completamente autónomo en relación con las grandes instituciones nacionales como los partidos y la Iglesia. Son movimientos dirigidos por sus participantes, sin desconocer por ello la influencia que ejercen sus asesores.

Asimismo los movimientos sectoriales poseen una intensa vida democrática. Ante todo, están animados en sus bases por la vitalidad propia de la democracia directa. En la medida en la que crece la organización, la participación directa de los miembros va cediendo inevitablemente terreno a mecanismos propios de la democracia representativa, como las elecciones y los organismos especializados. Pero estos tienen una gran autenticidad y se conservan bajo el control de todos los miembros. La misma dirección es más bien una coordinación. De este modo, tanto los grupos de base como los movimientos sectoriales son un fermento de creciente democracia e independencia de los sectores marginados.

Tanto los grupos de base como sobre todo los movimientos sectoriales van desarrollando vínculos “hacia arriba”, hacia organizaciones más amplias como los movimientos cívicos y regionales. Pero en ellos conservan su identidad e independencia, y les aportan sus hábitos democráticos. Por esta razón, en la medida en que los movimientos cívicos y regionales reciben la influencia de estas organizaciones más reducidas se van haciendo refractarios a los intentos de manipulación o instrumentalización por parte de otras organizaciones y partidos.

4. Los movimientos cívicos:

No es fácil hablar de “movimientos” cívicos, ya que los paros no han sido organizaciones duraderas, sino fugaces explosiones colectivas caracterizadas por una alta dosis de espontaneidad. Por otra parte, conviene anotar que la gama de sectores sociales que participan en los paros es mucho más amplia que la de los grupos de base o la de los movimientos sectoriales. En ellos toman parte sectores medios, como transportadores, comerciantes, en ocasiones incluso las mismas autoridades del lugar. Se trata de reivindicaciones de la periferia frente al centro, más que de movilizaciones exclusivas de los marginados.

Las “coordinadoras” surgidas con posterioridad han querido darle continuidad a la movilización social, sin que hasta el momento parezcan haberlo conseguido en grado apreciable. En ellas se cruzan distintos sectores e intereses, y están en proceso de transformación. Inicialmente fueron

quizás el producto de antiguos activistas y dirigentes políticos de izquierda estimulados por la crisis del leninismo. No es imposible que estos hayan llevado allí los viejos hábitos de sus partidos. No se descarta tampoco que la guerrilla haya creído encontrar en las coordinadoras una posibilidad de influencia orientada hacia la “insurrección general”. La prisa por generar coordinaciones artificiales denota estas presencias extrañas. Unos y otros suelen llevar consigo un ánimo directivo, y no de mera participación democrática en labores de coordinación. Pero ninguno de estos dos sectores representa realmente a la comunidad, fuera de la representatividad que ellos mismos se arroguen. Constituyen direcciones fantasma que generan desconfianza y desmovilización, porque a mediano plazo la gente es rehacia a dejarse conducir por quien no ha escogido hacia finalidades que no conoce. En todo caso, no fortalecen el movimiento popular.

Paulatinamente se han ido vinculando representantes de movimientos sectoriales a las coordinadoras. Su presencia neutraliza en parte la influencia de los sectores ya citados. En esa medida aquellas van ganando en representatividad, en base social permanente, en democracia interna y autonomía. Como auténticas coordinadoras de movimientos sectoriales en el ámbito local y regional, estos organismos pueden desempeñar un excelente papel en el intercambio de información y servicios. Pueden llegar a ser, además, una especie de parlamento popular de tipo local.

Las coordinadoras cívicas no suelen tener una relación directa con CPP, salvo raras excepciones. Pero reciben su influencia a través de los grupos de base y de los movimientos sectoriales. Tampoco dependen notoriamente de las ONG extranjeras, lo cual les confiere independencia pero explica su penuria.

5. Los movimientos regionales:

Finalmente, los movimientos regionales, que son más políticos que sociales. Surgen por clara iniciativa de antiguos dirigentes y militantes de izquierda, ante la crisis evidente de sus organizaciones nacionales. Intentan recoger en un proyecto político regional la inconformidad difusa de amplios sectores populares, los distintos trabajos de base, los movimientos sectoriales y cívicos. Buscan transformar el movimiento social de conjunto en organización política, en partido. Y en efecto, son partidos en el espacio local, con proyectos alternativos de poder, pero en el conjunto nacional aparecen todavía como un movimiento parcial y reivindicativo, sin vocación de poder en el Estado central.

Por contraste con las coordinadoras cívicas, los dirigentes de los movimientos regionales son públicamente conocidos y reconocidos como tales. En ese sentido, aunque la iniciativa y direc-

Todo movimiento que se respete considera que si no se convierte en partido, carece de presencia y de poder, al menos en la esfera popular. La ANUC, en un momento quiso ser partido campesino y se acabó. Ojalá la CUT no emprenda un camino similar. El intento de convertir los movimientos sociales en partido político sería su fin, porque los desarraigaría de la defensa y promoción de sus derechos y necesidades concretas, para disolverlos en un proyecto de Estado. Por otra parte, diluiría la independencia de la posible sociedad civil popular para ligarla a la suerte aleatoria de un partido político.

ción del partido está en sus manos, están sujetos a la aceptación o rechazo popular, y este es un principio insustituible de la democracia representativa. En oposición a las prácticas de las organizaciones tradicionales de la izquierda, los movimientos regionales cuentan con una militancia y unos aparatos construidos “de abajo hacia arriba”, de los grupos de base y los movimientos sectoriales hacia la dirección. Estos no son aparatos de fachada, sujetos a la dirección central del partido, sino movimientos independientes. La dirección no puede ejercerse sin contar en algún grado con su parecer y aceptación. Esto hace la labor de construcción partidaria más lenta y difícil, pero más sólida y democrática.



33

Por su arraigo en las necesidades locales y regionales, estos movimientos pueden todavía atraer y articular en su seno organizaciones sociales muy afianzadas en las aspiraciones concretas de sus miembros. Pero un partido político nacional entraña una dosis de alejamiento con respecto a las necesidades de los distintos sectores sociales. No es su expresión orgánica adecuada. Por esta razón es indispensable que los movimientos sectoriales conserven su plena identidad, su autonomía y su organización ante toda propuesta de partido.

Si alguna vez los movimientos regionales se funden en un partido político nacional, entonces las coordinadoras cívicas, convertidas en parlamento popular de movimientos sectoriales, podrán ocupar el espacio abandonado por aquellos y adquirir una personería pública más reconocida. Sin duda, muchos de los miembros de los grupos de base y de los movimientos sectoriales

se convertirán en adherentes y militantes del nuevo partido, pero a título individual.

d. Algunas Características comparativas

Ya hemos señalado las características más importantes de los movimientos sociales: las referentes a su estructura orgánica. Para clarificar mejor su identidad, describamos además algunos de sus rasgos en comparación con otras organizaciones similares, en particular, con la izquierda leninista de las dos décadas anteriores.

1. La composición social:

El destinatario principal del discurso de la izquierda era la clase obrera, y en segundo lugar, el campesinado. Se apelaba a ellas para suscitar su conciencia de clase. Los movimientos sociales no se generan explícitamente en razón de su clase, sino más bien en virtud de las necesidades compartidas por la comunidad local, el sector o la región. Se desarrollan sobre todo en los sectores marginados (desempleados, subempleados y microempresarios urbanos u rurales). En ello hay desde luego un clasismo de fondo, pero difuso y no explícito.

2. La finalidad:

La izquierda pretendía organizar al pueblo para la lucha contra la dominación macroeconómica y política del capital, y hacia la toma del poder del Estado. Los movimientos sociales desglosan la idea de la dominación y emancipación, y la aplican a la lucha contra los micropoderes de la vida cotidiana: el machismo, el gamonalismo, el clericalismo, la autoridad vertical en todo tipo de relación social. No buscan tanto la “toma del poder” del Estado, sino su recuperación desde la sociedad civil popular.

3. El tipo de prácticas:

La izquierda era casi exclusivamente crítica y contestataria. Su acción se reducía a la movilización de protesta: la huelga, el mitin, el paro. Actitud que, enfatizada de modo unilateral, engendra un hábito de mendicidad y dependencia ante el Estado paternal. Los movimientos sociales asumieron esa herencia, pero en esta década, a medida que se aplaza “La Revolución” (con mayúsculas) y se ahonda la crisis social, han comenzado a desarrollar en pequeña escala soluciones alternativas al modelo societal vigente: empresas asociativas, ollas comunitarias, guarderías, etc. Marchan así en el sentido de la autosuficiencia y la auto-potenciación.

4. Finalmente, la relación entre teoría y práctica:

La izquierda se nutría de una rigurosa tradición teórica, el marxismo-leninismo, que aplicaba con poca fortuna a una realidad social esquiva. Los movimientos sociales han surgido sin teoría, y sólo sobre su marcha se hacen esfuerzos por comprenderlos. A ese propósito quieren servir las reflexiones que siguen.

2. Un marco teórico de interpretación¹⁴

Conviene encuadrar los movimientos sociales en un marco teórico más general, al menos de modo tentativo. En Colombia no hay muchos avances en este sentido. Después de la quiebra de la izquierda en el país, ha surgido el escepticismo y la desconfianza frente a las teorías generales. Es una de las características de los movimientos sociales. Con todo, estos intentos quizás nos permitan comprender mejor sus rasgos, tendencias, posibilidades y limitaciones. Recurrié a categorías que muchos miran ya con fatiga y disgusto. Pero no hay otras que puedan servir de punto de partida. Parto de la hipótesis de que los movimientos tienen su base social en las mayorías marginadas que buscan a través de ellos alguna forma de participación.

a. Elementos para un marco teórico

1. Como elemento primero y fundamental del análisis, considero necesario mantener la pretensión unificadora de la dialéctica. Los dualismos no son aceptables. Descarto, pues, las categorías dualistas del tipo: marginados e integrados; sector atrasado y moderno; sector informal y formal. Se basan sobre la presunción fundamental de que ambos extremos son originarios, no se generan recíprocamente y sólo tienen entre sí nexos de causalidad fortuitos y extrínsecos. Pero los sectores “marginales”, “atrasados”, “informales” no existen por azar, ni como simple rezago histórico, ni en virtud de “otra” racionalidad. Son subproducto necesario de la actividad del sector integrado, moderno y formal. No son simplemente “no-integrados”, sino “excluidos” por el modelo de desarrollo vigente¹⁵. A mayor desarrollo del sector integrado y moderno, más profunda y amplia exclusión económica, social, política y cultural de las mayorías.

Conviene señalar aquí que la forma fundamental de exclusión y el producto directo del desarrollo capitalista dependiente en Colombia es el desempleo masivo. Las demás formas de exclusión, como el subempleo, el minifundio, la microempresa, la empresa comunitaria, la delincuencia, etc., son derivaciones y formas de subsistencia transitorias en el deseo y definitivas sólo por necesidad. En la crisis económica actual, que promete ser duradera, estas formas de subsistencia se convierten en modo obligado y estable de vida: en parte de la estructura. Hasta el punto de que el Banco Mundial, los organismos internacionales, el Estado y la empresa privada buscan sistematizar y “racionalizar” este estilo de supervivencia popular como tabla de salvación frente al desempleo.

2. A diferencia de lo afirmado por la dialéctica marxista, en Colombia (¿y en América Latina?) los excluidos no son funcionales al capital.

Para Marx, el capital genera siempre un “ejército” de desempleados que le sirven de “reserva” para su industria. La oferta de fuerza de trabajo presiona los salarios hacia abajo. El desempleo —la “exclusión” fundamental— sería así funcional y útil para el capital. Mi tesis consiste en que, en países con un capitalismo dependiente como Colombia, el desempleo producido por el modelo genera una carga abrumadora, y deja de ser funcional al capital. Una parte de los servicios del Estado a los sectores excluidos debe ser financiada por el capital, a través de impuestos. Un costo mayor, y siempre creciente, lo comporta la búsqueda de la seguridad ante la delincuencia común y política. El precio más alto, aunque imponderable, lo debe pagar el capital por la inseguridad que reina a pesar de todos los esfuerzos. Los excluidos no son solamente un lastre, sino una amenaza. De “ejército industrial de reserva”, como lo piensa Marx, se convierte en un potencial ejército enemigo en la reserva¹⁶.

3. La tercera tesis es desde luego más agresiva frente a la teoría marxista tradicional, y en alguna medida, más controvertible: en Colombia (¿y en América Latina?), la “contradicción fundamental” no se da entre el capital y el trabajo asalariado, sino entre capital y trabajo de un lado, y excluidos (desempleados, subempleados, pequeños empresarios) por otro. Desde luego, el capital no extrae plusvalía de los excluidos para su propia reproducción ampliada¹⁷. Pero les niega la propiedad y el trabajo, y con ello el derecho a la vida, por lo menos a una vida digna y socialmente reconocida, con derechos y deberes. Los convierte en parias. El sistema no vive de ellos, como en el caso del obrero, sino que sobrevive a pesar de ellos y contra ellos. Es un tipo de contradicción diferente, pero más profunda.

En este contexto la mayor parte de la clase obrera es solidaria del capital por temor de caer en el pozo sin fondo del desempleo. Su horizonte

14. En otro trabajo publicado por FESCOL (“Las nuevas formas de organización social en Colombia”, FESCOL, Documentos de Trabajo, mimeogr.) esbozé algunas reflexiones de índole política sobre las causas del surgimiento de los nuevos movimientos sociales en Colombia. Señalaba allí la crisis de todas las metas y canales políticos de expresión, como contexto del surgimiento de los movimientos sociales. Añadía cómo la distancia entre el país político y el país nacional en Colombia, lleva al primero a instrumentalizar al segundo en su beneficio. Aquí quiero sugerir un marco de interpretación más económico-social.

15. El término “pobreza absoluta”, utilizado por el actual gobierno, describe vagamente el fenómeno, pero desde luego no señala los mecanismos de exclusión que la originan.

16. Aunque no necesariamente en el sentido en que lo podría pensar la guerrilla.

17. No extrae al menos una plusvalía económica, porque una plusvalía política de legitimación a través de la extorsión clientelista de las necesidades, si que la extrae.

En Colombia (¿y en América Latina?). la contradicción fundamental no se da entre el capital y el trabajo asalariado, sino entre el capital y trabajo de un lado, y excluidos (desempleados, subdesempleados, subempleados, pequeños empresarios) por otro.



34

es la mejora de condiciones laborales y salariales, pero no una modificación radical del modelo de desarrollo, cuyo resultado desconoce y teme. Sus organizaciones son, en su mayor parte, conservadoras. La actitud de los sindicatos y partidos obreros en los procesos de profunda transformación social vividos en otros países¹⁸, parecería fortalecer mi hipótesis. Sin embargo, en situaciones de crisis económica y social como la que vive Colombia, agravada por el desempleo que genera la reconversión tecnológica mundial, las presiones y amenaza ejercidas por el capital sobre la clase obrera pueden producir oscilaciones bruscas en el movimiento sindical: tendencias a la radicalización defensiva ante la ofensiva patronal y repliegues repentinos ante el riesgo del despido¹⁹.

Un recuento histórico nos podría mostrar cómo, en efecto, el desarrollo dependiente en Colombia ha tenido como consecuencia necesaria el aumento y profundización de la exclusión social de las mayorías, pero tal esfuerzo desborda los límites de esta reflexión. Las perspectivas actuales no son buenas. Si hay crecimiento, será más lento que en el pasado. De todos modos será crecimiento sin más empleo, dado que tenderá a incorporar la nueva tecnología que desplaza fuerza de trabajo. Para disminuir el desempleo, el gobierno viene estimulando formas de salvamento: el desarrollo del empleo ocasional, el



35

Las contradicciones propias de las grandes ciudades del subdesarrollo constituyen el fermento de los nuevos movimientos sociales y sus protagonistas centrales: los sectores marginales.

crecimiento forzoso de la nómina de empleados, la microempresa. Para superar la recesión y la crisis, el actual gobierno está además empeñado en abrir las puertas al capital transnacional, que tampoco genera empleo abundante. Más bien contribuye a la conformación de una élite obrera mejor remunerada y más indiferente ante la suerte del resto.

b. Clase obrera y excluidos como actores sociales

Ya hemos esbozado alguna comparación entre la clase obrera y los excluidos como actores y eventuales sujetos sociales. Por su importancia, ahondemos un poco en el tema.

1. Como decíamos, el trabajo asalariado es explotado por el capital, pero se le concede el derecho a existir, a trabajar, a organizarse y a obtener un reconocimiento legal. A los excluidos, en cambio, se les niega en principio el derecho a la sobrevivencia en la sociedad civil dominante. Si quieren sobrevivir, tienen que inventarse los medios por fuera de la institucionalidad vigente.

2. La clase obrera es una a pesar de sus diferencias, con una misma relación de trabajo que la

18. Como en Cuba y Nicaragua.

19. Ojalá me equivoque con respecto a la CUT.

identifica: el salario. Los excluidos son muchas clases con muy distintos tipos de relación laboral o con ninguna. La mayor parte de ellos son independientes, con la soberana independencia que da el desempleo y todas sus derivaciones y variantes.

3. Los obreros tienen una relativa concentración espacial. Se ubican colectivamente en la empresa, y esta, en la mayor parte de los casos, en las grandes ciudades. Los excluidos están dispersos por toda la geografía nacional, en la ciudad y el campo, y cada uno trabaja casi siempre aislado o en pequeño grupo. Su único lugar de encuentro —o desencuentro— es el lugar de vivienda urbana: el barrio.

4. De nuevo, la clase obrera tiene la experiencia de la organización y la disciplina. Primero en la empresa, por voluntad ajena, y luego en el sindicato y la federación, por voluntad propia. La anarquía más completa reina en cambio entre los excluidos. Cada uno es dueño de su tiempo, su espacio y su voluntad, aunque esté obligado a emplearlos al máximo en el duro oficio de sobrevivir.

5. El obrero puede encarnar la causa de su malestar en el patrono de carne y hueso. Para el excluido es difícil identificar al causante de su infortunio. No es el capitalista, ni la solidaridad latente entre obreros y patronos. El adversario más concreto es para los excluidos “la sociedad” o “el Estado” (¡esas dos abstracciones!). Con ocasión de las movilizaciones por los malos servicios públicos, aprenden a protestar contra el fantasma del Estado, que para la mayoría es simplemente el gobierno, el Presidente. Pero su malestar es más profundo: no protestan sólo contra los servicios inadecuados o caros, sino contra la negación del derecho a la vida. Por eso también su resentimiento encuentra desvíos sociales, como la delincuencia y la destrucción, o atajos metafísicos, como la sumisión al destino con nombre de Dios.

6. A la clase obrera se le puede proponer la apropiación colectiva de los medios de producción modernos. Los excluidos sólo pueden anhelar el cambio de esta sociedad por “otra”, totalmente otra. La desaparición de esta con todo y sus medios de producción.

3. Los excluidos como sujetos de los movimientos sociales

Los movimientos sociales tienen su base en las amplias mayorías excluidas del país. No en la clase obrera. Dada la crisis económica, social y política por la que atraviesa el país, y el actual proyecto de desarrollo capitalista nacional (que obedece a pautas internacionales), estos movi-

mientos tienen un medio social muy favorable y duradero. Posiblemente estructural en la sociedad colombiana.

Lenin pudo imaginar el esquema del partido del proletariado quizás sobre la base de la unidad, organización, disciplina, concentración espacial, definición de metas y adversarios de la clase obrera. Los excluidos no se dejan meter en esa camisa de fuerza. Requieren formas de organización múltiples, flexibles, adecuadas a necesidades diversas, con espacio para una intensa participación individual, arraigadas en sus necesidades de supervivencia y participación. A esa necesidad responden los movimientos sociales en



36

Los movimientos sociales tienen su base de apoyo en las amplias mayorías excluidas del país, no en la clase obrera.

Colombia, y sólo un error podría querer aplicarles el viejo esquema de partido.

Las coordinaciones progresivas deben ser centros de distribución de información y servicios, no direcciones subrepticias. Deberían estar integradas más por representantes de los movimientos sectoriales y grupos de base, que por dirigentes políticos externos. El movimiento social de conjunto debe garantizar el desarrollo de una sociedad civil estable y significativa de los excluidos. Debe convertirse en una especie de partido no partido, de organización con una clara concepción de su propio papel, sin otro partido que la defensa de los intereses de los excluidos y la

El proceso de desarrollo y consolidación de una sociedad civil popular puede ser hoy entorpecido o impedido por factores señalados ya: (al comienzo de este escrito) un eventual intento de convertirse en partido político, la imposición de coordinaciones extrañas a la dinámica de las bases, ciertas corrientes liberales, la guerrilla y la represión.

promoción de su propio fortalecimiento y auto-suficiencia.

Sobre esa base permanente se podrán gestar nuevos partidos. Pero estos deberán entonces asumir la naturaleza intensamente democrática del movimiento social de las mayorías. Deberán multiplicar las instancias de ejercicio de la democracia directa o participativa, y depurar los mecanismos de la democracia representativa.

El proceso de desarrollo y consolidación de una sociedad civil popular puede ser hoy entorpecido o impedido por factores señalados ya (al comienzo de este escrito): un eventual intento de convertirse en partido político, la imposición de coordinaciones extrañas a la dinámica de las bases, ciertas corrientes liberales, la guerrilla y la represión.

1. Afortunadamente no ha aflorado aún el intento de convertir los movimientos sociales en partido político pero no sería extraño que algún día aconteciera. El famoso país político, los partidos y el Estado, ejercen una seducción constante sobre el país nacional. Todo movimiento que se respete considera que si no se convierte en partido, carece de presencia y de poder, al menos en la esfera popular. La ANUC, en un momento quiso ser partido campesino y se acabó. Ojalá la CUT no emprenda un camino similar. El intento de convertir los movimientos sociales en partido político sería su fin, porque los desarraigaria de la defensa y promoción de sus derechos y necesidades concretas, para disolverlos en un proyecto de Estado. Por otra parte, diluiría la independencia de la posible sociedad civil popular para ligarla a la suerte aleatoria de un partido político.

2. Con respecto a las coordinadoras, desde luego necesarias, podría decirse otro tanto si surgen más de la prisa de los antiguos dirigentes políticos en busca de masas, que de la maduración de los movimientos y de su real representación en las coordinaciones. Las coordinadoras deben ser eso: coordinadoras más que direcciones sútiles y disfrazadas.

3. No pongo en duda las buenas intenciones democráticas de aquellos sectores liberales. Su acción puede ser benéfica para su partido y el país. Pero la lógica del país político colombiano²⁰ impone hoy a cualquier partido que aspire al poder, la instrumentalización de los distintos sectores sociales en su propio beneficio, más que la potenciación autónoma de esos mismos sectores. La lucha por el poder obliga a buscar prosélitos o clientelas, y no a generar organizaciones sólidas e independientes.

4. Las guerrillas pueden encontrarse en una situación paradójica en los movimientos sociales. Por una parte, pueden tener la ilusión de encontrar allí su "frente de masas". Por otra, no pueden manifestarse abiertamente y se ven obligados a someterse al ritmo de las preocupaciones



37

concretas de estos movimientos. Es posible que se reduzcan a una labor de conquistar combatientes individuales ante la imposibilidad de un reclutamiento colectivo. Con lo cual debilitan a los movimientos sociales y siguen la lógica de todo el país político, que trabaja finalmente para sí y no para el fortalecimiento de la sociedad civil popular. Lo peor es que en algunos casos pueden atraer y dar pretextos a la represión contra el movimiento, lo que genera temor y dispersión de la gente.

Finalmente, la represión. Amplios sectores de las clases dirigentes colombianas le tienen miedo a la democracia. Si la organización y la reivindicación de los derechos es popular, es subversión. Tal vez por eso impulsan a muchos a la subversión de la democracia. El hecho es que los movimientos sociales pueden ser víctimas de la represión en la medida en la que se fortalezcan y cobren presencia nacional. Más aún si la guerrilla genera pretextos. En un proceso de agudización creciente del enfrentamiento armado, los movimientos sociales sólo pueden perder. Y las mayorías excluidas con ellos.

Una sociedad civil popular, sólida y permanente, debe ser la base fundamental de cualquier régimen político que pretenda instaurar una verdadera democracia económica, social y política en Colombia. En cualquier otra hipótesis, todo queda confiado a la ilustración y buena voluntad de los dirigentes.

20. Cfr. L. A. Restrepo, op. cit., págs. 8-10.

John Jairo Cárdenas
 Sociólogo, Investigador de la Fundación para la Comunicación Popular, FUNCOP, Popayán.

Participación y Democracia: Algo más que elegir y ser elegido

John Jairo Cárdenas

La Ley 11 de 1985, el acto legislativo lo. de 1986, así como un conjunto de políticas institucionales han puesto al orden del día el asunto de la participación. A su turno, la denominación participación se asocia íntimamente con el concepto de democracia, otorgándole así una clara función en los procesos de apertura a la democracia o de consolidación de la misma. Esto hace obligado discutir el asunto desde el marco de una determinada concepción de la democracia y el Estado. Ahora bien, súbitamente, una expresión que se creía patrimonio y reivindicación popular, al articularse al lenguaje oficial de las instituciones, creó un espacio de coincidencias que obligan a reflexionar en torno de la participación como estrategia de desarrollo y organización popular. Y aún más, concita a examinar la participación en cuanto a los significados que se le adjudican y las prácticas que lo sustentan. En efecto, cuando se observan detenidamente una serie de prácticas institucionales y sociales etiquetadas bajo el rubro de "participación" es posible advertir un conjunto de nociones e intereses contradictorios subyacentes que obligan a delimitar más precisamente lo que se quiere indicar con participación.

2. Pero no estamos inventando el agua tibia. Se trata de una tendencia

más o menos universal con desarrollos valiosos en Europa y algunos países de América Latina.

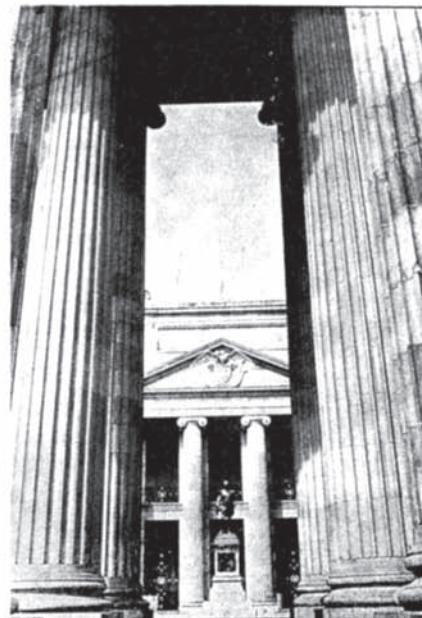
Su actualidad responde a una búsqueda de alternativas a la crisis capitalista que se abrió en la década de los setenta y aún persiste y que alcanzó los más diversos ámbitos de la realidad del capitalismo contemporáneo. En particular fue aguda la crisis del modelo de acumulación y reproducción de capital, así como la forma de organización de la hegemonía.

El paro, la inflación y devaluación se vio acompañado de una crisis en el modelo de democracia parlamentaria y/o presidencial que desde sus cimientos cuestionaba los nuevos movimientos sociales (feministas, pacifistas, ecologistas, autonomistas, etc.) y que hizo plantear a la trilateral el criterio de "ingobernabilidad de las democracias".

Se abrió paso entonces una reestructuración del capitalismo con su tendencia al **estatismo autoritario** materializado sucesivamente en Reagan y Thatcher.

Jordí Borja lo describe así:

"Ya en 1975 la trilateral difundía sus ideas sobre los excesos de la Democracia: excesos de huelgas y de libertad de expresión, fuerza excesiva de los sindicatos, exceso de presencia de los partidos políticos. Frente a todo esto se oponen las poco originales ideas de la autori-



dad, del poder de los técnicos, de la reclusión de los ciudadanos en la vida privada. Del exceso de democracia se ha pasado (recuperando) al exceso de estado: 'demasiada burocracia' (cierto), 'demasiada intervención económica', léase menos gasto público y menos servicios sociales, 'demasiado centralismo' (cierto), pero que se traduce en dejar que las administraciones locales asuman —o no— los costos del consumo colectivo¹'.

Y agrega más adelante, al referirse los efectos del Centralismo que implica el modelo actual de estado:

"Este modelo de estado ha permitido la proliferación de administraciones y aparatos separados, de cuerpos burocráticos y de organismos diversos que de hecho han significado una verdadera expropiación política para la mayoría de la población, que se ha encontrado progresivamente con que sus partidos, sus sindicatos, incluso las instituciones representativas que ha elegido no podían tomar decisiones efectivas ni siquiera podían influir sobre los centros —lejanos o desconocidos— que las tomaban. La política se convierte así en algo aparentemente técnico (tecnocrático), administrativo (regido por reglas inalterables), burocrático (profesionalizado, no dependiente de la voluntad popular), opaco y cerrado (por el alejamiento, el lenguaje, la no publicidad de las motivaciones reales y de los intereses encubiertos). El centralismo político y administrativo genera una cultura del autoritarismo del poder y de la pasividad (o rebelión esporádica a contrapelo) de la sociedad"².

A la crisis del modelo democrático prevaleciente no sólo se respondió desde la nueva derecha. También los partidos socialistas y comunistas, así como un conjunto de movimientos sociales esbozaron sus alternativas, todas ellas orientadas a reforzar y ampliar los espacios democráticos. Surgió así una corriente participacionista que, ligada intimamente a las tendencias autonomistas, formuló un conjunto de criterios a contrapelo de las tendencias al Estado —Moloch.

Se responde, pues, a la trilateral

con una estrategia de profundización de la democracia y se busca, a toda costa, incluso formalizarla como política institucional. Se abre la inmensa batalla por las autonomías y la participación ciudadana, entendidas éstas no como negación de la democracia representativa sino como sus complementos necesarios.

Emerge entonces una suerte de nuevo paradigma, a saber, la democracia participativa.

3. Su principal efecto político se inscribe en la tendencia general a fortalecer la sociedad civil, que cada vez se ve más amenazada por el **Estado autoritario**, sin incurrir en la tesis neoliberal de "regresar" al modelo



39

del capitalismo premonopolista, colocando al mercado y las fuerzas de la competencia como juez supremo.

Valga recordar, empero, que el "retorno neoliberal" implicaba en su esencia la negación a que el Estado asumiera un conjunto de funciones relativas a la reproducción de la fuerza de trabajo, y a la implementación de la que Gunder Frank llamó "un keynesianismo militar".

No hay, pues, convergencia alguna entre el modelo neoliberal y las tendencias participacionistas, así se presente la coincidencia en cuanto a señalar el carácter extremo del estado en su intervención sobre la sociedad civil.

4. Como correlato de dicha tendencia participacionista emergió la cuestión de la descentralización y la municipalización, entendidas ambas como una reestructuración general del estado a favor de las peculiaridades regionales y el control ciudadano sobre una esfera clave del Estado, el municipio. Esto explica el enorme interés que hoy día suscita la cuestión municipal en cuanto a posibilidad democrática y la revalorización del viejo Toqueville. En opinión de Castells el municipio constituye en el "nível del Estado el eslabón más débil del control que ejercen las clases dominantes sobre las instituciones democráticas" (Castells, 1981) y, por corolario, éste sería un escenario privilegiado de la lucha política.

O, para expresarlo en palabras de Jordi Borja:

"En nuestros países la descentralización efectiva del Estado (consolidando o creando entre regionales, locales y barriales con competencias y recursos) y la reforma administrativa (no para reducir a la administración sino para hacerla mucho más productiva, competitiva frente a cualquier gran corporación privada) son requisitos indispensables para implementar la participación³".

5. En lo concerniente al sentido de la participación, agrega más adelante Borja:

"La participación es, sobre todo, el encuentro entre las instituciones representativas, partidos y administración, por una parte y los movimientos y organizaciones sociales, que existen autónomamente de los partidos políticos y de los mecanismos participativos. Por lo tanto una prueba de la voluntad participativa de un gobierno nacional o local, es el apoyo que presta a las organizaciones populares (económico o material, reconocimiento político, jurídico, etc.). Sin exigir ningún tipo de dependencia administrativa o partidaria⁴".

Y precisa:

"La participación es un método de gobierno, un estilo de hacer política



41

en el Estado y en la sociedad, que supone cumplir previamente o al mismo tiempo con el conjunto de requisitos citados, en especial la rationalización del Estado⁵.

Se trata, en suma, de un método de gobierno, esto es, de una ampliación de las formas típicas de la democracia representativa.

6. La lectura de dicha tendencia se puede hacer de un modo histórico, es decir, dogmático. Es preciso recordar una y otra vez que los principales teóricos de dicha corriente insisten en que sus estudios son básicamente sobre Europa o, más claramente, el capitalismo monopolista.

Una extrapolación dogmática de sus principales conclusiones nos pueden conducir a graves errores políticos, por lo cual se impone, ante todo, el examen de nuestra propia realidad a efectos de poder aprovechar críticamente sus aportes.

Así, por ejemplo, el fenómeno descentralista y la cuestión municipal deben ser examinados con más atención a efectos de precisar, por ejemplo, si constituyen o no un lugar privilegiado del enfrentamiento de las clases dominantes y dominadas y entre la sociedad civil y el Estado. No perdamos de vista que el corolario lógico de dicha tendencia en Europa es la formulación estratégica de la “vía democrática al socialismo”. Castells la sintetiza así:

“1. La conquista de la hegemonía por las fuerzas socialistas con respecto a la gran masa de la población, a partir de una hegemonía firmemente anclada en la clase obrera. La conquista de la hegemonía supone, por una parte, la organización autónoma y consciente y de la clase obrera y las capas populares a través del movimiento sindical y otros movimientos sociales autónomos; por otra parte, la transformación ideológica del pueblo, incluidas las capas intermedias, de forma tal que descubran a través de su propia práctica su identidad de intereses con el socialismo y con el comunismo.

2. Ganar la batalla política a las clases dominantes en todos los terrenos, empezando por la traducción electoral en las instituciones democráticas, de los efectos de la hegemonía social y terminando con la defensa decidida, por todos los medios, del respeto de la voluntad política mayoritaria del pueblo.

3. La ocupación —transformación progresiva del aparato del Estado, de forma que cada posición democráticamente ganada en el mismo sirva a la vez para introducir una política y una administración de nuevo tipo al tiempo que amplíe la organización de las masas y aumente la influencia popular de la izquierda⁶.

“Si alguna vez llegara a formarse una república democrática (...) en un país donde el poder de un solo hombre ya hubiera establecido y hecho pasar a las costumbres y a las leyes la centralización administrativa, me atrevo a decir que en semejante república el despotismo se haría más intolerable que en cualquiera de las monarquías absolutas de Europa. Habría que pasar a Asia para encontrar algo comparable”.
(Alexis de Tocqueville, “La Democracia en América”).

II. Crisis municipal, democracia y participación

La crisis municipal en Colombia expresa, simultáneamente, por lo menos tres cosas:

- a) Crisis de la forma política de Estado;
- b) Crisis del modelo de acumulación y reproducción del capital, con especial impacto en las formas de intervención estatal en lo concerniente al gasto social;
- c) Crisis de las clases dominantes locales en lo que toca a su articulación con el gobierno central, las clases dominantes nacionales y los sectores populares.

Todo esto, fenomenológicamente hablando, puede llamarse *crisis del modelo de urbanización salvaje*.

2. Las clases dominantes advierten dicha crisis como una inmensa presión social y política, como una perdida potencial del **espacio urbano** y, por lo mismo, formulan políticas de reacomodamiento y neutralización del peligro. Pero al momento de formular tal política se encuentran atrapados en la dinámica del conflicto político y así se ven obligados a otorgarle a tales políticas, por lo menos un sentido reformista y modernizante. Tal es el caso de la Ley 11 y el acto legislativo 10. de 1986.

Dichas medidas, si bien condensan la voluntad de las clases dominantes para dar al conflicto social una *alternativa política que no rompa el statu quo*, también constituyen una evidencia de la presión popular por ampliar los espacios de la lucha política de masas. Más claramente, tales políticas expresan un *esfuerzo de concertación* hacia el movimiento social. Es decir, es un reconocimiento al protagonismo de la lucha popular. Corresponde al movimiento popular considerar si utiliza dicho marco, cómo, y si permanece exclusivamente en dicho ámbito.

3. En análisis reciente Santana Pedro señaló los límites de la Ley 11 y el acto legislativo 10. de 1986 (ver “crisis municipal, movimientos sociales y reforma política en Colombia”, Revista del Foro Nal., 9/86). El autor menciona un conjunto de limitantes de los cuales extractamos los siguientes:

a) Posibilidad de desconocimiento de la voluntad popular con la facultad concedida a los gobernadores para destituir al alcalde popularmente elegido;

b) Las funciones de las juntas administradoras locales quedan al arbitrio de los concejos municipales, quienes pueden llegar a no definir sus funciones específicas y claras, con lo cual la participación de la comunidad puede ser escamoteada;

c) Ambigüedad en la definición del mecanismo del nombramiento de los representantes populares en las juntas directivas de las empresas de servicios públicos.

Finalmente concluye:

“Sin cambios profundos en las políticas del Estado frente a estos y otros problemas, será muy difícil hablar de reales niveles de democracia en la Nación, en la región y en el municipio colombiano”⁸.

4. Compartiendo esencialmente dicho análisis agregaríamos de nuestra cuenta las siguientes precisiones:

a) La Ley 11 de 1985 concibe la participación en términos fundamentalmente de opinión y administración. Más claramente, las juntas administradoras locales, además de ser nombradas mayoritariamente desde la misma institución estatal (sólo 1/3 será elegida popularmente) no tiene funciones *decisorias*. Más aún, la ley no estipula que al proponer motivadamente, recomendar o sugerir, las instancias del poder municipal estén siquiera *obligadas* a considerar tales iniciativas.

Naturalmente tienen la ventaja de formalizar una instancia para ordenar la participación así concebida y por ello cobran un gran interés;

b) No está claro aquí que descentralización política equivalga a democratización de la vida municipal.

Más claramente, no basta declarar que, en la medida que se otorga facultades a los gobernadores para destituir a los alcaldes, se desconoce la voluntad popular. Es preciso agregar, por lo menos dos cosas: las clases dominantes locales, y con ellos los partidos oligárquicos siguen manteniendo claras ventajas antidemocráticas, lo cual puede hacer del espacio de elección popular de alcaldes un



42



43

lugar de reforzamiento del clientelismo y gamonalato tradicional. A este respecto es muy aleccionadora la experiencia del coronelismo en Brasil. Por lo anterior sí es importante establecer claros mecanismos de control sobre la gestión de alcalde elegido. En este sentido la discrepancia es sobre la naturaleza del control. El punto de vista del Estado es el de un control antidemocrático, hecho desde arriba exclusivamente. Un punto de vista popular reivindicaría un control popular, hecho fundamentalmente desde un espacio de participación ciudadana, sin negar posibles controles hechos desde arriba. La destitución, por ejemplo, de un alcalde, debería operar vía plebiscito.

Cuidarnos, pues, de negar la necesidad de los controles porque bien puede darse el caso de que la elección popular de alcaldes refuerce el poder de las clases dominantes locales, lo cual demanda, también, un control democrático.

5. Pero la precisión de los límites de tal esquema participacionista no puede conducir a colegir que no se deba participar en tales espacios. Por lo demás sería una ingenuidad esperar que las propias clases dominantes formularan un proyecto de auténtica democratización de la vida municipal. Se trata es, reconociendo sus límites, de profundizar dichos espacios.

Ahora bien, es menester en este sentido no confundir democracia local con el conjunto de medidas políticas, administrativas y fiscales del Estado. Un proyecto de democracia local además de implicar la profundización de los actuales espacios para avanzar hacia formas de democratismo más plenas, plantea el asunto de las formas de organización política de masas que, desde fuera de la armaron institucional del Estado, se constituyen en un contrapoder popular.

6. No podemos de modo apriorístico, empero, deducir cuál será el impacto de la vigencia plena de las disposiciones planteadas. Es pertinente recordar que, para efectos de la lucha política, el municipio no existe, es una abstracción. Lo que existen son municipios históricamente determinados, con una articulación diferenciada al modelo económico domi-



44

nante, al Estado y a la dinámica política nacional; con una estructura interna de clases que depende mucho de la región en la cual se halla inscrito, una cultura y un nivel determinado de desarrollo de la lucha popular.

Las posibilidades de que el actual modelo descentralista coincida con una auténtica dinámica de democratización depende, en suma, de este conjunto de factores y más particularmente de la actitud de los movimientos populares.

7. Es claro, que el conjunto de iniciativas enmarcadas en lo que ha dado en llamarse eufemísticamente "apertura democrática", responde a un replanteo básico en las características intervencionistas del Estado en la economía, particularmente en lo concerniente a la reproducción de la fuerza de trabajo y el gasto social.

Ello propone, como un aspecto básico, una renegociación con las clases dominantes locales. Descentralización en la actual coyuntura histórica es fundamentalmente reforzamiento del poder local vía finanzas y autonomía administrativa en algunos aspectos, lo que implica mayor posibilidad de respuestas por las clases dominantes locales a las demandas sociales. Naturalmente la contrapartida lógica es que éstos deben asumir progresivamente los costos financieros en la vida municipal, así como los riesgos políticos con la oposición.

Un efecto colateral de esto es, justamente, una posible profundización de las desigualdades regionales.

NOTAS

1. Martín del Campo Julio L., Hegemonía y alternativas políticas en América Latina, pág. 156. Ed. Siglo XXI, 1985.

2. Op. cit., pág. 171.

3. Revista Foro, Bogotá, 1986. No. 1, "Participación. ¿Para qué? Jordi Borja, pág. 26.

4. Op. cit., pág. 27.

5. Op. cit., pág. 27.

6. Laclau, Ernesto. Política e ideología en la Teoría Marxista: Ed. Siglo XXI, págs. 314-315. 2a. Edición. 1980.

7. Revista Foro. Bogotá, 1986. No. 1, "El nuevo despertar de los movimientos sociales". Orlando Fals Borda, págs. 81-82.

8. Revista Foro. Bogotá, 1986. No. 1, "Crisis municipal, movimientos sociales y reforma política en Colombia". Pedro Santana R., pág. 15.

9. Laclau, Ernesto. Política e ideología en la teoría marxista: Ed. Siglo XXI, págs. 121-122, 2a. edición. 1980.

10. Martín del Campo. Julio L. Hegemonía y alternativas políticas en América Latina, pág. 182. Ed. Siglo XXI. 1985.

James Petras.

Profesor de la Universidad de Nueva York y de la University Center at Binghamton.

Los Nuevos Movimientos Sociales: Perspectivas de transformación democrática

James Petras

Entre los desarrollos políticos más significativos y —también de los menos comprendidos— de América Latina en los últimos lustros se halla la aparición de una amplia gama de movimientos sociales autónomos. Estos movimientos difieren de formas políticas anteriores en varios aspectos cruciales:

1. Los nuevos movimientos sociales actúan por fuera del control de las maquinarias partidistas, parlamentarias, electorales y estatales que han dominado usualmente la movilización popular. En los nuevos movimientos se concretiza la práctica democrática con la cual se moldeará la futura sociedad. Los movimientos son al mismo tiempo un medio y un fin, lo cual contrasta con los propósitos electorales o de partido.

2. Los nuevos movimientos sociales son dirigidos por personas de base ligadas a las luchas cotidianas, dirigentes controlados directamente a través de asambleas populares y formas similares de vigilancia. Con carisma o sin él este liderazgo depende de sus propias cualidades para organizar y articular los más profundos intereses de sus causas, cuidándose de alienarlas con vacíos florilegios retóricos.

Los nuevos dirigentes siguen otras pautas de conducta, pues comparten el estilo de vida de sus seguidores, y pueden ser encarcelados o golpeados o caer víctimas de escuadrones de la muerte. Rara vez se organizan campañas internacionales para sacarlos de sus problemas, ni reciben invitaciones para reuniones internaciona-

les. Pero a ellos los conocen bien sus propios compañeros de movimiento.

3. Los movimientos tienen una cauda inmensa. Proliferan en todos los países y politizan y movilizan a sus miembros de manera continua con base en los problemas que más les preocupan. La atención se dirige a las relaciones observables entre la miseria diaria, la violencia política y el carácter clasista del Estado. Colectivamente, los nuevos movimientos sociales se han convertido en “parlamentos callejeros” de todos aquellos grupos que han quedado por fuera de la política oficial. Se reúnen en casas, vecindarios, esquinas, teatros de segunda, campos de fútbol, parques, tugurios, lotes de construcción, mercados populares. Defienden y añoran la oportunidad de intercambiar información y puntos de vista sin la mediación de partidos, el Estado, universitarios y profesionales, ni tampoco de jerarcas religiosos.

4. La estructura y organización de los nuevos movimientos sociales es eminentemente democrática: es una democracia viva que va examinando nuevos y viejos asuntos continuamente. Responden a la violencia elitista y estatal con renovadas movilizaciones. Tal solidaridad neutraliza la intimidación del Estado. Las tareas organizativas se cumplen por medio de cuadros entusiastas que se multiplican y toman turnos según las circunstancias. La mayoría de las bases continúan estas luchas. Hay procesos de participación directa, discusión activa y alianzas colaterales con movimientos afines que van conver-

¿Qué es lo que explica la creciente importancia de los movimientos sociales en el contexto de la vida política latinoamericana? Hay una respuesta obvia: que las organizaciones políticas existentes son inadecuadas. Ni las estructuras corporativas, ni los partidos políticos, ni los grupos de presión ni las federaciones sindicales han sido capaces de responder a la creciente participación y envolvimiento de grandes sectores de la población.

giendo y que elevan el nivel de politización y compromiso a niveles inusitados.

5. Los movimientos se han extendido de un sector de la economía a otros, cubriendo desde la actividad productiva hasta la distributiva, desde la vida económica a la social, desde los barrios antiguos hasta los mejorados, desde las fábricas hasta las calles. A medida que se extiende, el mensaje del movimiento va involucrando a otras capas de la sociedad casi nunca organizadas por los partidos tradicionales de las izquierdas.

6. Los movimientos proliferan y se extienden entre los más oprimidos con la población más diversa ocupacionalmente hablando, gracias a la existencia de un vasto ejército de líderes informales de opinión constituido por trabajadores educados, articulados y extrovertidos.

Dan expresión concreta a la idea de que *cada miembro es un organizador*, lo cual es el secreto del éxito de estos movimientos nuevos. Esta movilización autógena es lo que les alimenta la capacidad de sostener la lucha contra los escuadrones de la muerte y las desapariciones, la capacidad de reagruparse luego de las matanzas. Durante los últimos quince años hemos visto los más grandes crímenes de nuestro tiempo, una orgía de violencia estatal desatada contra estos mismos movimientos sociales: el terror se ha convertido en norma de conducta oficial desde Chile hasta Guatemala, porque Washington y sus clientes se han embarcado en una guerra para exterminar a estos retardores profundos de la dominación tradicional contra los grandes movimientos participativos, se arma la violencia incontrolada de la guerra total. De allí que los movimientos sociales se midan en amplitud y profundidad según la intensidad de la violencia estatal. En comparación con los movimientos populistas del pasado, cuando hubo muchas muertes entre los dirigentes y centenares de exiliados y encarcelados en los nuevos movimientos sociales los dirigentes se cuentan por millares y su programa de lucha se comparten por millones de personas en familias, barrios, iglesias y aldeas. Por eso los funcionarios y los paramilitares incendian caseríos enteros y asesinan familias completas en áreas de una



45

doctrina de seguridad nacional que define a todos ellos unilateralmente como subversivos.

Los movimientos sociales, desde la década de 1970 hasta el presente

Los años 70 fueron la década especial de los nuevos movimientos sociales. Se ha prestado mayor atención a los regímenes nacionales de entonces, pero fueron aquellos movimientos los que representaron el quiebre real con el ciclo autonómico del poder elitista alternativo (reformista, reaccionario o radical).

Fueron los movimientos los que llevaron al poder a los partidos de izquierda. En el Chile de Allende fueron los movimientos sociales los que abrieron nuevos frentes y posibilidades en formas de propiedad privada y pública con formas novedosas de autogestión en la industria. Los movimientos desafiaron a los especuladores cuando organizaron cadenas propias de distribución, como ocurrió en los sectores industriales cuando rompieron el boicoteo patronal; no fueron los partidos, ni los ministros, ni los personeros de los sindicatos quienes hicieron esa proeza.

Los nuevos movimientos sociales actúan por fuera del control de las maquinarias partidistas, parlamentarias, electorales y estatales que han dominado usualmente la movilización popular. En los nuevos movimientos se concretiza la práctica democrática con la cual se moldeará la futura sociedad. Los movimientos son al mismo tiempo un medio y un fin, lo cual contrasta con los propósitos electorales o de partido.

Fueron los movimientos los que se tomaron las fábricas, los que crearon estructuras paralelas de poder en los municipios, mientras los partidos tradicionales negociaban las posiciones ministeriales con sus futuros Némesis del ejército.

En Argentina, antes y durante los regímenes peronistas, los movimientos sociales fueron instrumentales en derrocar a los militares, abrir las prisiones e inducir a las gentes a cambios institucionales. En contraste, fue la subordinación de los movimientos a las fuerzas establecidas (los sindicatos oficiales, los partidos, los jefes Juan e Isabelita Perón, López Rega y Augusto Vandor) lo que llevó a todos al abismo: al golpe de Estado y la muerte de 30 mil activistas.

En Guatemala, El Salvador y Nicaragua también aparecieron movimientos sociales autónomos a escala masiva durante los años 70. En Guatemala las comunidades indígenas organizaron colectivos, cooperativas y marchas que convergieron sobre la capital, a las que se unieron los artesanos, los habitantes de tugurios y los de comunidades cristianas de base. En 1978 la ciudad de Guatemala vio la mayor manifestación de su historia, cuando 250 mil personas demandaron democracia, reforma agraria y soberanía nacional. Dejaron pequeños a todos los partidos, sindicatos, personalidades, vanguardias y otros dirigentes. La gente marchó y habló directamente. Por desgracia, por ese "crimen" democrático fueron asesinadas 50 mil personas en los ocho años siguientes. Las elecciones no lograron parar la criminal maquinaria oficial. Pero la gente no olvidó: incapaces de hablar por sí mismos, en un 70 por ciento votaron por Cerezo y el partido Demócrata Cristiano, en un gesto contra el terror y en espera de nuevas oportunidades de acción masiva.

En El Salvador, 250 mil personas hicieron manifestación en 1980 cuando convergieron en la capital centenares de movimientos de todo el país, con comunidades campesinas, sindicatos y maestros de escuela. Fue la culminación de un decenio de esfuerzos organizativos de bases como nunca antes lo habían podido hacer ni los demócratas cristianos, los social demócratas ni los comunistas. Desde

las montañas hasta los barrios tuguriales, los movimientos dominaron las calles y amenazaron con tomarse los palacios de la injusticia y los ministerios de la violencia. Fueron muertos 60 mil en los siguientes cinco años para que no volvieran a salir. Casi un millón fueron llevados a campos de refugiados, exiliados o desplazados a barrios marginados. Otros quince mil se fueron a las guerrillas. Pero ni esta represión ni las bombas de napalm ni los helicópteros artillados norteamericanos ni la demagogia de Duarte han tenido éxito, puesto que en 1986 otros 50 mil volvieron a marchar en San Salvador para atacar al Estado, a su guerra y a las políticas económicas. En 1986 la

social de los pueblos, ciudades y aldeas en el de los luchadores callejeros que no hallaban trabajo; radicó en los jóvenes y artesanos del Monimbó, Estelí y León. Los movimientos fueron los que establecieron los términos de referencia para que los trabajadores, tenderos y empresarios se adhirieran a la lucha.

Reflexiones teóricas sobre el ascenso de los movimientos sociales

¿Qué es lo que explica la creciente importancia de los movimientos sociales en el contexto de la vida política latinoamericana? Hay una respuesta obvia: *que las organizaciones políticas existentes son inadecuadas*. Ni las estructuras corporativas, ni los partidos políticos, ni los grupos de presión ni las federaciones sindicales han sido capaces de responder a la creciente participación y envolvimiento de grandes sectores de la población. Además, han ocurrido cambios rápidos y comprensivos de naturaleza estructural, demográfica y económica en América Latina. Los cambios estructurales y las nuevas actitudes no armonizan con el estilo preexistente de hacer política. Los programas de los partidos actuales, sus estructuras y modos de acción no atraen ni comprometen a las fuerzas sociales emergentes. Un tercer factor es el de los cambios políticos dentro de las entidades nuevas sus experiencias, educación, política, vinculaciones con nuevos actores y métodos de trabajo y estudio que les impelieron hacia nuevas formas del accionar político y los alejaron de la política tradicional del partido, de lo electoral y del clientelismo.

Ha sido la interacción entre estos cambios rápidos estructurales y demográficos en las distintas organizaciones políticas y las nuevas formas de educación y práctica política la que permitió la aparición de los movimientos. En los últimos decenios, lo que más golpea a la vista en América Latina en cuanto a experiencias sociopolíticas es la forma como tales cambios fueron producidos por movimientos sociales como innovaciones institucionales en favor de los intereses de los pueblos.



46

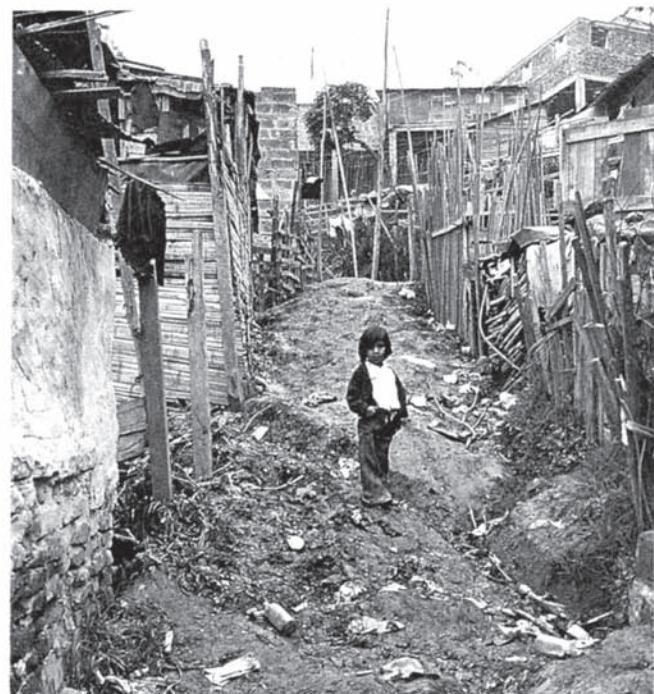
unificación sindical ya pudo movilizar a 500 mil trabajadores y los movimientos han empezado a tomarse las calles otra vez.

Nicaragua es el país por excelencia de los movimientos sociales. Uno de ellos, el de los sandinistas, llegó al poder mientras los jefes de los sindicatos negociaban con los socios de Somoza, los demócratas cristianos seguían el ejemplo de la burguesía al pedir la simple renuncia del dictador, y mientras el partido comunista atacaba a los sandinistas como aventureros. La fuerza de la Revolución Nicaragüense radicó en el movimiento

Desde otro punto de vista, cuando se examinan las políticas e instituciones que han afectado adversamente a la población, se ve que estas políticas han sido propuestas por tiranos militares, banqueros foráneos y domésticos, caudillos, presidentes, tecnócratas e ideólogos del mercado que han destruido el nivel de vida popular con medidas legislativas y órdenes ejecutivas, y con prisión y muerte para muchos. Mientras tanto, liberales y conservadores, reformadores y demócratas, dictadores y populistas han permitido que la mano invisible del poder corrupto les llene las cuentas bancarias. No importa la ideología: desde el liberalismo hasta la social democracia, con el autoritarismo y el capitalismo, los resultados son los mismos. No obstante estas fuerzas institucionales negativas, los movimientos sociales han surgido como los únicos capaces de crear formas nuevas de participación popular en contra de los ciclos degradantes del populismo y de la dominación elitista. Estos movimientos, animados con la energía de sus nuevos constituyentes, han rehusado la coyuntura de las máquinas electorales, han resistido a la izquierda ortodoxa que les ha querido educar en las virtudes de la burguesía democrática progresista. Tampoco los movimientos han prestado atención a los viejos izquierdistas de los años 60 que, al ceder posiciones ante los regímenes civiles postmilitares, aconsejaron austeridad y realismo y condenaron todo movimiento popular de protesta desde abajo, interpretándolo como una provocación o amenaza nada menos que a... la democracia. Estos intelectuales en retiro celebran sus libertades individuales reconquistadas absolviendo a los regímenes democráticos de todos los salvajes ataques que éstos habían hecho a los niveles de vida, perdonándoles las inaceptables transferencias de la riqueza de los pobres a los acreedores extranjeros de la deuda, los silencios de facto ante los torturadores y los generales, todo en nombre del realismo y de la normalidad. Estos retos a la conciencia de los pueblos desvincularon a aquellos intelectuales apologistas de la democracia restringida, de los emergentes movimientos sociales. Los movimientos tampoco

desembocaron en elecciones, sino que volvieron a aparecer tan pronto supieron que los regímenes civiles continuaban las mismas políticas socioeconómicas básicas de las dictaduras.

Así, la continuada bancarrota de las políticas institucionales y la incapacidad de proveer canales de acción al pueblo que le llevarán a romper relaciones con el Estado represivo y con los banqueros explotadores, han creado un enorme vacío político en la izquierda. Este empieza a llenarse con los movimientos sociales. Por eso los movimientos no están sujetos a



Los movimientos sociales constituyen una respuesta de los sectores populares a la desesperanza y miseria provocada por el actual orden de cosas en América Latina.

47

conceptos estáticos de una democracia basada en alianzas entre políticos profesionales y militares con el apoyo del Departamento de Estado, o en alianzas que arrasan con las riquezas propias para llenar las cuentas bancarias de inversionistas con cuentas en el exterior.

Es también palpable el abandono del espacio político de la movilización popular entre los partidos y sindicatos de las izquierdas y de los grupos populistas. Para éstos, el pueblo, o populacho, sólo sirve como fuente de votos y para apoyar campañas electorales, llenar plazas, escuchar

discursos, acatar la lógica y la disciplina en concordancia con las alianzas y diálogos establecidos con los regímenes democráticos formales (los que a su vez consultan a los militares y al Fondo Monetario Internacional antes de tomar decisiones).

Algunos grupos de guerrilla llegan a canibalizar a los movimientos en búsqueda de miembros, esperando llevar la lucha a un “nivel superior” de enfrentamiento, esto es, hacia una formación militar centralista de élites. Esto constituye un retroceso en relación con los movimientos autónomos de masas democráticas con sus asambleas abiertas. El enfrentamiento guerrillero debe ser una extensión de la acción colectiva, no debe ser el reemplazo de ésta por una vanguardia militar elitista. En Nicaragua las insurrecciones de los pueblos ocurrieron sólo como movimientos de masas y fueron la continuación de las políticas democráticas de estos movimientos con medios militares.

El inmovilismo del partido-Estado ha entrado también en conflicto con nuevas formas de educación política, como las representadas en la idea de un *poder popular* basado en la dialéctica entre la experiencia cotidiana y la organización comunal de base cristiana o secular. La generación de los años 70 (aquella entre los 15 y los 25 años de edad) se encontró constreñida entre estructuras políticas que no ofrecían sino retórica, elecciones y derrotas tanto el asedio militar y el deterioro catastrófico de las condiciones económicas. No se veía escapatoria. Pero los movimientos sociales tuvieron la capacidad de atraer todas aquellas fuerzas —en su mayoría de los pobres del campo y la ciudad— al entablar luchas diarias, y organizar discusiones abiertas, cabildos y asambleas. El flexible formato y la apertura política de estos movimientos favorecieron las luchas concretas y el avance de la concientización entre los pobres. La intensidad de los movimientos fue resultado del estilo directo de la participación y de la identidad de clase social entre los miembros, los líderes y el resto de los activistas. Ello fue así puesto que la solidaridad nace de condiciones y experiencias compartidas y de luchas automotivadas.

Los movimientos adquieren conciencia cuando combinan varios conjuntos de experiencias pivotales: la violencia del Estado con la vulnerabilidad de los pobres; la concentración de la riqueza y de la propiedad ante la pobreza de las gentes; la impotencia del individuo y el poder de la colectividad para dominar en las calles, exigir y obtener respuestas de los burócratas ante coroneles evasivos y camuflados consejeros internacionales.

La conciencia de los movimientos es un proceso que se desarrolla mediante experiencias que se van reforzando mutuamente: por conversaciones y entrevistas con ancianos sobre hechos y luchas del pasado; por intercambios intensos en las comunidades de base; por folletos publicados y reuniones con organizadores; por las peticiones rechazadas y la defensa intransigente de los privilegios*. La conciencia emerge así del hogar como de las experiencias religiosas y políticas y del sitio de trabajo. Las luchas se realizan en muchos lugares distintos: en haciendas, plazas, calles y barrios. Las formas de lucha varían desde ocupaciones pacíficas de una fábrica hasta barricadas callejeras. La conciencia de los movimientos lleva a sumar categorías clasistas y definiciones políticas más generales, como las que abriga un pueblo contra la dictadura. La conciencia de los movimientos contiene la afirmación fundamental que el “pueblo” puede autogobernarse. La más clara manifestación de esta conciencia popular en un movimiento social se halla en las expresiones del poder popular, esto es, en las instituciones del pueblo que surgen en momentos de acción política propia.

Uno de los mayores peligros que tienen estos movimientos es precisamente la naturaleza ambigua de lo que es el “poder popular”, como consecuencia de la heterogeneidad de la noción misma de “pueblo”.

Un problema capital de los nuevos movimientos sociales radica precisamente en que la utilidad del concepto general de “pueblo” para organizar una multiplicidad de fuerzas sociales se convierte en obstáculo para especificar qué clase o clases sociales deban realizar la transición hacia un nuevo régimen político y social. Hay otro

problema fundamental representado en la transición a efectuar entre los movimientos de lucha y la toma del poder estatal.

Cuando no poseen suficientemente la perspectiva del poder estatal, los movimientos pueden caer en la explotación de toda clase de políticos electoreros y de vanguardias auto-proclamadas que suplantan sus demandas, cambian el estilo y la substancia de los movimientos y los domestican con el fin de llevarlos como recuas a estructuras estatales conocidas. En esta forma se frustra la conciencia del movimiento por la interferencia de los políticos tradicionales cuyas principales preocupaciones siguen siendo: volver a crear el orden jerárquico anterior, y dejar que la política sea monopolio de sus profesionales. Sólo cuando los movimientos sociales sean capaces de intervenir directamente en el derrocamiento de las tiranías y de implantarse como epicentros de la sociedad post-revolucionaria, podemos contemplar la conciencia de los movimientos en toda su extensión y plenamente realizada.

El carácter heterogéneo de los movimientos sociales crea nuevos juegos entre fuerzas contradictorias, como, por ejemplo, las tendencias libertarias individuales de los pequeños productores y los proyectos democráticos colectivistas de asalariados y desempleados urbanos. Para gobernar, se requiere que estas orientaciones potencialmente discordantes se reconozcan y toleren, y que las instituciones políticas acomoden su heterogeneidad sin imponer esquemas uniformes.

Si la conciencia del poder popular abre la vía para que el pueblo gobierne, será necesario que la transferencia del poder estatal se realice con una clara definición de clase dentro del proceso de transformación. La combinación de estas dos tareas sigue siendo uno de los retos principales de nuestro tiempo.

* Esto es parte de las metodologías participativas de investigación que se han venido aplicando, como la IAP (nota de editor).

“La Violencia” y Bogotá: La dimensión urbana de un proceso histórico*

Carlos García
Ingeniero, Investigador Asociado
del Foro Nacional por Colombia.

Carlos A. García B.

1. Introducción

Hoy, en nuestro país, es un lugar aceptado el decir que la violencia ha signado de muchas maneras las modificaciones de la sociedad colombiana en el curso de la segunda mitad del siglo XX. Una de las modificaciones principales que nos interesa revisar aquí es la relativa a la ciudad, al contexto urbano profundamente afectado por los hechos que constituyen tal fenómeno.

La ciudad constituye el lugar de interacción social por excelencia en la mayoría de sociedades. ¿Cuáles ciudades teníamos en Colombia antes de 1945? ¿Cuáles ciudades heredamos del período posterior y qué ciudades estamos sufriendo hoy? Digamos aquí que consideramos que 1948 marca una profunda ruptura en la historia de nuestras ciudades, especialmente para las que hemos dado en denominar grandes ciudades (ruptura que llamaremos su refundación traumática) y que ha sido la imagen de una manera específica de ejercicio del poder político y la imagen de una manera muy colombiana de constituir una trama ciudadana y de ejercicio de la ciudad.

Cuando se piensa en la ciudad, como fenómeno históricamente considerado, vienen a nuestro encuentro las cifras, las estadísticas de las mi-

graciones desde los campos, de las industrias instaladas, de las obras de infraestructura, del auge de las utilidades de las empresas, del aumento de la miseria urbana, de la acelerada expansión de los perímetros urbanos, de las crecientes necesidades de transporte, de la degradación ambiental y muchas cosas más. Entre éstas, además, el auge de la agricultura comercial y de las exportaciones conectadas con ella. La ciudad, entonces, ha sido pensada y ha sido advertida como el receptáculo del movimiento económico, y sólo recientemente viene siendo considerada como la expresión del ejercicio del poder político y por ello como una entidad con una dinámica distinta a la vegetativa, a la del simple reflejo de la actividad económica.

Para decirlo con algunos investigadores colombianos, la ciudad sólo se ha convertido en objeto teórico en nuestro país, en muy reciente época y la teoría sobre la ciudad colombiana apenas se viene construyendo. Dicha teoría tiene en su base un extenso contenido de carácter histórico, desarrollado en unos pocos años por la profunda transformación de la sociedad colombiana.

Considerar el proceso vivido por nuestras ciudades a partir de la violencia, como un proceso de refundación traumática no es simplemente un recurso retórico: pasaron de ser aldeas grandes a ser ciudades de gran

* Ponencia presentada al II Simposio Nacional sobre la Violencia en Colombia, organizado por la UPTC. Chiquinquirá, septiembre de 1986.

No se pretende aquí presentar un examen exhaustivo sobre el estado actual de la investigación urbana e historiográfica sobre la dimensión urbana del proceso que en nuestro país conocemos como la “Violencia”, razón por la cual no mencionamos a conocidísimos autores que han presentado algunos trabajos de aproximación a dicha dimensión. Este artículo se inscribe, además en el programa de investigaciones que FORO ha iniciado durante 1986 alrededor del proceso urbano de Bogotá en la segunda mitad del siglo veinte, con énfasis en los procesos desarrollados en el seno de la llamada sociedad civil, programa coordinado con un grupo de investigaciones en seis ciudades de América Latina, denominado ECOVILLE - Fase II. Si algún autor se siente “injustamente” relegado en estas notas, le rogamos no lo tome a mal.



48



49

El contraste y las desigualdades urbanas de Bogotá han configurado un caos organizado y una ciudad invivible para la gran mayoría de sus habitantes, quienes apenas la soportan y anhelan una ciudad distinta y grata.

tamaño y con grandes problemas. Con una marca que queremos destacar: dicha refundación estableció una manera de ser ciudadano. La ciudad de hoy es una ciudad antidemocrática por excelencia, una ciudad en la cual no ha sido posible construir la democracia, es la *ciudad del Estado de Sitio* (Viviescas (1982): 46). No sólo la ciudad es ajena al ciudadano, la ciudad es hostil al ciudadano, ha hecho que el significado democrático de la posibilidad de vivir en una comunidad urbana determinada haya perdido significación para los habitantes de nuestras ciudades, para los cuales la ciudad es tan sólo una larga sucesión de casas y calles, sin elementos de identificación. Claro está que algunos podrían argumentar que las ciudades, como conglomerados de gran tamaño, son sólo producto de la segunda mitad del siglo XX en nuestro país y que ello implica que los procesos de constitución de los ciudadanos y de una conciencia ciudadana son demasiado jóvenes y por

ello no son dables los estados de mayor desarrollo. Trataremos de mostrar que todos estos años han marcado regresivamente las posibilidades de un ejercicio democrático de la ciudad, han signado represivamente al espacio colectivo y lo han vaciado de posibilidades para el habitante urbano. El escenario de la vida ciudadana, de la política, ha sido deliberadamente dislocado y la calle no es más que el frío escenario de la violencia callejera y del control policial.

Consideraremos que uno de los efectos de mayor permanencia de la violencia ha sido el conjunto de regulaciones urbanas y de prácticas urbanas, así como los mecanismos de control social resultantes, que han determinado que las ciudades, comenzando por Bogotá, vivan un presente continuo de baja participación y de carencia de canales de vida colectiva democrática. Por ello, habrá aquí una referencia permanente a hoy y a los determinantes de carácter histórico.

2. Bogotá: ¿refundación traumática?

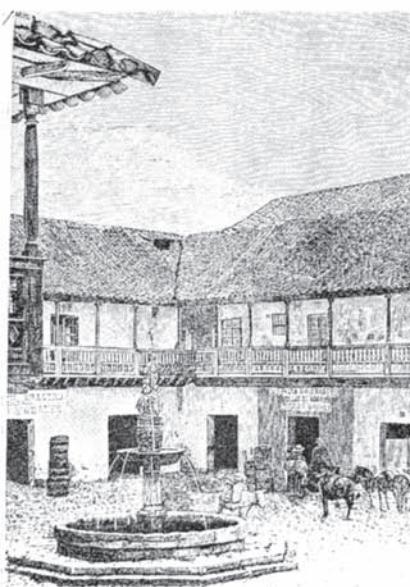
En muy diversos medios se ha analizado el proceso de desarrollo de la economía colombiana en el presente siglo y se han establecido los parámetros fundamentales que marcan varias fases de ese proceso. Uno de estos parámetros en el cual nos interesa detenernos es en el de la urbanización, para tener una referencia clara en materia de evolución de nuestras ciudades, en particular Bogotá, como centro urbano más importante de nuestro país y sobre el cual queremos dar una mirada más detallada sobre algunos aspectos que podríamos llamar "ocultos" a muchas miradas, pero no por ello, carentes de peso en el devenir de la ciudad.

En el transcurso del presente siglo, nuestro país ha vivido una gran transformación económica al pasar de ser un país agrícola a ser un país donde la industria tiene un gran peso en el comportamiento económico, a pesar de que en años recientes el sector industrial ha perdido parte de su dinámica, pero ese factor ha conformado una estructura espacial y una dinámica de concentración poblacional definida y en el cual los asentamientos que denominamos urbanos son predominantes. A pesar de que el proceso de concentración urbana de la población comenzó tardíamente en Colombia respecto de otros países de América Latina (se ha clasificado a Colombia como país de urbanización reciente), se considera que ha llegado a una madurez considerable.

La forma que adoptó el proceso de cambio y movilización poblacional se encuentra claramente vinculada al tipo de estructura urbana de la nación colombiana; es decir, está relacionada al sistema de ciudades, que aunque lejos estaba de una consolidación definitiva al iniciarse el proceso de industrialización, ya poseía un conjunto de núcleos urbanos numerosos y variados, diferenciándose enormemente del resto de países en desarrollo; esto último, determinó la forma como se efectuaron los movimientos poblacionales (Hernández et al., 1982: 191). Estos movimientos poblacionales son la manifestación del cambio en la concentración espacial, debido al desarrollo

económico que produce una modificación profunda en los patrones de expectativas y necesidades de una población creciente. Claro está que no puede hacerse depender la urbanización exclusivamente del proceso económico, en especial de la industrialización, sin reconocer la especificidad de la organización social y espacial, a riesgo de caer en un determinismo tecnológico (Hardoy y Moreno 1975: 692), aunque en este lugar destacaremos los factores que influyen en los flujos migratorios, que tienen una base fundamentalmente económica.

Para explicar el fenómeno migratorio se ha formulado una metodolo-



50



51

gía de análisis que define como explicaciones básicas unos factores de atracción y expulsión, que permiten trascender los análisis centrados en las decisiones individuales de los migrantes. Un estudio clásico sobre las migraciones internas en América Latina no pregunta tanto por qué existen las migraciones, sino por qué no es mayor el flujo migratorio (Singer 1975: 35), y en la búsqueda de una respuesta, los factores de expulsión y de atracción encuentran un sitio muy claro.

Los factores de expulsión pueden sintetizarse en dos aspectos:

- Los asociados al cambio tecnológico en las áreas agrarias;

—Los asociados a factores de estancamiento, que se manifiestan en una creciente presión poblacional sobre una disponibilidad de áreas cultivables, que puede ser limitada tanto por la insuficiencia física de la tierra aprovechable como por la monopolización de gran parte de ésta por grandes propietarios.

En nuestro país, la concentración de la propiedad territorial vivió diversas etapas de agudización, una de las cuales fue la de la violencia. Este ha sido uno de los principales factores impulsores de las corrientes migratorias de mitad de siglo y que, como veremos más adelante, aportaron una creciente población a Bogotá y a las principales ciudades colombianas.

La industrialización y el crecimiento de las ciudades dan origen a los factores de atracción, los cuales podemos resumir en:

- La demanda por nueva fuerza de trabajo en los centros industriales;

- Las diferencias de salario respecto de las áreas rurales;

- Las nuevas oportunidades económicas ofrecidas por los centros urbanos.

Es claro que dichos factores crean una imagen de un conjunto urbano homogéneo, pero debe tenerse en cuenta que los centros urbanos que ocupan un primer puesto son los que han sido objeto y motor de las transformaciones económicas más importantes, en nuestro caso las cuatro ciudades principales.

Bogotá ha fortalecido su posición económica desde fines del siglo pasado y consolidada por la urbanización y la absorción de población, ha tendido a concentrar una parte considerable de la actividad económica y a tener un alto grado de primacía urbana al observarse cada vez una mayor participación de la ciudad en la actividad económica nacional. En esta segunda mitad del siglo XX la ciudad ha mostrado un mayor crecimiento en el sector servicios, en el de actividades financieras y en el de manufacturas. Sobre este último puede señalarse que ha mostrado una tendencia a diversificarse, con lo cual la ciudad cuenta con un complejo de industrias que abastecen el mercado urbano y de otras regiones aledañas;



52

se ha producido una especialización industrial en ramas productoras de bienes de capital, bienes intermedios y durables, aspecto relacionado con la importancia que adquiere la ciudad para la localización de industrias en la última fase de la sustitución de importaciones basada en un patrón oligopólico de grandes plantas con tecnologías avanzadas; además, la actividad manufacturera del capital extranjero en los bienes intermedios, durables y de capital, muestra la importancia de la ciudad para la ubicación de filiales de las multinacionales (Hernández et al., 1982: 117).

La ciudad consolidó su puesto en el concierto nacional como queda dicho, en esta segunda mitad del siglo, impulsada por dos factores, entre otros, como han sido la expansión de su industria manufacturera y la absorción de una gran cantidad de migrantes provenientes de diversas regiones del país (fundamentalmente, Cundinamarca, Tolima, Boyacá y Santander). El comienzo del mayor auge de estos procesos podemos ubicarlos hacia mediados de la década de los 40, que como se sabe coincide con la violencia.

Bogotá, como una consecuencia inmediata de ese mayor auge, comenzó un proceso de rápida expansión de su perímetro urbano, los índices de hacinamiento por vivienda comenzaron a crecer, los barrios empezaron a aparecer, en condiciones muy pre-

carias, casi de la noche a la mañana, las redes de servicios públicos eran evidentemente insuficientes para una población en rápido crecimiento. En fin, la segunda mitad del siglo XX comenzó con una Bogotá "nueva"; múltiples acontecimientos se dieron cita para darle su nueva imagen, la imagen de una ciudad "refundada".

3. Espacio y política: una hipótesis sobre el impacto de la "violencia" en Bogotá

Espacio y política; territorio y política; dos elementos aparentemente ajenos, aunque nacieron juntos. Salvo cuando la política se transforma en guerra, pocos toman en cuenta los territorios. Pero la política y los territorios son también problemas de civiles (Rosenfield et al., 1986: 1). La ciudad, como producto histórico, también está atravesada en su desarrollo por los efectos de una manera de ejercer el poder político y por los efectos de la confrontación que entre las clases se desarrolla a lo largo de los años. La irrupción en la política de nuevos actores sociales, actores inesperados, produce transformaciones profundas en la manera como se gestiona una ciudad y en la manera como se desarrollan mecanismos de control social.

Sitúemonos en los 40.

"Al aproximarse la celebración de la IX Conferencia Panamericana con sede en Bogotá, el país se hallaba al borde de la guerra civil. La policía conservadora, especialmente en los departamentos, se había convertido en una activa fuerza de represión. Los refugiados huían hacia los centros urbanos. 'En vísperas de la Conferencia Panamericana que se reuniría en Bogotá, reinaba el terror en los departamentos', de acuerdo con Arcevillas. Gaitán visitó Santander, donde la situación era peor, y a su regreso proclamó el derecho de legítima defensa de las masas. Ordenó la creación de 'la casa del refugiado' para ayudar a los campesinos que inundaban la capital. 'A cada movimiento del liberalismo por recuperar su fuerza, seguía una ola... fría, premeditada, exacta... de violencia polí-

tica. Todos los centros de resistencia fueron golpeados. Los asesinatos políticos alcanzaron proporciones masivas y las gotas de sangre se convirtieron en pozos de sangre" (Fluhrathy (1957): 107). No tenemos una comprobación, aun, si las casas de refugiados propuestas por Gaitán llegaron a ser una realidad, por lo menos en Bogotá, pero indica el grado tan elevado que estaba comenzando a tener la llegada de los migrantes, y que por lo menos el director del liberalismo plantease la necesidad de adoptar una política de atención a todos aquellos migrantes que en un abrir y cerrar de ojos llegaron a Bogotá. Además, el clima general que vivía el país daría inicio, no sólo al proceso que sucintamente hemos descrito atrás, en lo que tiene que ver con el proceso migratorio, sino a un tratamiento muy claro de la gestión de la ciudad, iluminado por las enseñanzas del 9 de abril de 1948, como intentamos mostrarlo más abajo.

Para intentar nuestra hipótesis sobre los efectos de la violencia en el proceso urbano de Bogotá, requerimos trazar el contexto general de su desencadenamiento. En primer lugar la violencia se inscribe en la prolongación de las luchas sociales que se producen a partir de 1945; se generalizó en un momento en el cual la clase obrera estaba considerablemente debilitada después de las derrotas de 1947-1948 y en el cual las masas urbanas habían sido totalmente desorganizadas. La violencia se ejerció contra los sectores populares urbanos a través de la destrucción sistemática de sindicatos y de otras organizaciones populares. (Pecaut, (1979): 790).

En segundo lugar, la fuerza de las clases dominantes es tal que no requieren organizarse a través del aparato de Estado para imponer sus intereses de corto plazo (Pecaut (1979): 791).

En tercer lugar, el rol del sector exportador demostró que era necesario un modelo de hegemonía política privada tal como lo proponía, dando lugar a la aparición de otros aparatos de hegemonía privada por parte de los gremios y de sectores terratenientes. Si se tiene en cuenta la posición de fuerza obtenida después del 9 de abril por las clases dominantes, se deduce que no estaban condenadas a

53



54



Para las clases dominantes los acontecimientos del 9 de abril fueron una campanada de alerta sobre las posibilidades de una acción en gran escala de las masas urbanas, pese al incipiente proceso de urbanización y de organización de los sectores populares.

organizarse políticamente a través del aparato estatal para enfrentar a las clases populares. Tenían medios directos, descentralizados. Tenían también la posibilidad de dejar desarrollar una crisis del aparato de Estado sin que se afectase su hegemonía sobre los sectores populares que controlaban a través de sus propios aparatos. (Pecaut (1979): 793).

En cuarto lugar, la violencia manifiesta las desarticulaciones en las formas de acción de los sectores populares. A partir de la crisis del aparato de Estado, podría suponerse que subsistieran, enfrentados, dos espacios que Pecaut califica como residuales: espacio político, espacio de las contradicciones de clase. Al perder su subordinación al Estado, pierden su carácter residual. De su separación nace la posibilidad de que la lucha

partidista se afirme por ella misma, pero igualmente de que la acción de ciertos sectores populares se organice progresivamente alrededor de sus propios intereses y de manera autónoma. La derrota de las masas urbanas frenó el segundo proceso. La inquietud de las clases dominantes durante 1952-1953 testimonian, sin embargo, su importancia. (Pecaut (1979): 800).

Queremos detenernos aquí, en la enumeración de este contexto y deliberadamente omitir una consideración sobre el camino seguido por la violencia hacia el campo. Resaltaremos, pues que el enfrentamiento a los sindicatos obreros y a las masas urbanas, así como su derrota, tomó las características de una "unión sagrada contra las masas urbanas" (Pecaut (1979): 801). Los dirigentes de ambos

partidos tomaron la resolución de prevenir todo nuevo sobresalto social y buscaron restablecer un frente común de las clases dominantes contra las masas populares. Habían “descubierto la lucha de clases” y sus llamados por un frente coherente para aplastar las organizaciones populares, se convirtieron en una política permanente, con modalidades variables (Pecaut (1979): 804).

Para las clases dominantes colombianas, los sucesos del 9 de abril de 1948, fueron una campanada de alerta sobre las posibilidades de una acción en gran escala de las masas urbanas, a pesar de lo incipiente del proceso de urbanización de las principales ciudades.

Digamos, que la constitución de una nueva Unión Nacional, días después del bogotazo, señaló el camino que las clases dominantes comenzarían a recorrer para “restablecer” su control sobre las masas urbanas. Se daría prioridad a poner fin a la autonomía del espacio político que, por ser residual, no entrañaba sino una amenaza para los notables de ambos partidos. Era, además, una llamada a “los hombres de bien” para que tomaran en sus manos los destinos del país; “hombres de bien” que como el próspero urbanizador Fernando Mazuera tomó la Alcaldía de Bogotá con el encargo de reconstruir las ruinas dejadas por los revoltosos. Las élites económicas estaban imprimiendo su impronta sobre las acciones del gobierno. La Unión Nacional era también un gobierno del orden y por ello se apoyó sin vacilaciones en el ejército; el Estado de Sitio confiere a los militares un rol considerable y éstos juzgaron a los “autores políticos” de la revuelta, con particular dureza. (Pecaut (1979): 806).

El Estado de Sitio y el toque de queda le confirmaron a los años que siguen un ambiente de guerra interna contra enemigos urbanos en las ciudades. La búsqueda de la desarticulación definitiva o por largo tiempo de cualquier forma de organización popular en las ciudades fue un objetivo seguido por las administraciones municipales, en el marco de las políticas urbanas que habrían de tomar cuerpo en la conformación del

nuevo territorio, escenario de la vida más activa en la segunda mitad del siglo XX: la ciudad, Bogotá.

El territorio adquirió una importancia central: es el lugar donde se encuentra vivo y se desplaza el “enemigo interno”; en otras palabras, es el teatro de la guerra (Rosenfeld et al., (1986): 5). En este sitio, puede parecer exagerado que la ciudad fuera, en los años de la violencia, también, escenario de la guerra. Podríamos decir que fue escenario de una guerra preventiva, por las razones que hemos señalado más arriba.

¿Por qué preventiva? Ante la evidencia política de la imposibilidad de ofrecer ninguna solución espacial a las necesidades urgentes de la población: ni de espacio interior en la vivienda, ni espacio exterior en el entorno urbano; es decir, sin la capacidad de ofrecer una alternativa que especialmente contribuyera a mejorar las condiciones ambientales de la existencia de los ciudadanos y ante la irrecusable demanda de todo eso (y muchas cosas más) por parte de la población urbana, la respuesta fue la represión violenta. El toque de queda y el Estado de Sitio. Se expulsó del espacio urbano al ciudadano y por la fuerza se le mantuvo encerrado en su espacio habitacional absolutamente insuficiente, malsano, antihigiénico, individualizante y opresor (Viviescas (1982): 57). Es decir, no bien llegaban los migrantes a la ciudad, Bogotá o cualquier otra, la política urbana (si la podemos llamar así) les negaba la posibilidad de reconocerse con el espacio urbano y construir una relación positiva y creativa con éste.

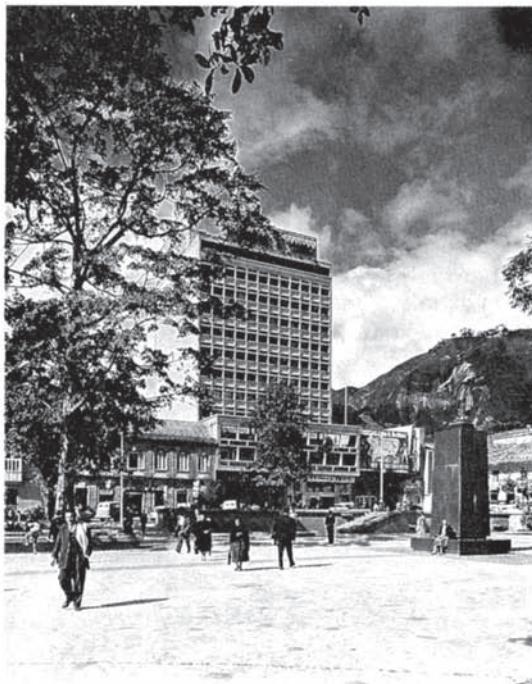
Esta es una parte de la nueva actitud de las clases dominantes frente a la ciudad. La otra parte es la inevitable necesidad de construir la ciudad —ya no para el ciudadano— sino para el funcionamiento del capitalismo.

Para ello, se convocó a los representantes más destacados de la ideología planificadora mundial y Le Corbusier en persona dirigió desde 1947 la zonificación y la distribución del espacio urbano de Bogotá.

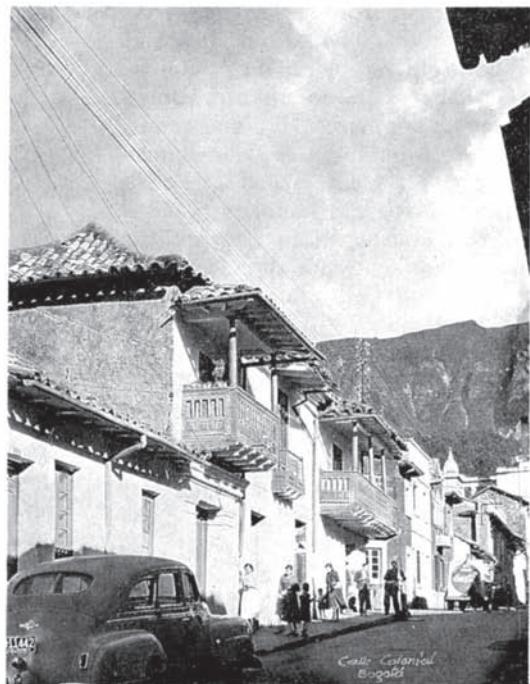
Una combinación significativa en la dirección de la política urbana de una época fundamental para el desarrollo de la ciudad: los “hombres de



55



56



57

bien”, representados en el próspero urbanizador Mazuera y el maestro del “zoning”.

Las clases dominantes se dedicaron a diseñar una ciudad sin la participación de los sectores mayoritarios de la población: “La década de 1950 a 1960, que tiene tan sombrías consecuencias en la vida nacional, fue paradójicamente la época del apogeo de la arquitectura moderna en Colombia”. (Viviescas (1982): 60).

De lo anterior, se destaca la interacción entre el reacomodamiento de los partidos políticos en una época extremadamente conflictiva y la construcción de la ciudad. Mientras las ciudades crecían rápidamente por la afluencia de migrantes, las clases dominantes procuraban establecer un nuevo mecanismo autoritario para el monopolio del poder político; los nuevos habitantes urbanos perdían sus afectos partidistas, sin encontrar un encuadramiento estable en los partidos políticos que habían disputado por sus intereses sobre la vida de cientos de miles de colombianos.

La súbita presión sobre la estructura urbana de las ciudades fue fuente de múltiples perturbaciones y la respuesta fue el férreo control militar y policial de los habitantes urbanos, que se prolonga negativamente hasta

hoy. Las crecientes masas urbanas, ante las grandes carencias espaciales, se vieron impulsadas a construirse su propio entorno, a tomarse la ciudad, a fijar su presencia en unas ciudades que ya tenían una identidad de clase. Antes del 9 de abril, lo que se había iniciado como un movimiento independiente de los sectores sometidos y de manera espontánea en las masas urbanas, rápidamente se vio involucrado en la lucha que sostén los sectores dominantes, con lo que la ocupación de la ciudad, la ocupación del espacio urbano, tomó las características de reivindicación política. (Viviescas (1982): 55). Se articularon la socialización del espacio urbano con la necesidad inmediata de uno de los sectores dominantes de asegurar la posibilidad de la presencia ciudadana en la morfología urbana, adquiriendo la calle toda su significación política como escenario de la lucha de clases.

Lo vigoroso de la presencia de las masas urbanas precipitó la solución de la crisis de poder, con lo cual aparecieron los mecanismos tendientes a castrar, apenas naciendo, toda la perspectiva histórica que se anuncia, signando en términos definitivamente negativos para el conjunto de la población la producción de un entorno ciudadano y marcando la rela-

ción espacio urbano-población con un tipo de concepción agresiva, peligrosa y violenta. (Viviescas (1982): 56). La presencia de la población en las calles, que adquirió su cima el 9 de abril, paradójicamente impulsó la definitiva expulsión del ciudadano de la calle y puso a ésta en las manos omnipotentes del aparato represivo.

Aparato represivo que fue radicalmente depurado de cualquier veleidad democrática, comenzando por un cuerpo de tradición civil y de asentamiento municipal, que mostró de qué lado podía combatir en casos extremos. Estamos hablando de la policía. Tras los sucesos del 9 de abril, se abrió paso la “nacionalización” de la policía y su adscripción al Ministerio de Guerra, es decir, pasó a ser una institución militar. Ello evidenció la inquietud de los notables de ambos partidos por la participación considerable de la policía en la revuelta, especialmente en Bogotá. De hecho, la policía de Cundinamarca es la primera en ser disuelta, con la venia de los liberales. Por aquellos años, el acuerdo de nacionalizar la policía sirvió de cubierta para que las autoridades conservadoras licenciaran a sus miembros liberales y se diera paso a una policía instrumento por excelencia de la violencia conservadora (Pecaut (1979): 911).

Si podemos compartir con Pecaut su análisis sobre estos sucesos, diremos que la policía en esa fase no fue la expresión de un Estado fuerte, sino de la fragmentación del aparato represivo. (Pecaut (1979): 912). Para los efectos de nuestro análisis señaremos que la policía ha sido un cuerpo de base tradicionalmente municipal, no a la manera de la promovida por los partidos políticos en los años posteriores al 9 de abril, sino como un mecanismo de regulación de la vida ciudadana, por excelencia pacífico. Después del 9 de abril, heredamos junto con unas ciudades antidemocráticas, una policía antidemocrática.

4. Conclusión: la ciudad del Estado de Sitio y la pérdida de canales de expresión ciudadana

Históricamente, el proceso que a grandes rasgos hemos intentado describir, muestra la pérdida de las posibilidades reales de participación política ciudadana en nuestro país a todo nivel. La inopina intelectual y la debilidad ética de los partidos tradicionales para ofrecer un norte a la nación ha producido una apatía adicional en el pueblo colombiano hacia la política.

La ciudad ha perdido para los ciudadanos casi toda significación histórica, debido al proceso de expulsión que han sufrido de manera deliberada. La zonificación producida en el medio siglo sólo dejó para los ciudadanos sus casas, es decir, se habita sólo en la vivienda, el resto de la ciudad es "problema" de la política urbana.

El ciudadano ha debido resignarse a las respuestas institucionales, pues a cada paso se le evidencia lo "negativo de la ocupación masiva del espacio urbano", a pesar de la carencia real de espacio para la recreación y para el desarrollo de una cultura política (Viviescas (1986): 19).

La pérdida de cualquier forma estable de organización popular urbana, después de la guerra desatada contra ella, ha producido una permanente desarticulación ciudadana, lo cual no permite niveles de participa-

ción política elevados. Participación entendida más allá de la elección ritual de representantes cada par de años. La política urbana que sucedió a la mitad del siglo fue la atmósfera para que las organizaciones populares no pudieran respirar, para que la participación política sólo fuera posible a través de unas empobrecidas elecciones y para que el ser ciudadano sólo fuera el portar una cédula de identificación.

Aún hoy sufrimos los efectos de una política urbana preventiva. Sin haber logrado resolver los problemas que le planteaba el rápido crecimiento de la ciudad, si se privó a los ciudadanos de vías democráticas participativas, que evidentemente no podían ser ni estáticas ni ordenadas, pues los efectos de la democracia efectiva son imprevisibles. Los nuevos ordenadores vieron desde esa época y lo ven hoy, en la participación directa un trastorno para el servicio urbano y una injerencia indebida en su actividad. Cerrar el paso a la participación era abortar cualquier proceso dinámico que cuestionara el orden establecido, lo cual desde cualquier perspectiva radicalmente democrática es impensable. (Borja (1986): 21).

Aquella época, no tan lejana, nos deja también la cruel semblanza de las transformaciones del poder político:

"En el orden del desfile correspondía el tercer lugar al arma predilecta del Insigne Borborista: los aviadores invisibles, la cristalina policía del cielo, los transparentes ángeles de la Administración.

La milenaria ambición del hombre de volar por sí mismo, en contacto directo con las mareas del viento, había sido finalmente alcanzada bajo el régimen providencial del ahora Caudillo de los Difuntos.

Envueltos en una tripa que participaba a la vez de la ligereza del celofán y la fortaleza del supernylon, los hombres volantes eran invisibles en el éter sin dejar de ser visibles. El gran preservativo color cielo y camuflado de cirros que los contenía, confundíase con la atmósfera sin que el interno feto destructor perdiese la exacta puntería de sus minúsculas ametralladoras...

...Tras ellos con andadura furtiva de las bestias que son sanguinarias pero asustadizas, en cerrados pelotones desfilaba la Policía Urbana y Rural del Gran Pesquisante.

...Y como no cubrían el rostro... ofrecían toda la faz desnuda. Que era arma eficaz en manos del gran terrorista.

Pues los ojos —que eran coágulos de pus, o reventones de sangre, o lívidas ostras verdinosas—, tenían esos rápidos guños solapados que petrifican la dulce entrada de las mujeres y hacen nacer el yerto venadoval del miedo en los testículos de los hombres más cabales". (Zalamea (1978): 378-380)●

Bibliografía

- BORJA, Jordi, (1986). La participación ¿para qué?, mimeo, España.
 HARDOY, Jorge E. y MORENO, Oscar (1975). Tendencias y alternativas de la reforma urbana, en UNIKEL, Luis (1975). Desarrollo urbano y regional en América Latina, FCE, México.
 HERNANDEZ, Juan, LOTERO, Jorge y CARDONA, Alonso (1982). El comportamiento del desarrollo espacial en Colombia. El papel de los centros urbanos intermedios, mimeo, CIE, U. DE Antioquia.
 FLUHARTHY, Vernon (1957). La danza de los millones, El Ancora, Bogotá.
 PECAUT, Daniel (1979). Classe ouvrière et système politique en Colombie, mimeo. París.
 ROSENFIELD, A., ESPINOSA, V., y GONZALEZ, R. (1986). Movimiento de pobladores y poder local en Chile, mimeo, Santiago.
 SINGER, Paul (1975). La economía política de la urbanización, Ed. Siglo XXI, México.
 VIVIESCAS, Fernando (1982). La Habitabilidad Urbana en Colombia, en Anotaciones de Planeación No. 13, U. Nacional, Medellín.
 (1986). Identidad municipal y cultura urbana, mimeo, Medellín.
 ZALAMEA, Jorge (1978). El gran Burundun-Burundá ha muerto, en literatura, política y arte, Colcultura, Bogotá.

Alvaro Guzmán
 Alvaro Camacho Guizado
 Investigadores y profesores
 de la U. del Valle.

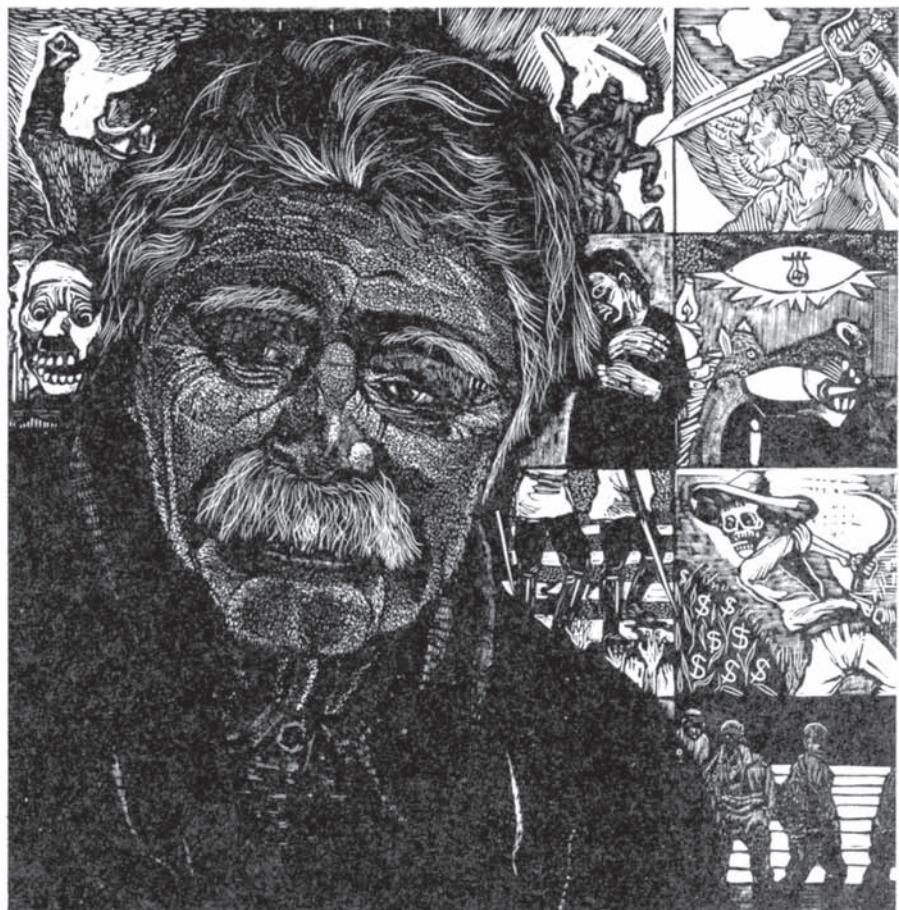
**Alvaro Guzmán
 Alvaro Camacho Guizado**

No sólo de política vive la violencia o ...lo contrario

I. Se ha hablado de América Latina como un continente violento en sí mismo. Algunos autores han hablado de una "cultura de la violencia" en nuestros países; y en este contexto latinoamericano uno de los países más citados es precisamente Colombia. Autores nacionales han planteado el carácter "endémico" de la violencia en nuestro país (Sánchez, 1986). Un estudio sobre la violencia en el Quindío, analiza cómo ésta ha sido vista como un fenómeno "trascendente" al que los habitantes de la región le atribuyen las más diversas capacidades de producción y transformación de la realidad; se dice: "La violencia me mató a mi hermano", "La violencia me arrebató mi finca" etc., la violencia aparece como un sujeto sin actores (Ortiz, 1986).

En este artículo queríamos avanzar un poco en el empeño de historiadores y científicos sociales que, reconociendo los rasgos "estructurales" de la violencia en nuestro país, tratan de explicársela por su singularidad en el tiempo y espacio sociales. Esbozaremos entonces algunos planteamientos que buscan entender la violencia a partir de sus configuraciones más significativas y terminaremos proponiendo unas dimensiones para el análisis sociológico del fenómeno.

En un artículo anterior (Camacho y Guzmán, 1985), ubicamos la violencia en el marco de las luchas sociales más generales y particularmente



dentro de la dinámica de relaciones entre sectores de la sociedad civil y el Estado. Argumentamos allí que las confrontaciones tendrían por telón de fondo del impacto que la recesión

mundial causó en Colombia, impacto sobre el cual se reagruparon los intereses y se atizó el conflicto de clases. La violencia del momento, planteábamos, se podría entender en bue-

na medida por el tratamiento que las clases dominantes le dieron a los conflictos planteados. Decíamos en el artículo que las ofertas de solución del gobierno de Betancur no fueron acogidas, estrellándose con grupos de interés que tenían un comportamiento más de clase "dominante" que dirigente.

Los inicios del gobierno de Betancur estuvieron signados por movimientos y paros cívicos urbanos y rurales que manifestaban un descontento contra las políticas tarifarias de los servicios públicos o denunciaban la omisión del Estado en la garantía de consumos colectivos para la población. Ciertamente, estas expresiones pudieron considerarse como gérmenes de un posible desarrollo de poder popular y democrático, pero indudablemente planteaban un conflicto con una base, objetivos y medios diferentes del conflicto armado tradicional en Colombia. El hecho es que los movimientos cívicos y populares, a pesar de esfuerzos notables, no lograron constituirse en un interlocutor civil del gobierno, en parte por su conformación heterogénea, su carácter disperso regionalmente y sus problemas de organización.

El gobierno pudo responder individualmente a cada uno de ellos, reduciendo el conflicto a expresiones locales y ofreciendo solución a las demandas, muchas veces desde la Presidencia misma, lo que sirvió para incrementar la popularidad del presidente Betancur.

La ausencia de este interlocutor civil tuvo efectos desfavorables en el cumplimiento de las ofertas gubernamentales que habrían podido desatar, de haber sido llevadas a cabo, transformaciones irreversibles en la composición de las fuerzas sociales. Pero, adicionalmente, y con profunda repercusión en la vida nacional, se convirtió a la posición armada en el único interlocutor del gobierno, exacerbando así las reacciones defensivas de quienes veían amenazados sus privilegios y hegemonías. Lo que podía vislumbrarse como una apertura de posibilidades, como un incremento de la participación ciudadana en la política local y nacional se frustró al generalizarse la convicción de que en Colombia las cosas sólo se resuelven

a las malas y al desarrollarse el sentido militar y autoritario de nuestra cultura hispánica.

De hecho, la retórica y acciones militaristas de los grupos armados, el ejército y la oposición, coinciden en varios puntos: sólo las armas tienen capacidad de triunfo; el único desenlace posible es la aniquilación del enemigo; la población civil requiere de un representante armado para que interprete y haga viable sus aspiraciones.

Las posibilidades de resolver el conflicto por otros medios, de llevar a sus consecuencias una estrategia decidida de paz, participación popular y democracia no germinó, a pesar de la retórica de uno y otro bando en pugna armada. Esa contradicción entre grupos armados se constituyó en principal, subordinando otro tipo de conflictos.

En suma, el conflicto entre aparatos militares, la violencia propia de la guerra de guerrillas, era la que nos aparecía como la más importante y reveladora del período. De nuevo, se trataba de una violencia "política", tan "política" como la de los años 50 aunque con contenidos totalmente diferentes. Ahora bien, era evidente para nosotros que habría otras formas de violencia.

Concluimos que no había una forma de violencia sino varias e intentamos describirlas. Pero al menos una pregunta quedó pendiente: ¿cómo se podrían relacionar y tal vez supeditar unas a otras esas diversas formas de violencia? Porque si bien son diferentes, todos los colombianos estamos involucrados en ellas.

II. El Estado tiende a "politicizar" las diferentes formas de violencia, a ver en ellas una amenaza para el orden institucional y legítimo. De esta forma las soluciones de fuerza se definen como necesarias para reintroducir el orden. En general, se podría prever que en Colombia todos los diagnósticos que se hagan sobre la violencia desde las esferas estatales concluirán en la necesidad de aumentar el pie de fuerza. Es la gran paradoja de la "seguridad armada".

Pero es importante además distinguir formas de violencia y ubicarlas dentro de dinámicas del conjunto de la sociedad.

Esto implica establecer la relación



59



60

entre diferentes niveles de conceptualización de la violencia: desde aquella que se puede vincular con la estructura social global y su dinámica hasta los actos y las acciones típicamente "violentas". Si el examen comienza por los hechos, actores, motivos, campos de conflicto, niveles de organización, etc., se puede llegar a definir áreas de significación sociológica intermedias entre la generalidad de la lógica estructural y la contingencia del hecho histórico concreto.

En primer lugar, hay un conjunto de hechos de violencia que se pueden entender a partir de una dinámica estructural general que es aquella por la cual unos sectores de la sociedad acumulan y otros sobreviven. Sobre esta dimensión, con doble sentido, pueden aparecer formas concretas de violencia, en la salvaguarda de la propiedad privada (los muertos producidos por vigilantes privados o públicos) o bien en la consecución de la misma (crímenes asociados con robos, atracos, extorsión).

Hay una amplia variedad de formas dentro de esta dimensión y en algunos casos, como en la violencia mafiosa, no se pueden considerar como exclusivas de esta dimensión, llamémosla económica, sino que vincula otras dimensiones.

En segundo lugar, otro conjunto de fenómenos de violencia se pueden entender a partir de una dinámica estructural general que es aquella que impone un orden de dominación al cual adhieren unos sectores, y por otro lado, una rebeldía sobre ese orden al cual adhieren otros. Esta es una dinámica propiamente política y centrada en la afirmación o cuestionamiento del Estado o sus diversas formas de representación. Sobre esta dimensión es importante insistir en que el Estado concentra recursos para la violencia y que los emplea de manera directa o indirecta. Pero los opositores del Estado también se plantean el uso de la fuerza, de las más diversas maneras, en su objetivo de confrontación con el orden político. Formas clásicas de violencia dentro de esta dimensión son la guerra, la guerrilla, la represión política, el terrorismo, etc.

En tercer lugar, un conjunto de fenómenos de violencia operan en un

ámbito más "privado", donde el objeto de disputa está más centrado en factores de tipo social y cultural. Estos fenómenos se pueden entender a partir de una dinámica estructural general que impone un orden de diferencias e intolerancias, por un lado y por otro, un cuestionamiento a este orden, es decir, un llamado reconocimiento de la diferencia. En este caso, gran parte de los hechos de violencia se presentan en un nivel interactivo o de pequeño grupo con un bajo nivel de organización sobre el hecho violento.

Es el caso de la violencia familiar o de una buena parte de lo que se ha llamado violencia civil (violencia suscitada por la defensa del privilegio de los derechos personales). Sin embargo, también se incluye dentro de esta conceptualización una "violencia moralista" que, por ejemplo, mata homosexuales en nombre de las buenas costumbres de la sociedad y está activada por individuos o grupos que además de tener respaldo social demuestran que cuentan con medios adecuados para lograr su meta y, en este sentido, demuestran altos niveles organizacionales.

En suma, sobre la acumulación, la dominación y la intolerancia y sus concomitantes antagónicos; la supervivencia, la rebeldía y el reconocimiento, se pueden ubicar espacios concretos de violencia. Pero ubicar no significa "deducir" simplemente. En efecto, para cada espacio es importante establecer sus conexiones en relación con una o varias "lógicas". Más aún, es indispensable ubicar los actores involucrados, los medios utilizados, sus orientaciones y conclusiones en los que se dan los hechos de violencia. No hay relaciones "necesarias", hay un alto grado de contingencia en el ordenamiento y, metodológicamente, es importante partir de los "hechos" de violencia para reconstruir sus "escenarios" y su inserción y sentido en la totalidad social.

La violencia que llamamos "mafiosa" es un ejemplo de un espacio que puede tener relación con varias "lógicas" de violencia. Hay hechos de violencia mafiosa que se vinculan con procesos de acumulación/sobrevivencia. Pero en sentido estricto, las mafias buscan acogerse a las formas



Una sociedad civil signada por la violencia, en la que el campo de su intervención sobre sí misma y su estado está signada por la amenaza permanente de obtener una respuesta violenta, pocas esperanzas pueden tener de lograr la autonomía y capacidad de dirigir sus propios destinos.

pacíficas del mercado de productos. Sin embargo, comercian con un producto ilegal que las confronta tanto con el orden político como, ante todo, con el orden moral establecido. Hay entonces hechos de violencia mafiosa más referidos a la dominación política o al apuntalamiento de un orden moral determinado.

Ahora bien, no basta con indicar la existencia de una "lógica" de la violencia. Es necesario establecer relaciones entre ellas y ubicarlas espacio-temporalmente. En el caso colombiano se ha privilegiado el estudio de la violencia política. Pero es también importante establecer la relación entre la violencia "política" con la economía y la moral-social. El resurgimiento de esta última no parece ser independiente de la primera y más bien pueden estar estrechamente relacionadas. También se ha privilegiado en el caso colombiano, tal vez por el énfasis de la violencia de los años 50, la violencia rural. Por el contrario es importante introducir el carácter "urbano" de las nuevas formas de violencia en Colombia.

En aquellos casos en que la violencia es rural, es necesario establecer su relación con la dinámica de la ciudad y la violencia que allí se desarrolla. El siguiente texto, dentro de un marco diferente, pero con grandes similitudes con nuestro planteamiento, describe así la violencia en la ciudad de San Pablo, violencia que podría compararse con la de cualquier ciudad grande colombiana:

"Para discutir el binomio violencia-miedo, es preciso enfatizar que continúa imperando una poderosa forma de control político, cuya arbitrariedad centraliza decisiones que afectan aspectos de la vida diaria y al mismo tiempo y como contrapartida ha impedido la aglutinación de grupos que procuran organizarse a fin de conquistar derechos básicos, derechos que se traducen tanto en no ser ofendido, preso o maltratado como en no ser despedido o desalojado o simplemente en tener acceso a una remuneración que permita suplir los items de consumo básico. De hecho impera un menoscabo y un irrespeto por el ciudadano común; el peatón no tiene seguridad al cruzar las calles, el inquilino sin recursos es general-

mente desalojado, y el morador de la periferia compra lotes generalmente clandestinos.

El transporte colectivo es caro y lento, en él imperan las colas y la subutilización de las unidades, las calles de la periferia no son pavimentadas y casi nunca iluminadas facilitando asaltos y agresiones, el accidentado y el enfermo deambula de un lugar a otro para recibir atención y si no tiene una palanca, disminuyen sus posibilidades. Al fin conseguir algo depende del poder y del prestigio más que del dinero y los derechos de ciudadanía tienen un precio que pocos pueden pagar; la misma forma en que las personas son tratadas tiene que ver algo con su aspecto físico, con la manera como se viste o habla, con el lugar donde viven o en el que trabajan; a partir de estos elementos son tratados como doctores respetables ciudadanos por encima de toda sospecha o a la inversa, como elementos susceptibles de ser injuriados o hasta de ser considerados como de alta peligrosidad; desempleados e incluso transeúntes mal vestidos son encarados como delincuentes potenciales, objeto especial de la acción policial, que sistemáticamente controla y reprime a la población pobre de la ciudad.

En palabras simples, en vez de combatir las condiciones que generan desempleo, el trabajo intermitente y los bajos niveles salariales, se

combate al subempleado, al desempleado, a todos los que a causa de salarios bajos irrisorios se vuelcan a las ciudades demostrando su pobreza; no sólo la prisión para averiguación e investigación, sino la ignominiosa prisión por vagancia martirizan al pobre, al obrero, al desempleado, al migrante recién llegado y hacen de la policía quiera o no en un mecanismo de presión y represión social. En síntesis, el usufructo de la ciudadanía es inversamente proporcional a los recursos disponibles, reforzando las rígidas e insultantes desigualdades socioeconómicas y políticas en una ciudad que a más de eso tiene una larga y arraigada tradición elitista y autoritaria, que se traduce en una constante y profunda violación a los derechos individuales y colectivos" (Kowarick L y Ant, 1985).

A partir del planteamiento anterior, se deduce la importancia que tienen ciertas unidades de estructuración y significado concreto de hechos de violencia (La violencia "mafiosa", "moralista", "civil", etc.).

A continuación se detallan algunas dimensiones útiles para el análisis de estas unidades de estructuración que también se podrían llamar escenarios.

Las múltiples dimensiones de la violencia

1. Decir que un escenario de violencia implica una conceptualización intermedia por un lado, entre la estructura y condiciones generales del fenómeno y, por otro, las acciones y hechos de violencia, es plantear un problema. En el acto singular de la violencia es posible encontrar características que remitan a un contexto determinado de "lógica" de la violencia. Es indispensable partir del niño golpeado, del guerrillero muerto, del robo, de la muerte por sicario, etc., y buscar allí los elementos que remitan a una violencia "económica", "política" o "cultural". Lo fundamental aquí es propender por construir la unidad de estructuración y esbozar a su vez las relaciones de ésta con la totalidad social. Esta opción se contrapone con lo que se podría denominar "causación estructural simple" donde se afirma un nivel estructural explicativo de la violencia a partir del



cual se deduce la explicación de hechos concretos. Es simple en cuanto que en general sólo vincula un polo en la relación de violencia. Así, se ubica, por ejemplo, en la pobreza el origen de la violencia y de allí rápidamente se convierte a los pobres en los sujetos de los hechos de violencia.

Nuestra propuesta partiría del robo para entender su inserción en la dinámica de la supervivencia/acumulación. El hecho de violencia, el robo, tiene entonces una característica intrínseca de relacionar polaridades.

2. A partir del hecho de violencia se pueden tratar de identificar actores más o menos explícitos que se vinculan con el hecho de violencia. Estos actores no interesan como individuos sino como representación de sujetos con significación sociológica por estar relacionados con los hechos de violencia. Es el caso de los hijos, la mafia, el desempleado, el guerrillero, la policía, etc.

Es de la mayor importancia el que los actores logren una determinada identidad, es decir, reconocimiento de sus intereses pero, claro está, esto sólo no siempre es posible y más aún en ciertos casos no se presenta del todo. Un factor importante que contribuye a definir identidades es el grado de organización involucrado en los hechos de violencia y por lo tanto la posible racionalidad no sólo de los hechos sino en la constitución de los actores involucrados. Esto es claro en ciertas situaciones de violencia política como la guerra, pero lo es mucho menos en casos de violencia "civil".

3. Los hechos de violencia implican acciones y actores, pero además éstas le atribuyen significados y objetivos a su acción. Esta dimensión "valorativa" es importante en la medida en que aparece con mayor claridad un nivel de definición de un opositor y oponente que está involucrado en el hecho de violencia. Así, el robo tiene significado para los propietarios, el acto guerrillero para un gobierno, la paliza para un hijo, etc.

Una vez que aparecen con mayor claridad los hechos, los actores y los sentidos involucrados se pueden definir las relaciones básicas que entran en un "escenario" de violencia. Los grados de organización de la violencia son un aspecto que va con la identidad de los actores y que, una vez

que se definen sentidos y objetivos de la violencia, se puede hablar, junto con la organización, de los medios que se utilizan en el escenario de violencia.

A manera de ejemplo, hay casos de violencia en donde el actor no obedece a determinaciones claramente imputables a una organización. Es un poco la violencia "difusa" en la que el individuo ejerce un acto de violencia para sobrevivir, para dominar, etc. Es un acto que podríamos llamar "individual" y habría que distinguirlo de los hechos de violencia que son imputables a organizaciones estatales, paraestatales o de la sociedad civil, que son verdaderas máquinas del crimen urbano. En la prensa nacional se encuentran en una página listas de muertos, algunos sin identificar que aparecen en una manga. En otra página aparece la noticia de una reunión de los altos mandos militares para considerar el incremento notable de la presencia de escuadrones de la muerte. El sociólogo debe cruzar la información y conectar aquella muerte que ya casi forma parte del folclor con esas organizaciones especializadas en el crimen.

En cuanto a los medios, y tomando otro ejemplo, un examen de las estadísticas de medicina legal de la ciudad de Cali nos dice que la tasa de muertes con arma blanca en cuyos cadáveres había alcohol es similar entre 1980 y 1984, mientras que la tasa de muertes por arma de fuego en cuyos cadáveres no había alcohol se dispara en 1985 y primer semestre de 1986.

Aquí los medios de la violencia y las características del cuerpo del muerto revelan o apuntan a escenarios de violencia diferentes. El primer caso es una muerte de cantina por riña entre personas. El segundo implica organizaciones con economías de "violencia" donde se compran los medios e incluso se pagan asesinos.

4. Finalmente es importante concebir al conjunto de relaciones involucradas en un hecho de violencia en un campo de conflicto. Esto nos remite de nuevo a la relación entre los "escenarios" y la dinámica del conflicto social global. De los escenarios al apoyo y mantenimiento del orden económico, político y moral o bien a su recomposición.

El conflicto puede estar más o menos definido y en esa medida el orden y las normas que se cuestionan o defienden pueden estar más o menos puestas en cuestión. Hay formas de violencia "ocasionales" y formas de violencia que involucran acciones colectivas y movimientos con una definición más clara de apoyo o contestación a un orden determinado.

III. En síntesis, cualquier intento de estudiar la violencia contemporánea en Colombia ha de reconocer que ésta se diferencia de la tradicional en varios aspectos; que la violencia actual interseca de manera decidida ámbitos de la vida social que no fueron campos de conflictos durante las décadas en que la violencia tradicional tuvo su apogeo: que, por lo mismo, la actual es mucho más heterogénea de lo que habitualmente se cree, y que a diferencia de la tradicional, muchas de las expresiones de la nueva comparten un rasgo que la hacen más complicada y siniestra: no son negociables, y no basta una voluntad política de acuerdos, treguas y amnistías para hacer que receda.

Queda por ver, y este es tema que debe acometerse con urgencia, la relación entre esas nuevas formas de violencia y los movimientos sociales que apuntan en la escena social colombiana. La experiencia del inmediato pasado indica que la violencia es una fuerte barrera al desarrollo de esos movimientos, en cuanto la respuesta del orden dominante tiende a ser en sí misma violenta, tanto en la acción directa para acallarlos, como en el sentido de la amenaza que consiste en equipar expresiones masivas de descontento ciudadano con formas de violencia. Pero los movimientos sociales están igualmente amenazados por los grupos armados insurrectos, por cuanto las movilizaciones que se realizan se convierten en objetos deseados y candidatos a impulsar las líneas de los armados, quienes así niegan la validez de la protesta colectiva civil y pacífica.

Una sociedad civil así signada por la violencia, en la que el campo de su intervención sobre sí misma y su estado está signada por la amenaza permanente de obtener una respuesta violenta, pocas esperanzas pueden tener de lograr la autonomía y capacidad de dirigir sus propios destinos.

Serge Allou
Investigador del Instituto Francés de
Estudios Andinos. IFEA, Lima.

Serge Allou

Izquierda Unida en Lima Gestión Urbana y Democracia

En el momento en que, en la escena internacional y en la mayoría de los órganos de prensa extranjeros, el Perú es Alan García, sus tomas de posición acerca del reembolso de la deuda externa, la lucha espectacular contra el narcotráfico o las acciones terroristas, violentas y ciegas de Sendero Luminoso —y su represión no menos violenta por las Fuerzas Armadas—, en Lima, la Izquierda Unidad¹ en el poder municipal ha venido desarrollando, desde hace 3 años, un programa ambicioso de gestión de la capital: un programa de gestión democrática y participativa de una ciudad que, con más de 5 millones de habitantes, concentra a cerca de un tercio de la población nacional.

Esta experiencia constituyó, por cierto, un reto para la izquierda “legalista” más acostumbrada —en el Perú como en el resto de América Latina— a la práctica de la oposición que al ejercicio del poder. Pero también y sobre todo, constituyó un reto para la flamante democracia peruana, donde se jugaba su construcción efectiva más allá de su definición formal expresada por la Constitución de 1979.

En este sentido, hoy, en el momento en que arranca una nueva campaña electoral, a la hora del balance, quizás más que el conjunto de las obras realizadas por esta municipalidad, lo que conviene rescatar y analizar, es, sin duda, el espíritu y los criterios que han venido guiando su acción: el proyecto político que la inspiró, la manera como éste se concretó, los medios implementados para llevarlo a cabo y sus límites.

Tanto los candidatos a las próximas elecciones municipales como los analistas políticos

acuerdan reconocer que ésta, según lo subrayaba el editorialista de un periódico local, “han dejado de ser puramente locales o vecinales para asumir el carácter de políticas y, más aún, de plebiscitarias”². Plebiscito sin duda alguna para Alfonso Barrantes, presidente de Izquierda Unidad, el actual alcalde, cuyos resultados objetivos de la gestión, sin hablar de su real poder carismático, le permiten abordar con cierta serenidad la prueba del voto. Plebiscito también para el Apra, el partido de gobierno, y su candidato, Jorge del Castillo, exprefecto de la capital, que busca en estas elecciones un voto de confianza a la política llevada desde hace algo más de un año por Alan García: “test” político por último, para Luis Bedoya, alcalde de Lima de 1963 a 1968, representante de “una tercera vía ni marxista ni aprista”, el vocero de la derecha peruana tradicional.

Administristrar la ciudad en un espíritu democrático. Más que la amplitud de la tarea cumplida

1. La Izquierda Unida se constituye el 13 de septiembre de 1980, en vísperas de las elecciones municipales de noviembre de ese año. El frente agrupa, a su origen, a partidos de obediencia socialista o marxista: el Partido Unificado Mariateguista (PUM), el Frente Obrero Campesino Estudiantil y Popular (FOCEP), la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR), el Partido Comunista Peruano (PCP), el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y el Partido Socialista Revolucionario (PSR). Su presidente es Alfonso Barrantes (independiente).

2. María del Pilar Tello, “De nuevo y a acomodarse...”, *La República*, 19-VIII-1986.

que queda, seguramente, todavía insuficiente e incompleta, cuyas bases estructurales permanecen aún frágiles, es pues la inauguración de un nuevo estilo de gestión municipal que llama hoy a la reflexión, sus principios fundamentales y su implementación.

América Latina: Del agotamiento de los modelos de desarrollo a la apertura democrática

Un de los efectos mayores de la crisis económica que golpea al conjunto de las sociedades latinoamericanas es ciertamente la quiebra de los Estados tradicionales, oligárquicos o autoritarios, y su necesaria e impostergable reconstitución en el sentido de una apertura democrática. Esta reconstitución aparece hoy en día como el fruto tanto del fracaso de los autoritarismos como del impresionante auge de la movilización social. Aunque algunos países del continente todavía permanecen al margen de este proceso, se puede considerar esta evolución como un fenómeno general.

Como recién lo subrayaba A. Touraine³, la redefinición de la estructura estatal es, sin duda, la única respuesta posible a la exacerbación de los desequilibrios económicos y sociales generados por los modelos de desarrollo de dichos países. En otros términos, la superación de la crisis, en las condiciones actuales, pasa por la consolidación de la democracia.

En primer lugar, la espiral del desarrollo dependiente y su corolario más importante, el ingente crecimiento de la deuda externa, llegaron a un umbral crítico —tanto desde la perspectiva de los países centrales como para los países endeudados—, y que exige, de ahí en adelante, soluciones internas, es decir, decisiones políticas. Hoy es obvio, por otra parte, que todas las respuestas tradicionales para templar los efectos sociales de la concentración privilegiada y excluyente del consumo se han revelado insuficientes y, a la postre, quebraron: desde los populismos articulados en redes clientelares hasta los autoritarismos progresistas promotores de los modelos desarrollistas; sin hablar por supuesto de los régimen oligárquicos cuya política que apuntaba a perpetuar los esquemas arcaicos de dominación estuvo el origen de la situación de crisis actual.

Cabe mencionar, asimismo, que las poblaciones tradicionalmente excluidas y marginadas de los beneficios del desarrollo, a la par que se volvieron la mayoría se organizaron paulatinamente y supieron movilizarse de manera autónoma contra las formas de integración propuestas por las clases dominantes. De individuos anónimos se tornaron “sujetos sociales” organizados, presentes en la escena pública, reclamando

a través de múltiples manifestaciones, marchas o huelgas masivas, la toma en cuenta inmediata y la satisfacción de sus insoslayables reivindicaciones. Reivindicaciones expresadas, vale subrayarlo, ya no solamente desde la fábrica sino también desde la región o el barrio, esto es, en una base territorial donde la protesta social aflora en su compleja diversidad y puede expresarse en su integralidad.

En el marco de esta coyuntura, trazada aquí a grandes rasgos, que conviene entender hoy en día el proceso de redefinición formal del Estado



Uno de los efectos mayores de la crisis económica que golpea el conjunto de las sociedades latinoamericanas es la quiebra de los Estados tradicionales, oligárquicos, o autoritarios, y su necesaria e impostergable reconstitución en el sentido de una apertura democrática.

latinoamericano, proceso en elaboración en algunos casos, en vía de consolidación en otros. La apertura democrática aparece así como un intento de solución a lo que un autor llamó la “crisis de ingobernabilidad”⁴, crisis de la sociedad política incapaz de “reducir la complejidad

3. Alain TOURAIN, “Les chances de la démocratie en Amérique Latine”, *Problèmes d'Amérique Latine*, No. 80, La Documentation Francaise, París, 1986, pág. 119-133.

4. Juan Carlos Portantiero, “La democratización del Estado”, *Pensamiento Iberoamericano*, No. 5, Madrid, enero-junio 1986, pág. 99-125.

social", o en otros términos, de absorber las demandas cada día más numerosas y diferenciadas expresadas por la sociedad civil.

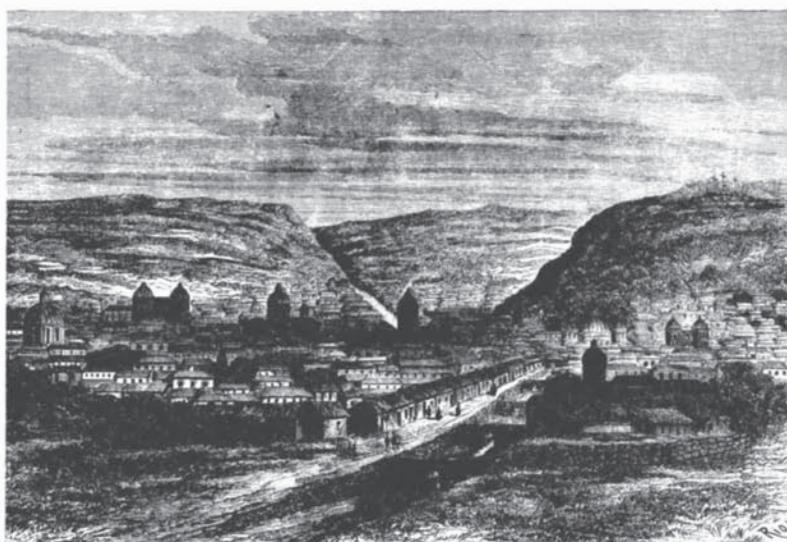
Por cierto, el reto está claro: se trata de sentar las bases de un acercamiento entre Estado y sociedad, es decir, definir un nuevo marco de sus relaciones en el cual los sujetos sociales habiendo adquirido su madurez política a través de la organización, puedan tomar parte en el gobierno de la cosa pública. Pero por ser claro el reto no es menos difícil de asumir. Más allá de la conquista de un marco legal que institucionalice estructuras de funcionamiento democráticas del sistema político, el problema de la realización de estas normas, es decir, de la construcción efectiva de la democracia groseramente formalizada por la ley permanece entera. De hecho, en numerosos países, y en el Perú en particular, es la construcción de esta democracia que está hoy en el orden del

segundo episodio belaundista y la elección de Alan García, joven dirigente del Apra a la Presidencia de la República en 1985. Fruto del fracaso cada vez más flagrante de los gobiernos (más o menos progresistas, más o menos represivos) tendientes a perpetuar los esquemas de dominación oligárquica y del auge de la organización y movilización popular que alcanza sus más altos niveles de radicalización y generalización en 1977-1978, la democracia, por cierto, avanzó en el Perú. Primero formal y restringida, es decir, limitada al proceso electoral, en los dos gobiernos de Belaúnde, es en parte ensanchada a la esfera económica por Alan García e intenta ser democracia participativa en lo que al gobierno de la capital por Alfonso Barrantes e Izquierda Unida se refiere.

Uno de sus rasgos característicos y sin duda también uno de sus principales retos es el estatus que en ella reviste la descentralización y su implementación. Piedra de toque de cualquier propuesta democrática consecuente los municipios —órganos tradicionales de la presencia del Estado en la plano local— experimentaron suertes diversas en el proceso de reconstitución del Estado peruano.

Limitados al papel de instrumentos de implementación de la política del gobierno central, no fueron tradicionalmente más que la correa de transmisión de la dominación que éste resumía. Totalmente ajenos al juego democrático (siendo nombrados por el Estado tanto los alcaldes como los concejos municipales) sus funciones y competencias estaban restringidas a lo mínimo. Sedes de alianzas coyunturales entre los diversos grupos de poder locales y nacionales, aseguraban así la estabilidad de la estructura de Estado.

Las primeras manifestaciones de la crisis del Estado que desembocan en la constitución del gobierno de Belaúnde en 1963 llevan a una parcial revitalización de los órganos municipales. Pero, ésta se limita a la elección de los alcaldes y concejos municipales, volviéndose las municipalidades apenas meros instrumentos de gestión administrativa de las localidades. Demasiado tímida para ser radical y aunque constituye un paso adelante significativo no exento de importantes resultados tangibles en términos de inversiones —particularmente en Lima, donde el alcalde, Luis Bedoya, emprende algunas grandes obras, como la vía expresa— este embrión de redefinición efectiva de la estructura del Estado, al fin y al cabo, no hace más que consolidar lo que algunos autores han llamado el "aparato hegemónico local"⁵ en su conjunto, en detrimento de la conformación de un real "poder local". En otros términos, significa la consolidación de



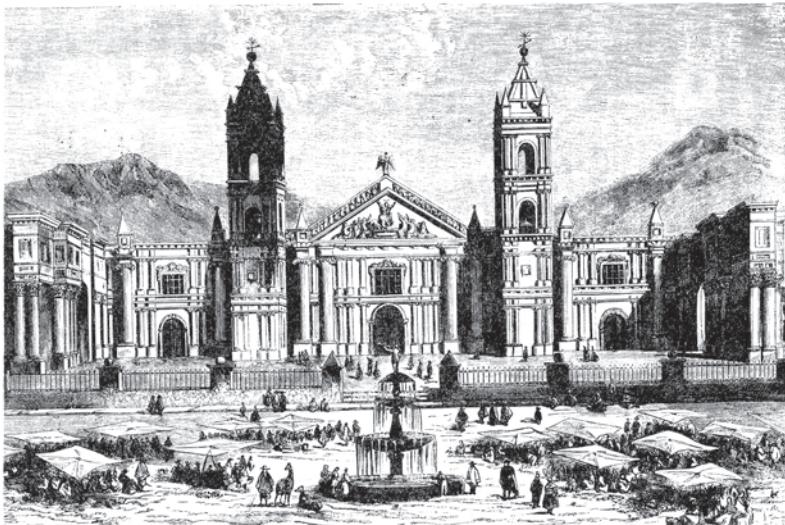
64

día. Construcción que es también conquista, lucha de intereses contradictorios, invención conflictiva y partidaria.

La reconstitución del Estado peruano y el estatus de los gobiernos locales

El Perú moderno no es ajeno al proceso esbozado a grandes rasgos en las líneas anteriores. Más aún, casi se podría considerar como un arquetipo en este sentido: de la dictadura de Manuel Odría (1948-1956) a la de Juan Velasco y luego de Francisco Morales Bermúdez (1968-1980), pasando por el último sobresalto de la derecha oligárquica tradicional personificada por el gobierno de Manuel Prado (1956-1962), el episodio democrático populista del primer gobierno de Fernando Belaúnde (1963-1968) y luego el retorno a la democracia de los años 80, el

5. Jean Lojkine, "Politique urbaine et pouvoir local", *Revue Francaise de Sociologie*, XXI-4, Oct.-Dic. 1984, págs. 633-651.



65

un eslabón más fino de integración en las estructuras económicas y sociales dominantes representadas por el Estado central, en detrimento de la conformación de órganos descentralizados teniendo un poder efectivo de decisión en el manejo de los asuntos nacionales.

Por cierto, las municipalidades están sacadas del olvido y adquieren entonces un estatus diferente en las estructuras del aparato de gobierno. Pero en el Chile del Gral. Pinochet también, la descentralización ha sido una dimensión clave de la política reciente de la dictadura. Por ahí, no pretendemos entender en los mismos términos, superficialmente, las dos experiencias. Pero participan sin duda, a fin de cuentas, de una misma concepción objetiva de la descentralización en la cual los municipios no son sino sencillos aparatos administrativos de gestión de las condiciones de posibilidad, y en el mejor de los casos de los principales medios de la reproducción social (de los registros civiles, recolección de basura, etc. ...al transporte, educación, salud, etc.). Optica en la cual toda perspectiva de ensanchamiento real y efectivo de una auténtica democracia está ausente.

En este sentido, las nuevas formas de participación altamente centralizadas, instauradas por la dictadura del Gral. Velasco, lejos de significar una ruptura radical con esta concepción del papel protagónico del Estado en la integración social, son en gran medida un medio diferente y quizás más eficiente todavía de llegar a los mismos fines.

La Constitución de 1979 vuelve a poner la descentralización en el orden del día. Por tercera vez desde principios de este siglo, en 1980, se convoca a las urnas a los electores para elegir alcaldes y concejos municipales. Acción Popular obtiene cerca del 36% de los votos emitidos a escala nacional y confirma así su éxito en las elecciones presidenciales del mismo año. Dos

años antes, en 1978, el gobierno militar por otra parte había vuelto a definir el marco legal del accionar municipal, derogando la vetusta Ley Orgánica de Municipalidades que data de 1892.

Pero esta nueva coyuntura no trae ninguna sangre nueva a la estructura municipal. La democracia tiene el mérito de existir formalmente, pero no puede trascender los límites del marco de la representación⁶. Una vez más los municipios permanecen apéndices del gobierno central encargados, sin demasiados recursos, de administrar, mal que bien, la vida cotidiana de las comunidades locales. Sin ninguna capacidad de inversión propia; totalmente dependiente de las transferencias del Tesoro Público hasta para sufragar sus gastos corrientes, se vuelven, pues, entes burocráticos. En el momento en que la crisis económica se generaliza y se profundiza, la mayoría de ellos, ni siquiera pudiendo cumplir con el papel mínimo de gestión que se les había asignado, se encuentra en la total incapacidad de enfrentar el creciente aumento de los problemas y los déficit generados y exacerbados por esta crisis.

Si bien algunos municipios conquistados por Izquierda Unida empiezan entonces a experimentar nuevas formas de gestión participativa (asambleas populares, cabildos abiertos, comisiones mixtas, etc.)⁷, varios factores, entre los cuales la precariedad de los recursos económicos disponibles, el carácter limitativo de las normas legales y sin duda también y sobre todo, el hecho de considerarlas como concesiones hechas a la población más que como un derecho de ésta, hacen aparecer estos intentos como experiencias ricas de expectativas, pero en gran medida marginales y todavía superficiales, es decir, sin real arraigo estructural.

Estas pocas experiencias embrionarias abren, sin embargo, nuevos caminos a una forma alternativa de ejercicio de la democracia local. Frente al fracaso combinado de la política económica neoliberal del Estado y del insuficiente esfuerzo de descentralización, la sociedad civil, articulada alrededor de organizaciones de base cada vez mejor estructuradas por la necesidad vital de encarar los efectos cotidianos de una crisis que se

6. Es preciso reconocer, sin embargo, que el sencillo hecho de que los concejos municipales sean elegidos de manera democrática, contribuye a despertar, a partir de este momento y de modo general, un interés por los asuntos locales.

7. ... particularmente en los 5 distritos populares de Lima donde la izquierda obtiene la mayoría en 1980. Cfr. Luis CHIRINOS, "Gobierno Local y participación vecinal: el caso de Lima Metropolitana", ponencia presentada al Seminario Internacional *Poder Local, Participación Pública y Administración Urbana en Ciudades Intermedias y Pequeñas en el Área Andina*, CLACSO-CIUDAD, Quito, enero de 1985.

difunde en todas las esferas de la vida económica y social, pronto reivindica su toma en cuenta como verdadero actor político en el marco de una descentralización real, y ya no solamente formal, del poder de Estado.

La presencia y compromiso de la Izquierda Unida en este proceso de organización, movilización y reivindicación de la sociedad civil por acceder al poder de decisión en el manejo de los asuntos locales y nacionales hace de esta agrupación política uno de los principales depositarios de las aspiraciones a la conquista y fortalecimiento democrático de los espacios municipales.



La izquierda peruana se encuentra ante un doble reto: responder a las demandas económicas y sociales de los sectores populares y fortalecer al mismo tiempo el ejercicio de la democracia local.

66

Y así es que en las elecciones municipales de 1983, Acción Popular experimenta un rotundo fracaso en provecho del Apra y de Izquierda Unida que, a nivel nacional, totalizan el 61.9% de los votos emitidos válidos (vs. el 46.7% en 1980). Más aún, el acceso de la Izquierda Unida al poder en la capital donde obtiene además la mayoría de los votos en 22 de los 41 distritos que constituyen la zona metropolitana marca definitivamente la derrota del proyecto político del partido de gobierno, derrota que será confirmada por el éxito del Apra en las elecciones generales de 1985⁸.

La victoria de la izquierda en Lima y el proyecto de gestión municipal

La victoria electoral de la Izquierda en Lima reviste una importancia particular en este contexto. Primeramente, por supuesto, porque se trata de la capital, es decir, el lugar donde se resumen, sin duda de la manera más aguda, los múltiples déficit de infraestructuras y servicios generados por la crisis económica de conjunto.

Luego porque, en esta coyuntura, los sectores populares empobrecidos, tradicionalmente excluidos del manejo de los asuntos políticos, supieron organizarse y movilizarse masivamente, demostrando tanto una innegable eficacia para intentar asegurar la satisfacción de sus condiciones mínimas de reproducción como una real aunque embrionaria madurez política. Por último, porque se trata de gobernar la capital, es decir, en un país con tradición fuertemente centralizadora como es el Perú, un espacio físico, económico y social no sólo cuantitativamente sino cualitativamente diferente de cualquier otra ciudad.

En estas condiciones, la izquierda se encuentra ante un doble reto: responder por una parte a las exigencias inmediatas de servicios de los sectores populares que la llevaron al poder y fortalecer al mismo tiempo el ejercicio de la democracia local. Es decir, pasar del papel de vocero de los más desprovistos —la mayoría— a aquel de su representante orgánico. Y esto, aún más, en la capital, una ciudad siete veces más poblada que la segunda ciudad del país, cuya población creció al ritmo de 3.8% al año a lo largo de la última década, que se desarrolló horizontalmente al copás de las invasiones de tierras, en la cual más de un tercio de los habitantes vive en barriadas y en donde la total ausencia de planificación del uso del suelo hizo que una serie de déficit crónicos de agua, transporte, salud, educación, alcanzaran hoy un umbral crítico.

Este doble reto donde se articulan exigencias de autogobierno y demanda de servicios es lúcidamente asumido en estos términos por el programa de gobierno municipal de Izquierda Unida publicado en septiembre de 1983. En efecto, ahí están planteados explícitamente:

- la exigencia de una articulación diferente entre el municipio y el Estado, es decir, la necesaria consolidación de la autonomía del primero;
- la indispensable democratización del órgano municipal, es decir, la redefinición de su relación con la sociedad civil a través de la implantación de canales de participación directa y permanente de la población organizada a la toma de decisiones y al control de su ejecución;

8. Ives SAINT GEOURS, "Au milieu des périls, le triomphe d'Alan García" *Problèmes d'Amérique Latine*, No. 80, 1986, págs. 29-45.

—el esbozo (todavía embrionario) de una imagen alternativa de la ciudad resumida en el principal lema de la campaña: “Hacer de Lima una ciudad para todos”;

—la constitución de una administración municipal realmente eficiente y eficaz. Proyecto que pasa por la delimitación de hábitos de competencia entre las municipalidades distritales y la Municipalidad Metropolitana, la subordinación del cuerpo administrativo a los representantes políticos elegidos (alcaldes y regidores) y la planificación de las actividades municipales;

—y por último, la implementación de un programa popular de emergencia destinado a satisfacer de manera inmediata algunas de las necesidades más apremiantes de los más pobres: distribución de un millón de vasos de leche diarios a los niños de los barrios populares, apoyo en la difusión de los comedores populares, promoción de unidades básicas de salud, entre otras medidas.

Estos principios normativos fundamentales del modo como la Izquierda entiende su intervención en la escena urbana constituyen el marco de referencia de un conjunto de propuestas y acciones concretas alternativas apuntando a:

- emprender una planificación del uso del suelo;

- garantizar el servicio de agua potable y alcantarillado a todos los sectores de la ciudad;

- reorganizar y racionalizar el sistema de transporte urbano;

- proceder a limpiar Lima, es decir, asegurar de manera racional y eficaz la recolección y tratamiento de la basura;

- agilizar y generalizar el proceso de reconocimiento del derecho de propiedad de los moradores en barriadas;

- mejorar, hasta donde se pueda en la medida de los escasos medios institucionales del municipio, la red de abastecimiento y comercialización de los productos alimenticios;

- normalizar la situación social de los vendedores ambulantes, reconocerle un estatuto legal e intentar disminuir los efectos negativos de su proliferación en el espacio urbano;

- ampliar la labor cultural de la municipalidad;

- defender y consolidar la autonomía financiera de la administración y reestructurar la distribución del gasto (desarrollar las inversiones y destinarlas en prioridad a los sectores llamados marginales).

Sin duda más reformista que verdaderamente revolucionario (tanto en el plano político general como en el plano de la definición de una imagen radicalmente distinta de lo que debería ser la ciudad) este programa responde, sin embargo, a las exigencias del momento. La Izquierda Unida aparece ahí como el líder de un movimiento respetuoso de la Constitución apuntando a fortale-



67

cer la estructura municipal como pilar fundamental de la ampliación y consolidación del proyecto democrático. Así, no es ni cuestión explícita de socialismo aunque el socialismo pueda también ser entendido como radicalización de la democracia⁹ (sin duda un reto implícito en este caso), ni cuestión de repensar la ciudad en otros términos que aquellos tradicionales (¿qué sería una propuesta en este sentido? Poco por no decir nada nunca fue dicho ni menos hecho). El proyecto se articula alrededor de algunos ejes vertebrales y es a la luz de los principios enunciados que conviene hoy evaluar el éxito o fracaso de las acciones realizadas:

1. ¿Cómo se da la relación Estado-Gobierno Local? ¿En qué medida y hasta qué punto la institución municipal se volvió independiente del Gobierno Central? ¿En qué campos de intervención pudo ésta consolidar su autonomía de acción? ¿Se puede ya hablar de la constitución de un poder local efectivo, independiente y autónomo, en el sentido pleno de la palabra?

2. ¿Se cumplió con la atención preferente a los barrios populares? ¿Bajó qué formas se concretó y cuáles son sus resultados? ¿Se desarrolló de manera significativa el acceso de estos barrios a los bienes y servicios públicos?

3. ¿Cuál es el tipo de participación popular en la formulación, ejecución, control y fiscalización de las decisiones? ¿Cómo lo que era un proyecto de democracia directa se tradujo en un sistema de instituciones? y, de ahí, ¿cómo se articulan, en una escala mayor, autonomía y planificación?

4. ¿Se logró, por último, la eficiencia y eficacia de la administración municipal? Más allá del proyecto político, ¿se distingue la izquierda por su gestión, propiamente dicha?

9. Agnes HELLER, “El socialismo como radicalización de la democracia”, *Socialismo y participación*, No. 20, Lima, diciembre 1982, págs. 105-112.

Equipo Urbano CIDAP (Lima)
Las elecciones recientes en Lima

Introducción

1. Las recientes elecciones

Las elecciones municipales del 9 de noviembre de 1986 tuvieron resultados no previstos unánimemente por las encuestas de opinión pre electoral. En Lima, el Partido Popular Cristiano, representante de la derecha peruana, obtuvo alrededor del 26% de los votos, mientras que el Apra aparece aventajando a IU por un margen del 2% (34% y 32%, respectivamente). Los cómputos no han terminado a un mes de realizadas las elecciones. En el caso de Lima, las dificultades motivaron que IU y el PPC hayan presentado recursos de anulación de las elecciones, aduciendo múltiples vicios tanto en el proceso de voto como en el de cómputo. Además de ello, la opinión pública se sintió impactada por la importante intervención oficialista en el proceso electoral. Los recursos de nulidad no son frecuentes en los procesos electorales peruanos, pero sí la intervención oficialista apoyando a sus candidatos, la que en este caso ha tenido más amplitud que lo habitual. No obstante, entonces, que no se tienen resultados definitivos sobre las elecciones de Lima, es posible hacer una reflexión sobre el proceso electoral y la ciudad de Lima, supuesto objeto sobre cuyo gobierno se efectuaron las elecciones.

A nivel nacional, hay una clara victoria del Apra en las elecciones municipales, aunque ella desciende respecto de la elección presidencial del año 1985. La izquierda aumenta su caudal electoral, pero no obtiene más alcaldes en las ciudades importantes, sino que disminuye en el número de alcaldes provinciales electos. El PPC tiene un escaso aumento en su caudal, atribuible al hecho que AP (partido del expresidente Belaúnde) no presentó listas de candidatos para las elecciones municipales. En el caso de Lima, el hecho más saltante es el trasvase de municipalidades distritales de IU hacia el Apra. De 41 distritos de la metrópoli, alrededor de 8 distritos que en 1983 votaron por la izquierda ahora han elegido candidatos oficialistas. Además, por cierto, está la ajustada victoria extraoficial del

candidato Del Castillo (considerado un hombre con poco carisma y un candidato "menor" de su partido) frente a Alfonso Barrantes, líder izquierdista que daba por segura su reelección. Como queda anotado, aún no hay un ganador oficial del proceso electoral en Lima, así como hay un serio cuestionamiento de su validez.

La poca correspondencia existente en más de un caso entre la gestión realizada por los alcaldes salientes y los partidos entrantes nos lleva a indicar que un factor que ha tenido importante peso en la voluntad expresada en las urnas ha sido la visión política de los votantes sobre el proceso nacional. En efecto, tenemos que los barrios de altos ingresos han sido el baluarte del PPC y que el Apra ha sabido capitalizar la popular figura de su presidente para lograr victorias municipales. Por cierto que el carácter vecinal de la elección, siempre disminuye en el caso de la que se efectúa para el alcalde de la ciudad capital. Nos parece, sin embargo, que ahora lo hizo aún más, quedando como importante el peso de los partidos políticos y su juego de intereses y poder.

2. Elecciones, municipio y ciudad

Las elecciones para el alcalde de la ciudad capital revisten usualmente un carácter político especial. No en vano se trata de elegir a quien en casos es considerado el segundo personaje político del país, en nuestro medio, y a quien dirigirá los destinos de una ciudad que, vale recordarlo, concentra cerca del tercio de la población nacional y más del 50% del PIB que se genera en el Perú.

La principal lección que extraemos del análisis del proceso electoral tiene que ver con la escasa presencia de la problemática de la ciudad en la discusión electoral. En efecto, los temas referidos a la problemática de la ciudad, la jerarquía de sus problemas, el modo como los diversos actores deben relacionarse entre sí, y asuntos similares no han sido tocados, sino de modo superficial durante la campaña electoral. No puede afirmarse, en este sentido, que se haya producido un juicio acerca de la gestión que termina con el año, ni que se hayan efectuado

propuestas diferentes a las prácticas que actualmente están en vigencia. Durante el proceso electoral se discutió acerca de la iniciativa del gobierno central de dotar a la ciudad de un sistema de transporte rápido masivo, cuyas obras se iniciaron antes del día del acto electoral. Ello, que podría aparecer contradictorio con el aserto anterior, no hace sino corroborar el hecho que una decisión tan importante en sus efectos sobre la ciudad y sobre la economía del país fue tomada y analizada en el proceso de discusión electoral, lo cual obviamente atenta contra una solución adecuada al problema.

Nos parece que hubiera sido posible una mejor síntesis entre las necesidades puramente políticas y una visión política de la ciudad y sus problemas. Ello nos dice de cómo se entiende el proceso de desarrollo de la institución municipal por parte de la "clase política" en formación en el Perú.

En tanto que el país vive un proceso de desarrollo de la institución municipal iniciado recién en 1980, también resulta importante remarcar la importancia de la interferencia del gobierno central en el proceso electoral municipal de Lima. En efecto, la decisión acerca del transporte rápido masivo para la ciudad, aunque posteriormente se coordinó con el gobierno municipal, partió de una iniciativa inconsulta e inesperada del gobierno central, lo cual resulta siendo un importante indicador del poco peso que aún tiene el fuero municipal en la ciudad. El partido del gobierno, además, escogió como estrategia política, más que una propuesta para la ciudad, aquella del apoyo político al régimen. Al examinar las propuestas sobre la ciudad, hemos

dicho que se encuentra pocos temas de discusión. Uno de ellos fue, no obstante, el de los fueros municipales, sobre los cuales hay una iniciativa del gobierno que induce a una respuesta sobre el tema: más que proponerse la necesidad de fortalecer las instancias de gobierno local mediante el pase de las empresas de servicios al control municipal, se propuso a los actuales gerentes de las mismas como candidatos a regidores municipales; en el caso que —al ser electos— los regidores mantengan sus puestos en las empresas de servicios, el contacto que entre éstas y el Concejo Municipal estará de todos modos basado en los individuos y no en la vinculación estructural entre instituciones.

De este modo, el gobierno local sigue supeditado en las importantes decisiones a quien controla el gobierno central en un momento dado.

Como resultado del proceso electoral, poco es lo que se puede avanzar acerca de la posible actividad en la ciudad de los candidatos electos, excepto de quien se presenta a la reelección, debido a que en algún modo éste continuaría con la gestión efectuada. De hecho, IU fue la única fuerza política importante que presentó un programa estructurado de acciones para la ciudad durante la campaña electoral; no obstante, dicho programa fue resaltado muy pocas veces por su candidato en el debate electoral. Todo ello nos lleva a la comprobación que la ciudad ha estado ausente del proceso de discusión electoral, produciéndose una importante brecha entre gestión municipal y política que revela la precariedad no sólo del gobierno de la ciudad, sino también de las actividades efectuadas por la gestión que culmina luego de tres años. ●



educación y cultura

Revista Trimestral del Centro de Estudios e Investigaciones Docentes (CEID) de la Federación Colombiana de Educadores (FE-CODE).

De venta en las principales librerías de su ciudad y en la sede de los sindicatos regionales de Fecode.

Suscripciones: Un año (4 números) \$ 700
Dos años (8 números) 1.400

Enviar giro postal o cheque de Gerencia a nombre de Fecode a la Carrera 13 A No. 34-36 Bogotá. Teléfonos 2851492 2851427.

Cuatro escritos de Juan Rulfo

Los cuatro escritos del mexicano Juan Rulfo, fueron publicados como inéditos por el suplemento CULTURAS del periódico Diario 16 de Madrid, con motivo del primer aniversario de la muerte de Rulfo, celebrado el pasado 7 de enero del presente año. Quisimos sumarnos al homenaje y al rescate de la obra de quien fuera una de las cumbres de la Literatura Latinoamericana, reproduciéndolos para los lectores de la Revista FORO y el público colombiano, donde se publican por primera vez. El Editor.

Juan Rulfo vino al mundo el 16 de mayo de 1918 y lo dejó el 7 de enero de 1986. El próximo miércoles, pues, se cumple el primer aniversario de su muerte. Y, a la tristeza invariable por su desaparición física, se junta ahora el alborozo por poder publicar unos estremecedores textos inéditos de alguien tan esencial a nuestra lengua y que había hecho del silencio activo una muralla infranqueable.

Con un libro de cuentos (*El llano en llamas*, 1953), una breve novela (*Pedro Páramo*, 1955) y la recopilación de sus trabajos cinematográficos (*El gallo de oro*, 1980), Rulfo ya había cumplido con creces ante las exigencias de esa fatalidad que hizo de él un escritor de genio: es decir, del todo inusual, absolutamente preciso y con un sentido enfermizo o apasionado del límite.

A lo largo de años y años, muchos de sus lectores le asediaron con la ciega pregunta: «¿Por qué no escribe ya?». El llegó a responder: «Porque el escritor no es una fábrica». Había algo más: su amor por la justicia, el apego casi moral a lo inexistente, el rechazo de cualquier desconsuelo que aspirase a dejar de serlo a través de presencias vanas.

Y es que hay ciertas infancias que son denso resumen de todas las posibles variaciones que componen la vi-



68

da. Y la de Rulfo fue una de ellas, engendradora de esa mirada original —no intercambiable— por la que vela siempre el desengaño. Natural de Acapulco (Sayula), en el Estado mexicano de Jalisco, se asienta pronto en la localidad cercana de San Gabriel, pasa algunos años en un orfanato de Guadalajara y no se traslada a la ciudad de México hasta 1933. Llega al centro con todos los

fragmentos de una violencia sin orillas: ha vivido de cerca la revolución de los cristeros (1926-1928), el asesinato de su abuelo y de su padre, la muerte de su madre... Y acabará pensando que la gente de aquella comarca: «Es hermética. Tal vez por desconfianza no sólo con el que va, con el que llega, sino entre ellos». Entre ellos van a irse perfilando los personajes de Comala, escurridizos

y amenazantes, desamparados, a veces socarrones, rotundos de contenido y enigmáticos en su forma de expresar lo inexpresable. La escritura de Rulfo, hondamente ejemplar en nuestras letras, se amolda a ese destino.

Rulfo respira por la adecuación grave a todas las llamadas, misteriosas por personales, de un sufrimiento en tropel. ¿Se rompe aquí una imagen cimental? No hay cuidado. Los inéditos que hoy publicamos en CULTURAS afilan esa imagen intensa, la renuevan en su terquedad poética, fijan su dirección atinada. «Después de la muerte» y «Mi padre» son dos secuencias perturbadoras, que merecen un sitio de excepción en el conjunto de la exigente obra rulfiiana. Pero acaso la sorpresa mayor resida en las dos cartas de amor a Clara —luego su esposa—, donde el escritor (que llevaba varios años luchando con una novela y que acababa de publicar varios cuentos sueltos) se deja llevar por la inocencia incorruptible para decir lo elemental con el vigor rotundo de la ternura. Este Rulfo íntimo en nada desentonía del mítico autor de *Pedro Páramo*.

A estas dos vertientes inseparables de su quehacer —la humana y la literaria— rendimos hoy homenaje de bienquerencia y admiración plenas.

Después de la muerte

Yo morí hace poco. Morí ayer. Quiere decir hace diez años para ustedes. Para mí, unas cuantas horas. La muerte es inalterable en el espacio y en el tiempo. Es sólo la muerte, sin contradicción ninguna, sin contraposición con la nada ni con el algo.

Es un lugar donde no existe la vida. Todo lo que nace de mí, es la transformación de mí mismo. Los gusanos que han roído mi carne, que han taladrado mis huesos, que caminan por los huecos de mis ojos y las oquedades de mi boca y mastican los filetes mis dientes, se han muerto y han creado otros gusanos dentro de su cuerpo, han comido mi carne convertida en hediondez y la hediondez se ha transformado hasta la eternidad en pirruñas de vida, en el desmorecimiento de la vida. Pero la muerte no ha avanzado. Estoy aquí, sitiado por la tierra, en el mismo lugar donde me enterraron para siempre.

No tengo sentimientos. Sólo recuerdos. Malos recuerdos. Lo poco que había de bueno en mí, se fue al cielo con mi alma, en la última lágrima de mis ojos.

Quiero darles un consejo. Cuando vayan a morir, lloren. Traten de cualquier modo de forzar el llanto, aunque sea una gota. Ese es el camino del alma. Hagan por echar fuera su alma del cuerpo, porque si no sufrirán en todo el más duro e insopportable dolor que le es dado al hombre.

Conocí hace poco a un muerto que aprisionó su alma. Me contó que lo habían enterrado vivo, a medio morir. Tuvo que venir a agonizar dentro de su sepultura, trasegado por el odio, enfurecido, retorciéndose en la desesperación, sintiendo cómo se le saltaba la sangre por los ojos, enceguecido de sangre y de terror. Se quedó con su alma, en la oscuridad de la muerte.



—Creí estar en el infierno, —me dijo él—. Entré en agonía como si entrara en el infierno, al fuego intenso y eterno de que nos hablan en la tierra. Cada insignificante poro de mi carne, ardía en su propia lumbre. Se convirtieron en cenizas mis huesos y yo seguía agonizando, consciente de la vida corporal, entendiendo mi proceso destructivo; pero viviendo aún como vive un ser humano. Una fuerza interna me dolía, se afianzaba y golpeaba contra las paredes ya deshechas, y caí exhausto, exánime, como si al fin hubiera encontrado el descanso. Pero el descanso del alma está en el infierno o en el cielo, pero no en el cuerpo humano. Eso que para los humanos es el purgatorio, es sólo la prisión del alma por el cuerpo. Hasta que al fin el agua de mis ojos se hizo llanto. Me hizo llorar el dolor, o tal vez ya ni me di cuenta del dolor, quizás por ser tan intensa mi agonía. Sólo sé que descansé. Ya no tengo esa alma que me hizo sufrir. Ya estoy en paz.

Eso me dijo aquel hombre.

Y otra cosa. No hagan llorar a los demás. Es una condena que perdura y pesa sobre los mismos muertos. En los vivos desaparece; pero en los muertos sigue permaneciendo, porque la muerte es permanente. ●

Mi padre

Mi padre fue un hombre bueno.

Vivió en esa época en que todo era malo. En que no se podían hacer planes para el mañana, pues el mañana era incierto y el hoy no terminaba todavía. Los tiempos eran malos: no se veía el cielo ni la tierra; ni si había sol o si el viento venía del norte o del sur. Todo era malo para el mundo. Pero mi madre era buena y creía en la vida.

Lo mataron un amanecer, pero él no se dio cuenta cuando murió ni por qué murió. Lo mataron y para él se acabó la vida. Siguió existiendo para los demás y poco a poco se fue tranquilizando el mundo, renovándose hasta que el agua de la lluvia era visible, distraía a los hombres y les devolvía la conciencia de la esperanza. Mi padre murió un amanecer oscuro, sin esplendor ninguno, entre tinieblas. Lo amortajaron como si hubiera sido cualquier hombre y lo enterraron bajo la tierra como se hace con todos los hombres. Nos dijeron: —Su padre ha muerto, en esa hora del despertar, cuando no dueñan las cosas; cuando nacen los niños, cuando matan a los condenados a muerte. En esa hora del sueño, cuando uno está a mitad del sueño dentro de los sueños inútiles, pero llevaderos, fatales, pero necesarios.

—Su padre ha muerto.

Yo soñaba que tenía un venado en mis brazos. Un venado dormido, pequeño como un pájaro sin alas; tibio como un corazón quieto y palpitante, pero



70

adormecido. —Se le acabó la vida. Esa hora del amanecer tan sombría, tan sin color, sin ningún color. En que todo está tan lejano.

Y tuve que llorar, y tener que oprimir el corazón para que suelte su jugo. Forzarlo hasta el llanto. A un corazón que sueña casi dormido, para golpearlo con el martillo de la pena y hacerle sentir su dolor. Hice eso, sólo por llorar. Por no gemir en silencio.

«El venado ha muerto. Es sólo un animal muerto entre tus brazos».

Déjenme seguir mi sueño. Todo lo demás es mentira. Nadie puede morir mientras uno duerme.

—Ya son las tres de la mañana y hemos traído a tu padre. Lo han asesinado anoche.

Anoche. ¿Cuál noche? Mi vida no tiene una noche. No es oscura. La vida siempre vive de día. ¿Qué dices?

—Que son las tres de la mañana. Levántate. Tu padre está aquí, tendido. Lo han matado anoche.

—¿Quién? ¿Hablas de mi padre? El no puede morir. Nadie le puede hacer nada. La justicia mataría la tierra. Secaría las manos y haría inútil ya la vida para el hombre. El nos ha dado vida y si sentimos que hay vida es por él, y si sentimos que hay vida es por él. No puede morir.

—Lo han matado.

—¿Cuándo? ¿A qué hora?

Yo no sentí nada, y el mundo lo hubiera sentido.

—Anoche. Levántate. Ven a verlo.

—Es mentira.

—Lo enterrarán hoy en la tarde.

—No enterrarán a nadie. Mi padre no puede ser un muerto. Morirá después que nosotros. Su vida no está hecha de miseria como la nuestra, ni de despojos cual la nuestra...

—¿No vas a verlo? Levántate y ven a verlo antes de que lleguen los que lo han querido o conocido.

—Mi padre no ha muerto. Tú me odias. Has venido a despertarme porque me odias. Déjame acabar mi sueño.

—Como tú quieras, pero después del mediodía lo enterrarán.

—Apaga la luz. Apaga esa luz y vete. ¿Por qué ríes si dices que mi padre ha muerto? Vete. Tengo aquí a un venadito dormido. No lo despiertes. Sé quién eres. Sé que sólo el demonio madruga para asustar a los que duermen. No ha muerto, es la pura mentira. Es la mentira pura. ¡Vete! Y mi llanto se hizo agua como la sangre. Y cuando oía allá lejano el llanto de mi madre, mi sangre se hizo como el agua. ●

Dos Cartas a Clara

I

México, D.F. 7º día después del 15
de septiembre de [1946]

Clara:

Corazón. Ya se fueron las nubes. Tú miras para todos lados y no ves nubes. Sólo un cielo azul y una grande, pero muy grande esperanza.

Desde hace muchos años, los hombres han luchado por lo que quieren. Muchos, los que no conocen otra ambición que las cosas materiales, han llegado a odiar la vida porque jamás pensaron en ella ni supieron que el tiempo... Pero para qué te hablo de esto. Yo lo que quiero decirte es que te amo. Tan suave, y con tanta ternura que no me ajusta el tiempo para pensar que contigo la vida es demasiado hermosa.

Aquí a un lado del sagrario hay una estatua que dice: «Extranjero, si amares la virtud, mira y contempla: éste es San Bartolomé de las Casas, padre de los indios». Eso dice esa estatua. Pero yo, desde lo más hondo de mi más pobre y humilde condición, me digo siempre: Clara es la virtud, que ha hecho de mí un hombre más amigo de las cosas humanas, más amigo de la vida.

Más amigo tuyo que ningún amigo tuyo. Y yo te veo así, novieca, algo en quien yo confío, alguien con quien compartiría mis ratos buenos y a quien no le ocultaría mis ratos malos. Tú y yo de la mano como dos buenos amigos; como dos buenos compañeros, unidos para caminar sobre el ancho mundo. Y que no bajen las nubes, que nunca bajan sobre nosotros. Tú, aire de las colinas, las espantarás con esa virtud de que estás llena.

Estamos viviendo el tiempo de las vacas flacas, cuando los pobres son más pobres y a los ricos se les merma la riqueza. Pero nosotros no fuimos los que escogimos el tiempo para vivir. Nacimos por milagro y todo lo que nos sigue dando la vida es milagros. Por eso no dudo, y menos aún ahora, de que los dos juntos seremos más fuertes para aguantar el amor o la alegría o la tristeza o lo que venga. Así seremos tú y yo: Esos dos buenos amigos que se llaman Clara y Juan serán como la piedra contra la corriente de los ríos, muy firmemente aliados contra todo y haremos un mundo. Un mundo nuestro, tuyo y mío, para los dos.

Eso quisiera para ti. Darte cuanto existe. Pero no podemos ser como dioses; no somos más que pobrecitos seres humanos, y tenemos que pedirle a El que mire por nosotros. Que abra sus grandes ojos sobre este par de muchachitos tuyos y que no nos falte nada.

Sin embargo, a veces creo que es pedirle mucho. Yo le pedí tu cariño y me lo dio. ¿Qué más sobre eso pudiera yo pedirle?

Se llama Clara, Señor, le decía yo, mírala, mira cómo es una de las más hermosas de tus criaturas, parece como si fuera una travesura tuya, un juguetito que pusiste sobre la tierra para descansar tus ojos en él, cuando te sintieras cansado de mirar todas las demás cosas. Y yo la quiero. Señor, haz que ella conozca lo mucho que la quiero. Eso le decía yo todavía ayer, todavía ahora y se lo seguiré diciendo siempre.

Me gustó cuando tu mamá nos dijo que éramos un par de miedosos. Me gustó mucho. Me pareció como si eso nos uniera para empezar a pelear contra el miedo. Que en este caso se pudiera llamar temor hacia el mañana. Pero yo no tengo miedo, nada; pura confianza; veo ahora las cosas de un modo tan tranquilo, que casi estoy seguro de que serán fáciles las dificultades. Mi miedo de aquella noche era que nos dijeran que *no*. No era otro.

Quisiera decirte muchas, pero muchas cosas en secreto.

Juan

II

México, D.F., a 14 de julio de 1947

Querida mujercita:

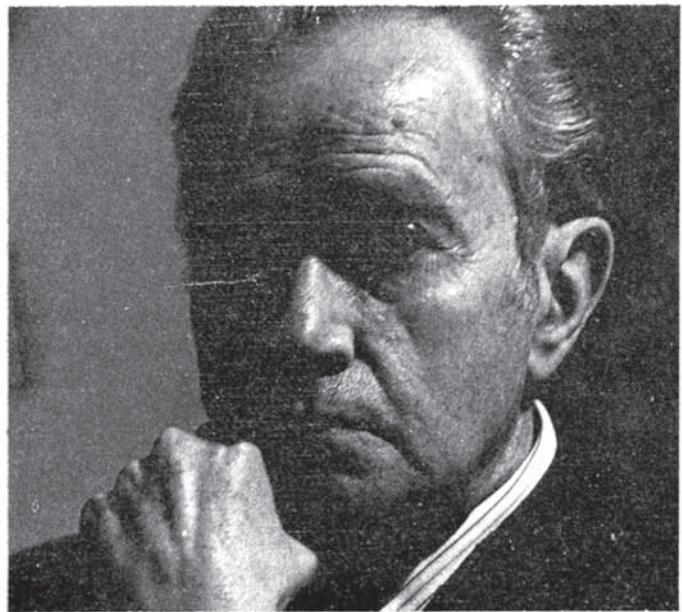
Cada que veo tu nombre en alguna parte, me sucede algo aquí, en el lugar por donde uno tiene la costumbre de pasar la comida, y al que algunos, casi todos, llaman gorguello. El otro día lo vi, por la noche, en un edificio de apartamentos. Se prendía y se apagaba y era de una luz blanca muy fuerte. Clara —pum, se apagaba— Clara —pam, se prendía—. Seguramente el «Santa» está descompuesto, pues el letrero completo debía decir «Santa Clara»; pero sólo relumbraba el Clara... Clara... Clara... Cada vez igual a la respiración de uno. Estando allí, me llené de recuerdos tuyos y me senté un rato sobre un pradito para mirar a gusto aquel nombre tan querido de esa criatura tan aborrevida y fea que es.

Así anda el mundo.

Las cosas de la lotería andan de otro modo.

Yo quería darte la sorpresa de que me había hecho rico y nada. Me quedé mudo ese día al ver cuánta es mi mala suerte para eso de las monís. Y aunque siempre he tenido mala suerte, no creía que fuera tanta. Te voy a ir contando despacio cómo estuve.

Tú ya sabes cómo soy yo de despilfarrador, cómo ando por aquí y por allá comprando cuanto libro o papel encuentro. Y me pasa siempre lo mismo; cada día peor y más



peor para gastar la lana en cosas inútiles. Bueno, pues ahí tienes que de un día para otro me llegó el remordimiento y dije que iba a ahorrar lo más que pudiera. Me puse a hacerlo; primer con muchos trabajos y después un poco mejor. Pasaba por las librerías y cerraba los ojos. (No sé por qué, pero siempre por donde yo ando, camino o vagabundeo, encuentro librerías). En lo que nunca me fijo es en las zapaterías, camiserías o donde quiera que vendan trapos de esos que la gente usa para vestirse.

Ahorré un poquito, no mucho. Y como siempre me sucede, ese dinero me estaba quemando las bolsas. Entonces fui y lo guardé en un Banco que está cerca de la compañía. Allí lo dejé y pensé no acordarme más de él. Veía muchas cosas que quería comprar (libros) pero me hacía disimulado y me aguantaba. Yo les decía a mis ojos que vieran para otro lado que aquello, lo que fuera, estaba más interesante. Sin embargo, por las noches, mi conciencia veía libros y revistas llenas de fotografías y no me dejaba en paz.

Una noche en que estaba piense y piense se me ocurrió que si yo compraba unos diez billetes de lotería, podría atinarle de algún modo. Antes había comprado uno o dos cuando más, pero diez al mismo tiempo era distinto. Fue entonces cuando se me metió lo loco y saqué el dinero y lo cambié por billetes enteros del 1 al 0. Gastar o no gastar, como decía mi tía Lola. Esto fue hace unos doce días.

No me dio coraje saber, al día siguiente saber que no me había sacado nada. No, ni siquiera me dolió haber tirado así tantos aguantes. De un billete me devolvieron lo que me había costado, pero los otros nueve no tuvieron esa suerte. Así estuve. Con todo, me sentí mejor, más tranquilo y sé que con eso me quisieron decir que me pusiera a trabajar con más ganas.

Ese es el cuento. Pero en el fondo hay otra cosa. En el fondo de todo eso hay, yo creo, el querer resolver pronto la situación. Es querer que las cosas se aclaren y no haya dificultad ninguna para sentir que uno puede hacer lo que necesita hacer, sin estar esperanzado a lo que pueda suceder o no el día de mañana.

Sin embargo, a veces, cuando uno se da cuenta de muchas cosas... De la riqueza de los ricos y de la miseria de los pobres, y comienza uno a pensar en que hay algo injusto; con todo, yo he llegado a considerar que en uno está el intentar ser de un modo o de otro. Pero yo jamás (hasta ahora) he deseado querer ser dueño de muchas cosas. Antes, al contrario, un [deseo] oscuro me ha ido retirando cada vez más del interés por el dinero. Aunque quizás se deba a que nunca me ha hecho falta nada. No sé cómo, pero ese Dios tuyo y mío me ha protegido siempre, aunque, al igual que tú, no merecerlo.

Pero ahora me ha llegado esa necesidad de un modo desesperado. No por mí mismo, sino por algo que es más valioso para mí que este cuerpo flaco que yo tengo; algo a quien ama mi alma y por lo cual quisiera quitar todas las piedras de este camino mío tan pedregoso.

A veces, chachinita, se me va formando dentro de mí un sentimiento de derrota. Al ver cuán lejos estoy de lo que quiero y de las fallas de mi voluntad. Pero me acuerdo de ti y eso me ayuda y de un estado de ánimo de lo más negro paso a sentirme demasiado contento al ver que hay alguien mucho mejor que yo que lo merece todo y que tal vez piensa que yo estoy haciendo bien las cosas y, por eso nomás, vuelvo a ver en cualquier parte pura bondad y una sana esperanza.

Prometí que ya no iba a comenzar con mis quejidos, pero tú eres mi única amiga y estoy solo, y no estás más que tú allí al otro lado, enfrente de mi corazón y eres la única gentecita a quien él puede enseñarle sus pecados sin que se avergüen.

Y volviendo a otra cosa, quiero platicarte lo que ya sabías y es que no he encontrado casa todavía. Tal vez algún día de estos baje la cabeza y recurra al tío David para que me rente la que él tiene. Mi tía Rosa, de la que quizás no te he llegado a hablar, me dio ese consejo. Me dijo que si yo quería traer a mi familia (mi familia eres tú solita) debía de ser un poco más práctico y me debía dejar de tantos idealismos. Me dijo también que él tenía mucho dinero y no le haría ningún daño rentarme en la mitad de lo que renta el departamento (si no quería yo aceptar que me lo dejara sin pagarle nada) y que a mí, por el contrario, me beneficiaría mucho.

Eso yo lo sé, pues me he dado cuenta de que aquí, la mayoría de la gente trabaja casi exclusivamente para pagar la renta de las casas donde viven. Así que sería de mucha ayuda conseguir ese endiablado departamento. Y, por tan-

to, no me moveré de aquí, a pesar de las cucarachas, hasta no ir a dar a la casa donde se iría a vivir en definitiva. Además, existe la ventaja de que, de llegar a arreglar eso, casi se podría considerar como si uno viviera en algo propio y no tener que andar cambiando de casa por una o por muchas circunstancias.

Ahora lo que voy a hacer es ir a visitar a don David más seguido, hasta que me diga hijo otra vez, pues cuando estamos medio distanciados él y yo ni siquiera me habla (no sabe hablar). Y cuando lo tengo contento entonces me dice hijo, que es como les dicen todos los tíos a los sobrinos cuando les ven chiquitos. Y la razón por la cual no voy a verlo casi nunca ya la sabes tú y es que no me gusta hacer visitas. Por otra parte, cuantas veces he ido allí, estaba Cantinflas con él y sólo se les va en hablar de toros y de caballos y de motocicletas y de otras muchas cosas que yo no oigo porque me pongo a leer el periódico.

Bueno, voy a estudiar la mejor forma de arreglar este asunto y te avisaré en seguida del resultado.

Oye, chachinita, ¿no crees que este periódico-carta va resultando muy enfadoso?

Y, sin embargo, quisiera platicarte tantas cosas que no acabaría nunca. Quisiera contarte cada sube y baja de mis pensamientos acerca de ti y acerca de todo lo que hago y trato de hacer. Quisiera escribirte largas cartas de cuanto me pasa. Ya sea de cuando estoy triste o de cuando estoy contento. Pero no se puede, necesitaría estar cerca de ti y mirándome en tus ojos para hacerlo. Y de ese modo nunca me haría falta el tiempo.

Me da gusto saber que ahora sí, todos están buenos en tu casa.

En cuanto a la fotografía de este sujeto no la has recibido porque no estoy de acuerdo todavía con ella en que así soy. El retratero tal vez se equivocó y me dio la fotografía de otro tipo. Lo que hay en esto es que no está bien, es decir, que no me gusta para que tenga el honor de estar junto a la tuya. Iré de nuevo a que me retraten y si ya está que vuelvo a salir como monigote de circo entonces, ni modo, te mandaré todas juntas para que tú escojas cuálquieras. La cosa es que retocan mucho las fotos y acaba uno por salir muy distinto de como uno cree que es.

De cualquier modo, esta semana tendrás la fotografía salga como saliere. Espérate un ratito nada más.

Cariñito:

No creo que me quieras más que yo a ti. No puede ser. No, no puede ser, amorosa muchachita. Dulce y tierna y adorada Clara. Yo lloro, sabes, lloro a veces por tu amor. Y beso pedacito a pedazo cada parte de tu cara y nunca acabo de quererte. Nunca acabaré de quererte, mayecita.

Juan, el tuyo

Orlando Fals Borda
Sociólogo, Director de la Fundación
Punta de Lanza, Bogotá.

Aspectos críticos de la cultura colombiana 1886 - 1986

Orlando Fals Borda

En 1930, hace cincuenta y seis años, el profesor Luis López de Mesa publicó en Bogotá su *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, obra que fue un completo inventario cultural nacional, ofrecido en el punzante estilo de aquel inolvidable sociólogo. Este tipo de trabajo de síntesis era raro entonces, y lo sigue siendo, pues en nuestro país no lo han cultivado sino pocas personas, entre ellas Gregorio Hernández de Alba, Jaime Jaramillo Uribe, Gabriel Giraldo Jaramillo y Gabriel Porras Troconis. Por fortuna, tal carencia se ha estado resolviendo durante estos últimos años con trabajos sobre la historia y desempeño de disciplinas específicas.

No intento ahora hacer competencia a esfuerzos tan meritorios y completos, mucho menos en las restrictivas circunstancias de una conferencia. Recordemos, además, que en este mismo seminario será tratado en sendas ponencias, con detenimiento, lo relativo al desarrollo literario, musical y científico colombiano del último siglo. No obstante,uento con la ventaja relativa de haber hecho una intentona similar en 1970, titulada "El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia", publicado en la revista ECO (octubre 1970) que tomó precisamen-



te como punto de partida al libro ya citado del profesor López de Mesa. Me parece conveniente con fines de parsimonia de tiempo y energía de todos, retomar críticamente ante ustedes las tres tesis centrales que propuse entonces para analizar nuestra cultura, y sumar algunos comentarios a los de mis ilustres predecesores. Creo además que así cumple con el requisito de la continuidad en la acumulación científica de conocimientos.

Mis tesis de 1970 se referían, en general, a los efectos del colonialismo intelectual en el desarrollo cultural y científico nacional, incluyendo a las ciencias sociales y naturales y a las artes. Dichas tesis eran como sigue:

1. De dos culturas observables que convienen en Colombia —una elitista y una popular— la elitista tiende a ser extranjerizante, lo cual reduce obviamente las posibilidades de un desarrollo científico y técnico autónomo.

2. La cultura popular, como respuesta a condiciones ecológicas y humanas del trópico, guarda cierta tendencia de creación autónoma que parte de los tiempos precolombinos y que hoy constituye una reserva cultural y técnica de primer orden.

3. Cuando la cultura elitista se nutre de la popular y de la ecología local, se abren venarios muy ricos en originalidad y creatividad científica y técnica.

Voy a re-examinar someramente y revisar estas tesis a la luz de la evolución ocurrida desde 1886 y en especial durante los tres últimos lustros. La presentación se circunscribe sólo a esta tarea de comprobación, y por eso no alcanzaré a mencionar a todos

aquellos eminentes colombianos contemporáneos que sin lugar duda han contribuido a la formación de nuestra cultura. No me basaré en la encyclopédica definición antropológica de Cultura, sino que seleccionaré algunas de sus expresiones científicas y artísticas, excluyendo a médicos, cineastas, actores y poetas cuya producción, a más de ser abundantísima entre nosotros, merece estudio aparte. Tampoco mencionaré a los extranjeros que nos han estudiado. Y como no hay conocimiento libre de valores, en el relato saldrán privilegiadas las ciencias sociales a las cuales pertenezco. Por las omisiones que haga y por los errores que pueda cometer, ofrezco de antemano mis sinceras disculpas.

De la tendencia extranjerizante

La primera tesis expuesta en 1970 enfocó, como acabamos de recordarlo, el problema del colonialismo intelectual entre nosotros y denunció a las clases elitistas no sólo como excesivamente extranjerizantes sino culpables de haber olvidado los esfuerzos creadores de la Expedición Botánica y el sabio Caldas, y la originalidad estimulada en varios campos del saber y del arte por la Comisión Corográfica. Presenté algunas pruebas sobre ese complejo y su efecto negativo sobre el desarrollo científico, técnico y artístico autónomo entre nosotros.

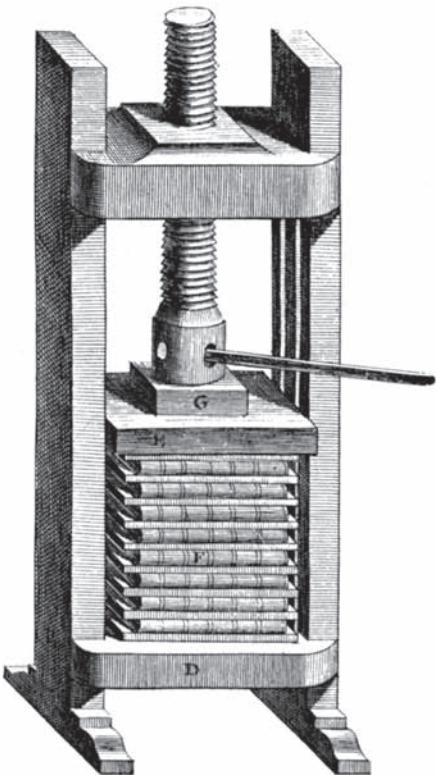
Aunque relativamente clara, tal como se presentó esta tesis dejó de lado un factor importante: el juego dialéctico que existe entre las realidades que se observan e interpretan personalmente y los mensajes diferentes de naturaleza general o "universal" que llegan de otras culturas y otras épocas. Esta revisión temática es necesaria y la haré más adelante. Por el momento, como la tendencia extranjerizante servil o excesiva no ha sido derrotada totalmente, examinémosla otra vez porque el asunto sigue teniendo implicaciones políticas y culturales importantes.

Como se sabe, en la década de 1880 y años siguientes se distinguieron como Spencerianos, y así actuaron en política y economía: Rafael Núñez y

Salvador Camacho Roldán; como filogermánico, el educador Dámaso Zapata con su campaña de Escuelas Normales; como probritánico, Carlos Arturo Torres, el de *Idola Fori*; como afrancesado, el geógrafo J.M. Vergara y Velasco. La recomposición de la nación después de la Guerra de los Mil Días y la secesión de Panamá, quedó en manos, entre otros, de un Comtiano de "orden y progreso": Rafael Reyes, el spenceriano Tomás O. Eastman, el nietzscheano Baldomero Sanín Cano, el pedagogo, protosuizo Agustín Nieto Caballero, y así otras personalidades de la llamada "Generación del Centenario" que suplantó la del Olimpo Radical.

A finales del decenio de 1920, López de Mesa hizo una encuesta entre intelectuales colombianos, con la pregunta: "¿Cuál es el principio filosófico que mayor influencia ejerce en su espíritu?" cuyos resultados son pertinentes. De los veinte entrevistados, sólo uno, el jurista José Ignacio Escobar, dijo que había añorado ante todo ser arriero en Antioquia y adujó sus razones. Los otros se complacieron en citar eruditamente a Renan, Guyau, Haeckel, Bergson y, por supuesto, a Platón y Aristóteles. Ni siquiera les habían conmovido los dramáticos ejemplos de enraizamiento en la cultura campesina de escritores geniales de la época, como Tolstoi y Gorki.

Las posibilidades de un desarrollo científico y técnico autónomo en Colombia se afectaron todavía más en esos años al difundirse desde Europa las doctrinas racistas de Gobineau y las protofascistas de Robert Michels. Ya se habían superado entre nosotros las interpretaciones deterministas de Domingo Sarmiento, "barbarie y civilización" del siglo anterior, que nos habían acoplejado ante Europa. Pero quedaban los prejuicios sobre el trópico y la nulidad temperamental del elemento triétnico que lo habita. Hasta en estas trampas cayó López de Mesa con sus propuestas de que imitáramos a Suiza y Dinamarca, y de que propiciáramos la inmigración de anglosajones "cuya sangre corrija algunos defectos que van resultando de la fusión étnica", según lo escribió. El climax lo ofrecieron las "camisas negras" de Bogotá y Barran-



quilla en la década de 1930, y Laureano Gómez con sus conocidas tesis fatalistas del Teatro Municipal.

Semejante pesimismo ante lo propio debía conducir a una fuerte decadencia no sólo de la ciencia y de la técnica propias, sino también de las instituciones civiles y democráticas. En efecto, la filosofía nacional dejó de pensar por sí misma sobre nuestras realidades. Durante el siglo XIX el movimiento filosófico había sido de Bentham hacia Balmes. Cuando reapareció el kantismo a principios del presente siglo, hubo esperanzas de renovación. Pero el joven filósofo de quien se esperaba mucho en este campo, el baranero Julio Enrique Blanco, después de treinta años de meditación, sólo esbozó unos principios no muy originales de neoidealismo. Su sucesor, el distinguido profesor Cayetano Betancur, con todos sus méritos, no pudo resistir tampoco la tentación extranjerizante y amarró sus análisis comparativos de los pueblos de Antioquia y Bogotá con innecesarias referencias a conceptos filosóficos clásicos y a ideas de Scheler y Simmel.

Por otra parte, las mismas tendencias y actitudes imitativas llevaron al aumento del militarismo exótico en el país. Se había recorrido demasiado trecho desde el mandato del presidente Manuel María Mallarino cuando éste propuso abolir al ejército nacional, por redundante e inconveniente para el desarrollo económico. Ahora, por el contrario, se pedía aumentar el pie de fuerza no sólo para guerrear contra el Perú sino para guardar el orden público interno. Con la creciente influencia de los Estados Unidos desde la última postguerra, luego con el peso de los intereses armamentistas internacionales, se colonizó a nuestros dirigentes políticos y, a través de ellos, a los oficiales de las Fuerzas Armadas, con una doctrina salida de las negativas experiencias de las guerras de Argelia e Indochina, retomada en Washington por el National War College en 1946: la de la seguridad nacional.

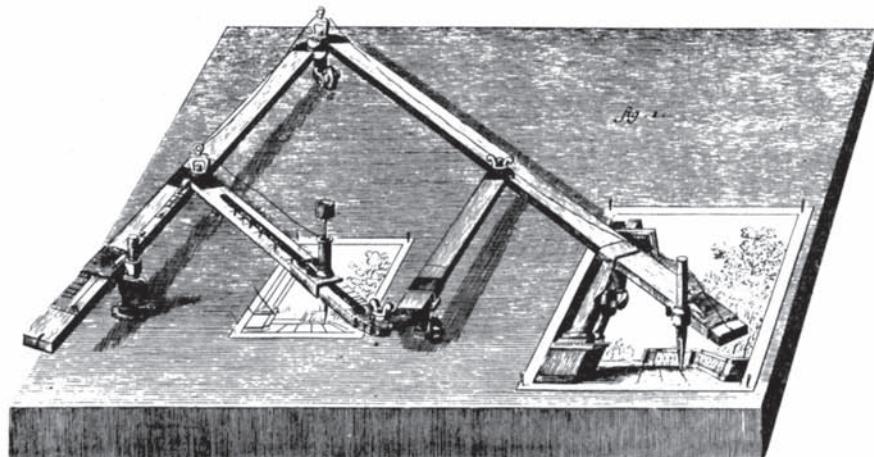
Esta doctrina alienante para nosotros, enseñada en nuestras escuelas y universidades militares hasta hoy junto con manuales traducidos del inglés de la Escuela Interamericana

de Defensa, ha sido una camisa de fuerza intelectual de la que no han podido salir ni los oficiales más inteligentes y patrióticos. Ellos también se han contagiado de colonialismo intelectual y algunos han llegado a coroneles y generales para ejercer mayor influencia. Ya vemos el terrible precio que tenemos todos que pagar por defender el derecho a la vida y al libre pensamiento en nuestros campos y ciudades, amenazados por aquella inaceptable doctrina.

En las izquierdas colombianas simpatizantes de la Revolución Rusa tampoco se produjo al principio ninguna tendencia importante de autonomía intelectual, sino que se cayó en una repetición talmúdica de textos

tria a Hans Kelsen y Cesare Lombroso en facultades de derecho; el trabajo social con el asistencialismo inglés; la extensión agrícola "gringa" en las facultades de agronomía y veterinaria; o la llamada extensión cultural que quiere promover a Bellini o a Moliére con simple afán integrador.

Al acelerarse los contactos entre las naciones en los últimos decenios, Colombia ha visto crecer impetuosas las tendencias extranjerizantes de la penetración cultural. Ellas se han expresado a través de medios masivos de comunicación con contenidos del exterior diseñados para colonizarnos e idiotizarnos, lo cual lleva a modas imitativas como en el baile, el vestido y el lenguaje, y a empresas copietas



marxistas y leninistas, después, maoistas. Ignacio Torres Giraldo y Luis E. Nieto Arteta, las figuras que entre nosotros más se acercaron a Mariátegui, fueron excepciones; aunque sus voces hubieran sido como la de Cristo en el desierto, por lo menos hasta hace poco cuando se corrigieron los dogmas stalinianos.

Muchas universidades e institutos superiores han recibido indiscriminadamente marcos científicos y técnicos de referencia concebidos afuera, como ocurrió con la antropometría en la Escuela Normal Superior y con Paul Rivet; luego con la sociología de los cuatro arúspices: Weber, Parsons, Marx y Durkheim; la econometría en varias universidades; la excesiva idola-

como las que ofrecen, a estudiantes perezosos hacer, por una suma, sus tesis y resúmenes de libros. Además, se ha añadido una dimensión de clase social al problema del colonialismo intelectual y la dependencia tecnológica, porque ha surgido identidad de propósitos de explotación, enriquecimiento y dominación política entre grupos oligárquicos colombianos y de países avanzados, apoyados en la informática y las empresas multinacionales.

De lo particular y lo general

A pesar de estas influencias culturales, económicas y políticas ne-

gativas para nosotros, intensificadas últimamente, se puede argumentar que las tendencias extranjerizantes y su compañero de viaje, el colonialismo intelectual, han venido disminuyendo relativamente a medida que un buen número de compatriotas volvieron la vista al paisaje y a las gentes rústicas, descubrieron con sus vivencias que había allí mucho qué aprender y de qué estar orgullosos ante el mundo, y conformaron grupos de referencia locales para desplazar a los externos o académicos. En esta forma supieron combinar lo especial e interesante en lo autóctono con corrientes amplias de pensamiento originadas en otras partes. Este volcamiento sobre el país ocurrió en dos oleadas observables, separadas por la violencia: una en los años 30 y 40, la otra a partir del decenio de 1960 que se ha sostenido hasta hoy.

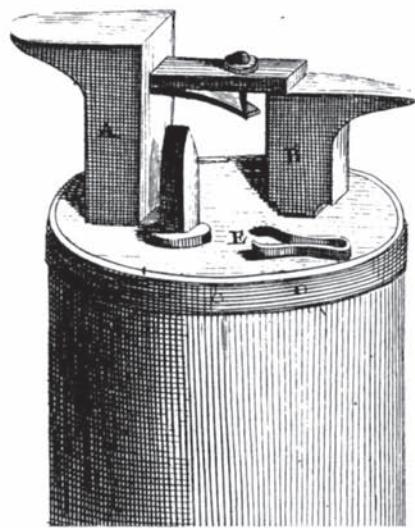
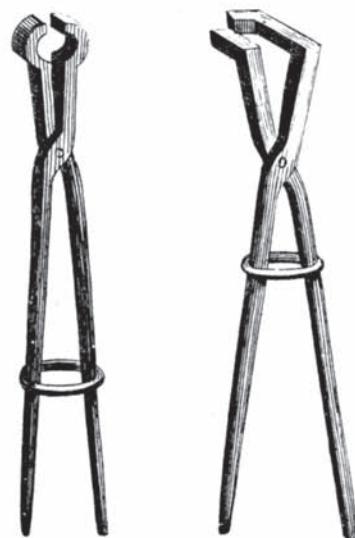
La primera oleada fue el último destello intelectual de los centenaristas antes de desplomarse en la barbarie de la violencia de los dos partidos. Se distinguió por las campañas de Cultura Aldeana y Biblioteca Aldeana auspiciadas por el Ministerio de Educación Nacional, seguidas por los trabajos de geografía económica por departamentos, realizados por la Contraloría General de la República. De esa época se recuerdan en especial los nombres de Jorge Zalamea Borda y Antonio García Nossa. A los estudios producidos por esas comisiones se añadieron las publicaciones de las revistas *Economía colombiana* y *Agricultura tropical*, esta última articulada alrededor de ingenieros agrónomos de visión nacionalista, como Raúl Valera Martínez, Daniel Mesa Bernal, Armando Samper, y los organizadores de institutos de investigación agrícola (café, tabaco, algodón, Tibaitatá). Los trabajos de la Comisión de Seguridad Social Campesina del Ministerio de Trabajo, coordinados por Ernesto Guhl, constituyeron otro hito importante.

Todas estas personas fueron rompiendo prejuicios sobre nuestras gentes del campo, construyendo puentes entre los intelectuales y las bases, y redescubriendo el estratégico valor de las regiones. Algunos médicos, biólogos y naturalistas como Calixto Torres Umaña, Federico Lleras

Acosta, José Francisco Socarrás, Enrique Pérez Arbeláez, Víctor Manuel Patiño, Armando Dugand, Belisario Ruiz Wilches, Enrique Hubbach y Túlio Ospina fueron realizando investigaciones fundamentales sobre enfermedades tropicales, hicieron perder el miedo a "ensuciarse las manos" y salir al terreno. Otros, como Guillermo Hernández Rodríguez, los hermanos Hernández de Alba y Rafael Gómez Picón enseñaron a no tenerle miedo a los archivos históricos provinciales o a adentrarse por ríos y selvas.

Como todo proceso de importancia, éste tuvo sus precursores. Pueden considerarse como tales a los novelistas de costumbres y mores con Tomás Carrasquilla, José M. Vargas Villa, José Eustasio Rivera y, más acá, Eduardo Zalamea Borda y Eduardo Caballero Calderón. Germán Arciniegas cuando joven, Carlos Lozano y Luis E. Nieto Caballero, marcharon por las sendas del descubrimiento de lo propio y el esclarecimiento nacionalista. El mismo López de Mesa "atterrizó" cuando propuso el interesante concepto sobre la "civilización de vertiente" como base de un desarrollo auténtico del país. Alejandro López, el ingeniero antioqueño, aterrizó igualmente al estudiar los problemas agrarios. Armando Solano arañó la superficie con su concepto de "melancolía indígena". Marco Fidel Suárez se acercó en algunos de sus "Sueños". Fernando González hizo interpretaciones críticas de personajes históricos, abogó por la autenticidad y autonomía nacionales, y enfocó las esquivas expresiones de lo cotidiano. Ciertas estirpes familiares de periodistas (Canos, Santos, Samper, Caballero, Gómez, Fernández, Zalamea, Galvis) asumieron con creatividad y activismo populista las experiencias ofrecidas por los procesos sociales y la universidad de la vida, y las compartieron con el público.

La segunda oleada del volcamiento sobre el país se vincula con el papel catalítico que ejercieron las secciones y centros de investigación de la Universidad Nacional y sus series de publicaciones a partir de 1960. Fue un momento de relevo intelectual a manos de la nueva e igualmente trágica



“Generación de la Violencia”. Hubo trabajos sobre Cunday, Subachoque, Saucío, Cereté, la Iglesia, los estudiantes, la violencia, etc., por una parte; sobre la fauna y la flora en el Instituto de Ciencias Naturales; y por otra, grupos de investigación y análisis formativo organizados por profesores preocupados por la situación académica como Estanislao Zuleta y el matemático Carlos Federici, luego con Antanas Mockus y el físico H. F. Hoenigsberg. Pasos similares se dieron a continuación en la Universidad Tecnológica y Pedagógica de Tunja y Bogotá (los hermanos Javier y Fabio Ocampo López y otros), en la Escuela Superior de Administración Pública, el Instituto Caro y Cuervo, en la Universidad de los Andes y en otras instituciones educativas. Ello tuvo repercusiones notables en el actual desarrollo de la arqueología, la lingüística, la antropología, la sociología, la ciencia política, la historia, la economía, la literatura, la arquitectura, el arte pictórico, la música, y la pedagogía. Curiosamente, muy poco en la filosofía. Veámoslo.

La arqueología, después de haberse dejado saquear por Karl Th. Preuss y otros extranjeros en los años 20, bebió de lo local y empezó a defender los hallazgos e interpretarlos con luz propia reconocida en el exterior, con Luis Duque Gómez y los esposos Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff, hoy con sus alumnos Clemencia Plazas, Gonzalo Correal y otros. Restauradores profesionales de artefactos indígenas y pinturas y objetos antiguos ahora buscan, con su trabajo, recrear con respeto la memoria colectiva de los primeros forjadores de cultura. Lingüísticas del habla popular, como Luis Florez, José Joaquín Montes y José E. Cury Lambraño hicieron igualmente interesantes contribuciones.

Los antropólogos de nuevas preocupaciones, como los esposos Roberto y Virginia de Pineda, Juan Friede (Cauca), Víctor Daniel Bonilla (Putumayo), Sergio Elías Ortiz y Milciades Chaves (Nariño), Rogerio Velásquez (Chocó), Graciliano Arcila (Antioquia) y Carlos Angulo V. y Aquiles Escalante (Atlántico) fueron pioneros identificados con sus respectivas regiones. Luego Elías Sevilla

Casas (Tierradentro), Jaime Arocha (Tolima), Nina S. de Friedemann (Palenque) y Alejandro Reyes Posada (Sucre).

Lo expuesto en los dos tomos de *La Violencia en Colombia* (con Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna) y en los trabajos del Centro Jorge Eliécer Gaitán sobre los años de bandolerismo partidista, muestran tristemente la manipulación política y patológica de nuestras gentes del campo y la ciudad. Como otra escuela de observación y como un serio llamado de atención, estos hechos han sido descritos y recogidos, en las fuentes o en los sitios de la acción, por novelistas y tratadistas como Gustavo Alvarez Gardeazábal, Plinio A. Mendoza y Arturo Alape; artistas como Luis Angel Rengifo, quien produjo trece grabados extraordinarios sobre el tema; y dramaturgos como Enrique Buenaventura y los del grupo de La Candelaria, en su obra maestra colectiva: *Guadalupe años sin cuenta*, dirigida por Santiago García. La posterior etapa de lucha guerrillera e ideológica produjo inquietantes reflexiones, como las de Jaime Arenas y Jacobo Arenas por un lado; y las de los generales José J. Matallana y Alvaro Valencia Tovar, por el otro.

El ejemplo del Frente Unido de Camilo Torres Restrepo y la invitación de éste a construir una auténtica ciencia y cultura latinoamericanas, desafiaron a los personeros académicos del *status quo* y dieron herramientas intelectuales para buscar el cambio social por nuevas vertientes participativas y pluralistas populares. Ello ocurrió en diferentes modalidades, según el desarrollo problemático del país y las inclinaciones de los investigadores. Así se observa una gran proliferación de campos especiales y tratamientos independientes de incidencia regional y nacional.

Ilustraciones de estas tareas que reconcilian el adiestramiento técnico o formal con las preocupaciones de vincularlo a las realidades y necesidades del pueblo, son las de Gonzalo Sánchez (Tolima), María Cristina Salazar (Boyacá), Alvaro Camacho Guizado, María Teresa Findji y José María Rojas (Valle y Cauca), y Francisco Correa Gregory (Territorios

Nacionales). Hay valiosos estudios por sectores, como los de Eduardo Umaña Luna, Gustavo Gallón y Carlos H. Urán (derecho social y militarismo), Alfredo Gómez Muller (anarcosindicalismo), Norha Rey de Marulanda, Elsy Bonilla, Magdalena León y Ana Rico de Alonso (mujeres), Gonzalo Cataño, Gabriel Restrepo y Rodrigo Parra Sandoval (educación y disciplinas sociales), Alvaro López Toro, Ramiro Cardona y Myriam Ordóñez (demografía), Jaime Eduardo Jaramillo y Alberto Mendoza (campesinado), Ernesto Guhl (geografía), Fernando Uricoechea y Gilma Mosquera (modernización y la ciudad), Luis A. Alfonso y Fernán González (Iglesia), Edgar Caicedo y María Teresa Herrán (sindicatos), Alvaro Villar Gaviria y José Gutiérrez (psicología social), Carlos Escalante (sociomedicina) y los del multifacético Abel Avila Guzmán, estudios sectoriales que muestran los mismos intereses.

Asimismo surge un grupo comprometido de politólogos analíticos, críticos de la realidad nacional, con Francisco Leal Buitrago, Fernando Cepeda, Mario Latorre, Alberto Zalamea, Oscar Delgado, Eduardo Pizarro, Pedro Santana y otros, quienes recibieron con actitud independiente y cuestionadora la herencia ensayista de pensadores del bipartidismo, como Alberto Lleras Camargo, Otto Morales Benítez, Alfonso López Michelsen, Fernando Guillén Martínez, Belisario Betancur, Mario Laserna, Roberto Urdaneta Arbeláez, Alvaro Gómez Hurtado y Alfredo Vázquez Carrizosa. A una vertiente más crítica pertenecen Gerardo Molina, Diego Montaña Cuéllar, Darío Mesa y Francisco Posada.

Los impulsadores de la Nueva Historia han reorientado los estudios sobre eventos y figuras nacionales para llegar a entender igualmente el contexto social en el que aparecieron: Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Marco Palacios, Medófilo Medina, Hermes Tovar, Alvaro Tirado Mejía, Mariano Arango, Mauricio Archila, David Ernesto Peña y otros, quienes construyeron sobre el legado de distinguidos historiadores académicos como Luis Ospina Vásquez, Eduardo Lemaitre, Donaldo

Bossa Herazo, Indalecio Liévano, Eduardo Santa y Jaime Jaramillo Uribe.

Un contingente muy creador de economistas profesionales ofreció análisis competentes de problemas nacionales y regionales: Salomón Kalmanovitz, Jesús Antonio Bejarano, Miguel Urrutia, Mario Arrubla, Bernardo García, Absalón Machado, Jorge Child, Gabriel Misas, Darío Fajardo, José Antonio Ocampo y otros miembros de **Fedesarrollo** y del **Cede** de la Universidad de los Andes. Estos colegas trabajaron con estudios pioneros de Antonio García Nossa, Jorge Villegas, Carlos Lleras Restrepo, Hernán Echavarría, Lauchlin Currie, Enrique Caballero, Jorge Méndez, Antonio J. Posada, José Consuegra y muchos otros de similares méritos.

La literatura ha venido experimentando terremotos en su orientación y técnicas desde cuando sus actores —ya no tan elitistas como los anteriores— se fueron alejando de las descripciones nostálgicas del ambiente, al estilo de Manuel Mejía Vallejo, para acercarse a las interpretaciones sociohistóricas, indicativas de una general cultura, como las diabólicas y tigrescas de Pedro Gómez Valderrama. Se fue creando así otro enfoque y otra visión sobre la vida colombiana, con los que surgió el actual dinámico lenguaje narrativo cuya apoteosis es Gabriel García Márquez, muestra y producto universal de esa simbiosis creadora con la cultura popular costeña, de la que deriva su sabor y su sentido.

Pero el magma de nuestra literatura no ha dejado de subir a la superficie por otras grietas de originalidad, sin perder los jugos de la tierra. La narrativa se ha enriquecido con la reflexión histórica, antropológica y sociológica “aterrizadas” que abren perspectivas profundas sobre los eternos problemas del hombre. Así aparecen las obras de esta escuela de “nuevo cuño” como las de David Sánchez Juliao, Alfredo Molano, Jairo Aníbal Niño, Leopoldo Berdejilla, Germán Castro Caycedo y Antonio Caballero. Y las no menos ambiciosas y visionarias que rozan con el *pathos* universal, en Rodrigo Parra



Sandoval, Rafael H. Moreno D., Carlos Perozzo, Jorge Eliécer Pardo y otros de igual calibre.

Los arquitectos y urbanistas colombianos, por la naturaleza humana misma de su disciplina, empezaron a desligarse de la herencia europeizante de los profesores inmigrantes que obligaron a replicar aquí los modelos parisienes y londinenses, para retornar a las adaptaciones imaginativas de los maestros nativos de obras —expertos universales del ladrillo arquitectural, la guadua, el adobe y la piedra—, volver a las raíces culturales de sus pueblos de origen, y a la memoria colectiva. De allí el interés que suscitan los trabajos de Alberto Corradine y Carlos Morales, las construcciones de Rogelio Salmona y los artículos críticos de la revista *Proa*, dirigida por Carlos Martínez, entre otros logros de interés general.

Compromisos populares y regionales, derivados en este caso del ejemplo de los muralistas de la Revolución Mexicana, habían inspirado la obra de pintores terrígenas como Luis Alberto Acuña y Pedro Nel Gómez, y de paisajistas como Gonzalo Ariza en tradición hoy retomada por Antonio Barrera. Fernando Botero, Alejandro Obregón, Enrique Grau y Germán Morales de la misma manera hallarán inspiración y materia prima popular y regional para sus pinturas de reconocimiento mundial. Como Gabriela Samper en los albores de nuestro cine contemporáneo.

En la música (aparte del importante papel promotor de intérpretes como el clavecinista Rafael Puyana, la pianista Blanca Uribe, los violinistas Luis Biava y Carlos Villa, o la soprano Marina Tafur) la tendencia a combinar lo universal con lo vernáculo, que se halla en tantas otras culturas incluyendo las europeas, se había expresado en algunas sinfonías de Guillermo Uribe Holguín y José Rozo Contreras (una vez sacudidas de las influencias de D'Indy). Las nuevas composiciones de Adolfo Mejía, Luis Antonio Escobar, Blas Emilio Atehortúa y Jesús Pinzón vivificaron esta tendencia, así como los primeros porros sinfónicos de Francisco Zumaqué, en los que éste demostró el valor generalizado de sus ancestros triétnicos y el gusto de lo atávico costeño. Ello no impidió el desarrollo de la música de protesta popular (vallecano, joropo, salsa, guabina) que surgió para apoyar las luchas en las bases.

En fin, también ha habido etapas creadoras en *Colciencias* y en *Colcultura*, y se promueve desde 1982 un importante Movimiento Pedagógico por la Federación Colombiana de Educadores en cabeza de Abel Rodríguez, que cuestiona el contenido de lo enseñado y busca alternativas propias estimulando la investigación social. Este movimiento junto con otras fuerzas críticas han llevado a desarrollos autonómicos en varias regiones, expresados notablemente en

los casos de las Universidades de Antioquia, Caldas, Nariño y Surcolombiana; al establecimiento de fundaciones investigativas como el FAES de Antioquia; y a la creación de Centros Regionales de Documentación (Cartagena, Bucaramanga, Pereira, Montería, etc.) auspiciados por la subgerencia cultural del Banco de la República.

Como puede verse, a pesar de las fuertes influencias desorientadoras de los últimos años, parece que los colombianos estamos aprendiendo a pensar y caminar solos para equilibrar las tendencias extranjerizantes aquí criticadas. Ello ha sido así por la forma como muchos compatriotas se volcaron sin miedo sobre el país, y lograron madurar el pensamiento para vincular lo propio con lo externo y lo particular con lo general, creando, proponiendo y mostrando vías descriptivas y explicativas sin dejarse llevar por la vieja manía de mimesis, por el talmudismo marxista o por el esnobismo intelectual de citar, como antes, a pensadores extranjeros como autoridades finales o como prueba personal de sapiencia. Los grupos académicos o profesionales de referencia de otras partes o instituciones fueron quedando desplazados por otros conformados por colegas colombianos y latinoamericanos de respeto, de diversos orígenes de clase y preparación formal.

Por supuesto, no se trata de asumir posiciones chauvinistas que no serían realistas. Ni tampoco actitudes dogmáticas. Trato más bien de llamar la atención sobre ese complejo de inferioridad del que sufrimos cuando comparamos nuestra cultura con la de otros países, lo cual lleva a entregar con facilidad nuestros recursos y hasta nuestro sentido de soberanía. Digáñolo si no las sucesivas misiones técnicas extranjeras que nos han llegado desde 1922. Se sabe que la cultura es relativa y que no ofrece leyes generalizables ni etapas fijas para su desenvolvimiento. El desarrollo alcanzado en el hemisferio norte es ambiguo y discutible aunque nos encandile su prodigiosa acumulación material. Este resultado no es suficiente. Por eso de allá no puede provenir una adecuada orientación final para nuestros trabajos de fondo.

El peligro estriba en que vayamos perdiendo nuestra personalidad colectiva, vale decir, el alma que nos caracteriza como pueblo, y junto con ella que perdamos también nuestras riquezas materiales y naturales, y el rumbo ético. Por eso conviene apreciar más, entender mejor y reforzar el contexto propio dentro del cual se reciban los mensajes y aportes externos de diferentes orígenes.

Habría, pues, que mirar y admirar con mayor cuidado lo que nuestro propio pueblo común y corriente, el que no tiene tanto acceso a lo extranjero o a la escuela, ha venido ofreciendo casi solo y sin desmayo, defendiendo la identidad y el solar patrio en lo que éstos representan, a pesar de tantos impactos en contrario como ha recibido.

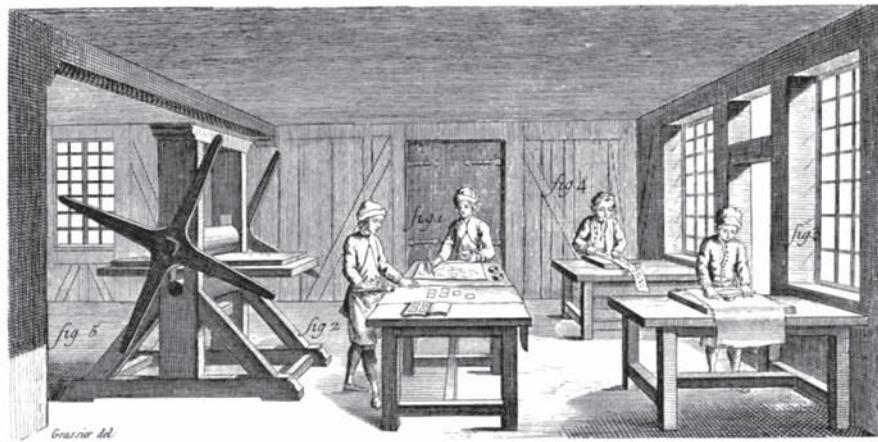
Sobre el valor de la cultura popular

Lo que el pueblo común colombiano —el triétnico y tropical—, ha venido defendiendo a solas y a su manera con su sabiduría, puede designarse como valores esenciales de la regionalidad que persisten todavía, por fortuna, como una reserva cultural principal de la nación. En mi segunda tesis de 1970 sostuve, un poco timidamente, que allí en esa reserva hay grandes posibilidades de creación autónoma que, como tales, son únicas en el concierto mundial. Felizmente, las sucesivas investigaciones históricas, antropológicas y sociológicas, así como otros trabajos de campo, literarios y artísticos de los últi-

mos años, mencionados atrás, han venido confirmado este punto de vista.

Se sabe que la cultura popular produce valores autónomamente, según su propio ritmo y midiendo sus necesidades de articulación y autodefensa, sin necesidad de apoyo académico o formal, produciendo lo que se llama “identidad cultural” según espacios regionales. Esto ha sido así desde antes de Colón, como bien se observa por restos arqueológicos, supervivencias agroeconómicas, la tradición oral y las peculiares adaptaciones que las gentes hacen en las innovaciones que aceptan. Queda claro que se trata de una ciencia respetable, de técnicas funcionales y de una cultura ancestral basadas todas en una racionalidad práctica de aplicación cotidiana expresada en lenguaje intencional. La inventiva campesina no ha dejado de crear y adaptarse a las cambiantes circunstancias, como se ha documentado en diversos estudios. Esto no ha sido siempre entendido o apreciado por los especialistas de orientación o formación kantiana que rinden pleitesía a tipos formales o instrumentales de racionalidad.

Los precesos creadores involucrados en este nivel práctico y cotidiano de la identidad cultural resultan anónimos y verbales por diseño, como en el caso de quienes descubrieron y desarrollaron, desde variedades silvestres, el cultivo doméstico de la papa, la yuca y el maíz; el de los ingenieros hidráulicos zenúes que construyeron los camellones y canales del río San Jorge; el de los artífices de la hamaca, el sebucán, la gaita, el bambuco y la



cumbia; y el de los herbólogos y shamanes cuyos descubrimientos y aplicaciones curativas han sido de reconocimiento general.

Pero cuando se trabaja con tezón, de los estudios realizados surgen figuras que pudieran verse como héroes culturales populares en quienes se sintetiza una actitud vital general o un pensamiento colectivo. Entonces aparece un maestro como Alberto Castilla plasmando la guabina y Francisco el Hombre el vallenato; el clarinetista Alejandro Ramírez inventando el "bozá" del porro palitao; María Barilla imponiendo el estilo de su danza en el fandango; Antonio Guzmán, un indio Desana, expresando genialmente la cosmología de su pueblo; o Manuel Quintín Lame escribiendo sus Memorias.

De manera similar se descubren personalidades populares olvidadas por la historia oficial que pasan a ser motivos documentados de re-creación intelectual, como los dirigentes campesinos Raúl Mahecha, Vicente Adamo e Ismael Bertel; la vidente loriquera Petrona Barroso, quien resultó ser precursora de la teología de la liberación; el ingenioso Francisco Serpa, uno de los creativos "hombres-hicoteas" de Loba, personajes que enriquecieron la "cultura anfibia" costeña. Así también se puede observar en las otras regiones del país, demostrado por varios historiadores regionales, como Mateo Mina (Michael Taussig) entre los cimarrones de Puerto Tejada en el Cauca.

La investigación musicológica del Coro Ballestrinque descubrió hace poco la inventiva negra esclava en un villancico del siglo XVII recogido en la Catedral Primada de Bogotá. De similar orientación de base es la obra de los hermanos Manuel y Delia Zapata Olivella y la de muchos otros apóstoles que siguen estimulando y defendiendo la artesanía, el baile y el teatro popular colombianos: Margarita Cantero, William Fortich, Ciro Quiroz, Helio Fabio González, Consuelo Araújo Noguera, Guillermo Abadía y Guillermo Rendón entre otros. Aparte del valioso apoyo de entidades oficiales como la subgerencia cultural del Banco de la República mencionada atrás.

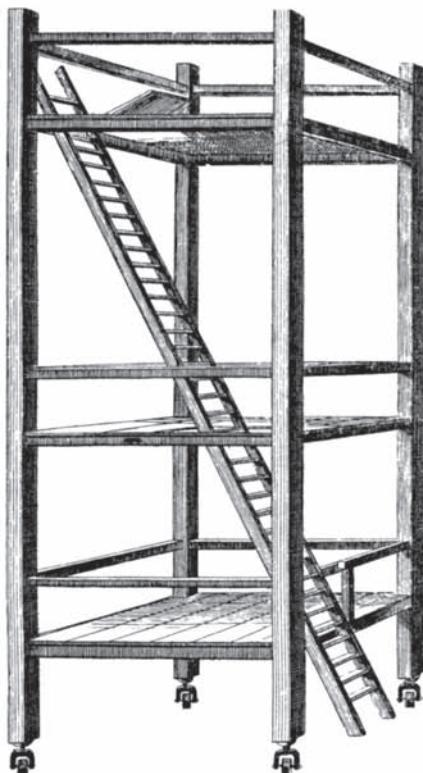
Al leer o al escuchar las produccio-

nes raizales de los compatriotas mencionados, no puede uno menos que exclamar: ¡Esto es Colombia! o ¡Esto es Antioquia, Nariño, Boyacá, Tolima! Y el sabor y el olor de tales obras no habrá provenido sino de nuestro trópico, de aquellas fuentes culturales y espirituales amasadas por el pueblo triétnico campesino, pescador y obrero de nuestra tierra con su ancestral sabiduría, el que ama el paisaje y vive de la paciente explotación de nuestras vegas, ríos y montañas. De allí lo singular, a nivel universal, que se percibe en tales creaciones culturales autóctonas una vez elaboradas, lo que en últimas invita a la admiración y al respeto de quienes las observan y las gozan en otras latitudes.

Sobre la simbiosis entre las culturas

Si las otras dos tesis de 1970 ya discutidas fueron ante todo de comprobación, la tercera presentó elementos proyectivos. Me atreví a insistir entonces en que, si se propiciara un acercamiento dialéctico entre las dos culturas (la elitista y la popular) en el plano científico-técnico, se abrirían creativamente nuevas fuentes de conocimiento. Esta posibilidad, que ya era evidente para el arte y la literatura como viene descrito, no era tan clara en lo concerniente a la ciencia positiva. Por el contrario, al hallarse parcelada en escuelas casi irreconciliables por razón de intereses creados o por argumentos ontológicos, cualquier esfuerzo de este tipo de simbiosis o intercambio científico se veía como un eclecticismo inaceptable. Además, tal propuesta podía interpretarse como esencialmente anti-académica o antiintelectual. Comprensible, entonces, que no se hubiera entendido ni aplicado a fondo la propuesta hecha en 1966 en la Universidad Nacional para la creación de nuevas facultades integradas entre ellas la de Ciencias Humanas.

Hoy, al cabo de varios años de búsqueda y de práctica, esta posibilidad de acercamiento y de mutuo enriquecimiento de tradiciones científicas y técnicas diferentes no parece tan descabellada. En muchos círculos e insti-



tuciones respetables se la considera indispensable para la producción de nuevos tipos útiles de conocimiento y de promoción de cambios sociales radicales. La solución del dilema, si es que se ha encontrado, proviene de la dimensión telética o de propósito final del conocimiento mismo: radica en contestar la simple pregunta, ¿para qué? y aplicar a la investigación una respuesta consistente y responsable. De allí que, gracias al esfuerzo sostenido de centenares de personas, grupos e instituciones de varios países, especialmente de los periféricos, podamos ahora contestar a esta tesis afirmativamente con hechos y evidencias. En ello ha cumplido papel el desarrollo técnico, cultural y científico reciente de los colombianos, entre los cuales un buen número de los mencionados atrás.

La idea central de esta tercera tesis no parece complicada: el conocimiento de la realidad circundante, necesario para transformarla, se enriquece reconstruyendo sistemáticamente la simbiosis o tensión creadora entre datos, hechos y comprobaciones que provienen del contacto entre diversas corrientes y formas interpretativas de esa realidad. En nuestro caso, el reto ha consistido en vincular el arte, la ciencia y la cultura académicas con las expresiones y luchas populares y las necesidades de los grupos de base, es decir, en articular el conocimiento instrumental con el cotidiano o práctico, la teoría expuesta con la acción social y política conexa. Todo ello con un propósito definido: el de reorientar y comprometer a los involucrados en estos procesos para dar prioridad en los beneficios del cambio a las clases sociales y grupos actualmente explotados y oprimidos.

La práctica de los últimos años demuestra que se estimula la originalidad y la creatividad, se gana la autonomía científica, se defiende la identidad cultural y se promueve la transformación por la justicia, cuando se aplican estas ideas y se apoyan todos los recursos intelectuales y humanos. Estos recursos incluyen de manera especial los de los grupos subordinados o marginados que no han tenido acceso a enseñanza o entrenamiento formal, pero que pueden recibir y asimilar orientaciones esencia-

les mínimas y adecuadas para tales trabajos. En lo relativo a las ciencias sociales y políticas, éste es el esfuerzo autonomista expresado en diversos movimientos identificados con la “investigación-acción participativa” (IAP), o “investigación activa” (como la ha vuelto a bautizar el argentino León Zamosc). Estos elementos de búsqueda y sistematización intelectual no pueden marginarse del actual examen de la cultura colombiana.

Destaquemos que la investigación activa aunque accesible a las bases populares como viene dicho, es más exigente y compleja que las metodologías clásicas de investigación social. Su autonomía se expresa en muchas formas que van desde las teóricas hasta las prácticas. Esta autonomía no es infundada ni plaguada. Sale de nosotros mismos y de las bases comprometidas. Aunque haya alcanzado reconocimiento universal y tenga eco en los países dominantes e instituciones internacionales, la investigación activa es una metodología propia del Tercer Mundo, nacida de nuestras entrañas, así confesemos, quienes vamos en ello, nuestro reconocimiento al materialismo histórico de Marx y nuestra admiración a Antonio Gramsci y Michel Foucault, y nos sintamos también afines con la fenomenología. Pero que conste que estos reconocimientos admirativos han sido posteriores a los trabajos en el terreno que fueron realizados sin conocer a fondo a tan eminentes pensadores y sin la guía de aquellas escuelas filosóficas.

Aunque compleja, difícil, rigurosa y, a veces, peligrosa, la actual tarea de buscar inspiración o información factual en el ámbito popular por parte de intelectuales y científicos formalmente adiestrados —especialmente con la investigación activa— no surge de ningún vacío teórico o metodológico. Tiene indispensables antecedentes en la tradición académica y en los colombianos “atterrizados” ya mencionados que abandonaron de vez en cuando el olimpo elitista en que se formaron, descendieron a observar la realidad local, y aprendieron a amarla y respetarla, para de allí concebir obras fecundas en sentido, contenido y acción trans-

formadora. La proyección de la tercera tesis de 1970, por lo mismo ha tenido algún cumplimiento.

Declaro que sin los trabajos académicos o sueltos de quienes he citado, aunque no todos hubieran sido guiados o motivados por esta metodología alternativa, no habría producido mi propia obra, la *Historia Doble de la Costa* en la que un grupo de investigadores populares hemos tratado de justificar concretamente, en cuatro tomos, la posición que aquí vengo sustentando. Hemos ensayado construir sobre las enseñanzas y conocimientos comprobados de los sabios del pueblo y afirmar sobre los hombres de quienes nos antecedieron en el mundo universitario donde algunos de nosotros fuimos formados, donde aprendimos la esencia de lo que es investigar, saber observar e inferir con seriedad, con base en datos, hechos y evidencias concretas (lo que llamé después, “datos columnas”). Es la tarea que se ha multiplicado con la valiosa incorporación de colegas como Ernesto Parra Escobar, Magdalena León, Víctor D. Bonilla, Gustavo de Roux, Alvaro Velasco, John Jairo Cárdenas, Víctor Negrete, Néstor Herrera, Fabio Velásquez, Rosario Saavedra, María Cristina Salazar, Rodrigo Villar, David Sánchez Juliao, Alvaro Cabrera, Carlos García, Ana Lucía Sánchez, María Eugenia Alvarez, Luis Alberto Restrepo, Mario Peresson, Hernando Romero, Mario Sequeda y muchos otros. Y con trabajos de instituciones como La Rosca, la Fundación del Caribe, *Fides* de Sincelejo, *Emcodes* del Valle, *Cinep*, Foro Nacional por Colombia, Dimensión Educativa, *Funcop*, Centro de Estudios Andinos y muchas otras en varias regiones del país que han venido trabajando desde 1970 para constituir un considerable movimiento.

Que vamos por buen camino, nos lo indican los colegas y críticos de muchas partes, incluyendo los de Europa y Norteamérica y los reunidos en el último Congreso Mundial de Sociología en Nueva Delhi (1986), así como la indispensable opinión de los grupos de base y algunas luces de reflexión epistemológica.

En efecto, unos pocos profesores de filosofía, como Rubén Sierra, están dejando de pensar en alemán y en

la inevitable exégesis de Kant para enfocar lo de aquí, y además contribuir con análisis sobre la investigación activa y la cotidianidad, como lo ha hecho Guillermo Hoyos. Todavía a veces caen en la “critis” de autoridad (Husserl y Habermas en este caso) y en la misteriosa jerga ocupacional que aleja de la realidad colombiana a nuestros filósofos. Por eso quizás no alcanzan todavía a serlos de verdad.

Queda pendiente aún el efecto que este esfuerzo de síntesis pueda tener en estructuras científicas explicativas, como los paradigmas vigentes; y en estructuras académicas formales, como los actuales departamentos y carreras profesionales en Ciencias Humanas, donde empiezan a considerarse, aquí y acullá, propuestas heréticas de unificación alrededor de una posible disciplina social nueva, llamada “praxiología”.

Reflexiones finales: ¿Para qué la cultura?

Me parece necesario preguntarnos otra vez, como lo hice en 1970 y lo acabo de recordar más atrás, el para qué de nuestro quehacer cultural, científico y artístico, sea al nivel de élites o de las bases populares. ¿A qué ha venido todo este recuento de nombres y de obras? ¿Qué sentido tiene el buscar las raíces de la identidad o la autonomía cultural, o de la creatividad, dentro de la ilación histórica de un país que ha vivido crisis agudas desde hace medio siglo, y cuyo pueblo, golpeado por violencias e injusticias, sigue empeñado en superarse?

Los puntos de vista sobre la incidencia de las transformaciones valorativas en el pensamiento social, expuestos en 1970, no han podido refutarse. Creo que es un debate dado y superado, precisamente por la autocrítica académica y por las metodologías participativas ensayadas y probadas desde entonces. Podemos sostener que ya existe en Colombia, con todo y trópico, una corriente intelectual autonómica, productiva y preocupada con las necesidades populares más salientes, como elemen-

to constitutivo de una remozada y más auténtica identidad nacional; y también hay un comienzo de escuela de pensamiento y acción propios en lo económico y social, cultural y artístico que se enraiza en lo regional y se proyecta al exterior.

La región y la participación son, pues, los fundamentos de esta escuela o corriente, y también las fuentes primigenias del nuevo tipo de conocimiento que se presagia y del poder popular recuperado que le acompaña. Es, por lo tanto, satisfactorio registrar este desarrollo sociopolítico y cultural independiente realizado entre nosotros en complejas y difíciles circunstancias. O quizás por ello mismo.

En lo que se refiere al tema del momento, es fácil relacionarlo con la conclusión anterior. A partir de la promulgación de la Constitución Nacional de 1886 se ha desarrollado un proceso de péndulo con el cual el país ha buscado equilibrar aquellas tendencias centralistas, autocráticas y antipopulares con otras contrarias, dirigidas al fomento de la regionalidad y de la democracia participativa. Este proceso de recomposición y reversión se ha acelerado en los últimos años provocando crisis político-ideológicas tanto en los partidos tradicionales como en los grupos y movimientos de las izquierdas revolucionarias. Como en los días de Diógenes, políticos, pensadores, maestros y escritores piden luz, más luz. De allí el papel orientador que han jugado y seguirán jugando los intelectuales comprometidos en el cambio radical que el país necesita, así estén colocados en las élites o en las bases, o que provengan indistintamente de academias o de comités veredales, para conformar juntos, en estimulante colaboración y symbiosis creadora, los paradigmas alternativos y los grupos nacionales de referencia que suplantan los extraños.

Si se impulsa este equilibrio pendular, si sigue esta mezcla del pólen de diversas expresiones y corrientes del conocimiento adquirido —como es probable a pesar de esfuerzos reaccionarios en contra— podremos continuar el actual, medio paradójico reavivamiento de la conciencia crítica y autonómica en muchos intelectuales colombianos. Ello puede llevar a mi-

rar todavía más de cerca a las regiones como entes fundamentales de ciencia, progreso y paz, lo cual podría inducir a cuestionar lo que hasta ahora se ha visto como tabúes o fetiches. Como los prejuicios sobre el Trópico. Como la tradicional idea de Ciencia. Como el viejo ideal de la Razón. O como el peligroso invento del Estado-Nación y nuestra Constitución de 1886, pongamos por caso, a la que han hecho devastadoras glosas Hernando Valencia Villa y Ernesto Saa Velasco. ¿Por qué no hacerlo?

No importa ser iconoclastas: los hechos culturales también tienen poder subversivo. No se produciría con ello ninguna catástrofe peor que las ya experimentadas por el actual ejercicio de la represión estatal, el exceso de formalismo, imitación, desidia o rutina de unos, o por la acción desorientada o alocada de otros. Es evidente que se necesita en las regiones de mayor conocimiento de las realidades, para que sus gentes se concienticen al respecto, sepan quitarse los grilletes y correr y hacer volar la cometa de sus ideas e iniciativas, sin perder el hilo del control de tierra, con el fin de asumir más poder político y administrativo, vigilar a los gobernantes, y acabar con el actual abuso del poder central. El fomento de actitudes pluralistas y antidiogmáticas de apertura y tolerancia que replanteen todo el juego político, económico y cultural, sería un resultado natural de esa búsqueda democrática y popular del conocimiento como poder.

Por lo que vengo explicando, hay mucho ya aprendido en Colombia en estos campos, pero todavía hay más por aprender y descubrir. Esta es una tarea de corrección y acumulación infinita, y permanentemente reinterpretativa y formativa. Mientras no se aplique la pena de muerte a los intelectuales o a sus producciones, como ocurrió en Chile, Argentina y Uruguay recientemente, habrá oportunidades de creación cultural, artística, científica y tecnológica que sacarán a nuestro país de esa miasma del presente en la que los políticos conocidos lo han sumido. He aquí la grave responsabilidad que todavía nos queda a quienes hemos logrado sobrevivir, mal que bien, las hecatombes del pasado ●

Alberto Echeverry
Olga Lucía Zuluaga de Echeverry
Investigadores de la Historia de la
Práctica Pedagógica en Colombia,
Universidad de Antioquia.

Alberto Echeverry
Olga Lucía Zuluaga de Echeverry

Movimiento Pedagógico, Facultades de Educación y Universidad



1. Presentación

El presente artículo al referirse a los desplazamientos en el espacio de la enseñanza pretende dar cuenta de las mutaciones producidas en el ejercicio de la enseñanza en la medida que ésta se ha trasladado desde los espacios escolarizados hacia los lugares en donde las prácticas pedagógicas se han centrado en el niño o en la comunidad. De otra parte, incluye proposiciones sobre las posturas que el Movimiento Pedagógico debe adoptar frente a las universidades y facultades de educación del país.

2. Los maestros y la autogestión pedagógica

Las experiencias político-pedagógicas amasan acontecimientos de enseñanza que dislocan las posiciones que tradicionalmente han ocupado maestros, niños y comunidad en los procesos de enseñanza.

Los desplazamientos de los elementos que componen las nuevas experiencias pedagógicas han tomado diversas direcciones:

—Recuperación de la iniciativa pedagógica por parte del maestro. Formación y autoformación de un maestro capaz de disponer con autonomía de los elementos de su práctica pedagógica cotidiana, de su historicidad y de su conceptualización.

—Devolución de la palabra al niño. El maestro se convierte en un escucha del alma y el cuerpo del niño.

—Aproximación a la comunidad. Mermar las distancias *aula-sociedad*.

Las diferentes direcciones presentan diversas confluencias, una de ellas podría ser definida como el acortamiento de la distancia entre quienes se han apropiado de conocimientos claros y distintos y aquellos que se apropián de conocimientos confusos e incompletos; esta aproximación social de los conocimientos ha tenido lugar en las más diversas parejas.

—Magisterios.

—Campesinos de la Costa Norte.

—Núcleos obreros.

—Agrupamientos marginales.

Se trata desde luego, de juzgar el movimiento por sus formas más desarrolladas.

Existe un intrépido intento de variar las formas pedagógicas socialmente existentes; las formas de la hegemonía pedagógica comienzan a construir sus posiciones al interior del cuerpo magisterial en la medida que el maestro se conecta con los flujos procedentes de la intelectualidad cosmopolita y de la intelectualidad específica. En esta dirección podemos afirmar: "todo lo que puede el maestro (su potencial) es también su derecho". Su potencia es la capacidad de ser afectado por múltiples

afecciones de muy diferente índole, incluyendo los encuentros consigo mismo y con lo que todavía no es. De ahí que la hegemonía pedagógica implique no sólo sufrir las afecciones procedentes de la intelectualidad específica y cosmopolita, sino también abrirse a los flujos procedentes de los padres de familia y de aquellos seres que suelen situarse en las esquinas de la rutina. El maestro se va desprendiendo de las ilusiones que en su mirada había dibujado la *estadolatría* para dejarse envolver por prácticas y experiencias que le dirigen la mirada hacia múltiples soles.

2.1 La diáspora del maestro en el siglo XX

Adiferencia de lo que sucedió con el maestro en el siglo XIX, en el siglo XX este se ve sumergido en una compleja red en la que el sistema educativo ya no es el único instrumento de *unificación del pensar, del hablar, del enseñar y del sentir* del pueblo colombiano; las redes que lo abarcan, más que unificar tienden a *normalizar*, es decir, el ajuste de la población a ciertos modelos de comportamiento predeterminados:

- Modelos médicos.
- Modelos biológicos.
- Modelos sicológicos.

No sin razón el médico supervisa el crecimiento del niño desde principios del siglo, como nos lo dice el profesor Humberto Quiceno en sus trabajos; de donde podemos ir comprendiendo una hipótesis:

En el siglo XX el estatuto social y científico del maestro se empobrece hasta el punto de que el economicismo y la estadolatría se convierten en los únicos objetos de los cuáles éste puede devengar dignidad.

Expliquémonos: El economicismo centró la recuperación de la dignidad del maestro en las reinvindicaciones económicas. La estadolatría lo condujo a creer con el General Francisco de Paula Santander "que todo el poder estaba en la ley".

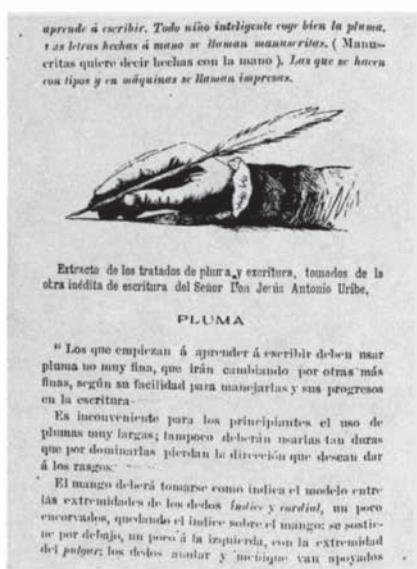
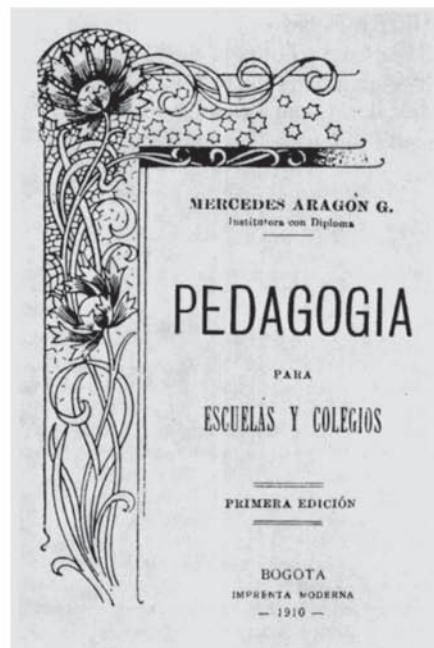
Sin embargo, el Movimiento Pedagógico tiende en la actualidad a rechazar las seducciones del economicismo y la estadolatría, pues ha descubierto los efectos visibles del

poder, en otros campos. Por ejemplo, en el caso del método; por ello, se lanza la consigna de libertad de método. El poder está en el saber como tal, y hay que decidirse a darle un tratamiento político al saber.

¿Qué significa un tratamiento político al saber?

En primer lugar, reconocer el lugar que se ocupa en la división social de los saberes; en segundo lugar, reconocer el lugar que se ocupa en la especialización de los saberes en el sistema educativo; en tercer lugar, reconocer el lugar que se ocupa en la división de los saberes al interior de la escuela; en cuarto lugar, reconocer la posición desde el cual se habla en el salón de clases; en quinto lugar, reconocer la existencia activa de aquel a quien se le habla en el salón de clase; en sexto lugar, reconocer que los avatares de los tiempos actuales pueden hacer desvanecer el aula y, en séptimo lugar, reconocer que el aula y sus actores existen en una dispersión que los pone en contacto permanente con los flujos procedentes de las más extrañas prácticas, como puede ser la carcelaria o la experimentación científica.

Detengámonos un instante en este último punto: Reconocerse en la dispersión requiere que el maestro esté dotado de un olfato de perro cazador, de manera tal que pueda reconocer las interferencias que entre pedagogía y cualquier saber o práctica se dan en la sociedad. Obedeciendo a este reconocimiento se hace necesario que el movimiento pedagógico se pronuncie sobre aquellas instituciones que dividen y especializan el trabajo intelectual en el sistema educativo, como son las universidades y las facultades de educación. Ahora bien, cuando hablamos de prácticas alejadas o extrañas, hacemos referencia a que el maestro debe sensibilizarse para reconocer aquellas conexiones que en lo usual se hacen imposibles, como son aquellas que pueda establecer la práctica pedagógica con prácticas siquiatrás o de alta elaboración científica. Es el caso del examen que como forma de indagación de los sujetos recorre no sólo la escuela, sino todas las instituciones de reclusión del cuerpo o de formulación de



leyes en procedimiento estrictamente científicos. *Más adelante retomaremos este punto.*

2.2 La recuperación de la iniciativa intelectual

En la actual coyuntura amplios sectores escapan a la acción pedagógica y ética del Estado, unos mediante el establecimiento de redes alternas, otros ubicándose en las fisuras que el sistema educativo padece y otros porque se forman, como dice el tango, en la universidad de la vida. La figura del maestro, danza recortada por especialistas que lo relegan hacia lo operativo —controlador de operaciones cada vez más simples—, —sin intervención en cuestiones de ética y pasión—; delegadas ahora en psiquiatras, trabajadores sociales y orientadores. De la misma manera como sucedió en el siglo XIX, el mundo pasional es colocado fuera de su alcance. Así, en los procesos de ajuste y control de la población ocupa un lugar muy secundario. En la cadena de especialización y división del sistema educativo y de la integración de éste al sistema nacional de salud, el maestro es un simple vigilante que corrige anomalías y denuncia la presencia de síntomas en el cuerpo de los niños.

¡No dejemos escapar la idea que anunciaba este numeral! Pensemos, ¿qué es recuperar la iniciativa intelectual?

Observación: Tal recuperación se plantea por fuera del oficio y asumiendo la naturaleza pública del hacer y decir del maestro, aprovechando las fragmentaciones del sistema educativo, sus contradicciones intrínsecas y la ausencia de “un propósito nacional” en torno a la enseñanza.

Recuperar la iniciativa intelectual significa asumir los problemas y las interrelaciones de la enseñanza como asunto del pensar, de la creación, de la conceptualización; no del hacer meramente empírico, no de lo operativo, no de la cuantificación, no de la facilidad, no del inmediatismo y advirtiendo que la escuela existente hoy no es una institución cerrada ni hegemónizada por un solo saber; reina en

ella cierto caos del que debemos servirnos para su transformación en una institución abierta a la sociedad y el mundo. Una escuela que debe ser autogestionada, constituida por sujetos que deciden libremente las formas disciplinarias a que se van a someter.

2.3 El Magisterio y los procesos de autogestión popular

“**T**endieron un madero con una cuerda como arco y endurecieron en el fuego maderos como flechas. La utilidad de fecha y arco consiste en mantener al mundo atemorizado”.

Sentencia del I Ching, libro de cabecera de Mao, *Caja de Herramientas* para la dirección de mil guerras. La sentencia nos recuerda que se empezó a perder el miedo a andar solos.



En el momento sectores de nuestro pueblo aspiran a la autogestión de los procesos de enseñanza.

Digámolo con absoluta claridad. Ya no se busca al que sabe o se proclama portador de un saber, se indaga por los procedimientos de saber, no por las ideologías. El cómo, no el porqué. No se buscan conductores sino el saber que los lleva a ser conductores de sí mismos y sus comunidades.

Llegados a este punto conviene

preguntarnos por la forma cómo funciona el desplazamiento de los espacios en la enseñanza en relación con la autogestión popular.

Aclaremos: El espacio de la enseñanza que dibuja la autogestión popular no es decretado por el Estado, ni es una territorialidad prescrita por éste en sus movimientos de centralización-descentralización. El espacio pedagógico es más comprensivo que la práctica pedagógica misma y aloja de manera más viva los contenidos de otras prácticas y saberes. Para el caso que describimos se trata de un espacio sin límite y que presenta la forma de la comunidad que lo contiene; los separadores aula-clase-escuela-programa-examen, sencillamente se esfuman; carecen de toda necesidad.

Definamos: Espacio y práctica pedagógica. El espacio de la enseñanza sitúa a la práctica pedagógica en una combinatoria que sirve a un determinado orden jurídico o que para el caso que examinamos, rompe con la territorialidad definida por un orden jurídico-político. Territorialidad de la que hacen parte las formas en que el poder divide y especializa el trabajo intelectual, tanto a nivel de la sociedad y su conjunto, como a nivel del sistema educativo, la escuela, la relación profesor-alumno, etc.

La crisis de la hegemonía pedagógica del Estado, no obedece únicamente a circunstancias políticas (*Estado y partidos*), sino que es también una crisis de una sociedad civil sumergida en la dispersión. Dispersión que se alimenta de la ausencia de hegemonía pedagógica en el ejercicio de las funciones de autoridad en el seno de la familia, puesta de presente en la no reproducción por parte de los hijos de las formas de desear de los padres; de una Iglesia en busca de un magisterio que exprese los sentimientos de los feligreses que viven en la opresión y la miseria; de una escuela interferida por la acción del clientelismo que convierte al sistema electoral colombiano en un instrumento de selección de los sujetos de la práctica pedagógica. Tal dispersión obliga a los ciudadanos a expresar su creatividad en las afueras donde acampan los lobos esteparios, en los extremos donde se pudren los mu-

nicipios o en los tugurios donde agoniza la ciudad. Es allí donde produce el florecimiento de los procesos de autogestión, tanto en comunidades, como en saberes e individualidades.

2.4 Definición de los procesos de autogestión

La autogestión de saberes se expresa en muy diferentes frentes, uno de ellos las comunidades campesinas de la Costa Norte que reconstruyen su historicidad a partir de ser ellos mismos actores e investigadores o en la apropiación de las comunidades de diferentes partes del país de técnicas de autoconstrucción de vivienda o en la redefinición de sus relaciones con la naturaleza.

Estas experiencias representan un cambio cualitativo en la historia de la práctica pedagógica en el país, pues ilustran el tránsito del ejercicio pedagógico restringido llevado a cabo con la intermediación de la escuela, la iglesia, el ejército, el hospital, el reformatorio, etc. al ejercicio del saber pedagógico en los grupos sociales, en las etnias marginadas, en la sexualidad discriminada y en las individualidades malditas. En los espacios pedagógicos la diferenciación permite invertir de manera parcial y temporal la lógica binaria sobre la cual funda la hegemonía cualquier sistema de enseñanza: niños-adultos, inferiores-superiores, sabios-ignorantes, etc...

Se emplea la noción de autogestión, en el mismo sentido en que es usada en las pedagogías autogestionales; cuando ha sido utilizada para designar los grupos sociales, se ha retomado en la acepción formulada por el doctor en Movimiento Pedagógico, Orlando Pulido, “autogobierno local” que engloba y explica los intentos de ciertos grupos sociales por regular de manera autónoma ciertos procesos de enseñanza, en los cuales la institución, el maestro y el saber pedagógico no difieren en naturaleza ya sea ésta conceptual o social... por ejemplo la escuela establece redes de comunicación con la comunidad de tal manera que vive y comprende el sentido común o progresivo de aquella; y el maestro en vez de ser ajeno a

la comunidad es un verdadero hombre público en el sentido de estar ligado íntimamente a todo lo que concierne a las prácticas pedagogizantes. O vamos a un ejemplo todavía más palpable: los alumnos y maestros que están ligados al trabajo de la comunidad encuentran en él un vehículo de acercamiento al lenguaje de la comunidad y aproximan el trabajo manual al trabajo intelectual.

Tratemos de ir concretando la definición de procesos de autogestión: Una definición que trate de incorporar a lo pedagógico la amplia experiencia social. Lancemos, a la definición... Se entiende por autogestión pedagógica la producción, registro,



distribución y consumo de conocimientos por fuera de un espacio jurídicamente desescolarizado, que ubica dentro de la escuela misma la relación institución-sujeto-discurso dentro de un mismo estatuto de saber, lejos de una jerarquía piramidal. —No nos quedemos allí—, digamos que se deben eliminar las *intermediaciones que provengan estas del cura, siglo XIX*, del médico, principios del siglo; del psicólogo, frente nacional en adelante... Es bueno que recordemos que otras intermediaciones tampoco son bienvenidas... *las del gamonal, el inspector de policía, el funcionario de las secretarías*. Llegados a este punto se preguntarán:

¿qué papel juega lo conceptual en la construcción de la noción de autogestión pedagógica?

Tratemos de dar una respuesta que aunque en primera instancia no satisface nuestra interrogación, por lo menos amplíe el horizonte de una posible respuesta. La pregunta atañe ante todo a la superación de lo operativo a partir de un proceso de conceptualización epistemológico —solo diremos que la superación de lo operativo se puede lograr por múltiples medios, para el caso analizado—: la literatura, la mitología nos puede conducir a instalarnos en lo conceptual y evadir en esa forma la condenación que pesa sobre el maestro (*la de ser solo un conectivo que alimenta a los niños con los saberes producidos por otros*).

No podemos dejar de mencionar, cómo la autogestión pedagógica exige del maestro una reflexión sobre lo más cercano a su vida cotidiana: organización espacial en el aula (tablero, pupitre, cartelera en cuanto a instrumentos; y en cuanto a órganos, manejo de esfínteres, del ano, de la boca, de la masturbación, de los ojos, etc.). Todo ha sido hasta el momento un impensado y sólo algunos núcleos del movimiento pedagógico recogen en la actualidad registros testimoniales. Es como si se descubriera que el aula es un cuerpo poroso, una pantalla atravesada por inimaginables relaciones.

3. Sobre la naturaleza del Movimiento Pedagógico

Comenzemos por decir que el Movimiento Pedagógico es único en su género por tres razones a saber:

—Porque es un movimiento en torno a la apropiación plena de un saber y a la reinterpretación de una historia.

—Porque es un movimiento por el reconocimiento del estatuto político y del saber del maestro.

—Porque reivindica el ser público del maestro desde el saber.

Sería fatal no enunciar al maestro como el centro del Movimiento Pedagógico bajo su triple forma de existencia social (*como cualquiera diría, bajo la forma de una Santísima Trinidad*).

- Intelectual de un saber específico
- Intelectual que se relaciona con otras prácticas y saberes
- Y como Hombre Público.

Teniendo en cuenta que la relación que se levanta como modelo constitutivo del ser social del maestro es su relación con el saber, a su vez ésta, fundadora de sus relaciones con la política y la cultura.

3.1 Las relaciones del maestro con su saber específico

Hacia fines del siglo XIX, con la entrada en la episteme moderna y con el intento de aplicarle a la escuela una lógica empresarial, el maestro pierde el contacto con la conceptualización pedagógica e ingresa en las llamadas “ciencias de la educación” que exhiben una justificación sociológica, psicológica e incluso filosófica de la reducción del ser intelectual del maestro a un campo operativo. Para ellas el maestro será al mismo tiempo aplicador, administrador y supervisor de los saberes que sobre la escuela, el mundo y la sociedad se han producido en los saberes especializados, sin que por ninguna parte se tenga en cuenta la opción de un pensamiento que haya trascendido al aula hacia la historización de la práctica pedagógica, hacia su conceptualización o hacia la generación de un movimiento político de masas. Es la no participación directa del maestro en la producción de su historia, en la formulación de los conceptos que maneja en el aula, lo que nos autoriza a llamarlo un intelectual subalterno, amén de su sometimiento a otras jerarquías intelectuales y políticas.

Desglosemos:... Tratemos de inferir las posibles implicaciones políticas de esta triple naturaleza que encontramos en el maestro.

Del hecho de ser un intelectual específico se deriva la exigencia de su transición de operador de conceptos a convertirse en conceptualizador de conceptos. Este desplazamiento, que es al mismo tiempo una maniobra epistemológica y política, no es posible si no se produce una conceptualización liberadora del saber pedagógico.



co como disciplina y si a nivel político no se produce un movimiento magisterial que altere la posición que el maestro ocupa en la división y especialización de los saberes, por ejemplo que reivindique una presencia directa del maestro en la elaboración de los saberes que la escuela implementa a partir de una interdisciplinariidad directa con los intelectuales que los producen.

3.2 Relación del maestro con otros saberes, prácticas intelectuales

Sobre los territorios del maestro no se pueden seguir paseando como sobre tierras de nadie, como una región baldía sometida al arbitrio por la ley del saqueo.

Es necesario alertar para que el maestro se forme en un maestro especialista en interdisciplinariidad. Valga decir, un maestro especialista en pedagogía con potencia para intervenir en todos aquellos saberes que se articulan con la pedagogía. El maestro debe abogar por imprimirlle movilidad social a sus prácticas, por hacerlas rotar dentro del mayor número de prácticas y saberes. Se apuntaría a alcanzar una mayor presencia del maestro en la sociedad.

3.3 El maestro como hombre público

Se trata de una política del cuerpo, no una política del alma o de la ideología. Una política del cuerpo magisterial no tomado como cuerpo unitario, sino como un cuerpo que es una dispersión y que carece de órganos a no ser aquello de que ha sido dotado por la máquina del capitalismo: órganos de consumo y de producción. Dotar este cuerpo de órganos requiere de un viaje a pie o de lo que en otros términos ha sido llamada una expedición pedagógica nacional. Hasta ahora se ha propuesto la construcción de tres órganos:

- Los ojos del pulidor de lentes
- La oreja del cura
- El olfato del perro cazador.

4. Movimiento pedagógico, Universidad y facultades de educación

En este texto se ha venido mencionando la escuela, los maestros, la autogestión, los movimientos cívicos. Sin embargo, debemos hacer girar todo ello hacia una propuesta de reforma de la universidad y las facultades de educación, pues se trata de diseñarle a su reforma un espacio social con el que se comunique y de cuyas tendencias se alimente, sin perder su autonomía.

En cierta medida, se trata de buscar conexiones entre las tendencias que guían los diferentes procesos, como, por ejemplo, puede ser la lucha que se libra paralelamente en el magisterio y las universidades por la construcción de un nuevo intelectual u otras que harían referencia a los esfuerzos que en la actualidad realizan algunas comunidades de base para dotarse de instrumentos pedagógicos que traduzcan fielmente su historicidad o de unas formas de enseñanza que reproduzcan y coloquen al alcance de la opinión pública las gestas cumplidas en contra de la dominación; distinto escenario, distintos procesos conceptuales; pero, un objetivo común: la lucha por la construcción de una identidad intelectual que les permita traducir su historicidad y sus conceptualizaciones a una

práctica pedagógica específica. En ambos casos la misma sed de trascendencia, la misma necesidad de comunicación y la misma urgencia de desplegarse en la sociedad para no fenercer prematuramente. De ahí que los puntos de contacto entre universidad y movimiento pedagógico no sean mera invención, sino espacios sociales implantados en campos de intersección situados entre universidad y maestros que han levantado las mismas banderas en contra de las disposiciones que buscan ahogar al maestro y al intelectual universitario en un instrumentalismo que pretende la implementación de un método universal para la enseñanza de las ciencias y los saberes. Además, coinciden profesores universitarios y maestros con las luchas de resistencia de las comunidades campesinas y de los habitantes urbanos que rechazan la imposición de unas metodologías que buscan homogeneizar sus necesidades y dar una versión de segunda mano de sus luchas.

Un ferviente deseo de autonomía atraviesa campos tan distantes en los cuales la autogestión posee connotaciones de diferente calibre, porque para nadie es un misterio que en las comunidades de base el deseo de autonomía y un balazo en la frente dibujan con mucha frecuencia el campo de intersección del saber y la práctica.

Por el contrario, en las universidades la longevidad suele acompañar los intentos de reforma de la enseñanza y los saberes específicos.

4.1 Un espacio para el ejercicio del pensar

En la actual coyuntura ya no se trata de la industrialización, como lo dijera en los años 70 el Plan Atcon. Se trata de la conservación, o mejor de la preservación de un espacio para el ejercicio del pensamiento en una sociedad amenazada permanentemente por el militarismo. Para decirlo tajantemente: los espacios de circulación del pensamiento se reducen cada vez más. Ya no se trata de destruir la universidad, se trata de detener el proceso de destrucción de la universidad.

Veámoslo de esta manera... Todo enemigo es un enemigo interno. Pero el momento que vivimos padece de circunstancias especialísimas: el enemigo no procede de manera inmediata del exterior. No se trata de las multinacionales del espíritu, ni de las tecnocráticas arremetidas del Estado, como en el caso del decreto 080. Sí, de un enemigo interno, interno al estudiantado, interno al profesorado, interno a la institución y a los saberes en ella enseñados.

A la acción de conjunto de este enemigo interno la podemos designar como crisis de hegemonía en el espacio de la enseñanza universitaria (crisis de hegemonía del saber y de los intelectuales que ofician). Veamos:

—Del saber en la medida que no se articula en forma certera a la realización de conceptos y teorías y que a nivel de lo hispano-parlante, lo nacional, lo regional no logran suscitar la pasión de los pueblos.

—En cuanto a los intelectuales que ofician, sus crisis se esparcen por diferentes campos; huérfanos de los partidos de izquierda no encuentran una sociedad de discurso que les permita intervenir de nuevo en la vida pública e incidir en los asuntos culturales de la nación.

Los males no se quedan en lo público, acompañan a su actividad docente. —“Nos vamos quedando sin interlocutores”. Otros más radicales—“la clase se ha vuelto un contrato de aburrimiento entre profesores y estudiantes: los unos bostezan, y el otro hace como si no le hablara a nadie”. Este diálogo de sordos trae a mi memoria una expresión del filósofo alemán Karl Jasper, que con el tiempo se ha vuelto un tatuaje sobre mi cuerpo: el ser del hombre es la comunicación. Pero, el profesor universitario, producto de los años setentas no logra cuajarse o conformarse como un intelectual específico, en un saber, ciencia o disciplina. El andar undívago entre manuales, introducciones a las introducciones; vanas erudiciones que no logran anclarlo a un territorio del saber, a una experimentación, a un archivo, al trabajo del campo, a una teorización.

Y en los días de bostezo siente que no puede exclamar con Borges: “el paraíso sería para mí una biblioteca”.

En síntesis, profesor universitario que no logra ser dirigente desde una conceptualización y una ética en lo público, en lo pedagógico o en ciencias específicas. En los tres campos:

—Ausencia e incomunicación, he ahí otro nombre de la crisis de hegemonía.

4.2 La enseñanza, un drama pasional

Los tres elementos que describimos con anterioridad: Disciplina específica, práctica de la enseñanza y hombre público; tres elementos que cruzan el complejo campo que hemos denominado: el espacio de la enseñanza universitaria.



En otras palabras: política-pedagogía y ciencia conforman un espacio que en las reformas anteriores (Atcon y 080), fueron tratados de manera instrumental y únicamente ahora se propone la indagación acerca de su conceptualización.

Nunca tanto un problema histórico había dependido de lo que con certeza podemos llamar: una reforma del entendimiento, centrada en despertar en el profesorado una intensa pasión por el conocimiento, la enseñanza y la proyección social de su saber. Para convencer primero hay que agradar, decía Pascal. Un hombre que tenga su tesoro en los libros.

Resulta inconcebible que un problema histórico de tanta trascendencia como es el de la construcción de



una nueva identidad intelectual, no sea asumido con la fuerza suficiente como para decir: el profesor en la universidad es la medida de todas las cosas, de las pequeñas y de las grandes; su cuerpo está atravesado por una síntesis de múltiples determinaciones que lo potencian para sobredeterminar los juegos de fuerza procedentes de la sociedad.

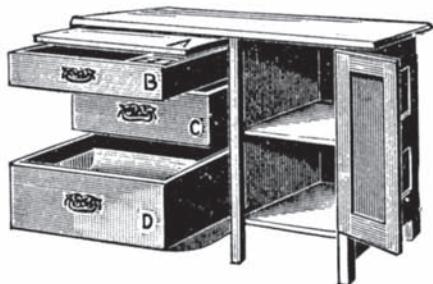
4.3 El pesimismo de la inteligencia

Adiferencia del Plan Atcon, que por años encontró un contingente clamoroso y en ebullición, la revolución cubana hallábase en todo su apogeo, nos encontramos hoy ante un país paradójico: por un lado, la violencia-democrática - revolucionaria, y por otro una efervescencia cultural. Haciendo de pantalla entre estos dos acontecimientos, estos dos festines distantes, el marasmo del Estado, lo que en otro tiempo se llamó su crisis ética y cultural: su incapacidad para construir un bloque histórico que situase al pueblo en una nueva esfera del saber, su incapacidad para fijar una alianza con los sectores subalternos, en donde la dominación se transformará, como lo exigía en los tiempos de maduración de independencia el maestro Simón Rodríguez.

Lejos de lanzar un proyecto hegemónico, se recurre sistemáticamente al soborno de la intelectualidad, al transformismo, a colocar bajo su dominación a los intelectuales de grupos antagónicos.

La educación y la "pedagogía" han sido nombradas desde el frente nacional sólo en dos discursos: El de la guerra y el tecnocrático. En el primero, en el marco de la doctrina de seguridad nacional y el segundo en el contexto de una ideología del rendimiento, que dirige las acciones de los sujetos hacia actividades finalizadas.

No obstante, ninguna de las argumentaciones anteriores ni otras, que hablan del vacío ético y docente de un poder político que dejó al poder moral el cuidado de sus extremidades, son suficientes para justificar el pesimismo de la inteligencia y la ausencia de una voluntad de poder en torno al saber y las instituciones universitarias.



4.4 Vacío ético y docente en el sistema educativo colombiano

Iniciemos con una pregunta. ¿Qué se entiende por vacío ético y docente del sistema educativo colombiano? Se podría entender como una falta de cobertura ética y docente, en el sentido del rol desintegrador que en su interior cumplen las fragmentaciones entre los intelectuales implicados en sus rituales.

Desmenuzemos el asunto... Elementos implicados en las fragmentaciones:

—Los esclarecidos. Se destacan a nivel de sus innovaciones tecnológicas.

—Otros, especialistas en ciencias humanas, se organizan en sociedades de discurso que no alcanzan a trascender el espíritu de cuerpo.

—Retomemos el hilo entre los esclarecidos y una intelectualidad magisterial.

—Intelectualidad magisterial integrado por administradores, docentes, funcionarios de Estado.

—Hagamos entrar un elemento aparentemente foráneo a este conjunto de intelectuales (profesores universitarios y maestros). A este elemento lo podemos denominar el saber de los elementos simples, y pongamos un ejemplo: el saber que durante años ha acumulado la clase obrera para ganarle tiempo a la máquina.

—De lo que se podría llamar un saber proletario y de sus intelectuales obreros, el alejamiento es mayor del que se da entre maestros y profesores universitarios, dado que la movilidad de los intelectuales proletarios es casi nulo (de la fábrica al sindicato y de rebote a la fábrica).

—Los profesores universitarios y los maestros no hacen nada por impedir el aislamiento de otras formas de saber.

—Vacío docente, que se expresa en la imposibilidad de que de las formaciones teóricas o conceptuales puedan desprenderse redes de comunicación con los intelectuales de base, pues estas redes de comunicación son bloqueadas por la fracturas existentes entre la universidad y la escuela primaria al igual que la universidad y la escuela secundaria.

—Fragmentación que rebota sobre los intelectuales esclarecidos, trabajadores asiduos de la cultura cosmopolita, la que, sin embargo, no puede articular a los saberes que vienen de abajo, de lo local o de la marginal. Operativo que equivale a decretar sobre esta intelectualidad una pena de destierro, pues dentro de este esquema de funcionamiento serán siempre unos extranjeros en su propia tierra, ya que hablan sus lenguas que el sistema educativo vuelve incomprendibles para sus coterráneos. A ese exilio, los condena una especialización y división del trabajo intelectual que bloquea la traducción de sus conceptualizaciones a niveles más específicos.

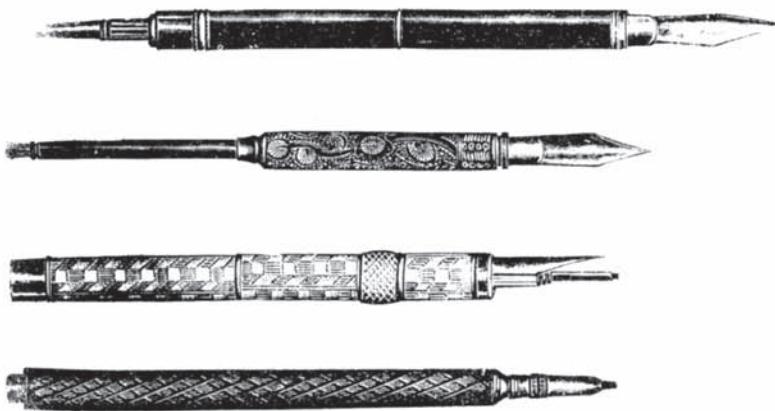
—Se convierte en catalizador de este doloroso desgarramiento la no existencia a nivel nacional de un escalafón unificado.

Se ha dicho una máquina esquila de enseñar porque es una máquina que fragmenta los cuerpos de maestros y docentes, separa los órganos e impide su compactación en un intelectual colectivo. Busque la espiritualización de los sentidos.

En principio ella hace una petición de orden, en especial a nivel de la letra de la ley, pero ese no es más que su movimiento aparente. Las fracturas. La fragmentación crea espacios para la actuación de los mecanismos de subyugación y su relevo dependiendo de la circunstancias. De la producción de la cotidianidad se encarga el pensamiento técnico, por intermedio de su más destacado representante el currículum. En donde esta forma de manejo, de personal, de saber, no funciona de manera óptima, los fragmentos y el alto grado de disgregación, mamorfismo producida por el sistema. Permiten la entrada de otro sistema de control: el clientelismo sustentado en los poderes locales y en las formas de dominación personal.

El clientelismo alcanza incluso a las universidades y sólo escapan a esta forma de control las universidades más fuertes como la de Antioquia y la Nacional.

El clientelismo conduce a una verdadera simbiosis entre sistema educativo y sistema electoral, pues los requisitos de entrada para ejercer la



profesión de maestro están definidos desde la clientela electoral de los ga-
monales.

De lo que podemos concluir que es un sistema educativo que ha conver-
tido el caos, la anarquía, en una for-
ma de dominación cotidiana.

De lo que se puede concluir con igual generosidad que el problema medular de la reforma de la universi-
dad debe pretender modificar, o me-
jor mermar distancias con los intele-
ctuales de los cuales se ve alejada por
las fracturas descritas. Suturar las
grietas, conformar instrumentos re-
gionales que nos acerquen a un inte-
lectual colectivo. Suturar las fractu-
ras significa, incitar a la reforma del
espacio de la enseñanza universitaria,
no en el sentido tecnocrático como se
dio en el 080 y en el Plan Atcon; de lo
que se trataría más bien es de derro-
tar el estatismo de ese espacio —“do-
tarlo de movilidad”—, “de versatili-
dad”.

Para decirlo rotundamente, dotar-
lo de una gran capacidad de desplaza-
miento por prácticas sociales, cientí-
ficas, de saber. Desplazamiento por
territorios jamás recorridos como la
provincia, el municipio, la ciudad, el
paisaje.

La universidad en este intento de
darle movilidad al espacio de la ense-
ñanza debe olfatear los espacios en
donde la acción ética y docente del
Estado es más débil, pues estos van a
ser los sitios en donde es posible sem-
brar la semilla nueva.

5. Pedagogía y enseñanza universitaria

La encrucijada epistemológica en que se encuentra la pedagogía, es que ella parece agotarse cuando se habla de la pedagogía en cada ciencia. Hasta ahora, ha parecido que mientras más técnicas sean las formulaciones pedagógicas, por ejemplo, la tecnología educativa, más posibilidad hay de que la pedagogía sirva a cada ciencia en el sentido de ser un instrumento neutro que sirve para todo. Esta posición niega la posibilidad de que exista una teoría de la enseñanza en la cual la enseñanza de saberes específicos sea una parte, entre otras, de la pedagogía, pero además la enseñanza de saberes específicos en la pedagogía no podría pensarse sin las particularidades de cada saber. La técnica de enseñar no puede ser el puente entre la pedagogía y otros saberes, debe ser posición sobre la enseñanza (considerada como fenómeno complejo) que permita particularidades en las estrategias de enseñanza. Si tecnología, manuales y programas hasta ahora se han correspondido, en adelante enseñanza-saberes específicos y estrategias se corresponderían para crear el objeto de enseñanza.

6. La situación del estudiantado

El estudiantado de hoy no es el del 70, por ello difiere sustancialmente de nosotros mismos; por su modo de vida, de sentir, de amar..., su revuelta es ante todo una revuelta moral en contra de la valoración económica (en ideal pero no real) que le da la sociedad al conocimiento, una actitud maquinica, pero que no puede ser conducida creadoramente en el marco de la actual universidad. El problema no es el de la participación del estudiantado en la actual coyuntura, lo que es realmente importante es que el profesorado piense una reforma, dentro de la cual el estudiantado pueda pensarse a sí mismo, pensar al profesorado y criticarlo; un campo en el cual se pueda resolver el antagonismo que en la actualidad enfrenta a estudiantes y profesores en el terreno del saber. La

crítica de un estudiantado potenciado académicamente, no medido por lo bajo.

6.1 El estudiante, un impensado

Desde el sujeto de saber que piensa formar cada disciplina y desde la ciudad y la región; en síntesis según el cual la academia pone en acción unos mecanismos (el programa, la clase, y el examen) para conferir un título o pasaporte al desempleo. Un desconocido para el profesorado y la universidad. Un desconocido, que nos enfrenta con métodos que difieren por completo de la naturaleza del profesorado: al consenso responde con la violencia.

6.2 La posición del profesorado

El profesorado es el sujeto de la reforma y el único realmente interesado en ella, y el que debe echarse a sus espaldas la responsabilidad de llevarla a cabo. Y de entender los grandes cambios que han afectado al estudiantado como son los profundos cambios éticos que han ocurrido en Antioquia en los últimos tiempos, en concreto la ruptura de las nuevas generaciones con una ética del trabajo, propiciada por el aumento del desempleo y el auge social de la mafia.

Las cosas no se detienen en ese punto, se necesita un profesorado

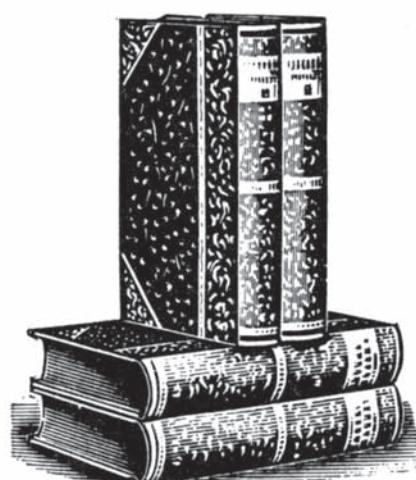
que yendo más allá de sí mismo ejerza sobre él como cuerpo docente funciones de policía, muy particularmente en el caso del escalafón, en donde resulta necesario suprimir el ascenso automático, poniendo como condición del ascenso la escritura. O cosas tan importantes como que sólo puede llegar a profesor titular quien haya escrito un libro como sucede en el escalafón de la Universidad Nacional de Colombia. Con el escalafón que nos rige en la actualidad hay un inconveniente esencial y es que sólo es un escalafón económico, pero no académico. Veamos un ejemplo: el docente que llega a profesor titular, no desempeña ningún oficio académico específico diferente del resto del profesorado: es un escalafón que acredita el amorfismo académico. Un escalafón que realmente introdujera la diferenciación académica entre el profesorado, señalaría que sólo los profesores titulares podrían pronunciar las lecciones inaugurales.

7. Una universidad centrada en la investigación

Como forma de alimentación de la docencia y la extensión. En esta perspectiva la investigación puede ayudar a desplazar el totalitarismo del aula, haciendo que el estudiante entre en contacto directo con los escenarios de la investigación, sean estos el laboratorio, el museo, el observatorio, el archivo histórico, una escuela, una mina, un río, un plan de desarrollo, etc. Cabría decir que la investigación ayuda a mermar las distancias entre la sociedad y la universidad.

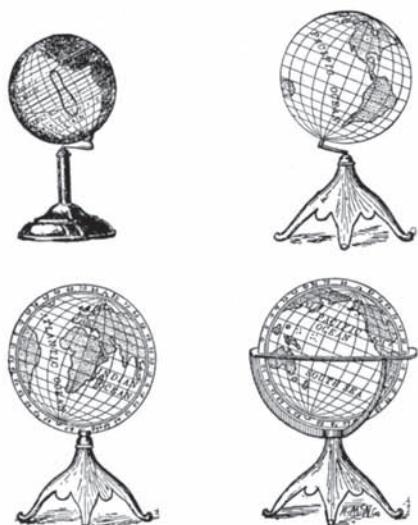
7.1 Debe ser tarea fundamental de la facultad de educación

El cuestionamiento al programa, la clase y el examen como los pilares constitutivos del llamado "modelo pedagógico" actual en la enseñanza universitaria. Estos tres elementos hacen que la enseñanza consuma conocimientos pasivamente, se ha justificado diciendo que la



universidad ante todo debe formar profesionales. Pero cuando la formación para las profesiones es cuestionada porque el conocimiento para ello empleado está caduco, la universidad no sabe responder a este reto y, su profesorado está rezagado. Esta brecha sólo podría solucionarse redefiniendo la esencia de la universidad como institución de saber y no como primordialmente para formar profesionales. Si la universidad es primero que todo una institución del saber, será capaz de formar profesionales, producir conocimientos y mantenerse actualizada en los avances de las diferentes ciencias que alberga.

Pero el fundamento de una institución de saber es la investigación, es el consumo pasivo de los conocimientos, el soporte del programa, la clase y el examen, ellos se mueven con base en los textos y manuales que no son leídos, utilizados, interrogados desde una perspectiva de producción de conocimientos. La universidad, el medio por el cual difunde los conocimientos, el más preferido, es el aula, no utiliza ni siquiera la imprenta, ni los medios de comunicación, todo ello porque la relación de la academia con el saber se establece a través del programa, la clase y el examen.



7.2 La fusión de la universidad en la sociedad

En épocas pasadas, se consideró que la universidad debía ser una especie de microcosmos de la sociedad en la cual se hallaba; la aplicación de este modelo conllevó la existencia de una universidad que debía reproducir en su interior la sociedad en la cual estaba situada históricamente. Ahora, de lo que se trata es de invertir este movimiento y hacer que sea la universidad la que vaya a la sociedad y se

fusione con ella, convirtiéndose en una institución que interviene en todos aquellos procesos que tienen que ver con la democracia ilustrada y con el saber al interior de la sociedad. Otra de las aberraciones que produjo este modelo de reproducir la sociedad en la universidad fue la masificación de las universidades, mediante la presencia de sectores populares en la universidad, si bien la masificación llevó algunos miembros de sectores populares a las universidades, implicó que la universidad consumiera la mayor parte de sus recursos humanos en éstos, impidiendo que la universidad tuviera una presencia en lo público y en lo popular como institución de saber. De lo que se trata ahora es de hacer que la universidad tenga una presencia en lo popular y lo público mas no en lo popular, como presencia física de lo popular en la universidad.

En síntesis, la universidad debe llevar a cabo dos movimientos: uno de expansión hacia lo público y lo popular y otro de contracción sobre sí misma, en este último movimiento, la universidad requiere de una alta selectividad que debe tener como criterio central la calidad del saber impartido y de estudiantes y profesores ●



Lecturas para segundos... y sobre llevar las horas

Tomado del Libro *Una sociedad colonial avanzada* de Noé Luis Felipe, escritor y humorista argentino. Ediciones de la Flor (Buenos Aires), 1973.

Una sociedad donde polemizan los que sostienen lo mismo y no dejan opinar al que sostiene algo distinto.

Una sociedad que juega a ser un país, pero que no se juega a hacerlo.

Una sociedad donde “sensatez” significa “justo medio”; intelecto significa “solemnidad” y “seriedad” significa “vestir bien”.



Una sociedad oficialmente consagrada al milagro.



Una sociedad cuyo sistema de gobierno es la burocracia representativa.

Una sociedad donde “democracia” no significa “gobierno del pueblo”, sino “gobernar al pueblo”.

Una sociedad donde gobierno democrático no significa una mayoría en el poder, sino una mayoría sin poder.

Una sociedad democrática porque los integrantes de una minoría han decidido por mayoría no constituir una sociedad democrática.



Una sociedad que no da paso en falso: Antes de hacer cualquier cosa la discute hasta que llega al convencimiento de que no debe hacerlo.



Una sociedad que mantiene un ejército para que la defienda de sí misma.

Una sociedad donde hasta la iniciativa privada está privada de iniciativa.

Una sociedad donde la mayoría es obligada por la minoría a sentirse minoría.

**Conferencia colombiana:
Año Internacional de los Sin Techo**

Alternativas frente al hábitat popular

Cehap. (U. Nacional). Medellín.
Foro Nacional por Colombia.



El proceso de urbanización en Colombia se ha caracterizado por mantener múltiples problemas tanto referidos a la situación económica como social y política. Esta problemática se refleja en la carencia de vivienda, la insuficiente dotación de servicios públicos y sociales, la baja calidad de vida urbana en nuestras ciudades, la ausencia adecuada de espacios públicos, etc.

El problema de la vivienda ocupa un lugar primordial dentro del conjunto de los problemas urbanos. Esta problemática está relacionada tanto con el déficit creciente de vivienda, calculada por múltiples organismos en cerca de un millón, como por la baja calidad de la vivienda tuguriana en las principales ciudades del país.

Alrededor de esta problemática se han realizado múltiples estudios e investigaciones desde distintos ángulos y perspectivas, en sus diversas manifestaciones y grupos temáticos. Paralelamente se han generado y consolidado diferentes procesos organizativos en los cuales participan núcleos importantes de la población colombiana. Dentro de estas organizaciones se destacan los comités de los asentamientos populares, las asociaciones de autoconstructores, las organizaciones de los adjudicatarios de los organismos estatales y privados que financian vivienda en el país, así como las asociaciones de inquilinos y de los damnificados.

El Centro de Estudios del Hábitat Popular de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín y el Foro Nacional por Colombia, con motivo de la proclamación por las Naciones Unidas de 1987 como del *Año Internacional de los Sin Techo*, consideran de singular importancia la

convocatoria y realización de una Conferencia Nacional que tenga como propósito central el examen de la problemática de la vivienda y la formulación de alternativas frente al Hábitat Popular.

A esta conferencia nacional se invitará sin distingos a todas las organizaciones que trabajan por la vivienda popular, así como a las entidades públicas y privadas que tienen como propósito fundamental trabajar por el Hábitat Popular. Al propio tiempo se invitará a Centros de Investigación no gubernamentales y también gubernamentales para que tomen parte de este evento.

El carácter de la conferencia propuesta es el de Taller-Seminario, lo cual permitirá desarrollar un trabajo coordinado entre especialistas, académicos, funcionarios estatales y representados de organizaciones de vivienda popular con el fin de discutir posibles alternativas frente a los problemas más decisivos en materia del hábitat popular.

El evento considerará problemas de índole macroestructural tales como la política institucional de vivienda, el desarrollo urbano, la estructura financiera, los aspectos de tecnología y cultura y los procesos organizativos populares vinculados a la problemática habitacional.

Cada jornada de trabajo contará con simposios sobre asentamientos populares, autoconstructores, adjudicatarios, damnificados, inquilinos, tecnología y cultura, donde se presentará una ponencia ilustrativa de experiencias de las organizaciones populares de vivienda en talleres que permitan el debate y conclusiones que planteen estrategias alternativas frente a cada temática. ■

Contracarátula Hernando Carrizosa

Nacionalidad:	Colombiano
Egresado:	Universidad Nacional de Colombia Facultad de Bellas artes.
Experiencia Docente:	Universidad Nacional Universidad Pedagógica Escuela de Artes de Bogotá Escuela de Pedagogía Artística-Colcultura. Talleres de Apreciación Plástica
Miembro Fundador:	Corporación de Artes Plásticas - CNAP Director Taller de Impresión Zona Tórrida Fundación para Investigación Artística "Contramuros".

A partir del año 1973 ha realizado diversas exposiciones individuales y colectivas en Colombia y el exterior, de pintura, grabado, serigrafía.

Actualmente su trabajo está proyectado hacia los murales y sus exposiciones son propuestas y presencias visuales y auditivas integradas, algunas veces con participación de mimo y máscara.

Otras experiencias buscan que las imágenes estén dentro de una ambientación y significado en las que el espectador participe en otra expectativa.

Fuentes fotográficas e ilustraciones

1. Archivo *El Espectador*.
2. Prensa Latina.
3. Ibid.
4. Lo menos Malo de Pedro León Zapata, Educar Editores, Bogotá, 1986.
5. Ibid.
6. Ibid.
7. Ibid.
8. Fotoprensa 86, El Mundo, Medellín, 1987.
9. Ibid.
10. Ibid.
11. Ibid.
12. Ibid.
13. Revista Semana.
14. Revista Guión.
15. Ibid.
16. Ibid.
17. Ibid.
18. Archivo El Espectador.
19. Ibid.
20. "Bogotá", Cámara de Comercio de Bogotá, 1970.
21. Ibid.
22. Ibid.
23. Historia de Colombia, Fascículo 12, Edit. Oveja Negra.
24. Archivo El Espectador.
25. Revista Guión. Septiembre 1986.
26. Revista Cromos, 1982.
27. *Fotoprensa 86*, El Mundo, Medellín 1987.
28. Xilografías de Maréchal, Colección Erisa Ilustrativa, Madrid, 1982.
29. América Pintoresca, Colección Erisa Ilustrativa, Madrid, 1982.
30. Ibid.
31. Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, 1970.
32. Ibid.
33. América Pintoresca, Colección Erisa Ilustrativa, Madrid, 1982.
34. Archivo Foro.
35. Ibid.
36. América Pintoresca, Colección Erisa Ilustrada, Madrid, 1982.
37. Historia de la Fotografía en Colombia, MAM, Bogotá, 1983.
38. Revista Semana.
39. América Pintoresca. Colección Erisa Ilustrada, Madrid, 1982.
40. Fotografías de Melitón Rodríguez, Edit. Áncora, Bogotá, 1986.
41. Ibid.
42. Fotografía de Víctor Englebert, *Pintoresco Boyacá*, Bogotá Edit. Cruz del Sur, 1986.
43. Ibid.
44. Fotoprensa 86, El Mundo, Medellín, 1987.
45. Archivo de El Espectador.
46. Fotoprensa 86, El Mundo, Medellín, 1987.
47. Archivo El Espectador.
48. Archivo Foro Nacional por Colombia.
49. Ibid.
50. Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, 1970.
51. Ibid.
52. Ibid.
53. Historia de la Fotografía en Colombia. MAM. Bogotá, 1983.
54. Ibid.
55. Bogotá, Cámara de Comercio de Bogotá, 1970.
56. Fotografía Carlos Salamanca.
57. Fotografía Carlos Salamanca.
58. Xilografías de Maréchal, Colección Erisa Ulustrada, Madrid, 1982.
59. Ibid.
60. Ibid.
61. Ibid.
62. Ibid.
63. La Tierra y sus Habitantes. Colección Erisa Ilustrada, Madrid, 1982.
64. Ibid.
65. Ibid.
66. Ibid.
67. Ibid.
68. Magazzine El Espectador.
69. La Danza Macabra de Holbein. Colección Erisa Ilustrada. Madrid, 1982.
70. Xilografías de Maréchal.
71. Archivo El Espectador.

